Luis Ponce de León

CONTRA AQUELLO Y ESTO

1 9 4 5

AL DE LECTU
OTECA
de Teruel

F.A 5357

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
795

CONTRA AQUELLO Y ESTO

DIANA. Artes Gráficas. — Larra, 12. Madrid.

FA-5357

LUIS PONCE DE LEON

BIBLIOTECA PUBLICA · T. POPULAR

CONTRA AQUELLO Y ESTO

R-9712
MR-9.712

EDITORA NACIONAL
MADRID, MCMXLV

A
JUAN APARICIO
FUNDADOR DE "EL ESPAÑOL"
Y PROMOTOR DE
"DE CONSOLATIONE PHILOSOPHIÆ"

BIBLIOTECA PUBLICA

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

LAS AVISPAS CON LAS ABEJAS

LOS HUMORISTAS Y LOS VALORES
EL ZANGANO Y EL ESCLAVO
LA JUVENTUD
POSTRIMERIA
VIVIR INTENSAMENTE
HABLAR Y ESCRIBIR
NO SOY ESCRITOR
REGRESAR DEL INFIERNO
ODIO Y TRAICION
EL ALUMNO DEL ARBOL
LA AMIGA Y LA ESPOSA

LOS HUMORISTAS Y LOS VALORES

BIBLIOTECA PUBLICA TARDEA

He conocido a un humorista de profesión. Un hombrecito caviloso que estaba moviendo con la cucharilla el oscuro contenido de su taza. ¡Inofensiva operación! Lleva publicados siete volúmenes contra las siete virtudes, y como ya ha agotado el tema, está publicando otra serie de libros contra los siete pecados capitales.

* * *

Es un casi honesto señor que nació bajo Amadéo de Saboya poco más o menos, y que, según se dice, gana bastantes pesetas metiéndose con el siglo pasado, con las mujeres y con el romanticismo. La industria no es en exceso arriesgada.

* * *

El humor del humorista acabará—o empezará—por parasitar seres superiores. Como ciertos gusanos, parece saber que sólo en una fruta muy sana medrarán sus huevos y podrá desprenderse el inesperado olor picante necesario para la carcajada. Para esa carcajada por la que el lector, que tiene como cada cual su secreta vocación de cínico, paga su dinero.

* * *

Huye de esa risa como del alcohol cuando quieras valorar alguna cosa. Será muy cierto que de lo sublime a lo ridículo sólo hay un paso. Pero exactamente la misma distancia hay de lo ridículo a lo sublime.

* * *

Huye también de "ver" siempre el fondo detestable de todas las personas y de todas las cosas. Los ojos te enfermarían de estrabismo malevolente, que es la más maligna de todas las bizqueras. Puesto que no hay más remedio que equivocarse, vale más equivocarse a favor.

* * *

Se burlarán de ti esos hombrecitos cavilosos que siempre "están en el ajo". Pero juzga tú la calidad de unos seres cuyo ideal es habitar a perpetuidad el seno del más fétido de los ingredientes culinarios.

* * *

Las ideas más valiosas no son las más originales. Sino al revés: aquellas tan naturales que el lector se asombra de no haberlas pensado por sí mismo.

* * *

Sólo sabemos el valor de una cosa cuando tenemos necesidad de ella. Decir esto es bastante vulgar. Pero cada día experimentarás cuál es la actitud verdadera: aquella que necesitas para no morirte de asco. Que no será precisamente el escepticismo.

* * *

Por cierto, y a propósito de la vulgaridad. Aunque lo vulgar sea tan antipático, es muchas veces oportuno pensar que a dimensiones vulgares corresponden medidas vulgares. Si cada adúltera leyese a Goethe y adujese aquello de las afinidades electivas, la sociedad sería insufrible.

* * *

Pero harás bien en rechazar el sistema métrico decimal cuando tus actos sean de verdad gobernados por el espíritu. Carlos V en Yuste se arrepentía de haber hecho honor a su palabra empeñada de respetar a Lutero. Viendo los incendios del cisma protestante, decía el viejo César: "Debí pensar a

tiempo que la sangre del Redentor vale más que la palabra del Emperador."

* * *

Tan magnífica como es la voluntad de ser perfecto, es miserable la presunción de ser perfecto. Los valores son para amarlos, no para fingirlos.

* * *

Muchas veces vale más renunciar que poseer. Pero siempre vale más merecer que conseguir.

* * *

Y a veces no sólo vale más, sino que resulta más agradable para un paladar suficientemente depurado. Lo recuerdo porque el pensamiento que acabo de escribir es primo hermano de otro de Santa Teresa: "No está el goce en poseer, sino en desear y merecer."

* * *

En "El Español" se ha publicado una frase que encierra la clave de una espantosa experiencia nacional. Se refiere a a aquel pueblo de hace unos años que, envenenando las entrañas de la Dictadura, acabó de hacer inevitables los desastres de nuestra guerra: "Entonces, cuando la gente confundía los intelectuales con la inteligencia..."

* * *

¡Terrible y pueblerino error! Pero lo peor es que muchos de esos que se golpean el esternón diciendo con solemnidad: "Nosotros..." (y no tienen una gota de sangre del caballero de la mano en el pecho), confunden la inteligencia con ellos mismos, galantemente.

* * *

El hombre lleva en sí la miseria animal, como animal que es, de estar ciego con mucha frecuencia para todo lo que no

sean ejemplares de la misma especie. Esto le inclina a multitud de desvaríos, bien conocidos. Pero, entre otros, a confundir la inteligencia con los "intelectuales", la religión con los religiosos, la milicia con los militares, y, en una palabra, los valores con los individuos.

* * *

Por eso son sus más recónditas desgracias, sus más estrepitosas catástrofes espirituales. Por eso también era la Filosofía desde antes de Boecio una suprema consolación. La consolación de hacerse acompañar por aquellas que Platón llamaba "íntegras, puras, resplandecientes y bienaventuradas ideas".

* * *

Has de vivir, amigo mío, por las ideas, con las ideas, entre las ideas. Pero has de moverte, mi buen amigo, con los hombres, por los hombres, entre los hombres.

(26-XII-1942)

EL ZANGANO Y EL ESCLAVO

HORAS de obligación, horas de libertad; entre ellas, cada ciudadano repartirá su tiempo; quien falta a las horas de obligación, roba; quien falta a las de su libertad, se degrada.

Creo que en estas máximas está puesta toda la ancestral sociología de la gente hispánica.

* * *

Así, en unas pocas palabras. El español es hombre de pocas palabras. Por eso tantos licenciados en sociología, o en ortografía, o en aritmética o en especialidades semejantes, que han publicado libros de cientos y cientos de páginas sobre estas materias, resultan, por lo menos, fríos, exóticos, ajenos a la contundente esencialidad de nuestra raza.

* * *

Un aforismo alemán dice: "Deutsch sein heisst klar sein", o sea: "Ser alemán significa ser claro." Tenemos uno paralelo: "Ser español significa ser fundamental."

* * *

Hombres huídos de la obligación son los que no llevan labor alguna ni en el laboratorio de investigaciones ni en la zapatería de portalillo. El español desprecia a los zánganos.

* * *

Hombres huídos de la libertad son los que sólo entienden de dimetilaminoazobenzol y los que viven sólo para acapa-

rar encargos de medias suelas. El español desprecia a los esclavos.

* * *

Cuando John dos Passos quiso embobar a un arriero de la Península hablándole de los rascacielos, de la jornada de ocho horas, de las fábricas de radiorreceptores, del taylorismo industrial y de las vacaciones pagadas, el español le respondió: "Sí, sí, no está mal. ¡Pero no me dirá usted que eso es vida para un hombre!"

Aquí estamos los arrieros peninsulares, caminando, un pie delante de otro, por las rutas de nuestra piel de toro, mientras el mundo gira. Pero cuando se ofrezca algo que sea vida para un hombre, veremos quién nos echa delante.

* * *

Quien se sacude la obligación de encima es un ladrón y quien renuncia a la libertad es un miserable; pero quizá será aún peor el aprovechado. Llamo aprovechado al que quiere hacer pasar por servicios de obligación los desahogos de su libertad.

* * *

Es decir, por ejemplo: quien se considera acreedor de la Patria por haber puesto en tres libros de romances poco diáfanos las inquietudes demasiado diáfanas que le produce el despego, tan explicable, de su novia.

* * *

De esto se ve bastante. A cada paso dicen los periódicos que un señor ha alcanzado su centésima victoria aérea y que se le ha concedido una cruz de hierro. Leyéndolo, ciudadano hay que en cuanto ha rematado su soneto 250 corre a pedir la delegación de abastecimiento, o de industrias lácteas, o de asuntos textiles "que le corresponde".

* * *

Convendría decir por España, a toque de corneta, que la poesía no es una obligación, sino una libertad. Conozco varios hombres honrados que no han publicado versos.

* * *

Por el contrario, la obligación sí es poesía. Hace poco he visto persuadir a un delegado de Hacienda de la cantidad de espíritu que puede ponerse en la suma de capítulos de un presupuesto. Esto se decía en un despacho oficial. Nadie lo citó, pero estaba allí un vivo pensamiento de Santa Teresa: el de que Dios también anda entre los pucheros.

* * *

Obligación y libertad sirven para ganar el cielo. El Señor lo dará a quien supo cumplir en lo suyo y a quien supo agitar bien sus posibilidades de hombre libre. Pero no lo dará a quien estuvo muerto como una piedra para el deber y muerto como una piedra para el arrebato.

* * *

Como que hay una prescripción sobre el sudor de la frente y otra sobre la santificación de las fiestas.

* * *

Sin embargo, existen hombres destinados más por entero a la ciencia, al arte o a la política; en una palabra, al espíritu. Y otros hombres más creados para la herramienta, que apenas deberán mantener otra directa y consciente relación con el espíritu que un Padrenuestro al acostarse.

* * *

Quizá este concepto aristotélico repugne a algún cristiano superficial. Porque, aunque parezca mentira, muchos confunden a Cristo con el pundonoroso Juanito o con el pesadísimo de D. Vicente.

* * *

Pero lo cristiano es no asustarse de ninguna evidencia ni olvidar ninguna experiencia. Todos hemos visto que cuando los nacidos para la herramienta leyeron libros y sintieron eso que hasta ahora se llama "agonía intelectual", la hicieron efectiva quemando Cristos de Mena y Vírgenes de Mora y descuartizando monjas en homenaje, sin duda, a la sociología.

* * *

Lo cristiano en lo social es esto: que el hombre del espíritu no pueda llegar a llamarse zángano, que el hombre de la herramienta no pueda llegar a llamarse esclavo.

(9-I-1943)

L A J U V E N T U D

YO envidio al compañero de "El corazón me manda", porque ese signo es quien debiera campar en estas razones, y más ahora que nunca, cuando la sangre se mezcla entre la letras para nombrar esta maravilla: la Juventud.

* * *

... Quant'e bella giovinezza
che si fugge tuttavia..."

Parece obligado citar este verso. Y lo es. La Juventud huye siempre. Cabe montar en ella o esperar cabalgadura más reposada: un mulo canonical o una hacanea de princesa. Quien sea gustoso de esperar que espere, mientras lo perdemos de vista. Porque en amor, como en tantas otras cosas, "locura es lo sensato".

* * *

Secretamente Dios tiene dispuesto que a espaldas del transcurrir de los días cada hombre pueda optar entre juventud y vejez. Tiene dispuesto que aun los más ancianos entre sus sacerdotes y los más niños entre sus levitas comiencen el sumo acto sacramental diciendo: "Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam."

* * *

¡Al Dios que alegra mi juventud! Por Dios la juventud se desparrama inagotable, como lo dice la zarza que por El arde sin consumirse.

* * *

Por eso es maldito quien a la generosa esplendidez de la naturaleza limita con la avaricia de su tiempo, de su provincia, de su nombre, de su escuela, de su estilo.

* * *

Esto es lo primero en la juventud: vivir lo que se le ponga por delante. Tan impregnadas del corazón de Dios están las cosas, que cuanto existe, por el hecho de existir, lleva dentro su semilla de divinidad.

* * *

Más pecado aún que pecar es pecar sin ganas. La absolución está pronta cuando una fuerza invencible arrastra las almas en torbellino. Calcular, engañarse y fingir, esos son los goznes de las puertas del infierno.

* * *

Y eso es—calcular, engañarse y fingir—lo que en la juventud no cabe. No calcula, ni se engaña, ni finge el niño que aproxima los labios sedientos al pezón maternal. Y la juventud no es sino—como Rómulo—hallar siempre pezones en la naturaleza, alimentarse todavía del zumo de las cosas y encontrarlas amigas, sentirse aún, sin rencor ni dolor, miembro del mundo.

* * *

Mas cuando el mundo empieza a aparecerse hostil, perforan ya la carne túneles de senectud. Entre el paraguas y la lluvia, se vota por el paraguas. El sillón se prefiere a la roca (en piedra vése en El Escorial la silla del siempre joven Felipe II). El corazón comienza a temer y todo lo que halló su gozo en el aire, en la tierra y en la abierta mar, busca puntales de farmacopea. Envejeces, amigo, cuando separas tu boca de la madre tierra y lo físico deja de serte inefablemente hermano.

* * *

Todo es salud para quien es joven. Ahora que tantos españoles hay movilizados, en las licencias las familias labriegas ven con asombro más gordos a sus quintos. Da gusto que fructifique o pinche el árbol, que el animal ladre o muerda. Todo se ve con alegría. Hora de combatir, de amar y de morir por nada. De día están las hierbas, de noche las estrellas. El caliente mundo acompaña siempre y el sistema heliocéntrico no importa. Porque, ¿qué, sino uno mismo, es el eje donde giran de verdad las cosas?

* * *

Vivir es ir de este centro a un rincón, donde está el brasero, el rayo de sol, la recogida postrimería.

* * *

Y sólo hay un modo de ser viejo con grandeza: ser aún joven. Morir con la piel tostada y la conciencia ingenua es el mayor don que alcanzan los pobres hombres en su destierro, cerca o lejos los hijos engendrados. "Jam senior, sed cruda deo viridisque senectus."

* * *

¡Con la vejez cruda y verde de los dioses! Así adivinamos el morir de un español nacido en tierras de Navarra que corrió tierras de Asia nunca vistas por Carducci, por Nietzsche, por Schopenhauer ni por otros superhombres con leontina. Fué hasta el confín más remoto Francisco Javier para convencer a los hombres de que es posible vivir eternamente. Y, rajada su piel, entregó el espíritu donde lo entregan las olas: en la playa.

* * *

Con el formidable candor de quien sabe pisar todo el planeta sin haber pisado ni un salón tan sólo. Con el formidable candor de quien llevó siempre juventud inmarchita hinchándole las venas.

* * *

Don José Ortega y Gasset, como otros pedagogos ilustres de nuestras generaciones, ha dicho, sin embargo, que "el heroísmo es una postura fundamentalmente antihigiénica". Ponen calefacción central en nuestros edificios mentales, ignorando que nace el raquitismo cuando la ciudad cubre con corsés de urbanidad y cortesía el corazón desbocado de los hombres.

* * *

"... y piensan,
que piensan porque no beben
el vino de las tabernas."

(6-II-1943)

POSTRIMERIA

"Ni tan de mimbre como tú el talle,
ni tan esbeltas como tú las manos,
ni tan profundos como tú los ojos."

ASI terminaba de alabarla aquel hombre que la vió en el campo, con su figura de esqueleto velada por cendales, de noche, y ella le dió a besar piadosamente sus largos dedos de dama cuando a él le resbalaba ya el arma de las manos y le faltaban las fuerzas para respirar. ¡Siempre el español ha sido galante con la muerte!

* * *

Y otro le decía:

"Besar quisiera la amarga,
amarga flor de tus labios."

Y la besó al fin en extranjera tierra, rodeado de polvo, a solas con sus versos bienamados y con Ella, que no faltó a la cita.

* * *

Otro español le alzó el mejor de los monumentos, que es un cementerio real, laderas del Guadarrama, donde el cielo y sus colores tienen toda la potente alegría de los cuadros de guerra velazqueños; como si hubiera querido, en la tierra que pisaron los moros, edificarle un harén a la más descarnada de las odaliscas.

* * *

Y otro nos dijo que la vida sólo es buena para quemarla. Y nos mandó estar a la intemperie, bajo las estrellas. Con la voz de un predestinado a la mortal vigilancia de las cruces, que junto a cada aldea española simbolizan la permanencia de la estirpe y la permanencia de la fe.

* * *

Todos tenemos una carta de un camarada que ha caído en Rusia. Me impone tocarla. La mano que la escribió se está deshaciendo entre la nieve. El se ha perdido de mis ojos. Y, sin embargo, lo veo, lo veo empapado por la humedad auroral de la Alegría Infinita.

* * *

Alegría. La mujer de Juan Sebastián Bach, el más grande de los músicos del mundo, escribe de su marido: "Me dijo que sus mejores obras le nacían del pensamiento de la muerte. Al principio esto me sonaba a triste." Y añade: "¡Pero después llegué a comprenderlo!"

* * *

Y aunque no fuese alegre, ¿qué importa si es bello? El combatiente lleva la muerte al costado. La muerte a un costado; al otro el corazón. Cuando él deja de latir, aquélla empieza. Y en un orgiástico vuelo se lleva al espíritu que acaba de escaparse. Entonces, para los de abajo, se cierran las cortinas de las nubes.

* * *

Y aunque no fuese siquiera bello, ¿qué importa si es apretado y fecundo como un amor de juventud? "Púdrete, grano, para ser espiga." Quien muere se siembra, como le dijo José Antonio a Matías Montero. Dichoso quien al morir se siembra. Confusamente, sin saber lo que hacen, los hombres siembran a sus muertos.

* * *

Y aunque nada de esto fuera, ¿qué importa, si es irremediable? Nada honra tanto a un hombre como una actitud de profunda elegancia ante las cosas irremediables, y sólo es verdadera virilidad la de quien se pone en pie delante de la muerte.

* * *

Mueren jóvenes los elegidos de los dioses. Si la vida fuese dos veces más larga, sería la mitad de interesante. Si no tuviese fin, sería mortalmente aburrida. Por la meta el deporte es valioso, y por la muerte vivir es bello.

* * *

¿Fúnebre? A los filisteos, como a la joven esposa de Bach, les sonarán a tristes nuestros pensamientos. A los zaratustras de vía estrecha les parecerán inmorales, contra la vida. Pero la muerte no es lo contrario de la vida, sino su oculta llama turbadora. Como las mujeres, que sólo se conocen poseyéndolas, sólo a quien enloquece de hambre de vivir la Vida entrega del todo su mortal secreto. Ved la huella de esa noche de amor en la calavera que sigue riendo inextinguiblemente.

* * *

A muchos la fuerza de esta pasión les retrae a las covachas de lamento. Pero a nosotros se nos convierte en amor, entusiasmo, ímpetu, emoción y valentía. A los grandes espíritus les ennoblece la intensidad, que inmoviliza a los míseros. El aire de las cumbres no es bueno para pulmones de los valles.

* * *

"Alta y profunda a un tiempo, tu figura
está dando razón de mis latidos;
para llevarme a ti mi pulso se apresura,
para traerte a mí se encienden mis sentidos."

¡Siempre el español será galante con la muerte!

(5-XI-1942)

VIVIR INTENSAMENTE

UN ejército de hombres y mujeres trabaja noche y día, sin descanso, hasta la locura, para levantar una muralla que pueda detener al enemigo. La desesperación les pone alas en el corazón y en las manos, silencio en la boca y turbación en el pensamiento.

* * *

El enemigo avanza. Se sienten en la carne los pasos formidables de sus legiones. Cada una lleva al frente su emblema. Para cada una es distinto y para todas amenazador: el león, la culebra, el cráneo descarnado, el águila, el espejo.

* * *

Que sobre espaldas de esclavos esté puesto este signo, 1943, o este otro, 3491, esta palabra, Noche, o esta otra, Mañana, que se llame otoño o que se llame primavera no importa. Con uno u otro nombre se nos aparece como el animal más viscoso, cínico y frío que conocemos: el Tiempo.

* * *

A veces nos enteramos de pronto de que está allí, y huímos, como Caín enloquecido, del sueño o del reposo, y nos parece de una inconsciencia pavorosa que los otros duerman. "¡Velad, porque la hora está cerca!", son palabras que todo hombre ha sentido pronunciársele dentro, corporalmente.

* * *

A lo largo de su paso se hace odiar y amar con desesperación, y a todas las pasiones que nos despierta responde con el eco de su carcajada jovial. Estos son privilegios de las criaturas admirables.

* * *

Porque se le siente reír. Unas veces suena a risa leal, que comparte la inmensidad solar de nuestra dicha. Otras veces, a sarcasmo, a crueldad, a helada complacencia por nuestros infiernos personales. Pero siempre ríe, mientras los hombres ponen en sus sienes coronas de laurel, o envidia en sus palabras, o mentira en sus inimportantes gestos fugaces.

* * *

Como una espada de dos filos, siempre está junto a la mano el pensamiento de la eternidad. Hay un germen de consolación en comparar con ella nuestras desgracias. Pero hay un germen de mortal hastío en comparar con ella nuestras anhelaciones.

* * *

Se la concibe como providencial contrario del Tiempo. Y, sin embargo, el Tiempo nos parece la piel de la Eternidad. Abrir un agujero en él es toparse con ella. Y en ocasiones tenemos repentina conciencia de haberlo agujereado, como de haber descubierto la secreta, intrayacente verdad de una persona.

* * *

"¡No quiero morir, no quiero morir!", exclamaba una y otra vez, muriéndose, Spontini. Y le decía Berlioz: "¿Cómo habláis así, maestro, vos que sois inmortal?" Y el moribundo respondía indignado: "¡No gastéis ahora bromas de mal género!"

* * *

Toda la vida es luchar contra el tiempo, con una conciencia profunda y anticipada de fracaso; pero en las mejores ocasiones con una conciencia no menos lúcida y dichosa de victoria.

Nos sorprende, como a Spontini, haber creído alguna vez que podíamos ganarle a la muerte la partida. Pero también nos sorprende y nos irrita haber considerado alguna vez el don de la inmortalidad como una broma.

* * *

Sí. Es posible labrar ventanas en el tiempo, y escaparse por ellas de tal manera, que al final uno se sienta solo, hastiado y vacío, porque todo lo suyo se le fué de antemano. Los astros tienen su occidente; los dioses, su ocaso; los emperadores, su Yuste. Se escribió de Felipe II que "cuerpo apenas tenía—cuando acabó de morir".

* * *

¡Como el soldado que regresa sin aliento, con las armas rotas y exhaustas! ¡Apenas un copo de polvo y de sudor por haber vivido hasta lo último, hasta donde la misma naturaleza se siente relevada por el fuego del ímpetu!

* * *

No detener el Tiempo, cabalgarlo. La victoria del jinete no está en la quietud, sino en la carrera. Llega quien galopa y muere triturado quien quiere permanecer de espaldas.

* * *

Los patriarcas, de quien Matusalén es esquema, vivían siglos enteros. Del Viejo Testamento es la longevidad. Y del Nuevo, esa frase obsesionante: "¡Velad, velad, porque la hora está cerca!"

* * *

Está, pues, ordenado un vivir intensísimo, un vivir sin sueño. Y esta invitación a velar para persistir es la consolación que, pensando en el Tiempo, nos trae la Filosofía.

(13-II-1943)

HABLAR Y ESCRIBIR

ALGUIEN acaba de dejarme, y sólo un poco de calor me queda en la solapa.

Alguien acaba de tender el vuelo, y sólo una pequeñita oscilación queda en la espiga.

Algo me ha encendido el pecho, y sólo una ceniza de letras queda en el papel.

* * *

Todas las letras por esto son viudas.

Más que las consonantes, los vocales, esas vocales de las interjecciones, solas, detrás de la "h" como detrás de una ventana, con su largo velo de puntos suspensivos, emparedadas entre signos de admiración. Fueron un latido y apenas son una versal del cuerpo ocho.

* * *

La palabra dicha vibra. La palabra escrita yace. La palabra impresa es un cadáver a quien la linotipia hizo su breve entierro mecanizado.

* * *

He escrito tres pensamientos. Se me han muerto tres pensamientos. De vez en cuando, yo y mis amigos iremos a llevarles flores a la tumba.

* * *

Sólo alguien muy experto en visitar cementerios podrá ya verlos vivir. Saber escribir sólo es la mitad. Saber leer es la otra mitad. Biblioteca es una colección de mitades.

* * *

Pero esto es así para que se propague la especie. Si la palabra estuviese completa con soltarla, sin que nadie la recibiese, ningún hombre se habría enamorado jamás.

* * *

He repasado varias veces, en el Génesis, la creación de Eva. "Dijo el Señor: no es bueno que el varón esté solo." Y siempre he vuelto a mirar aquel versículo con desconfianza de hombre hecho a las erratas. Quizá el original diría: "No es bueno que el varón hable solo."

* * *

"Cuando hables, piensa que los ángeles te escuchan", le decía su madre desde pequeño. Pero le perdió luego pensar que los ángeles no leen.

* * *

—¡Señorita escritora, qué vergüenza! ¡Todo el que quiera podrá tomar en la boca sus íntimas palabras!

—¿Pero ha pensado usted que esas son, de veras, mis íntimas palabras?

* * *

A lo femenino no le importa no darse a conocer. Descansa tranquilamente en lo profundo, bajo las aguas del silencio y de lo que llamamos incomprensión. Una mujer siempre es una princesa encantada.

* * *

Pero al hombre el silencio le exaspera. Sale todos los días, con el sentimiento hecho gesticulaciones, a buscar quien lo comprenda. Por eso escribe libros. Un libro siempre va buscando novia.

* * *

Pero, amigo Heine, ¿qué pretendida tendrá corazón para decirle que sí a un pobre libro?

* * *

Poeta lírico. Tiene una novia tan lejos que le escribe cartas cada día y aún no sabe si le habrá llegado la primera.

* * *

Escribir cartas y recibirlas—me refiero a esas que se abren de un desgarrón—desespera. Al fin es imposible que no sean pedazos de papel. ¡Yo no sé de dónde sacan naturalidad los carteros para entregarle a uno algunos sobres!

* * *

El lenguaje escrito es un trágala que imponen el tiempo y el espacio. También una venganza del hombre contra el espacio y el tiempo. Como todas las venganzas, no satisface jamás del todo.

* * *

Hablar es más claro que escribir. Lo que se escucha trae temperatura, tono, vivacidad. Corre como la luz por el espíritu y lo pulsa de tal manera que ya escuchar es responder.

* * *

Todos han comprobado esa singular dignidad de lo que suena. La música no discute nunca, pero convence siempre.

... (20-II-1943)

N O S O Y E S C R I T O R

ASI, como empiezan sus discursos los malos oradores, con esta frase en el pensamiento deben empezar su obra los buenos escritores. Porque pocas cosas hay más distantes de un escritor de verdad que un profesional de la literatura.

* * *

Efectivamente; un escritor no es un técnico. Es, como Quintiliano habría dicho, un hombre bueno que escribe bien. Lo que importa es no confundir un hombre bueno con un buen hombre.

* * *

Un hombre bueno que escribe bien. Por esto, a cada paso se da uno cuenta de la crisis de las letras. Escasea lo de "bien". Escasea lo de "escribe". Escasea lo de "bueno". Y escasea, sobre todo, lo de "hombre".

* * *

Mal deben andar en Rusia de soldados cuando movilizan milicianas. Y cuando tantas escritoras triunfan es que no andamos muy bien de escritores.

* * *

Claro es que todo esto ya lo dijo con menos palabras el último poeta que España ha tenido:

Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

* * *

El hombre que se propone ser escritor se desfigura. Ya sus libros serán diferentes de sus cartas. Estas, distintas de sus conversaciones. Sus palabras, otras que sus pensamientos. Y, sin embargo, esas posturas de quien, como un actor, se sitúa ante el público, pasan con la rapidez de modas. Sólo interesa perdurablemente lo sincero.

* * *

Claro que decir con sinceridad lo que se siente cuando lo que se siente vale la pena. No es éste el caso de algunas señoritas y señoritos que ponen en renglones largos y cortos los reconcomios de su mal llevada soledad sexual. Antes de escribir conviene pensar si lo que va a decirse estará mejor en las páginas de un libro que entre los anuncios por palabras de un periódico liberal.

* * *

Los libros, como las cartas, deberían llevar el nombre y dirección del remitente. Es la mínima responsabilidad que puede exigirse a un señor que remite cobrando el franqueo en vez de pagarlo.

* * *

Los escaparates hormiguean de libros chiquitines. A uno le humillan esos perfumados harapos. La librería parece un "boudoir". ¡Qué menopausia de las letras significan esos pequeños abortos, esos comprimidos de banalidad!

* * *

Los hay con pastas de seda. Los hay iluminados a mano. Dentro de poco los habrá perfumados con esencia de violetas. ¡Y sus abuelos fueron libros de monje, rituarios, becerros de atril catedralicio! También ellos son "fin de raza".

* * *

Son suaves, pesan pocos gramos, llevan ideas ligeras. Parecen símbolos de lujuria en el sentido latino de la palabra: "luxus, luxuria". Estas "luxuriae", a veces deliciosas, han sido la enfermedad mortal de las culturas.

* * *

Debería ponérseles una faja con este letrero: "Libritos para lectorcitos."

* * *

Uno dijo: "Yo soy escritor." Y el otro: "Yo leo mucho." Y sintieron una fuerte antipatía recíproca. ¿Por qué? Quizá éste leía mucho por no saber escribir. ¿Y aquél? Quizá escribía tanto porque no sabía leer...

* * *

La ingratitud es mala. Pero también son malas ciertas gratitudes. Cuando un escritor está agradecido al necio que le elogió, escribe cada necedad...

* * *

Uno se asombra de pensar qué anticuado está ya lo que se llamó modernismo. Pero se asombra más de que no lo sepan algunos editores, y tantos dibujantes, y tantísimos poetas.

* * *

El decoro intelectual de Francia, tan mantenido a través de abyecciones y derrotas nacionales, se ha atribuído a que en su enseñanza oficial los franceses conceden más atención a su idioma que a ninguna otra materia. Es un ejemplo. Y conviene

aprovechar y salvar lo mejor de los seres cuando van a morir. Heredar en vida al vecino agónico es a veces un imperativo de conciencia.

* * *

Y siempre, de conveniencia. Los mejores entre nuestros escritores de hoy—repáselos el lector "in mente"—son los que saben más castellano. El idioma tiene un alma. Como la de las mujeres, sólo a fuerza de pasión y de inteligencia se descubre. Pero está allí.

* * *

¡Qué tema de reflexiones el alma del idioma! Hay palabras que al pronunciarlas ennoblecen y otras que denigran. Si tu léxico es limpio, casi puedo asegurar que tu espíritu está en orden.

(12-XI-1942)

REGRESAR DEL INFIERNO

CUANDO por primera vez se inyectó en la hipodermis el contenido de la ampolla, no supo cuánto de impaciencia, egoísmo, locura, mendacidad, servidumbre y hastío le iba a traer la droga con que entonces vendó su sufrimiento.

* * *

Tampoco lo sospechó el escritor cuando las linotipias por vez primera pusieron en moldes de metal su primero y estremecido trabajo literario, su primera, extática descripción de un crepúsculo vespertino.

* * *

Si urbanidad manda no interrumpir cuando habla otro, y si sobre todo ordena no querer imponerse gritando más que los demás, hay que confesar que el escritor se hace pronto un mal educado. Sus libros van a los escaparates a interrumpir, a gritar más, a aumentar ejemplares y acaparar lectores como sea.

* * *

Después, suele hacerse algo peor que mal educado. Suele hacerse aburrido y cargante, porque el aplauso le invita a insistir. Y pierde poco a poco el inestimable empuje, cuidado y veracidad con que pintó su primer crepúsculo.

* * *

Peligrosa es la mar cuando se entusiasma. Entonces su feroz abrazo quiebra los navíos. Peligroso es el público literario. Aparentando acariciar, ahoga.

* * *

Este es un joven escritor que ahora prepara su tercer libro. Lo empieza con unas frases que sus amigos repiten a quien las quiere oír. Son frases soeces, obscenas y procaces.

Me apresuro a aclarar que estos tres adjetivos no son tres elogios.

* * *

Es menester semejante aclaración, porque hay quien se ciñe a lo sucio como tema literario con una perseverancia y cerrazón de especialista. Una grosería insuperable la juzgan éstos como una perfección lograda.

* * *

Creo que en el frente de Oviedo murió un escritor, rojo, naturalmente, de nombre Arconada, cuya especialización en esta materia nada dejaba que desear. Sudor, saliva, cerumen, ninguna secreción desagradable faltaba en las páginas de "Los pobres contra los ricos". Pero repito que era comunista y que murió en Oviedo.

* * *

Infiltrarse entre nosotros una afición literaria de este tipo sería desastroso. Y, sobre todo, que fuera a infiltrarse en un escritor joven, cuya pluma parece tan bien cortada como la mejor, de quien muchos esperamos que guíe, o que al menos impulse el alzamiento, tan esperado de las j ó v e n e s letras españolas.

* * *

Siquiera porque la vanidad de los otros nos molesta, procuremos no molestarles con la propia vanidad. Callémosla, como se calla el uso de algunos chismes de ortopedia, aunque nos sea muy útil.

* * *

Que, indudablemente, puede serlo. Y bien lo demuestra el ejemplo del más vanidoso de nuestros escritores, D. Eugenio d'Ors. Eugenio y su Demonio son Eugenio y su Espejo.

* * *

De esta vanidad especular han brotado mensajeros de eterna belleza. Al fin, Eugenio diría que se trata de una obra más del misterio trinitario. Un misterio que él encuentra difícil considerar como excepción, por esto mismo.

* * *

Ya sabemos que a lo que Sócrates llamaba Demonios él llama Angeles. Esta duplicidad de nombres contrapuestos invita a pensarlos, como son: Hermes Bifrontes, de caras contrarias. Cada carisma lleva a la espalda su tentación. Y cada tentación, su aprendizaje.

* * *

Vanidad es atender sólo a sí mismo; comprensión es atender sólo a lo ajeno. Yo creo que en D'Ors la vanidad va pegada a la comprensión, como el haz al envés de la moneda, como las dos caras de Hermes, fundidas por la nuca. Y que gracias a esto poseemos cosas como la doctrina de la Bien Plantada. Así, pues, loada sea.

* * *

El mismo nos ha contado el milagro menor y ejemplar del santo anacoreta que se las arregló para que los diablillos llegados a tentarle le construyeran su ermita. "Hágase el milagro —suelen decir rudamente en nuestra tierra—y hágalo el diablo."

* * *

Por lo demás, no se trata de una vanidad enteramente impúdica. Cuando ella anda en la danza, D'Ors acostumbra cubrirla con un velo tejido de dos letras: N. S. Que significan: "Nota Secreta."

* * *

No es que las dos letras formen una erizada reja de clausura. Más bien, como digo, un vélo simple, que hace el oficio de los siete famosos: señalar la desnudez. Pero el pudor queda a salvo, ¿no es cierto?

* * *

Eugenio tiene, pues, derecho a la vanidad. El escritor joven, no; todavía no. Hay que bajar a los infiernos, pero hay que volver de los infiernos. Pidamos que vuelva pronto de su cavérna de asesinos, tuberculosos y expósitos, porque en el mundo hay más, mucho más.

(21-VIII-1943)

O D I O Y T R A I C I O N

EL odio es como miel guardada en grandes tinajas, donde han caído muchos insectos y han ido disolviéndose. Así, el que cae derribado sobre el odio aleteará, vibrará, jadeará inútilmente hasta perecer en aquella implacable frialdad que, mientras, ni se ha estremecido siquiera.

* * *

Entre el cubierto y el plato, o entre la boca y el pan, cualquier poquito de miel hace hilos y redes, endureciéndose rápidamente, pringándolo todo. El odio pringa, aun de lejos, los dedos, y después de haber estado con quien odia, se deben lavar las manos.

* * *

El enodiado es como el endemoniado: gime, se agita, rechina los dientes, y con facilidad rebota por el suelo. Es como el endemoniado, porque da a un tiempo lástima y repulsión. Mas distingamos muy bien el enodiado del odiador.

* * *

El enodiado puede echar fuera la bestia que lo posee: quizá diciendo muchas veces "Te odio, ¡te odio!", igual que si hiciera una declaración de amor (pues el odio es igual que el amor, sólo que al revés), quedará libre de su mal.

* * *

Quizá también puede uno librarse de ese tirano describiéndolo. Es lo que estoy haciendo ahora mismo. Como los pueblos que dibujan al animal que temen. Como los tratados por psicoanálisis, que se curan expresando su dolencia. Como Goethe, que echaba fuera una pasión convirtiéndola en obra de arte.

* * *

(Por cierto, que toda esa sabiduría ancestral, goethiana y psicoanalítica está resumida en el verbo español "desahogarse", que se dice del que, sobrecogido por una pasión, la desgrana y expele con el habla.)

* * *

Pero estos remedios valen para quien está enodiado, picado o arrebatado del odio, mas no para los odiadores, para aquellos cuya sangre se ha hecho toda odio. El odio de estos últimos, como la caridad bien entendida, empieza por ellos mismos.

* * *

Ese refrán tan conocido lo dice de la caridad. De la amistad lo dijo Séneca: "Qui sibi amicus est, scito hunc amicum omnibus esse." Y del odio lo dijo Unamuno, acerca de ciertos hombres que cumplen al revés el divino precepto, "Odiando al prójimo como se odian a sí mismos".

* * *

La prueba, o, si queréis, el diagnóstico diferencial, está en que el que odia por accidente, grita y estalla en imprecaciones, como la enfermedad estalla en fiebre, convulsiones y quejidos. Mas aquel a quien el odio le es naturaleza, odia con naturalidad: frío, espeso, callado, como la tinaja de miel que para composición de lugar os proponía al principio.

* * *

Se recordará que la miel ha sido de antiguo emblema de amor. Se recordará lo de San Francisco de Sales: "Más moscas se cazan con una gota de miel que con un cántaro de vi-

nagre", etc. Lo mismo puede decirse del odio cuando va de caza.

* * *

Y aquí está el quid: el amor de buena calidad se parece a la miel. Mas el único odio de buena calidad—ese que he llamado odiar por accidente—se parece al vinagre. Y porque sean contrarios en todo, el amor malo y concupiscente se parece al vinagre por lo agrio, picante y agresivo. Mas el odio malo—ese que he llamado odiar por naturaleza—se parece a la miel por lo disfrazado y untuoso.

* * *

En atroz partenogénesis, el odio ha tenido, sin amor, una hija. Se llama traición. Toda de la sustancia de su padre, toda vuelta y sumida en su padre, la traición tiene al odio como alimento, placer, cama, vestido, vida, gloria, caricia y alegría.

* * *

Por igual el traidor odia la mano que le paga y la cerviz que al filo de su traición se troncha.

* * *

Por igual será el traidor odiado de aquellos a quienes traicionó y de aquellos a quienes su traición favorecía. Odiado de las cosas, de los hombres y de los ángeles, odiador de los ángeles, de los hombres y de las cosas; porque el odio es para el traidor la respiración natural. Mientras respire, odio será lo que respire.

* * *

Y porque esta mañana odié con toda mi alma a los traidores, quise echar fuera esta pasión, ya que no de otro modo, arrojándola por los puntos de la pluma.

—¿Pues no debe odiarse la traición? ¿No es propio de un ánimo noble detestar las cosas viles?

—No, amigos míos. No hay que odiar la traición. Hay que aplastarla.

(16-XI-1944)

EL ALUMNO DEL ARBOL

CUANTO las criaturas dicen es en algún modo verdadero y en algún modo lleva eternidad. Los árboles, por ejemplo, hablan con la suavidad, sosiego y decoro de buenos profesores. Conviene escuchar a éstos fuertes y verdes catedráticos.

* * *

Nunca dice cómo lo aprendió, dóndo lo supo ni qué trabajo o sufrimiento le costó lograrlo. Como el árbol, esconde las raíces.

* * *

No muestra siempre la virtud, ni siempre busca la sabiduría, ni ostenta ninguna de sus condiciones gravísimas. El centro de gravedad hay que llevarlo dentro. Como el árbol, suelta sus frutos sólo cuando es hora y sazón.

* * *

Lo demás del tiempo da alegre y fresca sombra, pura simpatía. Bien al revés de los que de continuo vierten el cántaro del consejo y sólo dejan rezumar al año una escuálida gota de ironía.

* * *

Ante la próspera fortuna, más bien se tapa. Ante la adversa, más bien se descubre. Al contrario qué las bestias. Como el árbol, escueto en el invierno, frondoso en el estío.

* * *

Nadie sabe el bullir del gusano en sus raíces. Todos oyen el gorjear del pájaro en sus ramas. Hasta este pudor el árbol se lo enseña.

* * *

Si apasionada mano le graba en el tronco flechas o corazones, endurece los dibujos con el relieve de su corteza. Así transforma en lápida la herida y procura, en cuanto es posible, elevar la pasión a forma duradera.

* * *

Se pudre el grano para ser espiga. La plenitud de la simiente no llegará porque se haga diez veces mayor, sino porque cambie y en este cambio muera. El superlativo vital de la semilla no es la semilla desmesurada, sino el árbol.

* * *

Del mismo modo en el despliegue de las potencias humanas. La Historia es el superlativo de la Política. Está preconfigurada en ella de tal modo, que la Política se alzará en Historia (aunque pasen miles de años, como por las semillas encerradas en las Pirámides) siempre que sea simiente viva y no cáscara vana.

* * *

Así también diríamos que la palabra Arte es el superlativo de la palabra Dicha (ejemplo, Goethe), como la palabra Amor es el superlativo de la palabra Vida.

* * *

Y como la bellota sólo importa porque va a ser árbol, la Política sólo cuenta si asciende a Historia, la Dicha sólo se merece si produce Arte, la Vida sólo vale si crece a Amor.

* * *

Para la sociedad era como el árbol para el bosque. En compañía, sí, pero con una particular especie de separación y res-

peto. Acompañarse, sí, pero no confundirse. Odiaba las plantas trepadoras.

* * *

Si hubiera sido amigo de Ramón de Basterra, pensaríamos que por la continuidad de su crecimiento se escribió: "Invoco la paciencia divina por madrina: quiero medrar con lenta parsimonia de encina." Verdaderamente, crecer importa más que saltar.

* * *

Si pudiéramos cortar de través el tronco de su memoria, hallaríamos muy bien ordenados los leñosos anillos concéntricos de cada año transcurrido, de cada estación pasada, de cada experiencia poseída. Por eso era tan firme.

* * *

Cambiar, como todo cuanto vive. Pero estar siempre allí, ser vigía y emblema de un punto de la creación, donde nos hallará indefectiblemente quien nos busque. De algún árbol debió de saber Bergson aquello de que la acción no consiste en montar en bicicleta.

* * *

Permanece el tronco robustísimo, pero las ramas oscilan gustosamente al capricho de la brisa. El árbol dice que el mejor penacho de la fortaleza es la amabilidad.

* * *

Tan orgulloso el árbol como los Emperadores, no se deja abatir sino por el huracán o por el hacha.

(4-XI-1944)

LA AMIGA Y LA ESPOSA

EL turista literario en España había conocido ya a "Xenius", el esteta; a "Azorín", el estilista; a Ridruejo y Rosales, que parecen ocupar las carteras ministeriales de la poesía; al corrillo de los jóvenes. Luego, alguien le presentó a Torrado, y el forastero inquirió:

—Y usted, ¿quién es?

—¿Yo? Yo soy el que recibe las bofetadas.

* * *

¿Cuántas veces habrán escrito ya la comedia del señorito rural que en la ciudad se ve preso por una de esas mujeres agudas, expertas y temibles que llaman mujeres fatales, mientras le aguarda en el pueblo, toda fidelidad y cariño, la novia que le destinan sus padres?

* * *

Pues ese drama se desarrolla también en el alto teatro del mundo. El hombre actual, ¿no es un señorito de pueblo? ¿No se disputan su corazón esta hembra con ojeras pintadas que se llama Cultura y aquella otra del refajo verde que se llama Naturaleza?

* * *

La Naturaleza es sencilla, sana y hermosa. Como toda mujer fea se ve obligada a inventarse atractivos frente a los

atractivos de las bellas, la Cultura ha tenido que inventar frente a la natural belleza "lo interesante".

* * *

La Naturaleza multiplica y la Cultura resta en el número de los vivientes. Me lo suele decir un maligno amigo, jurándome que las estadísticas acusan una mortalidad mucho más crecida de hombres que de animales. "Esto proviene—interpreta—de que hay más médicos que veterinarios."

* * *

Cada cual tiene perfilada por lo menos una definición de la Cultura. Elaboremos apresuradamente la nuestra: Cultura es lo que en las costumbres y saberes del hombre resulta entrañablemente externo a la Naturaleza; lo que, puesto en contacto con ella, demuestra en seguida su esencial alteridad, como el vidrio engrasado que no se moja al sumergirlo en el agua.

* * *

Esas dos cosas juntas, Naturaleza y Cultura, forman nuestro peculio. Lo que tenemos por nacimiento y lo que tenemos por adquisición. Lo que nos viene de la placenta y lo que nos viene de la sociedad. Ruinoso es renunciar a la educación. Peor todavía renunciar a la espontaneidad.

* * *

Nuestra riqueza es mayor cuanto más perfecta la armonía de estos bienes. También la Cultura corre milenariamente por la sangre, con glóbulos y hormonas, de generación en generación. También la Naturaleza está, hiedra secreta, medrando en el interior de los libros y de las estatuas inmortales. Esa suprema armonía de Naturaleza y Cultura se llama Civilización.

* * *

Volviendo al tema de la mujer del refajo y la mujer del "rimmel", la Cultura puede llamarse amiga con todas sus se-

ducciones infernales, con todas sus providenciales incitaciones, con su continuo riesgo.

Sólo la Naturaleza puede llamarse esposa.

* * *

El hombre que con dignidad y autoridad marital sabe conllevarlas, el hombre que logra el ideal de todos, a saber, amiga y esposa en una misma, naturaleza en su cultura y cultura en su naturaleza; ése es el varón civilizado.

(28-VIII-1943)

BIBLIOTECA PUBLICA

LA POLITICA NUESTRA DE CADA DIA

LI-TE-RA-TU-RA
CALIXTO LEE "SI"
LOS CABALLOS DE CARLOMAGNO
"¡SON IDIOTAS!"
PLUMA Y ESPADA
LAS NUECES DE GRENOBLE
PRESIDENTES EN LETRA CHICA
ELOGIO DEL REGIMEN DEMOCRATICO
DE NINOTCHKA A CHURCHILL
CORREDORES, FLORISTAS Y NEUTRALES
MEDITACION JUNTO A LA ESTATUA CAIDA

L I - T E - R A - T U - R A

HE aquí una revista, de la que callo el nombre para que su mención no se interprete como propaganda ni como insolencia. Es una publicación profesional de Medicina, editada con bastante lujo.

El número que tengo ante los ojos, fechado en este año de 1943, se abre con un artículo sobre literatura (cuatro páginas), unos poemas (cinco páginas), un trabajo sobre arte pictórico (ocho páginas). Vienen a continuación treinta y tres páginas reunidas bajo el título de "Sección social", con discursos, noticias, etc. Se ven luego veintidós páginas de sección amena, donde se hallan crónicas deportivas, crítica de teatros, plana taurina, fotografías de cine, artículos de honesto entretenimientos, modas, cocina y cuentos infantiles. Todo esto, si no me engaño, compone un total de SETENTA Y DOS páginas.

Además hay una sección científica, dedicada a Medicina puramente, que consta de DIEZ páginas.

Si esta revista, hecha por médicos y enderezada a los médicos pretende servir los gustos de los médicos, es fuerza pensar que entre las aficiones de éstos no cuenta demasiado la Medicina. Setenta y dos contra diez es un balance bastante claro.

¿Será, quizá, que no ha sido posible llenar las páginas de otro modo? ¿Será, quizá, que entre estudiar a Van Dick o estudiar el reumatismo poliarticular agudo, el español, aunque sea médico, opta por ocuparse de Van Dick? Esto sería extraordinariamente explicable, pero un tanto desalentador desde el punto de vista nacional y desde el punto de vista histórico.

* * *

En algún cinema de Madrid hemos visto no hace mucho películas de esas llamadas documentales, consagradas a divulgar la labor que se realiza en materia de obras públicas. Es de suponer que aún sigan proyectándose.

Una de estas cintas se refiere a edificaciones hidráulicas realizadas en el cauce de cierto río. Lo más interesante de ella es una presa que empantana agua, utilizándola para la producción de electricidad y para la regularización de riegos. Todavía tengo en el oído el sonsonete del locutor que explica las imágenes.

Un 30 ó 40 por 100 de estas imágenes capta el panorama del agua deslizándose por las rampas del aliviadero, rebasando en cascada las compuertas, estancada al pie de los árboles que marginan el pantano. El locutor comenta: "El agua resbala y huye en hermosos encajes blancos, donde la luz se deshace en los colores del iris. Sus mansas oleadas se coronan de pompas transparentes. Los cordones de espuma lanzan diminutas gotas que forman en el ambiente tenues nubecillas. El aire se refresca, los pulmones se ensanchan. La linfa cristalina trenza arabescos maravillosos y la corriente arranca de las piedras una canción paradisíaca...", etc., etc.

Otro 30 ó 40 por 100 de los cinegramas recoge aves, flores y animales. El locutor de esta película de propaganda de Obras Públicas continúa exaltándose: "Una bandada de palomas se pierde en el aire luminoso. Las rosas en sus tallos oscilan dulcemente. Entre su verde follaje hay traidoras espinas, pero la luz brilla en los suaves pétalos. Las vacas y las ternerillas se lanzan a beber, y el agua que chorrea de sus belfos...", etc., etc.

Lo que resta de película y lo que resta de minutos se dedica a fotografiar y describir la presa, el aliviadero, el acueducto. Pero no se ha olvidado retratar un perro, un gañán y un automóvil.

En una película acerca de las obras hidráulicas, ¿por qué no conceder un poco más de atención a las obras hidráulicas?

* * *

Este ejemplo de la distracción literaria en que a cada momento nos hundimos es primo hermano del que le antecede. Pero tú, lector, tienes otros muchos que aducir. No haré sino recordarte las revistas de electricidad, o de transportes, o de apicultura, o de filatelia, que dedican su primera página a un re-

trato del Caudillo; la segunda, a otro de José Antonio; la tercera, a un autógrafo del ministro del ramo; la cuarta, a un "¡Presentes!"; la quinta, a un soneto...

* * *

Nos infiltra y nos arrastra una invasión de literatura. Si es verdad que siempre nos tienta sacar los pies del plato, no es menos verdad que la tentación ahora se agudiza. Entre las actividades del espíritu, lo que está inmediatamente fuera del plato, es decir, de cada rama técnica o profesional, es la literatura. Y en esta charca literaria nadan cada día cuatro o cinco nuevos aficionados, con tanto peligro de ahogarse como de salpicar al espectador inofensivo. Todo tiende a resolverse con expedientes de literatura. Una discusión sobre economía se compone de un tiroteo de metáforas y concluye con un desprecio olímpico de la economía, la mar de espiritualista, pero la mar de ruinoso. Si se habla de política internacional, las autoridades sumas son Larra, Quintana o Lope, y los hechos que más interesa considerar son Lepanto, San Quintín o la Invencible. Es decir, lo literario y lo culterano, la Historia rancia amasada por eruditos y la nostalgia escondida en romances y serventesios parasitan, consumen, enmohecen una hora española donde no debiera brillar más sol que el de la eficacia, donde lo lírico debiera administrarse a las dosis puramente imprescindibles.

* * *

En conversación privada, algún amigo se ha extrañado de que mientras en Barcelona se celebraba un homenaje a Colón, el Caudillo se hallase en otra punto del país inaugurando una nueva línea ferroviaria. Su extrañeza me sirve de oportunidad para señalar este hecho como un hecho modelo, significativo y profundo. Es verdad que Colón descubrió América, y quizá sea también cierto que nació en Tortosa, o en Galicia, o en Argamasilla de Alba, o en Pueblonuevo del Terrible, o en cualquiera de esas poblaciones cuyo polvo levantan investigadores celosos. Descubrir América es una cosa muy importante, pero que desde entonces hayan transcurrido cuatrocientos cincuenta años es una cosa bastante banal. Si los Reyes Católicos se levantaran de sus tumbas, aun siendo parte tan interesada en

aquel respetable descubrimiento, verían con mucho más placer el nuevo tendido ferroviario que todas las oraciones encomiásticas que a diario les atufan, en el caso de que estos tufos puedan llegar hasta sus pituitarias respectivas.

Al menos durante los años que corren, es necesario que cada ciudadano haga diariamente su tarea de tal modo, que apenas le quede el preciso tiempo para pensar un poco en los muertos y otro poco en la belleza de las rosas. Nuestro himno dice todavía en tiempo futuro que volverá a reír la primavera.

(22-V-1943)

CALIXTO LEE "SI"

Sempronio.—Destemplado está ese laúd.

Calixto.—¿Cómo templará el destemplado? ¿Cómo sentirá el armonía aquel que consigo está tan discorde? ¿Aquel en quien la voluntad a la razón no obedece? ¿Quien tiene dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas, todo a una causa? Pero tañe y canta la más triste canción que sepas. ¿No me oyes? ¿Qué lees?

—Señor, miro el periódico de hoy.

—¿Qué dice ese papel?

—Este es el periódico "Sí", que está hoy escrito sólo por escritores jóvenes, compuesto de trabajos suyos que ya se publicaron antes y ellos escogen ahora para darlos reunidos como muestra de sí mismos.

—¿Qué ves en él que pueda divertirme de mi mal?

—No veo, señor, sino cosas que pueden acusaros de vuestro mal. Porque cuando prorrumpís en vuestros acostumbrados "Melibea siento, Melibea sueño, Melibea adoro", éstos, en quien la edad tanto justifica vuestro trance, parecen preferir cosas de sí mismos que no son, como las vuestras, amor. Diría que os aleccionan.

—¿Pues cómo? Explícame tu dicho.

—Ved que uno de estos escritos se llama "Contra los tristes", y otro se intitula "Morir no es lo peor": cantan la alegría y el heroísmo. Otros, cuyos nombres no cito porque la galantería no me obliga a más que a los mentados, cantan la Eternidad, la Milicia y la Marina. Otros, la Valentía. Este es un padre joven, y si lo vierais, os parecería aún más joven de lo que es: dice su orgullo de tener hijos. Como otro, que es soldado, dice el orgullo de serlo hasta escribir: "El que no ha sido soldado no puede ser hombre", petulancia que no perdonaríamos los que no militamos si no fuese porque en oca-

siones los hombres debemos perdonar la petulancia. Y otro, que ha combatido en Rusia, dice el orgullo de la División Azul.

—Todos los jóvenes están pasmados de sí mismos, orgullosos de su vida y de sus acciones particulares.

—Así es, señor. Mas de estos literatos jóvenes debiera esperarse que estuvieran orgullosos de su literatura. Y sin embargo, al escoger cada uno entre sus trabajos el que querían poner junto a los de sus compañeros, no han escogido los mejores escritos, ni las metáforas más bellas, ni las imágenes más logradas; no sus versos de amor ni sus recuerdos líricos. No han escogido literatura, sino moral. Aman cosas sobrehumanas.

—¿Y juzgas perfección amar tan fuera de Natura?

—No aman, Calixto, sino sobre Natura. ¿O es que piensas que cada uno no tendrá, como tú, insomnios, sueños, soliloquios, diálogos, arrebatos y desfallecimientos? Mas todo eso lo ven como cosa privada que ha de silenciarse; y no para ponerlo, como desvergonzados franceses, con toda su humillante claridad, en páginas de periódico; ni siquiera para llevarlo por la vida como tatuado en sus frentes y en sus palabras. Ellos proclaman la derrota de la luna, y no hablan de nardos ni de rosas, sino de ocasiones históricas perdidas, del alma de Castilla, de pueblos, de guerras y misiones, de servicio de Dios.

—¿Y no hablan, en su edad, de amor?

—Cuando hablan de amor, está en sus palabras más presente la paternidad que el goce. Ve, Calixto, cómo uno de estos artículos termina: "Fué frívola, mas hoy puede ser ya una novia triste, dolorida por el infortunio, pero cariñosa y honesta. Es decir, puede ser madre." Ve cómo otro dice: "Porque esto hemos sido: creadores de Historia, de Patria. Y esto hemos engendrado: hijos." Ve cómo otro, en diatriba contra una película reciente, escribe: "Rebeca es una criatura morbosa y despreciable: Rebeca no tiene hijos." Después de lo cual aduce las otras razones.

—Me aburriera y cansara cuanto dices, Sempronio, si no estuviese mientras hablas pensando en Melibea. ¿Viste tú los cabellos largos, crinados y resplandecientes? ¿Los ojos verdes, rasgados, los labios colorados y grosezuelos, las manos pequeñas en mediana manera, de dulce carne acompañadas...?

—Puesto que sea todo eso verdad, por ser tú hombre eres más digno.

—¿En qué?

—¿No has leído el filósofo, lo dice: "Así como la materia apetece a la forma, así la mujer al varón"? Señor, el mundo es materia; del hombre es darla forma y sentido, y dárselos se llama virilidad. Te digo que a éstos de hoy me atengo, que, como tú, tienen dentro del pecho aguijones, paz, guerra, tregua, amor, enemistad, injurias, pecados, sospechas. Mas, con todo, ponen en su apartado lugar, en su escondido hogar, la hoguera de sus afectos, y buscan, en la creadora acción de cada día, como uno de ellos dice, bregar para la gloria, morir para la inmortalidad.

(31-VII-1943)

LOS CABALLOS DE CARLOMAGNO

TODOS los años, el buen religioso desplegaba ante nuestros ojos infantiles el cuadro de la fe cristiana, con sus capítulos por el orden que se contienen en el Credo. Y todos los años, cuando llegaba a ocuparse de la resurrección de los muertos y de la vida perdurable, el buen religioso nos relataba, para hacernos ver los extravíos y cojeras que la imaginación humana padece cuando quiere representarse el cielo, la anécdota de los caballos de Carlomagno.

—El gran emperador Carlomagno—nos decía—estaba en cierta ocasión celebrando con los grandes de su Corte una victoria memorable. Relucía el palacio como un ascua de oro con el resplandor de los hachones y de los candelabros. Por detrás del palacio estaban las caballerizas, y en ellas iban congregándose las cabalgaduras de los cortesanos que acudían a la fiesta. Cuando los animales escuchaban desde abajo aquel estruendo de músicas y canciones, de vítores y brindis, de platos y de copas, se miraban unos a otros sorprendidos. Y el caballo favorito del Rey, más inteligente que los demás, dicen que pensaba para sí:

—¡Qué rica paja y qué sabrosa cebada deben de estar comiendo los amigos del Rey nuestro señor!

* * *

La aplicación que el buen religioso hacía de esta anécdota era clara y brillante: propendemos a considerar los goces que Dios nos tiene destinados de una manera tan baja y vulgar como si fueran goces de este mundo, y nos imaginamos la vida perdurable a semejanza de la vida de paja y cebada que llevamos en la tierra.

Pero, además de tan alta aplicación, la anécdota de los caballos imperiales tiene otras muchas. Medimos siempre a los demás con nuestras propias medidas, y juzgamos cuanto vemos según la estatura de nuestra mente personal, aunque lo que vemos—política, arte, ciencia, moral—esté infinitamente por encima de ellas; desde este punto de vista, los caballos de Carlomagno exhortan a la contrición y al respeto.

Pero desde otro punto de vista, sirven de consuelo, cuando alguien zahiere, ofende o estorba al que se mueve por un elevado designio, cuando alguien injustamente atribuye bajas motivaciones o roe la base de un acto de nobleza con el obtuso diente de la incomprensión; hay que pensar entonces que el ofensor se parece a aquellos inteligentes brutos, hay que alzar un tanto la mirada, seguir adelante y ya está: ya está, sin demasiada amargura, olvidada la injusticia y el ánimo restituído a su serenidad y eficacia primitiva. Para gobernantes, parece que puede ser útil ejemplo el de los caballos de Carlomagno.

* * *

Mas en esta ocasión la historia ha surgido a la mente llamada por una frase que publica con insistencia el semanario "Juventud". La frase es de José Stalin, Zar de Todas las Rusias y de Algunas Cuantas Más, y dice así: "Si alguna vez los caballos rusos penetran en Europa, no se detendrán en el Rhin más tiempo que el preciso para abrevar."

La expresión es evidentemente metafórica. Los caballos rusos se llaman Revolución; el Rhin simboliza Alemania. Abrevar la Revolución en Alemania, es decir, beberse el agua alemana, la industria, la masa, la técnica, la fuerza alemana, es un sueño largo tiempo acariciado por José Stalin. Nutrido con semejante sobrealimentación, parece que el animal revolucionario cobraría una potencia difícil de calcular. Y si pensaba detenerse lo puramente indispensable...

Aquí vuelven los caballos de Carlomagno, y perdone el lector. Un amigo, al servicio de cierta Embajada, me asegura que Stalin trae por delante la libertad religiosa, el régimen parlamentario, los derechos del hombre, el orden, la democracia y, en suma, las más recientes y saludables novedades. Mi amigo también es un corcel de Carlomagno, a su manera.

* * *

Stalin avanza por el Norte y por el Sur. Sobre el mapa se dibuja la sombra de un inmenso cascanueces, de un colosal cascaeuropas, una de cuyas mandíbulas baja raspando la estepa, mientras la otra oprime la tierra bereber con sangrientos crujidos. Pero, gracias a mi amigo, no importa. Pueden pasar los caballos de Stalin cuando gusten, que alegre y confiadamente les esperan, comiendo libertad, igualdad y fraternidad, sus compañeros afectísimos los caballos de Carlomagno.

(8-IV-1944)

"¡SON IDIOTAS!"

UN artículo publicado en el último número de "El Español", con la firma de R. Alvarez Molina y bajo el título "Las masas en el futuro de Europa", me trae a las mientes una anécdota de cuya autenticidad respondo como testigo. La anécdota, aparte retratar todo el carácter de Manuel Azaña, sirve como composición de lugar muy adecuada para reflexionar sobre el asunto del artículo: las "masas" frente a los "intelectuales".

* * *

El escenario es el campo de Comillas, y la ocasión el famoso mitin monstruo del Frente Popular que todavía recordarán muchos. Una inmensa extensión de terreno negreaba cubierta por el público a quien Azaña se dirigía desde una tribuna improvisada y fea, a cuya sombra los jóvenes comunistas colectaban dinero para pistolas, bajo el signo irónico de la Asociación Pro Niño. Multitud de altavoces distribuían los vocablos salivosos y aburridos de Azaña; fué aquella una de las ocasiones en que el famoso político habló con mayor frialdad y monotonía. A mitad del discurso, he aquí que del auditorio se alzan extraños rumores, una especie de protesta confusa y mansurrona; hay un momento de alarma, pero bien pronto llega la explicación: un mecánico informa a los de la tribuna de qué uno de los altavoces ha sufrido avería y no funciona, pero se ignora en qué sector ha tenido lugar el incidente. Se interrumpe Azaña, se entera, se enfada un poco y se vuelve al micrófono para dar cuenta de lo que sucede:

—Con objeto—grita—de averiguar cuál es el altavoz es-

tropeado, todos los que en este instante no me oigan deben levantar sus pañuelos.

Naturalmente, los que no oían la orden de D. Manuel se abstuvieron de obedecerla, y el campo permaneció tan negro como antes, Alguien hizo notar al orador la incongruencia de sus palabras; Azaña soltó una exclamación poco definible, se enfadó un poco más y se acercó al micrófono para rectificar su propia ligereza.

—¡Atención!—gritó—. ¡Atención! A fin de localizar la avería desde esta tribuna, es preciso que todos los que me oigan, todos los que me oigan correctamente, alcen sus pañuelos.

De golpe, la negrura de la multitud trocóse por un blanco agitado columbino y ardoroso, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Los que oían obedecieron, y los que no oían, viendo el ademán de los otros, les imitaron con entusiasmo, imaginando, sin duda, que se rendía una especie de homenaje al orador republicano.

Y fué entonces cuando Manuel Azaña, ante el fracaso de sus dos tentativas, llegó al tercer grado de su indignación. Volvióse de espaldas al pueblo clamoroso y escupió entre dientes:

—¡Son idiotas!...

* * *

Por lo demás. Manuel Azaña fué hombre de mucha finura literaria y sensitiva, que escribió una porción de páginas en las que paisajes de la tierra y de la cenestesia resultaban pintados con selectos colores. En otros términos, Azaña fué un "intelectual". Su huella histórica aquí está, en nuestras ruinas y cementerios, en nuestros rencores y quebrantos. No podía ser de otro modo. Cuando un hombre insulta a las "masas" porque no oyen unos altavoces que no suenan...

* * *

Y puede ser que este sea el punto central del problema de muchos intelectuales que van para robinsones y que cada día desprecian un poco más a una España que les parece sorda. El toque está en que los altavoces suenen, es decir, en que los hombres distinguidos dentro de su pueblo hablen a éste de manera que les pueda entender. Ahora mismo, una epicúrea grey de "intelectuales" pasta no sé qué hierbas extrañas por no sé

qué campos elíseos, mientras la grey popular come lo que puede y donde puede. De las toneladas de papel que inflan quioscos y librerías, apenas hay unas páginas escritas, sentidas ni pensadas para el pueblo. Y si el pueblo no se da por enterado de la "agonía intelectual" del poeta Gómez, ni de la "preocupación crucial" del insigne Mengánez, ni de las demás zarandajas de esos tiranuelos de la ilustración, no hay derecho a volverse de espaldas a ese pueblo mascullando: "¡Es idiota!" Porque, señor Azaña, señores intelectuales "preocupados", señores filósofos "agónicos", señores poetas "angustiados", señores ensayistas "exhaustivos", para entenderos a vosotros y para tomaros en serio, sí que hará falta quizá serlo irremisiblemente.

(8-VII-1944)

LAS NUECES DE GRENOBLE

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

LA noche del 15 de mayo de 1940, el generalísimo de los Ejércitos franceses envía al Gobierno un mensaje secreto. Como Paul Raynaud tiene dispuesto que no se le moleste para nada, es difícil encontrar quien se atreva a pasarle la nota. Por último, el ministro del Interior, Roy, se arriesga a hacerlo.

En ella, el generalísimo comunica que las fuerzas alemanas del Mosa han desbordado al noveno Ejército, al mando de Corap, y al segundo Ejército, mandado por Huntziger. "El frente ha "reventado"; es preciso que el Gobierno abandone París... Francia va a hundirse."

* * *

Al siguiente día, sesión en el Parlamento. Herriot preside. Barthe dialoga con él en voz baja:

—¿Eres tú quien quería evacuar París?

—No; es Reynaud quien ha dado la orden.

—¿Por escrito?

—¡Desde luego!

—¿Tienes tú el papel?

—Lo he tenido; no lo tengo ya.

—Pues búscalo. Hay que recuperarlo.

Herriot vuelve sus bolsillos, se palpa, se registra.

—No lo tengo.

Alguien tiene la feliz idea de buscar en el cesto de los papeles. Allí está la orden hecha trozos, que Herriot se guarda por lo que pueda servir.

Todo esto sucede así, discretamente, en voz baja. La realidad sonora—en todo Parlamento democrático hay que distin-

guir entre realidad callada y realidad sonora—es diferente. Raynaud está declamando desde la tribuna contra "las falsas noticias". Por la noche clamará desde la radio: "¡El Gobierno no ha pensado siquiera en evacuar París!"

Y el orden del día del Parlamento comprende un proyecto de ley, declarado DE EXTREMA URGENCIA, ¡sobre las nueces de Grenoble!

* * *

Es esto una anécdota parlamentaria más. Quizá tales anécdotas resulten ya cansadas, pasadas de moda. Todo el mundo sabe que Parlamento es un sitio en el que varios centenares de ciudadanos se ejercitan en tocar el violón, sólo que sin violón. Pero, ¿es que se toca el violón—sin violón—sólo en los Parlamentos? No. En todas partes cuecen habas. Habas o nueces de Grenoble.

* * *

El asesino francés André Marty acaba de publicar en "La Lucha Social", órgano del partido comunista de Africa del Norte, un llamamiento, al que pertenecen los siguientes párrafos:

"El formidable crecimiento de nuestras fuerzas durante las últimas semanas (Marty no exagera: el P. C. cuenta ya en el norte de Africa con 70.000 afiliados) debe decidirnos a preparar la toma del Poder en Africa del Norte, sin esperar a la liberación de la metrópoli. Es el más vivo deseo de nuestro camarada Stalin, que me ha sido personalmente expresado antes de mi reciente salida de Moscú. El genial jefe de Rusia desea ver implantada cuanto antes una República Soviética en Africa, que será el preludio de la Unión de las Repúblicas Soviéticas Europeas."

* * *

El mismo día que así habla en Africa el carnicero de Albacete, en Madrid me enseñan un folletito. De estos folletitos circulan varios modelos diferentes. Tienen de común el llevar alguna fotografía que recuerda a Rodolfo Valentino en sus buenos tiempos, cuando su caída de párpados abanicaba el rostro encendido de las damas de cuarenta años para arriba

y de sesenta kilos en adelante, que constituían las "fuerzas vivas" del público cinematográfico. Estos apuestos jóvenes, de los que hay, repito, varios ejemplares diferentes, utilizan en vez de apellido algunos números romanos. Todos ellos han recibido una esmerada educación, son dechados de afabilidad y cortesía, practican los más aristocráticos deportes, hablan y comprenden varios idiomas sin ayuda de intérprete ni diccionario. Tales prendas enloquecen al parecer a algunos españoles, que ni siquiera tienen la disculpa de ser señoras más allá de los cuarenta años y de los sesenta kilos.

* * *

Todo ello cuando por el norte europeo Rusia avanza, y por el sur africano los comunistas juzgan próxima la hora de quedarse con el Poder. Hablar y discutir mientras sobre apuestos, gallardos, bizarros y arrogantes principitos deportistas, ¿no es algo así como discutir en la Cámara de Diputados de una nación que sucumbe acerca de las nueces de Grenoble?

(13-XI-1943)

PRESIDENTES EN LETRA CHICA

BIBLIOTECA PUBLICA TARDIT

QUIERO hablarte hoy, amado niño, sobre la importancia que encierra para la Historia la letra pequeña. Has de saber que yo y los de mi edad estudiamos en el Bachillerato una asignatura que se llama Geografía e Historia Universal. Cómo esté constituído el Universo, y qué haya sucedido en él desde los tiempos más remotos hasta nuestros días es un tema de importancia tal, que justifica la dedicación de una asignatura completa, aunque quizá tus cortos años te inclinen a pensar de otro modo. En ese espacio de tiempo desfilaban ante nuestros ojos los pueblos con sus caudillos y banderas; las conquistas, los descubrimientos, las disputas religiosas, las revoluciones y los viajes; todo ello acompañado por la aritmética, el dibujo, la lengua francesa y la española. Repito que no era exageración consagrar a este aprendizaje un año entero, puesto que el año académico es más breve que el astronómico y está abreviado, además, por la obligación de holgar en fiestas y domingos, precepto que cumplíamos los de entonces con más celo y generosidad que los estudiantes de ahora.

Pues bien, quería decirte que nosotros ahondábamos en los misterios de la historia humana y de la geografía terrestre utilizando los libros del señor Moreno Espinosa. Estos libros mostraban sus páginas repartidas equitativamente en párrafos de letra gorda—"lo que se da"—y notas de letra chica—"lo que no se da"—. Como los libros eran gruesos, nuestra edad, corta, el curso, breve, y la inteligencia de los estudiantes, tierna, apenas leíamos otra cosa que la letra chica.

Aquella atrayente letra chica era una especie de sucesión de "¿Qué le dijo?". Allí se consignaba lo que le dijo Alejandro Magno a sus generales cuando estaba a punto de morir; lo que dijo Julio César a Bruto en el momento de ser asesinado;

lo que Castelar había dicho de Hipatia, y lo que dijo Lope de Vega de Felipe II, sin olvidar lo que dijo Quevedo al Conde-Duque.

Como tan sólo esto leíamos, los conocimientos míos y de mis compañeros sobre la historia de la humanidad se compendian en un agradable conjunto de anécdotas, chascarrillos y de respuestas prontas e ingeniosas. A punto fijo nosotros no sabemos qué hizo en política Calomarde; pero lo que no se nos borrará jamás de la memoria es aquello de "Manos blancas no ofenden", que dijo dicho señor cuando le soltó una bofetada famosa cierta reina española, que no recuerdo si fué Isabel la Católica, de venerada memoria, o doña Isabel II.

Imagina, ahora, tú—y a esto es a lo que yo iba—la importancia que tiene en un libro de historia la letra chica, capaz de moldear el criterio de generaciones enteras, destinadas, a su vez, a hacer historia y a pronunciar grandes frases para la ávida posteridad.

* * *

Ahora bien, mi querido amigo, tú le llevas a Herodoto la ventaja de leer periódicos, donde hallarás admirables fuentes para nutrir la letra chica de tu historia, que es, en fin de cuentas, lo que ha de darle interés, gusto y utilidad.

Para que puedas medir el valor de mis consideraciones, yo mismo he recortado para ti trozos de algunos diarios extranjeros y te los envío como práctica y convincente demostración.

Ve aquí estos fragmentos de un artículo que firma cierto señor Joseph Israels y que publica el "Saturday Evening Post" del 5 de diciembre último. Este primer párrafo que miras se refiere a un consejero de Roosevelt llamado Samuel Rosenmann. Advierte, amigo mío, que comentado y comentador llevan nombres briosamente hebraicos, lo cual tiene interés, puesto que la Historia en los tiempos presentes otorga una alta consideración a los estudios etnográficos. Pues bien, lee:

"Roosevelt le llama familiarmente Sam. Todas las disposiciones sobre industrias de guerra y servicios de información se elaboran en su despacho... Su amistad con el Presidente data de 1928. El fundó el trust de los cerebros... En la actualidad es muy frecuente que en la Conferencia de Prensa, cuando le preguntan a Roosevelt por alguna cosa en particular, responda: "Es Rosenmann quien se ocupa de ello."

Si en tu historia transcribes estas palabras, hijo mío, no será preciso más para que el lector siéntase picado de una noble curiosidad por conocer a ese Samuel Rosenmann, en quien el gran Presidente de los Estados Unidos deposita semejante confianza, con más intimidad y detalle. Pues bien, continúa leyendo y verás que en el mismo artículo te proporcionan un retrato del consejero digno de ponerse junto a las efigies que trazaba la pluma de Plutarco de los hombres antiguos:

"Rosenmann tiene cuarenta y seis años. Pesa cien kilos. Mide un metro con setenta. Goza de un apetito increíble. Pertenece a una familia de judíos ortodoxos."

* * *

También quiero insistir en lo dignas de atención que son las cuestiones etnográficas. Ya conoces a un consejero de Roosevelt y te has fijado en su nombre y apellido. Pues ahora vas a conocer a otro, al ministro de Comercio, Oscar Strauss, que te va a presentar el mismo periódico, en forma de sucedido. Resulta que en honor de este ministro de Comercio se ha dado un banquete, en el que el propio Presidente Roosevelt ha pronunciado unas palabras laudatorias. A su discurso pertenecen éstas, copiadas por el "Saturday":

"Lo escogí para el puesto que ocupa teniendo en cuenta que era el más inteligente, sin ocuparme en absoluto de sus ideas. Sin mirar tampoco a su raza."

Pues el banquero Jacob Schiff (sigue tomando nota de estos nombres y apellidos) asistía también al banquete y escuchó a Roosevelt con la mayor atención. Atención puramente cortés y decorativa, puesto que el bueno de Schiff padece una sordera comparable a la del muro de las lamentaciones. Cuando le tocó hablar, Jacob Schiff dijo, entre otras cosas:

"Me felicito de haber contribuído al nombramiento de Strauss. Roosevelt me había pedido que le escogiese, para hacerle ministro de Comercio, "al judío más inteligente". Yo, señores, le recomendé a Strauss, que fué encargado en seguida del puesto..."

Una vez más te recomiendo, mi bien amado discípulo, que todas estas cosas las hagas figurar en letra pequeña.

(6-III-1943)

ELOGIO DEL REGIMEN DEMOCRATICO

HIJO mío, he leído con mucho placer las cuartillas que me enviaste, pertenecientes a ese libro de historia contemporánea que tu pluma, todavía poco experta, pergeña con tan laudable afán. Me conmueve, sobre todo, que me envíes precisamente el capítulo dedicado a un tema tan de mi debilidad y de mi gusto como la Historia de los Estados Unidos de América. Para este pobre abuelo tuyo, que nació en tiempos de Lafayette, y que en las gratas revoluciones de su juventud secularizó frailes con la estaca en la mano, para este desvalido anciano que mamó a las ubres de Castelar el santo ideal del Progreso y que desde el púlpito de una iglesia de su provincia natal leyó a los fieles los párrafos más hermosos de Voltaire después de amordazar al cura, pocas cosas amables van quedando ya en la tierra. Un viento infernal barre las democracias, y apenas si subsiste a flote más que ese refugio transatlántico. Soy fiel a los Estados Unidos porque sigo obstinadamente fiel a las ideas de mi tiempo.

Por eso me conmueve hasta el sollozo tu delicadeza al escoger ese capítulo para ponerlo delante de mis ojos, presa ya de la catarata y de todos los males seniles. Pero has de admitirme, pequeño Salustio, que te haga una observación: no has comprendido bien el espíritu de la Democracia.

¿Cómo, si no, se explica que en las páginas de tu libro no recojas ni un solo discurso, ni una sola alocución, ni una sola siquiera de esas "interrupciones parlamentarias" en las que se funda y halla su mejor gloria un régimen liberal?

Has de saber que la Democracia es la más elevada de las fórmulas políticas, y la más humana de ellas, precisamente porque está edificada sobre el lenguaje, que es el atributo que levanta a los seres humanos por encima del bajo nivel de las

bestias y de las cosas. Hay regímenes políticos en los que "se hace" con el silencio más horrible, en todo iguales a las asociaciones que congregan a los seres desprovistos de razón. Mas la Democracia es el régimen político en que "se habla", lo cual es propio de personas y no está al alcance de los animales, aunque autores como Samaniego y el antiguo Esopo aseveren lo contrario. Hace años que en el Ateneo de mi provincia pronuncié un discurso desenvolviendo ampliamente esta tesis filosófica: nuestro ideal está en superar cada día a las bestias; debemos repugnar lo que ellas hacen y entregarnos cada vez a las actividades que ellas no son capaces de concebir siquiera, por la bajeza de su condición: publicar periódicos, encender lumbre, componer versos, fumar, hablar. Cuando las bestias lleguen a capacitarse para éstas acciones, nosotros inventaremos otras. Y en estas normas está la base moral del progreso y de la evolución.

El mismo Pi y Margall me felicitó por aquel discurso.

Yo recuerdo que en aquellos tiempos de mi juventud, mientras obcecados militares se iban a Cuba a dar y a recibir trompazos, los mejores cerebros del reino nos reuníamos en Ateneos y tertulias para cultivar la palabra. Ocasión había en que tan inflamados estábamos por la humana pasión de pronunciar vocablos, que hablábamos todos a la vez y ninguno escuchaba. Los vecinos y los transeúntes irrumpían en nuestras salas de sesiones y era hermoso verles cultivar con nosotros la noble facultad del lenguaje, con sonoro entusiasmo. Y de allí íbamos al sublime recinto llamado Parlamento (es decir, lugar donde se habla), y las vibraciones de nuestras laringes, recogidas por taquígrafos adiestrados al efecto, cobraban fuerza de obligar a la Nación entera, y hacían temblar en sus covachas a las tenebrosas fuerzas de la reacción. Cuando un hombre ponía en sus palabras el debido fuego, llegaba a presidente del Consejo de Ministros, o a Presidente de la República, si había República aquella semana.

Y todo por la pacífica y espiritual fuerza del lenguaje.

Pues bien; esto sucede hoy sólo en los Estados Unidos; y por no haberlo comprendido tú bien, tu Historia resulta un espejo empañado de la realidad. Citas hechos y no discursos, de manera que tu visión está incompleta y manca. Bien está que digas cómo son yanquis las armas con que se combate hoy en los cuatro continentes (para honra de la industria admira-

ble de ese país), cómo son yanquis los aviones que bombardean puertos y ciudades, cómo son yanquis los barcos y los aprestos militares que sobre ellos surcan los mares del planeta, cómo son yanquis los soldados que en sangrienta guerra conquistaron el norte de Africa, etc., etc. Bien está y es muy justa tu impresión de que el actual conflicto habría concluído mucho tiempo hace sin la poderosa y universal intervención de los Estados Unidos, militar, industrial y diplomática, de modo que si la guerra hace temblar el astro que habitamos se debe casi exclusivamente al trabajo infatigable de esa gran República.

Pero si no dices más que esto, aplicado doncel, has tratado a la gran República como si fuese un país totalitario, donde se vive de hechos y no de racionales discursos. ¿Imaginas, por ejemplo, que, gracias a tales cañones, y tanques, y aeroplanos, y ejércitos, ostenta el poder el ilustre Presidente Roosevelt? Pues te equivocas. Su fuerza no le viene de tan bajo origen, sino de lo que ha dicho, de lo que ha prometido una y otra vez a su pueblo, con la diafanidad de un lenguaje inequívoco.

Por ejemplo, el Presidente Roosevelt dijo al Congreso de su país en 21 de septiembre de 1939: "Nuestros actos deben guiarse por un solo pensamiento tenaz: impedir que América entre en esta guerra."

Ya te estoy viendo recordar la actividad desplegada por los emisarios de Roosevelt en todos los países americanos, coronado por el éxito de que una a una todas aquellas Repúblicas hayan ido participando en el conflicto, y apenas uno o dos de aquellos pueblos permanezcan todavía en paz. Pero dime, ¿qué importa eso, democráticamente pensando, si se compara con la palabra de un Presidente?

Roosevelt repetía al Congreso en 3 de enero del siguiente año: "Ya pasó el tiempo en que un partido político o un grupo particular cualquiera podía obtener y capturar el favor público rotulándose a sí mismo el bloque de la paz o el partido de la paz. Ese título pertenece a los Estados Unidos enteros y a toda persona de recto pensamiento, hombre, mujer o niño."

Y el 10 de julio, terminantemente: "No enviaremos a nuestros hombres a tomar parte en las guerras europeas."

Y el 2 de noviembre, en Cleveland: "El primer propósito de nuestra política exterior es mantener a nuestro país fuera de la guerra."

Pues bien, hijo mío, ¿cómo escribiendo la historia de una tal Democracia callas las palabras de un tal Presidente? ¿Por

qué haces esa historia brutal, con cifras de barcos, de aviones, de ametralladoras, de carros de combate? ¿Por qué no pones junto a tan sombrío espectáculo, como un aura de paz, siquiera retazos de discursos de ese hombre extraordinario?

Extraordinario digo, aparte otras razones, porque una cosa singular hay en la oratoria de Roosevelt, que no es frecuente hallar en la de ningún otro prohombre, por muy democrático que sea. Y es que, como vas a ver en el párrafo (de su discurso de Filadelfia, de 3 de octubre, próxima ya la gloriosa intervención de los EE. UU. en la guerra) que te copio a continuación, el gran Presidente dirige sus palabras no ya a los varones vigorosos y a las flacas mujeres, sino también a los tiernos infantes, a las débiles criaturas, adornadas de todas las gracias pueriles, a los mismos niños, en una palabra, que encantan nuestro corazón con su incipiente andar indeciso y con su palabra todavía insegura y balbuceadora:

"A todos los hombres, mujeres "y niños" de la Nación digo esto: Vuestro Presidente y vuestro Secretario de Estado siguen el camino de la paz. No nos estamos armando para una guerra extranjera. No nos estamos armando con propósitos de intervención o ayuda en guerras extranjeras. Repito de nuevo que me mantengo en la plataforma de nuestro partido: No participaremos en guerras extranjeras y, salvo en caso de ataque, no enviaremos a nuestro ejército ni a nuestras fuerzas aéreas o navales a combatir en tierras extranjeras, fuera de las Américas."

No naufragios ni bombardeos, no muertos ni heridos, amable niño, sino la incomparable hermosura de estas cosas constituye la auténtica historia de una Democracia. Te lo dice tu experimentado abuelo."

(10-IV-1943)

DE NINOTCHKA A CHURCHILL

¿RECORDAIS aquella famosa cinta cinematográfica que se se llamaba "Ninotchka"? Por mi parte, no la he podido olvidar. ¿Cómo olvidar una película anticomunista que casi me hizo simpático el comunismo?

Greta Garbo, en la primera mitad del argumento, era una chica apasionante. Con su gabardina, con su boinilla ladeada, con sus ademanes resueltos, aún me parece verla. Era una sobria, graciosa, enérgica y rebelde enviada de los bolcheviques al París capitalista. En la segunda mitad, Greta se convertía al capitalismo. Después de soltar las ideas que pudiera tener en la cabeza, se la tapaba con unos sombreros absurdos y cultivaba los gestos artificiales y aburridos de las cortesanas del hemisferio occidental. No sólo Greta Garbo sufría esta transformación, sino que tres ganapanes, enviados del Soviet como ella, se aficionaban progresivamente a las pantorrillas, a los puros y a los "cock-tails".

La película, concebida como un ataque al bolchevismo, me produjo una gran depresión. Santo Dios, ¿era aquello lo que el Occidente tiene que oponer a la revolución marxista? Frente a la labor ambiciosa, colosal y sangrienta de Lenin y Stalin, ¿se defiende la civilización con "culots", con medias de gasa, con borracheras y "maillots" abreviados?

Por fortuna, la Falange era la revolución en los dos frentes: contra el capitalismo y contra el bolchevismo. Todo lo que en nuestro tiempo representa alguna dignidad humana, ha tenido que combatir en dos frentes. Diríase que en este siglo el demonio se ha duplicado.

Gracias a estas reflexiones, "Ninotchka" no nos hizo ningún efecto grave. Simplemente nos suscitó una compasión depresiva para los que, entre dos mundos igualmente injustos,

irritantes y enfermos por igual, se ponen a escoger, éste sí, éste no, en vez de proclamar a grito herido: ¡No!

Han pasado años y se están esclareciendo muchas cosas. Por primera vez va a aparecer evidente quién "perdió el autobús" en los comienzos de esta guerra. Churchill pronuncia en los Comunes un discurso infinitamente instructivo, y nosotros recordamos una vez más la figura de "Ninotchka".

Porque el "premier", ocupándose de Grecia, en un ambiente de tempestad, ha declarado su guerra a las dictaduras extremistas que se disfrazan de amantes de la democracia; les ha dedicado mil ásperas ironías a ellas y a sus amigos, al mismo tiempo que Alexander saludaba a balazos a los luchadores del E. L. A. S. ¡La ruta del Imperio es sagrada!

Pero, ¿son esos pobres griegos quienes amenazan de verdad al Imperio británico? ¿Estará salvada la Gran Bretaña—de quien su primer ministro se ha conmiserado: "¡Pobre Inglaterra!"—con sólo que mueran el polvo cuatro hambrientos nietos de Pericles? No es, de seguro, un pueblo como Grecia quien obliga a poner en marcha los más sonoros y expeditivos recursos de la defensa británica. Se trata de un enemigo algo más importante.

Pues pasma mirar las armas que Churchill apresta contra los ataques de un enemigo que le acosa tanto por Bruselas como por Atenas. Pone en pie al anciano Papandreu, al viejecito Bonomi, y, sobre todo, las añosas doctrinas de Juan Jacobo Rousseau. Parece legítimo pensar que lo que priva en Grecia no es una simpatía entrañable hacia las tropas de Su Graciosa Majestad. ¿No resulta... entretenido pensar que poniéndoles en la mano—a los griegos, y a los "maquis" de Occidente, y a los desesperados de toda la Europa luctuosa—una papeleta de sufragio, van a quedar de pronto convertidos en pacíficos, correctos y cariñosos "gentlemen"?

¡Ay, que todo esto recuerda demasiado aquella película en la cual se desbravaba al oso bolchevique haciéndole catar unos "ginfizz" y lucir unos trajes de noche!

CORREDORES, FLORISTAS Y NEUTRALES

ESCRIBIR es un placer cuando se tiene inclinación a ello. Pero más goce todavía hay en leer lo que se ha escrito, puesto en letra de molde y con fragancia—sí, con fragancia—de tinta de imprimir.

Por eso nosotros felicitamos dos veces a Wenceslao Fernández Flórez. La primera felicitación, por haber escrito un artículo tan lleno de valentía, de densidad y de lógica, que brilla y corta a un tiempo, igual que los buenos golpes de una buena espada; nos referimos a "El castigo", publicado en "A B C" del sábado último. La segunda, más sorprendida y más entusiasta felicitación, se la enviamos por haber podido leer su artículo con esa fragancia que decíamos antes. ¡No es cosa de todos los días, ni mucho menos!

* * *

Es el artículo de Fernández Flórez la apostilla de un neutral a cierto aspecto de la guerra: el castigo de los tan traídos y llevados "culpables". Si quieren ustedes saber qué es eso de la neutralidad, imagínense asistir a una competición deportiva entre dos equipos, ninguno de los cuales cuenta con su decidida predilección. Sus comentarios de ustedes serán imparciales, lo cual no excluye interés ni calor. Una jugada fea les merece, por lo menos, un gesto de desagrado, tanto si la comete un bando como el otro. Una jugada hermosa reclamará su aplauso, igual si surge por una que por otra parte. La visión que ustedes gocen de lo que sucede en el campo resultará más clara, más leal y más profunda que la de un desaforado "hincha". Por otra parte, si los jugadores se enfrentan con alguna limpieza y elegancia de espíritu—esto es, si son jugadores o

combatientes y no atracadores—, preferirán mil veces un público correcto y neutral a un público entrometido y vociferante. Lo que está fuera de duda es que si cada diez minutos usted se echa al campo para levantar en hombros al vencedor de aquel instante y para dar puntapiés en las espinillas al que en aquel minuto tiene la suerte en contra, usted, señor mío, será... cualquier cosa menos un espectador neutral.

* * *

Alemania e Inglaterra se combaten hoy con un mínimo de nobleza y de gallardía, y también con un valor impresionante. Sufren las ciudades alemanas un bombardeo tan despiadado como ininterrumpido, desmoronándose Londres al envite cotidiano del V-1, y ninguno de los pueblos baja la frente ni aun para mirar sus heridas, sino que alienta y ayuda con admirable impavidez a sus soldados respectivos. Esto exige de los neutrales una pareja elevación. Inglaterra exhibe tradicionalmente, con más orgullo que ninguna otra de sus características nacionales, su resuelta preferencia por el "juego limpio". En cuanto a Alemania, difícil sería imaginar un juego más limpio que el que ha jugado en esta guerra. ¿No es justo que los espectadores "miremos limpio" también? Esta es cabalmente la fórmula de la neutralidad.

* * *

Conozco señores que en su huerto intelectual cuidan macizos de mirtos y laureles, cultivan rosas de todos los colores, claveles, clavellinas, narcisos, pensamientos, violetas y pomposos lirios, todo con miras al momento en que alguno de los contendientes acabe de ganar y sea posible alfombrar el camino de sus carros triunfales con el vegetal terciopelo de las corolas, con la molicie de la juncia y con el perfumado espliego. No parece que esto sea bueno ni malo desde el punto de vista de la neutralidad. Esto no pertenece realmente a la neutralidad, sino a la horticultura.

* * *

Mas algunos de estos repetables cultivadores se sienten de cuando en vez picados por una extraña fiebre. Entonces entran

a saco en su jardín, hacen acopio de verdor retórico y salen disparados hacia el campo de batalla. Si allí se encuentran con que los alemanes están avanzando velocísimamente a través de la Francia derrotada, pierden la respiración corriendo detrás de los germanos triunfadores, y les empenachan las torretas de los tanques con toda la verde impedimenta de sus entusiasmos. Pero si en otra salida resulta que son los aliados quienes reconquistan a paso de carga la tierra francesa, entonces los horticultores corren como locos tras las rodadas de los "jeeps", asfixian a fuerza de laureles a los soldados de Eisenhower y aun se les adelantan para pinchar con todos los aguijones y púas de que disponen a los alemanes en derrota.

Tampoco se me diga que esos ardorosos corredores practican la neutralidad. Si acaso, y ya es bastante benigna la hipótesis, practican el pedestrismo.

* * *

El artículo de Wenceslao Fernández Flórez ha llamado con fuertes aldabadas a las puertas de nuestro elogio y ha cosechado el aplauso de muchos lectores precisamente por esto: porque ha sabido distinguir con toda valentía y con toda claridad esas tres actitudes tan confundidas en la oscura mente de muchos publicistas, y tan dispares, sin embargo, que son la neutralidad, la horticultura y el pedestrismo.

(28-X-1944)

MEDITACION JUNTO A LA ESTATUA CAIDA

TODOS hemos visto caer al hombre de los grandes gestos sin una contorsión, sin un ex abrupto, sin un ademán de despedida. Le hemos visto caer recortándose sobre un telón de silencio, pleno, puro y perfecto como el cielo de mediodía, a esa meridiana hora en que derriban las estatuas. Con la integridad con que caen las estatuas. Con ese temblor del suelo —y nada más—con que se percibe el caer de las estatuas.

En el suelo está la cabeza romana vuelta al oriente. El hombro romano. El cuello erguido y el pecho romano, todo de piedra. Y también la mano que retiene el haz de los lictores y la aprieta al costado, con esa presión de majestad y de amor que forma la pasión suprema del Imperio.

Ahí está, con el destino de las estatuas. Se hunden en tierra y son alumbradas después, muchos años después, para pasmo, orgullo o ejemplo. Para salas de museo o para monumentos a la intemperie. Para curiosidad del historiador futuro, o para signo que el Emperador venidero erige sobre la ciudad metropolitana y sobre las ciudades conquistadas.

* * *

Un momento después, cuando ese temblor de la tierra percutida por el desplome de la estatua se extingue, las aves domésticas vuelven de su pavor y entre el polvo suscitado picotean otra vez. La gallina, sobresaltada; el pato, grotesco andarín; y el pavo que, medio presuntuoso, medio acatarrado, se rodea el cuello con su bufanda roja, grotesca y carnosa.

Se anuncian, para cuatro meses después que la guerra con-

cluya, elecciones. Ha tiempo que en Europa se permitió elegir entre Dios y el Demonio. ¿Podrían hacerse elecciones más auténticas que éstas que vivimos, en que el sufragio no va en trocitos de papel, sino que se lleva a las urnas en el propio cuerpo ofrecido a las balas, traspasado y caliente aún?

"Un bel morir tutta la vita onora." Es emocionante morir con esa frase en los labios. Se muere entre ruidosos aplausos y gritos de "bravissimo"! Luego, al fin del tercer acto, el actor se levanta y saluda repetidamente al público, mientras el telón sube y baja una y otra vez, contando los grados del éxito.

* * *

Ha caído. Un infinito asco y tristeza crispa manos de jóvenes héroes en todo el mundo. Las palabras gratas a corazón de hombre como insuperable caricia, las palabras que lo iluminan encendiéndolo y que pacifican el ánimo invitándole a la guerra, las tres palabras de cuya lumbre vivimos estaban puestas por él en sus banderas: CREER, OBEDECER, COMBATIR.

Entre risas y vino, los hombrecillos del arrabal se derraman por las calles de la ciudad luctuosa. El saco de Roma por los soldados de nuestro Carlos I fué horrible, pero no indigno. Ahora no son las águilas del César quienes aletean, sino los murciélagos del miedo.

Ser hombre es un esfuerzo. Un inmenso, duro, difícil y perseverante esfuerzo. Los hombrecitos del arrabal han podido presenciarlo, y están aún asustados de la experiencia. "Si alguien en algún rincón del mundo quiere aún ser hombre, ¡por Dios, no somos nosotros!"

* * *

El inventó la única verdad que podía salvarnos. Cuando el mundo de Occidente apenas encontraba—y así nos lo certificó en la película "Ninotchka"—contra el bolchevismo más armas que unos paquetes de serpentinas. Cuando el "confetti" de las democracias creía poderse enfrentar con los tanques rusos. Entonces, él recordó (Ferro iter aperiundum est) que con el hierro hay que abrir el camino; y él templó las armas contra las armas.

Desde él ya no había sino una cosa u otra. Un cerco de hierro y de armas apiñadas en torno a Dios, en torno "al honor, al amor, a la ternura y a la ironía". Y otro cerco de hierro en torno a Luzbel, que mata la luz de las almas de los suyos y los marca con estrellas rojas en el pecho, los viste de metal y los enciende de saña.

No había más que estas dos cosas, no hay más que estas dos cosas. Todo lo demás es mentira, borrachera o traición. Todo lo demás es distraer a los guerreros, persuadiéndoles de que ni la guerra es guerra, ni la muerte, muerte. Y a él no le vencieron las armas contrarias. Le echó al suelo ese ejército de vírgenes necias, ese ejército de aristocráticas podredumbres, ese ejército de mentecatos avisados que arrastran su vago nombre de l a s d e r e c h a s.

* * *

¿Qué odioso baile de pañuelos, con qué odiosa música enervante, con qué odiosa sonrisa de cobardía e inconsciencia se bailaba en Europa? En nuestro recuerdo están bien impresas las mudanzas de aquel baile:

El alto señor de belfo real toma el pañuelo y, describiendo un elegante giro, se lo entrega al otro caballero de bigotes teatrales. ("¡Viva la Dictablanda!", se gritaba fuera del salón.) El bailarín de los bigotes, tras otro giro, sonrisa y reverencia, se lo pasa al otro viejo de palabra dulzona, con botas charoladas. Y éste, igual de sonriente y reverente, lleva la prenda, con rítmica vuelta, al hinchado individuo de las gafas de concha, de la cara verrugosa, que se mueve con un contoneo equívoco y cruel. De él recogen el pañuelo los bailarines de la última serie, que allá, en el rincón, lo despliegan para sacar el puñal que llevaba dentro.

El rigodón concluye en una orgía de sangre, suciedad y blasfemia. Aún podemos traer a nuestra imaginación las imágenes sucesivas del Monarca, del General, del Presidente, del Político, y, al final, la del Metalúrgico Desconocido. Aún podemos ver en la pesadilla del recuerdo, uno por uno, los comparsas del baile. Y tocar nuestro fusil, el único amigo que encontramos al cabo de tantas cortesías.

* * *

Tocarlo con mano acariciadora y nerviosa, porque, medio apagadas, como filtradas por un tapiz, volvemos a escuchar las frases versallescas: "¿Dónde está el pañuelo, mi General..." "Andará por aquí, querido conde..." "Es preciso encontrarlo; se van perdiendo las costumbres de los bailes antiguos..."

Italia camina ya hacia la normalidad. Tras veinte años de opresión, en que conquistó un Imperio, en que vió nacer unas ciudades tras de otras, en que cincuenta naciones, congregadas en asamblea, tuvieron miedo del pueblo y de su jefe y no se atrevieron a tomar las armas para defender a Etiopía.

Alguien velaba para que esta opresión no se eternizase. Semejantes irregularidades no se repetirán ya, y el pueblo italiano vivirá, sin imperios, Etiopías ni ciudades nuevas, en régimen de p e r f e c t a n o r m a l i d a d .

* * *

No es de suponer que Mussolini dedique ahora el tiempo a la lectura de los libros de Carlos Federico. Cuando uno se ha hecho preceder por las hachas de los lictores, no interesan literaturas pitecantrópicas.

El pensamiento de Bruno acompañará a su padre. Que ahora, como en Carlos V, la condición de Emperador viene a desembocar en la condición de padre. "Hay hombres que tienen alas, Bruno. Y tú eras uno de ellos." Esto escribió Mussolini cuando murió su hijo.

Y las alas de Bruno aventarán desde arriba, para enviarlo al hombre que, sin tener fe, resucitó la fe de una civilización, un aire de esperanza. Hasta la hora, próxima ya, de la muerte.

* * *

Nosotros miramos todos estos espejos de desengaños, acariciando el fusil, que, como la estatua hoy caída, fué un día nuestro único amigo.

BIBLIOTECA PUBLICA

ESE SUPERLATIVO DE LA PALABRA POLITICA QUE ES LA PALABRA HISTORIA...

EDIFICIO DEL IMPERIO
NOTAS SOBRE LA VELOCIDAD
NAPOLEON O LOS INSTINTOS DEL IMPERIO
LA SANTA RUSIA, S. A.
LA RISA SIN NOMBRE
"IN TERRA PAX"
EL FUEGO
ALMA DEL "SWING"
MALALA Y MILILI
CONSUELO A ORTEGA Y GASSET
SIGMA DELTA PI
REFLEXIONES PARA EL AÑO ENTRANTE DE 5706

EDIFICIO DEL IMPERIO

SOY amigo de las definiciones antagónicas, de esas definiciones en que se contraponen dos seres para que el resplandor del uno evidencie la tiniebla del otro y la sombra del último recorte los perfiles del primero. Soy amigo de las definiciones antagónicas, porque la vida es milicia, la salvación es lucha y un conocimiento que combate conduce a la salvación y a la vida: a lo que no conduce un conocimiento que descansa. He aquí una definición antagónica: Democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo. Imperio es el gobierno del mundo por la Prudencia, la Justicia, la Fortaleza y la Templanza.

* * *

Soy amigo del conocimiento que se acompaña de representación, soy amigo del pensamiento que se viste con una imagen bien cortada y medida. Imagen es el resultado de la luz, y me gustan los pensamientos que se parecen a la luz, los que, como ella, dan por resultado una figura.

Este gusto mío trae buena estirpe española. La de San Ignacio, que en sus Ejercicios pone cada meditación presidida por una "composición de lugar"; es decir, por una imagen. Me emociona en este punto recordar que el español es el pueblo más imaginero de la tierra.

He aquí la imagen que miro pensando en el Imperio: un edificio formado por los elementos clásicos de la Arquitectura monumental: basas, columnas, bóveda. En número de tres las basas y las columnas. Número sagrado, número supremo del

supremo misterio de la Trinidad. Número Tres, opuesto al judaico, cabalístico número Siete.

* * *

Una base del edificio es filosófica. Sobre ella se alza, a modo de columna, la comunidad de destino de los hombres.

Todos estamos inmersos en un ambiente que nos penetra y empapa, con nuestra voluntad o contra ella. Igual que en las arterias la sangre, en corriente vital circula a través de hombres y pueblos un torrente de simpatía donde cada azar personal desagua y cada impulso se comunica a los otros. No sólo cuando la cabeza duele, sino cuando cualquier miembro sufre, el sufrimiento en alguna manera se extiende al cuerpo completo. Dolía en el último cambio de siglo el cáncer de un desarrollo monstruoso nacido en el estómago social de la industria, y el cuerpo de todos los pueblos se ha retorcido enfermo de intoxicación marxista, aun el de aquellos pueblos tan alejados como el nuestro de la angustiosa llaga industrial. ¿Qué importaba a Holanda o Noruega la disputa presente? ¿Por qué España durante centurias ha vivido en letargo, sino porque la sangre del mundo estaba cargada de humores contrarios a su peculiar forma de entender la vida, a su peculiar civilización? No puede un pueblo detenerse al margen del movimiento de otros, ni siquiera un hombre escoger libremente cuando su vecino ha escogido; de tal modo, que al someterse mi prójimo ya un poco de mi propia libertad se viene abajo, y cuando yo mismo me muero, un poco de la Humanidad entera arrastro conmigo.

* * *

La segunda columna del Imperio, erguida sobre una base metafísica, es la correspondencia entre lo natural y lo sobrenatural.

Como el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, la Naturaleza está hecha a imagen y semejanza del Espíritu. Ya por luz natural conocieron los antiguos que no son indiferentes a los dioses los actos de los hombres. Y en la historia de los imperios está semejante principio expresamente reconocido en el ceremonial de la coronación de los emperadores,

cuando los sacerdotes y el pueblo reclaman la presencia de Dios con la conciencia viva de que un designio sobrenatural va a infundirse en la Política y a darle un sentido que rebasa infinitamente los ámbitos de una tranquila, republicana convivencia. Y esto por intervención de una mano sagrada que unge; es decir, por algo que recuerda mucho una acción sobrenatural, un sacramento. Diríase que, abierto el techo, ha irrumpido en la escena, como en muchos cuadros de nuestra gran pintura, el Espíritu envuelto en nubes de gloria.

* * *

Claro es que para ello es precisa una fe capaz de romper los techos. En efecto, la tercera columna del Imperio descansa sobre una base teológica: el dogma de la Comunión de los Santos. En la teología católica, los méritos reunidos por los santos benefician a cada uno de los fieles, y por esto hasta el más pecador está personalmente interesado en la virtud de los mejores. La sangre del mártir lava incluso al que lo sacrifica. De modo semejante, en la doctrina del Imperio los que mandan ostentan su jerarquía sin el remordimiento e incomodidad que pudiera suscitar la oposición, con la serenidad de quien sabe que cada ciudadano, aunque sea disidente, aunque sea rebelde, aunque sea contrario, se beneficia de la virtud de sus acciones. Aun lapidados por el pueblo, el santo y el emperador están salvando al pueblo.

* * *

Filosofía, Metafísica y Teología suministran las basas del edificio del Imperio. En ellas se apoyan las tres columnas nombradas, y sobre éstas descansa la bóveda que a un tiempo protege y unifica el edificio: la Autoridad imperial.

(26-II-1944)

NOTAS SOBRE LA VELOCIDAD

UN lector me dice que el cuarto enemigo del alma es la velocidad, y me ruega que ponga comentarios a su pensamiento.

Así, de pronto, me parece que mi lector lleva razón. Después pienso que se trata de un tema digno de atenderse. Y luego, que mi lector ha dado certera expresión a uno de los problemas más vivos que el hombre que nace hoy se encuentra planteados.

* * *

Las personas simples suelen dividir la sucesión de los tiempos en dos grandes pedazos: antes y ahora. "Ahora" comprende el día de hoy, con sus costumbres, gustos y figuras, con su Rommel, con su Pasapoga, con su Lawrence Olivier. "Antes" comprende el Imperio Romano, el descubrimiento de América, los caldeos, las tribus bíblicas, Bécquer y Cánovas del Castillo.

Esta división resulta poco equitativa, pero, por lo que se refiere a la velocidad, bastante exacta. La velocidad es un hecho rigurosamente nuevo, que "antes" no existía, que en cincuenta años se ha creado y crecido hasta lo inverosímil. Los correos del general Prim corrían igual que los de Pericles, mientras que desde Prim acá la velocidad del hombre se ha multiplicado por diez y por veinte.

Nótese que existían de antiguo artilugios para conseguir la rapidez; tal la artillería. Pero hasta los tiempos que podemos llamar nuestros no se le ha ocurrido al hombre aplicarse a sí mismo velocidades de proyectil. Y entonces, rapidísima-

mente, todas sus cosas se han encrespado al viento de la velocidad.

* * *

Que todo esto sea enemigo del alma, como mi lector decía, no puede dudarse. El conocido libro de Alexis Carrel demuestra con estilo de experiencia médica cómo la inadaptación entre el tempo psíquico y el tempo de las máquinas se ha traducido por un incalculable aumento de las demencias. Cualquiera de nosotros lo advierte en su experiencia social. El alma no ha dominado la velocidad todavía, se tapa aún los oídos, se espanta, tiembla y no puede moverse con tanta prisa. No tenemos tiempo, corremos más que nunca y llegamos a menos sitios.

Hace pocos días me hallé en una reunión de escritores, de artistas y personas de ingenio. Observando silenciosamente me di cuenta de que se conversaba demasiado de prisa; el comentario a cada cosa era instantáneo; pero tenía esa especie de pobreza lamentable de la mujer que se ha vestido rápidamente; por ejemplo, noté que aquellos ingeniosos conversadores, como casi todos los que conversan hoy, no tenían tiempo de ir a buscar las palabras exactas, y se limitaban a coger los vocablos más próximos, las expresiones más fáciles. Estas expresiones eran exactamente cinco. Dos de ellas para las opiniones adversas: "De miedo" y "de espanto". Las otras tres desempeñaban el papel de elogios: "Bueno", "muy bueno", "buenísimo". ¡Imagínese qué rica sinfonía se obtiene con este piano de cinco teclas! En buenos y en espantables se clasifican libros, cuadros, acontecimientos históricos, medidas políticas, zapatos y versos.

* * *

Hay entablados combates entre el alma y la velocidad: por ejemplo, las películas europeas en que el espíritu procura animar rostros y luces, esas luces y esos rostros que en el cine americano se advierten hechos por un Dios que de tanta prisa como llevaba y de tan mal como la entendía se olvidó de soplar al muñeco de barro. Entre esas películas ejemplares recuerdo ahora "Oro en la montaña", "Viaje a Tilsit", "Manos liberadas". Y entre las que hoy se proyectan,

"Lydia". En esta línea existe una sola cinta española que yo sepa: "El escándalo".

Cito este ejemplo porque el cinematógrafo es el hecho cultural más importante de todos los tiempos.

* * *

Otra tentativa espiritual de ponerle guías a la velocidad ha tenido lugar en el campo de la política, y esto es más importante aún, pues la política viene a ser hija y madre a un tiempo de casi todas las actitudes humanas. Me refiero a ese hecho indestructible que provisionalmente se llama fascismo y que puede definirse como el espíritu operando en la política con la misma resolución, audacia, riesgo y rapidez que el avión sobre las nubes. No se han formulado los verdaderos principios metafísicos del fascismo, porque no había tiempo para ello. Todos los partidos fascistas del mundo lo han reconocido así al proclamar la máxima: "En el principio es la acción."

* * *

Ahora bien, un enemigo no es algo ante lo que hay que asustarse, sino algo que hay que dominar. El espíritu no tiene derecho a decir "muera la velocidad", ni "muera el demonio". Mundo, demonio, carne y velocidad son fieras a las que domesticar es preciso y matar no es posible. Yo espero que pongan manos a la obra los que están en obligación de domar a los demonios; que pongan manos a la obra los teólogos y que sepan situar el alma en las condiciones óptimas para manejar la velocidad. Hay un modo, sin duda alguna, de dar gloria a Dios con cientos de aviones; como ese modo no está manifiesto aún, la velocidad sigue siendo un enemigo del alma, los bombarderos siguen siendo un instrumento del demonio. Esperamos, en suma, que los hombres aptos para ello sepan formar e imponer una moral del heroísmo motorizado, un honor de los aviadores, superponible al honor de los caballeros antiguos. Hace falta educar a las juventudes del mundo en el ideal de castos Amadises del aire, de la tierra y del mar. La palabra desarme que ahora se repite antes y después de cada guerra significa, bien lo tenemos visto, rearme. Hace falta una carrera de armamentos en la moral para este hombre de nuestro siglo que vive a la carrera.

(15-I-1944)

NAPOLEON O LOS INSTINTOS DEL IMPERIO

EL SENADO, LA MUJER Y EL SINVERGÜENZA

COMO figuras de mitología, tres instintos hay que vuelan a pegar sus bocas a los oídos de Napoleón Bonaparte, mascullándole oscuras palabras de invitación.

"Grande hombre, acabad vuestra obra, hacedla inmortal." Así exhortan los senadores de Francia al primer cónsul para que se corone emperador. La consagración no va a añadir eficacia alguna a la persona de Bonaparte, puesto que el cónsul vitalicio ostenta ya prácticamente la totalidad del poder. Pero tampoco parece que vaya a añadirle prestigio, porque no puede satisfacer al pueblo ni a los guías de una democracia recién nacida entre pañales sangrientos, que se siente vivir por el designio de dar fin a todos los despotismos de la tierra, de extinguir todas las miserias sociales del mundo y de empapar el planeta valetudinario con los buenos, jóvenes y robustos zumos de la libertad. Contra la razón y contra la convicción, el instinto hace hablar al Senado francés, como en la antigüedad podía hacer elocuentes las fauces de algún animal privilegiado.

Josefina, acariciando al cónsul con sus manos color de trópico, le dice: "Por favor, Bonaparte, no te hagas rey. No escuches a esa mala persona de Luciano, que te empuja." Estas palabras pone el segundo instinto en labios de Josefina, que con un miedo casi doloroso rechaza el rango de emperatriz, cuando la razón dice que si el Senado republicano no debe solicitar el Imperio, una mujer no puede repugnar la gloria de ver en redor los espinazos torcidos, ni la solemnidad semili-

túrgica de las grandes trompetas a su paso, ni la galantería y el ingenio de las recepciones diplomáticas casi sacerdotales.

"Esa mala persona de Luciano" empuja, en efecto, a Bonaparte, como le empujan otros de su familia, movidos por un tercer instinto mucho más vulgar. Luciano Bonaparte supo ser embajador en España, dando un hermoso ejemplo de cómo es posible forrarse de oro entre las delicias de una Corte embobada. Luis y José conocen también el grato sabor de ese enemigo del alma que se llama mundo, y la posibilidad de repartírselo amigablemente les cautiva.

EL VUELO DE LAS AGUILAS

Paul Louis Courier se indignaba: "¡Que un hombre como él quiera que le llamen Majestad! ¡Ser Bonaparte y hacerse llamar Señor! ¡Qué empeño por rebajarse!"

El jacobino no concebía nada más grande que ser el ciudadano encargado de vencer a los enemigos. Pero el hombre que vence como un león quiere todavía volar como un águila. No le basta ser el dueño absoluto del momento, del año o de la vida. El "mare tenebrosum" del tiempo que va a venir y del tiempo que ha pasado le atrae angustiosamente, bajo figura de eternidad, como las estrellas sobre las olas tiran del corazón al navegante.

Napoleón ha resuelto coronarse, y va a tender así un brazo hacia el pasado y otro hacia el futuro, en un pavoroso desperezo de la sed de ser que enciende la ambición de lo eterno en los miembros mortales.

Son muy curiosos algunos detalles del paralelismo entre la empresa napoleónica y la empresa hitleriana. Igual concepción de Europa contra Inglaterra, igual obsesionada atención a la enorme Rusia. Napoleón llevó la guerra a las pirámides, y su decreto de bloqueo contra las islas Británicas está fechado en Berlín. Bonaparte, como el III Reich, busca su antecedente en Carlomagno. Y piensa coronarse emperador hereditario en Aquisgrán. ¡Emperadora su sangre para siempre, ungida en la sede de los reyes carolingios, cuyas piedras desde siempre conocen el contacto de la Majestad! ¡Todos los tiempos bajo una letra orlada de laurel: "N"!

Pero ¿qué sueños está abrigando el bandolero genial, el

condotiero que ni siquiera pertenece por su familia, por su nombre ni por su nación a la tradicional comunidad francesa? ¿Qué tiene que ver con el Sagrado Romano Imperio el "Robespierre a caballo", el cachorro de la revolución soez y desharrapada? ¿Ni qué le importan a él, que por asalto ha tomado la Historia con alegre deportividad en la primera ocasión en que los reyes han cedido su puesto a los aficionados, la pompa y las costumbres un poco irreales de esos mismos reyes?

En el propio Napoleón se agita también algo contradictorio, emocionante y enigmático; se agita también un instinto.

LA FIESTA LAMENTABLE

Y la noche de la coronación no hubo en París luminarias, ni se levantaron arcos triunfales, ni sonó el bullicio de los festejos. Como el Emperador no creía en el Sacramento, había tenido que recibir la diadema sin comulgar, lo cual la despojaba de toda su fuerza intemporal, de verdad y de gracia. Como el Pontífice, por su parte, no podía coronar emperatriz a una concubina, tuvo que casarse Bonaparte con Josefina a escondidas, a regañadientes.

Es conmovedor este querer subir las gradas sin creer demasiado en lo que hay arriba, con el corazón movido por una fuerza ajena a la persona, por una fuerza callada y tenaz como la naturaleza. Es conmovedor por lo que tiene de impotencia, de ilusión, casi de farsa.

Los consejeros tartamudean aprendiendo el nuevo tratamiento: "Ciudadano Bonap... Majestad." No les iba bien aquello. A él tampoco. Beethoven, que le había dedicado su "Tercera Sinfonía", cambia el texto al enterarse de la coronación: "Sinfonía heroica para celebrar el recuerdo de un grande hombre." Nada más, con decepción afectuosa.

En el momento más solemne, Napoleón, inclinándose a Luciano, le había dicho una frase de emoción doméstica, casi pueril: "¡Si papá nos viese...!"

Y esto es todo. El mito tiranicida y libertario estaba demasiado fresco para que apareciese congruente que aquel "corso lacio" vistiera de pronto el manto de armiño y se sintiera de pronto nieto del buen rey de la Barba Florida.

CLAVE DE LOS INSTINTOS

El instinto de Luciano se llama Codicia. El de Josefina se llama Sensibilidad. El del Senado y el de Napoleón mismo son ya otra cosa. Significan que Francia es Europa todavía y que 1800 es todavía civilización.

Hay unas deidades altas, frías y firmes como estatuas, que se llaman Instituciones. Igual que por inexorable ley de biología el individuo paga su tributo a la especie, so pena de locura, igual el hombre de Occidente, so pena de anarquía, ha de pagar a estas deidades su tributo. En las sociedades, ellas permanecen y lo demás transcurre. Cuanto al cabo de los siglos resucita, es porque vivió latiendo en ellas. Son columnas. Sin ellas, ni nuestros edificios duran, ni nuestras actitudes permanecen. Porque el instinto de Europa es así, la Cultura, una e indivisible, es así, y, en fin de cuentas, la inteligencia del hombre es así; de tal manera, que las Instituciones vuelven a desplegar su presencia quince años después de que la Gran Revolución piensa haberlas pulverizado.

Un día, en Italia, un granadero dijo a Napoleón, rompiendo a bayonetazos contra los austríacos: "¿No querías gloria, caporal? ¡Pues te vamos a hartar de ella!" Así Napoleón ha respirado a pulmón pleno la atmósfera enloquecedora de los triunfos y ha vivido las más formidables emociones. Y, sin embargo, ha de decir, próxima su muerte: "Mi verdadera gloria no está en haber ganado cuarenta batallas. Mi código civil es quién salvará a Francia, mi verdadero título ante la posteridad."

Nosotros creemos firmemente que nada valen las victorias de un hombre si no traen algo institucional, algo de valor para los otros hombres y para los otros tiempos.

Esto creemos en Europa. Por eso aquella Francia, que es Europa todavía, cuando acaba de encontrarse con la democracia en las manos, la tira y solicita el Imperio: "¡Haced vuestra obra inmortal!" Y por eso el descreído Napoleón, que también es Europa, arrebata de las manos del sucesor de Pedro la corona sagrada y murmura entre dientes: "¡El cielo me la dió, y ay de quien la toque!"

Mientras el Pontífice pronuncia las grandes, solemnes y estremecedoras palabras: "Vivat imperator in eternum!"

(23-I-1943)

LA SANTA RUSIA, S. A.

ACABAMOS de repasar una gran novela revolucionaria del tiempo de incubación de la revolución bolchévique: "Sacha Yegulev". La potencia de la Rusia roja, que tantas veces nos ha sorprendido durmiendo sobre las plumas de una tranquilizadora propaganda antisoviética, demasiado tranquilizadora y demasiado caricatural; el vigor comunista que en esta guerra nos sorprende una vez más, después de habernos dejado engañar alegremente por la guerra de máscaras de Finlandia, nos habrían sorprendido menos si hubiésemos leído con más atención la vez primera "Sacha Yegulev", historia del joven virgen que "por serlo" fué elegido por los revolucionarios para mano armada y asesina, para tea de la revolución contra gobernadores, militares y terratenientes. El melancólico ciclista que catequizó a Yegulev para la revolución acabó por descubrirle que él mismo, cargado de vicios, no podía disparar sobre los burgueses de una manera grata al Señor. Una subversión que escoge al joven Sacha y le dice: "Tú, que no has pecado, serás mi caudillo para el incendio y para el crimen", lleva en sí un formidable germen de eficacia histórica. Sobre todo si, además de comportar tan raro misticismo, se siembra en un pueblo cuyos sueños están presididos por tan extraña imagen como una especie de colectiva canonización: "La Santa Rusia."

A lectores de todo el mundo ha estremecido, con prestigios casi de Evangelio actual, la última escena del relato. Cuando Sacha, capturado y fusilado en la plaza de la aldea, queda amarrado a la estaca, con la mejilla adolescente abierta a balazos, y por el agujero se ven los dientes intactos y nítidos del joven que no pecó.

* * *

Cuando fué escrita la historia de Sacha, todavía se cantaba en Rusia la canción del viejo serbal, ese árbol cuya fruta se come madurada entre paja, fruta dulce, viscosa, familiar, clásica e inverniza como el dátil; cuyas hojas leves y plateadas vibran en la brisa como las hojas de los álamos blancos de los ríos nuestros. Todavía los revolucionarios de Yegulev se regocijaban contando en su guarida del bosque la historia del hombre tan fuerte que cogiéndose por las orejas se levantaba a sí mismo en el aire. Chiste y poesía llenos de arcádica inocencia, llenos, a su modo, de religiosidad. Como el último ensayo de un Juan Jacobo que, desengañado de lagos ginebrinos, se retira detrás de San Petersburgo, más allá de la civilización, donde el Pacto social se ha olvidado un poco.

Religiosidad, o al menos misticismo, había sin duda en esto. Un monstruo enorme, sonriente y lleno de cuajarones de sangre recorre el mundo: "Nosotros le llamamos camarada", contaba Rafael Alberti. También le cantaban los comunistas catalanes con estrofas de un platonismo inesperado, que raya y aun rasca la cursilería: "Lluiteu, lluiteu, fins que la bola del món esclati a dins del nostre cor." Todavía en la guerra, "El Socialista" insertaba los "Episodios Nacionales", y su Redacción de seminaristas apóstatas prometía la salvación eterna y los goces de la Corte Celestial a los metalúrgicos que muriesen de cara al fascismo, en Somosierra, recitando las jaculatorias de la "Pasionaria" o de Jesús Hernández.

* * *

Pero nuestros revolucionarios andaban un poco atrasados de noticias. Cuando en el Centro Espiritista "Evolución" conversaban con un Jesucristo y con un San Juan obedientes a las impertinencias del velador trípode, cuando contaban entre sus secuaces algún que otro cura mujeriego y lo exhibían como símbolo del cristianismo marxista, hacía muchos años que en Rusia no se cantaba el poema del viejo "serbal", sino el "Himno de la mecanización", con pasajes como aquel de "nuestro Dios es la máquina, nuestra hostia el engranaje", notable traducción de nuestro "comulgar con ruedas de molino", que acá juzgamos devoción de imbéciles. Sólo que allá comulgaban no ya con piedra labrada, sino con enormes turbinas de acero al wolframio.

La revolución había nacido místicamente, religiosamente,

porque sin un sentimiento religioso nada ha acontecido en el mundo que se pueda recordar. Mas sobre tal base, los judíos habían instalado un inmenso negocio, como aquella Bolsa de bueyes, palomas y corderos que tenían montada en el templo de Jerusalén. El creador de "Sacha" había muerto, asesinado según parece, en 1922. La Santa Rusia se había convertido en una Sociedad Anónima, donde oro, petróleo y manufacturas se producían y guardaban en un enorme reservorio, el más seguro y secreto del capital judío. Era preciso que el campesino adorase la máquina para aumentar el rendimiento. Y era preciso borrar mientras muchas cosas: de 1938 a 1941, los sucesores del joven virgen y grato al Señor fundaron en Rusia 115.477 células "Sin Dios", con 3,5 millones de afiliados. Las Ediciones Antirreligiosas de Moscú habían publicado 1.800 obras, con un total de 140 millones de ejemplares. La producción rendida por esos hombres concienzudamente reducidos a la condición de bielas alcanzó los límites increíbles que la guerra ha venido a destapar.

* * *

Ahora Moscú ha disuelto la Internacional, con lo cual el Labour Party se envalentona hasta negar la entrada en sus filas al "gran monstruo que recorre el mundo". Los judíos quitan de en medio su tinglado, porque el dinero invertido en "La Santa Rusia, S. A." les interesa menos que el que mueve las fábricas de los Estados Unidos de América del Norte.

Y la unión de los proletarios del mundo, que ellos gustaban de llamar "el Gran Experimento", ha venido a parar en un enorme fraude histórico, en un gigantesco timo, cuyas víctimas, como en el timo del sobre o en el timo del entierro, han sido los palurdos. Los palurdos de todos los países, despanzurrados por la metralla, atravesados por las armas policíacas, recluídos en cárceles y campos de concentración, rechazados por el Labour Party.

El Tarsicio rojo, el Sacha de la novela proselitista, no habría querido saber nada de estas cosas.

(10-VII-1943)

LA RISA SIN NOMBRE

LA palabra vate es la raíz de vaticinar. Vate es el que adivina, el que profetiza, el que conoce hondamente. Los poetas profetizan. Enrique Heine era un vate alemán.

Ya están próximos a cumplirse los ciento cincuenta años de su nacimiento. ¿Vaticinó? ¿Vaticinaba Heine cuando estaba escribiendo "Doña Clara"?

Heine era aficionado a las romancescas cosas españolas: la torva Inquisición, los caballeros, los moriscos, el ardor y el misterio de nuestras mezcladas razas. "Doña Clara" es una leyenda española.

* * *

En la leyenda la hija del alcaide se pasea por el jardín. Le cansan las danzas y la música, los madrigales vehementes y conceptuosos, las fiestas y la compañía. Todo le cansa desde que, al resplandor de las estrellas, ha visto al caballero desconocido cuya canción la reclama cada noche al pie de la ventana. El caballero erguido, de negros ojos, cara noble y pálida, que en la imaginación de Doña Clara tiene la fuerza ingenua, pura e invencible de un San Jorge.

Y cuando la doncella piensa en él paseándose por el jardín, él mismo comparece, y ambos al claro de luna, trenzadas las manos, reciben la caricia del céfiro y el saludo de las rosas.

—¿Por qué enrojeces así, mi bienamada?

—Me pican los mosquitos—responde la doncella, movidos sus labios por la ironía de Heine—, los mosquitos de verano, tan odiosos como enjambres de judíos de narices largas.

—Dejemos los mosquitos y los judíos, bienamada. Los al-

mendros en flor siembran sus blancos copos perfumados. ¿Es mío tu corazón entero?

—Tuyo es. Te lo juro por el Salvador, a quien los traidores judíos crucificaron.

—Dejemos el Salvador y los judíos. Si tus palabras fuesen falsas...

—No son falsas, bienamado. En mi sangre no hay gota de sangre de mentirosos moros ni de malditos judíos, y siempre digo verdad.

—Dejemos los moros y los judíos—repitió el caballero. La rodeó tiernamente y la llevó bajo los mirtos, donde el ruiseñor vertía su epitalamio. Y en minúscula procesión de antorchas, los gusanos de luz vagaron por la hierba.

Sones de címbalos y trompetas llamaron a Doña Clara.

—Antes de separarnos, bienamado, dime tu nombre querido qué me callaste siempre.

Y el caballero, sonriendo serenamente, besó la frente de la dama, sus dedos y sus labios, y pronunció:

—Yo soy, señora, el hijo del docto y glorioso Isaac-ben-Israel, gran rabino de la Sinagoga de Zaragoza.

* * *

Quizá en este relato quiso recoger Enrique Heine la tristeza y nostalgia, el lírico rencor del pueblo errabundo, que siempre aguarda, que siempre sufre y sueña. Su esperanza y su desesperación, pasadas por el alma del ruiseñor alemán abrillantadas en crisoles de resignación y de desgracia.

¿Nada más? ¿Nada más que dulce y sentimental literatura? ¿Nada más qué romanticismo?

* * *

En los "Anales franco-alemanes", periódico amigo de Heine, encontramos escribiendo a Federico Engels. Un joven periodista alemán, huído de su patria, se refugió en París; Heine le introdujo en la redacción de los "Anales": se llamaba Carlos Marx. En la misma revista encontró su lugar un tercer amigo de Heine, quizá su amigo más íntimo: Fernando Lassalle. He aquí las tres personas de la trinidad socialista: Marx, Engels, Lassalle, agrupadas en torno del poeta alemán. Judíos los tres, como él mismo.

* * *

Y de los tres, el primero es el destinatario de una famosa carta de Baruch Levy, aquella en que se da por muerto el antiguo mesianismo y sobre él se erige el evangelio del nuevo: "No esperemos ya un Mesías venido de lo alto; el mismo pueblo judío será su propio Mesías. Impuesta a las masas obreras la dirección permanente de los nuestros, al empuje del proletariado se hundirán los reinos y las fronteras. Los pueblos formarán una república universal y los gobiernos israelitas de las naciones suprimirán la propiedad individual y administrarán la pública." Este es el nuevo mesianismo, que cumplirá la promesa del Talmud: "Cuando llegue el Mesías, no menos de 200 mulos serán precisos para llevar las llaves de las arcas donde los judíos guardan las riquezas arrebatadas a los cristianos."

* * *

Pero mientras esto llegue, Enrique Heine lo ha dicho: "Dejemos a los judíos y a los mosquitos"; no hablemos de ello una palabra; conviene que los cristianos se emboben, igual que Doña Clara, bajo los almendros que sueltan su nevada de olor. Mientras esto llegue, conviene que Isaac-ben-Israel ("la risa de Israel") calle su nombre, para que las naciones puedan ser engañadas por aquel que con sus ojos negros, con su cara pálida y noble, parece un San Jorge refulgente sobre el monstruo vencido.

(16-X-1943)

"IN TERRA PAX"

NOTICIA es ésta que no darán los periódicos ni correrá por los rincones del escandalillo literario. Noticia es que sólo forzando la modestia de la persona os puedo comunicar: una dama inglesa ha pedido a un autor español que le envíe uno de sus libros; lo conoce ya, pero quiere tenerlo para poderlo leer con alguna frecuencia; es un libro de versos, en los que la dama encuentra una religiosidad profunda, convincente y aquietadora; un libro que se llama "In Terra Pax", cuyo autor es fray Justo Pérez de Urbel. Se imprimió por vez primera en una época que ya nos parece increíblemente remota: en los últimos años de Alfonso XIII. Dos veces se ha reimpreso. Y la dama que lo pide, superiora de un convento inglés, lleva el apellido Hoare. Como su hermano, sir Samuel, embajador en Madrid de Su Majestad Británica.

* * *

Nos figuramos a esta lectora ante los versos españoles de "In Terra Pax", como a otras dos lectoras ante otro libro, también titulado "Pax", en un cuadro famoso del prerrafaelista Maxence. El inglés, sentimentalmente considerado, acusa en el fondo un alma prerrafaelista. Versos, pintura y grabados, anécdotas y costumbres, desde Rosetti acá, y aun antes de Rosetti, son las expresiones de un espíritu bipartido entre la tónica sentimental de los prerrafaelistas y la tónica sentimental de Dickens. Al fin, ambas no son sino el aspecto práctico y el aspecto poético de una misma cosa que podríamos llamar lírica privada.

El inglés llama "flota de casa" a lo que un latino llamaría por lo menos "armada de la metrópoli". Nadie ha usado la

acuarela, ese arte de lo mínimo y goce de lo delicado, en el que un centigramo más o un centigramo menos de agua es la clave de la expresión artística, como el inglés Turner. Ha producido Inglaterra grandes economistas, y el nombre economía quiere decir arreglo del hogar.

Y la paz, la paz misma, se llama en lengua inglesa "peace". Pronunciado el nombre como lo hacen ellos, recuerda su son el de las llamas de la chimenea o el silbido del vapor que la tetera exhala, mientras fuera el tiempo es hostil y el caminante vaga bajo las inclemencias del tiempo.

* * *

Alecciona ir pasando revista a la prole del vocablo latino "pax".

Los italianos dicen "pace", que sugiere la tranquilidad de los campos cuando está atardeciendo, el reposo del paisaje arcádico, los grandes cielos y las pequeñas ceremonias sin prisa: bodas, fiestas, misas y entierros rurales.

Los franceses dicen "paix". La Historia dió a esta palabra un sabor napoleónico y diplomático. La "paix" fué como la tregua y descanso de las armas, y el interino reposo de las águilas, tras el muro fragilísimo de un papel firmado. Pero después de Napoleón ha sonado tanto por el mundo el nombre "rue de la Paix", que la palabra simboliza la relativa paz de una burguesía que de vez en cuando la necesita para divertirse "comm'il faut", o para adquirir los nuevos modelos de primavera.

Nosotros hemos conservado en esto la mayor fidelidad al nombre originario. "Paz" se parece más que las otras hijas romances a la materna "Pax". Como esas hijas tan parecidas a su madre que a veces se las ha tomado por hermanas.

Pero ninguna heredó la dignidad, la hermosura, la elegancia suprema de su madre, que parecía hecha para coronar bóvedas y para alzar en alto coronas de mirto y oliva. Tan hermosa que Dios la usa en la liturgia cada día como regalo suyo: "Pax vobis".

* * *

"In Terra Pax" vuela hacia Inglaterra y fray Justo queda contento de que, en servicio de Dios, emprendan sus versos

este vuelo. Vuelo de oraciones por donde vuelan aviones. Vuelo sobre tierras que tiemblan.

Conferencia de Moscú, conferencia de Quebec, conferencia del Atlántico... Batalla de Kremenchug, batalla de Sicilia, batalla de Shanghay... Bombardeo de Nápoles, bombardeo de Londres, bombardeo de Hamburgo... Un día, sobre las ruinas acumuladas, las ciudades deshechas y los campos desiertos pasará la brisa de la paz. Mas ¿de qué paz? ¿Friede? ¿Peace? ¿Paix? ¿Pace? ¿La exótica sílaba que la designe en japonés? ¿El vocablo "mir" que la nombra en ruso? Ninguno de los pueblos que luchan tiene en su idioma ni en su corazón la palabra PAX, el nombre del regalo de Dios que corona la bóveda de la Unidad, de la Autoridad y de la Jerarquía. Y este regalo de Dios no lo tendrán ni lo traerán nunca los pueblos llamados cultos que trataron de igual a igual con el demonio.

(6-XI-1943)

E L F U E G O

CON lengua húmeda y helada lamía el viento los muros. Con lengua seca y caliente lamía la llama los leños. El hombre estaba solo, en la mano la estaca renegrida con que se aviva el fuego, y pensaba. Pensaba entre los dos años, sintiendo en la espalda el hielo del año que se va, sintiendo en la cara el resplandor del año que nace. De vez en cuando el resplandor cruje, porque en las venas de los sarmientos encendidos hay algo que es vino aún, que crepita dentro de los ardores de la chimenea, semejante a pensamientos inesperados, a trágicas ideas fulmíneas.

* * *

Cuando Dios creó el mundo, según refiere el Génesis, se paraba con inefable delectación en cada cosa. Creó la luz y volvióse a mirarla, y vió que era buena. Creó las estrellas y las aguas, y se interrumpió para contemplarlas y ver que eran buenas. Creó las hierbas y los animales y los astros y tornó a cerciorarse de que eran buenos, de que estaban bien hechos y como se debe, con su plenitud de belleza y con su plenitud de resplandeciente vida. Así al final de cada una de las jornadas bíblicas, así de cordial y solícitamente. Como van reuniendo cada objeto de su hogar los que van a fundarlo. Y vió Dios que todo era bueno, y dijo: "Hágase el hombre."

* * *

Mas, corriendo los siglos y cuando la torpeza y la ingratitud habían marchitado, no las cosas, que conservan su virgínea dignidad, sino los ojos para cuya vista, y las manos para

cuyo señorío las cosas fueron formadas, Dios se envió a sí mismo. Y entonces se hizo preceder de una canción angélica que decía: "Gloria en las alturas a Dios y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad."

* * *

Esto conmemoramos ahora, y corazones y labios piden la paz. Bueno es que, mientras, la inteligencia consagre a la paz sus reflexiones.

Porque si, en efecto, está la inteligencia ausente, ansiar la paz será como un oscuro, ciego y confuso deseo. Igual al de aquel maestro de escuela francés que clamaba allá por el 39: "¡Todo, todo por la paz! ¡La esclavitud antes que la guerra!"

Y esto era contra Dios, porque gran mal es la guerra y gran bien es la paz, tan grande que Dios con ella saludaba; pero aquel mismo Dios vino a redimirnos de servidumbre, a redimirnos de esclavitud. Y el maestro de escuela concebía juntas la esclavitud y la paz, lo que Dios ofrece con lo que Dios destierra.

* * *

Y es que la paz del Señor tiene muy poco que ver con lo que ahora es uso llamar paz. ¿Consiste la paz de Dios en que los cañones callen? No. No es eso. Séneca, nuestro sabio y fuerte español, pensaba: "Dios tiene ánimo paterno para con los hombres virtuosos. Los ama enérgicamente, y dice: Pruébenlos el dolor, los trabajos, los sufrimientos, para que adquieran fuerza verdadera." Y en otra parte: "Espectáculo digno de que Dios se vuelva a mirarlo es el del varón luchando contra fortuna."

* * *

Millones de hombres combaten hoy en el mundo. Entre ellos hay héroes, inocentes, crueles, traidores, generosos, impulsivos, cándidos, perversos. No es justo hablar de todos en los mismos términos, considerarlos a todos como una especie de enemigos jurados de la paz. Muchos de ellos llevan en sí la paz, pues muchos de ellos guerrean por la justicia. Muchos tienen la paz aun cuando mueven el gatillo de la ametralla-

dora. La paz está formando piña y racimo con el honor y la justicia, y de ellos no puede separarse.

Como Don Quijote decía que era su descanso el pelear, puede el héroe decir que su paz es la guerra. En realidad, sólo existe la paz en los héroes, o sea, la guerra que han de hacer esos a quienes Dios ama enérgicamente, la paz de la guerra hecha como se debe, como Dios hizo las cosas de la creación, de modo que sea posible volverse a mirarlas y quedar satisfecho. Triste es que mirando a una guerra con su cortejo de conversaciones, sobornos, crueldades, alianzas, influencias y peripecias de toda clase, no pueda decirse que es buena. Más triste aún que esa guerra concluya con una paz tal que mirándola no pueda tampoco pronunciarse la expresión del Génesis. Entonces algunos pensarán que Dios por fin movióse a conceder la paz que se le suplicaba. Pero será embuste, tránsito y cadáver esa paz privada de su alma: la justicia. Será la nueva de esa paz como uno de los mentirosos partes de guerra que no tardan en ser destruídos por los hechos. Será como ese silencio momentáneo de las llamas en la chimenea, al cabo del cual una nueva gavilla se prende y el fuego resucita mucho más fuerte, mucho más amenazante, mucho más irresistible.

(1-I-1944)

ALMA DEL "SWING"

EL ogro asalta a la princesita en el bosque, y ella, con vértigo, escapa y huye, con el hombrón siempre a los alcances. "¿Por qué me persigue?—la niña se pregunta—. ¿Será por mi sortija?" Se arranca el anillo y lo deja caer sin detenerse. Mas el gigante ni se para a recoger la joya, y la princesita siente su resuello, su carcajada y sus ferradas botas más cerca cada vez. "¡Dios mío! ¿Será por mis pulseras?" Sin dejar de correr cuanto puede, abandona sus pulseras. Mas el gigante ríe y sigue. Cada vez que se siente alcanzar, la pobre princesita suelta una nueva presa. Así fué dejando en la fuga sus zarcillos, su diadema y su cinto de oro. Mas todo es inútil, porque el ogro no busca de la niña las piedras reales y los metales preciosos, sino el corazón.

Y en sueños intentaba arrancarse esta postrera joya, cuando se despertó de miedo. Y lloraba con las manos puestas sobre el corazón, que volvía, temblando como un pájaro aterido del sueño pavoroso.

* * *

Hace unas noches que nos reunimos para oír a Freddy. Freddy, que habla media docena de lenguas y que ha llegado ahora de Europa, que nació, no obstante, en Madrid hace veintitantos años, y que se ha hecho aplaudir en Francia y en el Báltico, iba a mostrarnos el alma del "swing", es decir, el alma de los derrotados de Europa, de todos aquellos que mordieron el polvo cuando apenas se iniciaba el combate. Para esto, el pequeño y afectivo Freddy lleva el pelo que corresponde: un cojín occipital, una pechuga de paloma buchona en la nuca. Para esto rasca las cuerdas, palmotea en la tapa, la

percute con los nudillos a la vez que da blandos taconazos en el suelo, que todo esto significa tocar la guitarra. Imita con la laringe el ruido de la bomba aspirante impelente, el balar de la locomotora viuda, la rana afónica y el sapo triste. Reconozcamos que esto forma un conjunto agradable, entreverado con las largas vocales de una canción eslava o sueca, francesa o argentina. Tanto, que Sofía no consiguió cantar completo el fandango del torero a quien quisieron hacer fraile, porque la guitarra y la atención del auditorio se iban hacia el poema "swing" del enamorado, a quien impedía declararse el importuno cuco del reloj: "The cuckoo of the clock."

Esta música es dulce, romántica, alegre, desmelenada, húmeda y cariñosa como una mujer pequeñita. Música que no quiere molestar a nadie, que procura agradar a todo el mundo, sin excepción.

* * *

De madrugada, por las grandes vías silenciosas, iban las parejas en busca de sus taxis o de sus autobuses o de sus refugios últimos. Las faldas eran por minutos más cortas; las chaquetas, por minutos más largas. Las mujeres rodeaban con su brazo la cintura de los hombres, y los hombres abrazaban el cuello de las mujeres. ¿No significa esto un gran espíritu de conciliación entre los sexos? Conciliación. En una misma música, juntos Beethoven y Chopin, Rimsky y Chevalier. En un mismo vestido, macho y hembra. El pelo, cada vez más largo y mullido. La música, cada vez más afectuosa y menos grandiosa.

"¡Conciliación, conciliación!"—gritaba allá por el 39 un maestro de escuela francés—. "¡La esclavitud antes que la guerra!" Pero la guerra vino, y las revoluciones habían venido antes y venían aún. Revolución y guerra representaban ogros más temibles que los de todos los cuentos. Enteras clases sociales huían por las trochas del bosque, sintiendo tras ellas, como la princesita, la carcajada y el estrépito de las botas del ogro. Como ella, se preguntaban con prisa y congoja qué podrían hacer para librarse del monstruo, y como ella, ni por un momento pensaban en combatirle, sino en satisfacerle. Buscaban prendas que soltar, riquezas que abandonar al gigante.

* * *

Esta es el alma "swing", según me ha dicho la música de Freddy, según me han dicho también las parejas noctámbulas de la Gran Vía, largas chaquetas, pelo largo, cortas faldas, parla francesa y miradas de res. ¡Los bombarderos, los tanques, la tea de la revolución!... Miles y miles de seres huyen delante de ellos, cediéndoles en la carrera cuanto poseen. Dejan la antigua elegancia y se visten de mamarrachos, porque quizá con esto puedan satisfacer a un proletariado armado e irascible. Sueltan la inteligencia, que también es una prenda comprometedora, hundiéndose en las páginas del "Bertoldo" o de la "Codorniz". Y sueltan apresuradamente la virilidad, porque quizá sea la condición de hombre la joya talismánica que atrae la codicia de los ogros, de los revolucionarios, de los guerreros. Y huyen a las "boites" subterráneas —esa imitación de refugio antiaéreo más que de catacumba—, a los licores acaramelados con luz de fondo marino. Y en la música dulzona se aprietan confusamente, como las ovejas uniformes cuando huele a lobo.

Esas generaciones europeas, ¿podrán despertar como la princesa del cuento infantil? ¡Quién sabe! Les mide las horas del miserable sueño el cuco del reloj: "The cuckoo of the clock."

(2-X-1943)

MALALA Y MILILI

CONOCI a Milili en un café de Berlín. Como gallina en corral ajeno estaba yo cerca de la puerta cuando vi entrar cinco "H.-J."; cinco "jóvenes de Hítler", rectos, rubios, la mano en el cinto y en los ojos el eco todavía del último "Horst Wessel". Penetraron en el café y se distribuyeron, como si lo tuviesen ensayado mil veces, el espacio. Cada uno recorrió una parcela. Iban de mesa en mesa, quitando el cigarrillo de labios de cada chica que fumaba y apagándolo contra el cenicero. "La mujer alemana no fuma", pronunciaban escuetamente. Algunas chicas habían tirado ya su pitillo sin aguardar la llegada del "H.-J." que les había caído en suerte. Esta operación de limpieza duró setenta segundos.

Los cinco muchachos volvieron a confluir en la puerta, y salieron, serios, rubios, rectos, la mano en el cinto.

Pero yo miraba desde hacía unos momentos a una castaña. Quiero decir, perdón, a una muchacha con el pelo castaño, que estaba sentada en un alto taburete. Al salir los "H.-J" no hubo un comentario ni una reincidencia. A excepción de la muchacha castaña, que tenía los ojos grandes y oscuros. Uno de los jóvenes hitlerianos le había quitado de la misma boca su cigarrillo, y ella lo recibió con un gesto, bastante mono, de indignación. Unos momentos después, en cuanto los hitleristas desfilaron, sacó un nuevo cigarrillo y lo encendió rabiosamente.

Entonces, con mi modesto traje de paisano, nada alto, ni recto, ni rubio, me dirigí hasta ella, tomé su pitillo y lo pisé contra el suelo.

—La mujer alemana no fuma.

—¡Es que yo no soy alemana! ¡Soy española!

—Pues más a mi favor.

Y me senté a su lado. Así no acabé de pasar aquella tarde como gallina en corral ajeno.

* * *

Pues se llamaba Milili. Su hermana se llama Malala. Y las dos viven ahora en Madrid. Y esta tierra suya les encanta, entre otras razones, porque aquí no hay, ni mucho menos, "Hitler Jugend".

Su papá les ha comprado un automóvil para las dos. Ambas saben guiar, lo cual no deja de ser una desgracia, pues el día que sus "planes" son diferentes, la lucha por el automóvil degenera en batalla campal. Sucede a lo mejor que mientras Malala toma el jugo de tomate que suele desayunar, Milili se escapa en el coche. Y Malala tiene que llamar un taxis. Otras veces, Malala se acuesta con alguna pieza del motor bajo la almohada, para que Milili no pueda utilizarlo. Quizá papá, en evitación de disgustos, les compre un auto a cada una. Aunque la gasolina de "estraperlo" está cara.

Las dos chicas solían fumar "Camel". Como ahora lo venden en los estancos, el "Camel" resulta cursi. Verdad es que cuesta casi el doble que en Portugal, pero de todos modos resulta cursi. Malala y Milili han comenzado a fumar "Abdullah", que les trae un chico amigo, bien vestido y bien peinado.

Antes de almorzar, "El Aguilucho". Por la tarde, "Bakanik". Esto, como regla. El resto del día Malala lo pasa en una "boite" y Milili en otra. "Pasapoga" también, aunque va resultando tan cursi como el "Camel". La Cuesta de las Perdices. Y ese sitio que han abierto anoche, que es lo único "chic"; hasta mañana noche que abrirán otro más "chic" todavía; este de mañana será el rey del "chic" durante veinticuatro horas. Pues es de esperar que pasado mañana abrirán algo más "chic", sin comparación, que irá dejando "cursi" a los anteriores reyes del "chic". "Chic", "cursi". "Cursi", "chic". Entre estos dos puntos oscila el péndulo de la existencia de Malala y de Milili. Los relojes plebeyos hacen tic-tac, tic-tac, tic-tac. El suyo suena cursi-chic, cursi-chic, cursi-chic.

* * *

Es igual. Ambos sirven para contar los minutos. En un reloj de sol había esta leyenda: "Omnia laedunt, ultima ne-

cat": todas hieren, la postrera mata. En otro reloj, de faltriquera éste, y labrado para un embajador de Don Felipe II, esta inscripción: "la más incierta es la más cierta".

La más incierta es la más cierta. Un día, Dios que llueve sobre justos y sobre pecadores, lloverá sangre sobre Malala y sobre todos nosotros. Sobre Milili y sobre los que aquí, en España, no tuvimos valor para arrancarle el pitillo de la boca y pisarlo contra el suelo. El pitillo, el automóvil, el "jugo de tomate", el "combinado", el "cótel", la "boite". Y hasta el papá, cuyos negocios son cada día más deslumbrantes.

Mientras llega esa hora tan cierta y tan incierta, cada día se abrirá algo nuevo tan "chic" que deje "cursi" a lo del día anterior. Y los engranajes del reloj, escondidos, siguen girando silenciosamente: "Cursi-chic, cursi-chic, cursi-chic..."

(27-XI-1943)

CONSUELO A ORTEGA Y GASSET

DE las noticias que Adolfo Lizón nos da sobre las conferencias lisboetas de don José Ortega y Gasset, se me ha quedado vibrando, como flecha en el blanco hincada, una observación del catedrático de Metafísica: "Hoy día, después de haberlo sido todo, los intelectuales han pasado a ser la pieza sobrante de aquel relojero sevillano del cuento; para la sociedad actual, el pensador es la pieza con que no se sabe qué hacer..."

Creo que nadie negará su parte de verdad a esta observación aguda. Y menos que nadie, los que leíamos a don José Ortega con toda nuestra atención, pasmo y respeto, desde que teníamos dieciséis años, y hemos llegado a los veintiséis ahorita, y "no sabemos qué hacer", en efecto, con las páginas de don Jose Ortega. Alternando sabiamente, leemos algunas mañanas el diario madrileño "Ya", y todas las tardes el diario "Informaciones"; y sabiendo así algo de lo que en el mundo pasa, nos apasionamos, nos angustiamos y nos esforzamos con el mundo alrededor de mil problemas que nos son, querámoslo o no, vitales. Ahora bien; por regla general, los llamados "intelectuales" no han aportado a la solución práctica de esos problemas maldita de Dios la cosa. Sobre todo, aquellos intelectuales que, a la hora de la movilización total de los espíritus, adoptaron la postura de "espectadores"...

* * *

Pero la observación de don José Ortega acerca de la inutilidad de los pensadores me parece sólo parcialmente verdadera. Creo que puede consolarse a don José recordándole algunos

hechos acreditativos de la importancia que los intelectuales conservan en el tiempo presente:

Los hombres que han creado las armas "V", impulsando de manera formidable la técnica en el aspecto de los motores de reacción, serán para la ciencia de una utilidad poco frecuente, cuando la sabiduría sirva a la Paz y no a la guerra.

Los inventores del insectífugo "D. D. T.", que ha cortado de raíz varias epidemias de tifus exantemático en Italia, prestan a su ejército y a la humanidad un servicio de primer orden. Se trata de un paso importantísimo en la guerra por la extinción de las enfermedades infecciosas.

Lo mismo puede decirse quizá de la penicilina. Advierto "quizá", porque no está claro aún, por estas latitudes, si la penicilina debe clasificarse entre los medicamentos o entre los camelos.

Y lo mismo de los que han cultivado el campo de las nuevas materias plásticas (buna, piexiglas, pastas celulósicas prensadas, etc.), los cuales han sacudido de raíz la química y la industria, deparando en los últimos años progresos muy superiores a los de los últimos lustros.

* * *

Caigo en la cuenta de que quizá esos hombres de ciencia no vienen al caso. Biólogos, ingenieros y químicos, aunque posean la talla mundial de un Georges Claude o de un Alexis Carrell—acusados de "colaboracionistas"—, no entren en la categoría de pensadores. En la vigente terminología—promulgada, entre otros, por Ortega—, la palabra "intelectual" se reserva, con irritante abuso, con presunción necia y dañosísima, sobre todo para la España actual, a los hombres de letras. A ellos se les ha dado, creo que de estraperlo, la exclusiva de la inteligencia.

Pues bien; aun así creo posible consolar a Ortega, porque los literatos de los diversos países tienen su puesto dentro de la sociedad actual, y ese puesto está en los negociados de propaganda. Creo que pocos hombres en la U. R. S. S.—"verbi gratia"—recibirán tanta protección, distinciones y dinero por parte del Estado como el escritor Alexeiev Tolstoi. André Gide confirma que los publicistas son verdaderos privilegiados dentro de la Unión Soviética, y aduce su propio testimonio: durante su larga visita a Rusia, viajó siempre en vagones espe-

ciales o en coches espléndidos; no hizo una sola comida, pues todo fueron banquetes, y no se le permitió pagar ni una sola cuenta. "Los jornales obreros—dice—son cada vez más bajos en la U. R. S. S.; el dinero economizado reduciendo los salarios, se emplea en gran parte en la propaganda exterior; en demostrar a los visitantes y a los otros pueblos, mediante libros, prensa, radio y cine, que el obrero soviético es el más feliz de todos los obreros." "¡Ah!—comenta—. ¡Lo serían un poco más si lo supiésemos un poco menos", si los publicistas estuviesen limpiamente al servicio del obrero y no del imperialismo comunista!

* * *

Mucho me temo que tampoco estos datos consuelen a don José Ortega. Dirá que los hombres así tratados a cuerpo de rey han dejado de ser "intelectuales" para convertirse en "agitprops", en trabajadores de agitación y propaganda. Bien, señor, pero aunque sea así, ¿no es cierto que los "intelectuales" de tal tipo no son ya la pieza sobrante del relojero sevillano, sino una pieza importantísima de los relojes que hoy andan? Comprendo que no sea muy seductor verse reducido a la condición de piñón de engrane, pero ésta, señor, es la consecuencia de haber querido ser rueda loca, rodar por su cuenta, ajeno a Dios, a la nación y a su destino. El catedrático Díaz Plaja, en un artículo dirigido contra el que esto escribe, y en estas mismas columnas, defendía a los ensayistas, ésos hombres que "echan al aire su cometa multicolor, atada a la realidad sólo por un hilo"; en otra parte, el mismo señor había dicho que mientras los eruditos montan un trampolín, los ensayistas se tiran desde él, en ágil pirueta acrobática. Pues bien; los intelectuales con vocación de acróbatas, de ruedas locas y de cometas multicolores vendrán a parar, si Dios no lo remedia, en "agitprops". Aunque ya el espacio se me termina, quisiera recordar a don José el caso de su amigo Morente. Pirueteó también hasta que la guerra vino a zarandearle con un meneo que no era de broma, precisamente, y se recogió a servir a Dios en el sacerdocio. Quien no quiera servirle a El de alguna manera, servirá al demonio en cualquiera de sus múltiples "departamentos de agitación y propaganda".

(13-I-1945)

S I G M A D E L T A P I

UN amigo norteamericano me escribe desde Miami, adjuntando a su carta un ejemplar de la revista "Entre nosotros", correspondiente a febrero de 1942. La revista es el boletín de la Sociedad Nacional Hispánica "Sigma Delta Pi", afincada en la Universidad de Miami. Me informa mi amigo de que la sociedad cuenta con filiales llamadas "capítulos" en multitud de ciudades norteamericanas; estos capítulos llevan por nombre una o varias letras griegas; me suplica que en algún periódico español dé noticia de este estimable grupo de hispanistas norteamericanos, y me siento obligado a complacerle. Cierto es que el número de "Entre nosotros" que tengo entre las manos no atiende cosa mayor a la península ibérica. Al parecer, lo que le interesa primordialmente es la hispanidad trasatlántica. Se publica tres veces al año en Miami University, Oxford, Ohío, datos que consigno por si alguien quiere escribir. La suscripción cuesta $ 60 al año.

En la página 11 y bajo el título "Todavía vive Don Quijote" (¡sorprendente noticia!), la revista da cuenta de que el capítulo Alpha Zeta ha tenido la "buena suerte" de reunirse con dos personas de habla española. Una de ellas es el señor Antonio Sayer, asturiano, que lleva trece años en Estados Unidos sin usar el español, no obstante lo cual, "consintió en dar un discurso, y la resulta fué una exposición muy erudita sobre Cervantes y Don Quijote... Los españoles, nos dijo, leen el Don Quijote desde la niñez, y cuando se gradúan pueden repetir largos trozos de la novela. El señor Sayer podía recitar muchos párrafos de ella todavía. También discutió el dramaturgo Pedro Calderón de la Barca... En la conversación que siguió dijo que, aunque había vivido en los Estados Unidos tantos años, no se había acostumbrado a nuestro estilo

de comer con tanta prisa y con toda la comida en un plato azul".

En el capítulo Eta parece que han surgido algunas iniciativas, y "Entre nosotros" comenta: "Deseamos felicitar a los oficiales de Eta por el programa de actividades del cual nos escriben, revelando así una condición vivo y despierto, aventajándose de las oportunidades que se ofrecen."

* * *

El capítulo Alpha Alpha ha admitido algunos miembros. "Durante la comida, escuchamos a varios discos nuevos tocados por Xavier Cugat, tangos, rumbas y otra música del mundo español. Después del banquete nos volvimos a casa de la señora Hansen, donde los neófitos tuvieron que decir sus cuentos pequeños o chistes al grupo." Después, "cinco miembros del capítulo presentó una comedia corta llamada Los Tres Reyes. Este drama antiguo, conocido por todos los que aman lo noble y lo bello de la literatura española, se estrenó perfectamente".

* * *

"Entre nosotros" suplica a los capítulos que den cuenta de los "juegos divertidos" que inventen, con objeto de que puedan ser jugados por los otros capítulos. Asimismo refiere la iniciativa de "eregir un monumento hemisférico". Parece que este término extraño no quiere designar un monumento en forma de media naranja, sino un monumento al hemisferio occidental. Por último, en su artículo de fondo, "Entre nosotros" comenta la guerra, y dice que los fines de "Sigma Delta Pi" armonizan perfectamente con los fines políticos de los Estados Unidos: "La dense contra el Eje—dice—se has agrupado alrededor de la idea de democracia, o sea, la idea cristiana." (Mis esfuerzos por interpretar el vocablo "dense" no han logrado el menor éxito.)

* * *

Por los párrafos transcritos ya se ve que el movimiento hispanista que lleva el castizo nombre de Sigma Delta Pi es algo perfectamente serio. La propia revista confírmalo al de-

cir en sus primeras páginas: "Es de suponer que seremos nosotros los mejor informados sobre asuntos hispanoamericanos. Entre nuestras manos están los medios de combatir la ignorancia. Somos un grupo selecto."

El deletreo del original idioma que "Entre nosotros" emplea me ha llevado casi toda la mañana, y su transcripción casi todo el artículo. Ahora, para que mi amigo Johny T. Reid Martínez, estudiante en la lejana Miami, quede enteramente complacido, sólo me resta copiar el último párrafo de su carta, que dice así:

* * *

"Según todos los señales, Inglaterra va destruir Alemania, mientras Norteamérica destruye Japón. Nosotros seremos tranquilos de imperialismos, y usted ve que la tierra entonces estará compartida en los dos hemisferios, como la astronomía pide. Los del hemisferio oriental estarán gobernados por el mariscal Stalin, y los del hemisferio occidental estaremos por el de los Estados Unidos. Es por estos que nosotros, como usted ve en la revista, andamos para hacer un movimiento hemisférico. España, gracias a nosotros, no morirá. Ustedes vivirán a lo bolchevique, que no se bien como resulta, pero nosotros nos divertiremos a la española, mediante los pequeños cuentos o chistes y el baile. Por esto es el mérito de los de Sigma Delta Pi y de los Todos que amamos lo Noble y lo Bello que Haya Salido de la Venerable España, como dice la portada de nuestra revista. Salúdale sinceramente."

(22-IV-1944)

REFLEXIONES PARA EL AÑO ENTRANTE DE 5706

ESTA ocasión de escribir en los umbrales del año que llega, no quiero emplearla en unos pinitos literarios, sino en llamar la atención sobre el acontecimiento, a mi entender, más considerable de los últimos tiempos. Acontecimiento que abre al mundo y a España, en el tiempo que viene, perspectivas difícilmente sospechables. Tanto más me interesa señalarlo, cuanto que no he visto en la Prensa comentario alguno al suceso, a pesar de que el interés histórico del mismo puede ser muy bien mayor que, por ejemplo, la guerra pendiente hoy entre las naciones.

Debo decir ya que me refiero al asesinato de lord Moyne.

Hace años que el gran escritor inglés Hillaire Belloc publicó en la "G. K's Weeckly", de su amigo Chesterton, unas consideraciones sobre la fuerza y la debilidad de Inglaterra. Decía Belloc que las bases del Imperio son las siguientes: El control de los territorios y de los puertos de Irlanda. La posesión de la India, del continente australiano y de los dominios. El control bancario de la América española y de la Asia marítima y fluvial. El dominio de los Estrechos: Gibraltar, Dardanelos, Suez y Singapur.

En último lugar, como más importantes, Belloc situaba el apoyo hebreo en los siguientes términos: "La alianza íntima y universal, con la finanza judía en el mundo entero, era quizá nuestra carta más valiosa. Alcanzó su apogeo con la declaración Balfour, que fué uno de los factores mayores entre los que decidieron la victoria en la Gran Guerra. Inglaterra prometió a los judíos un hogar permanente en Palestina, promesa que simbolizaba la victoria de los hebreos sobre sus ene-

migos, y principalmente sobre las tradiciones religiosas del cristianismo."

Atendiendo al poderío naval de las naciones europeas, temía Belloc que Inglaterra se encontrase sin fuerza suficiente —o bien, por motivos políticos, sin interés suficiente—para cumplir sus compromisos con la gente hebrea. Y entonces previa, con el apartamiento de los judíos, la decadencia del Imperio. Inglaterra se hallaría, por una parte, "ante la imposibilidad de deshacer una política judía que ha sido la nuestra durante generaciones". Y, por otra parte, "ante el temor de crearnos un nuevo enemigo, ridículo y formidable, en esos mismos judíos que han sido nuestros amigos fieles y que han constituído con nosotros casi una sola y misma cosa...".

La última cláusula ofrece tan brillantes confirmaciones históricas, que no hay por qué discutirla. Quizá la más brillante confirmación sea la historia de los magnicidios europeos y principalmente españoles, durante el último siglo. En los asesinatos políticos, la mano judaica ha funcionado casi siempre. De otro lado, en los asesinatos políticos las víctimas suelen ser personalidades adversas, por uno u otro motivo, a los intereses británicos. Hacía muchísimos años (siglos, si no yerra mi cuenta) que ningún político inglés caía bajo el arma homicida.

Mas he aquí que ahora ha caído nada menos que lord Moyne, miembro del Gabinete de guerra inglés, o sea, uno de los seis hombres a quienes el Imperio había confiado su subsistencia. Moyne sucumbe ante las balas sionistas, y Churchill, en la sesión necrológica, sugiere que tal vez ha llegado el momento en que los amigos de los judíos "comencemos a pensar de un modo diferente".

¿Quiere todo esto decir que los judíos retiran su tradicional apoyo a Inglaterra? En tal caso, el actual abatimiento del Imperio británico, que entró en esta guerra con tantas esperanzas y que ve acercarse el final con tantos daños y temores, tendría su fácil explicación.

(31-XII-1944)

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL ·

TRES DE LIBROS, TRES DE CINE, TRES DE TEATRO

1901-1939
UN PISITO DE QUINCE DUROS
PLUMA Y ESPADA
CINE, POLITICA Y BOICOT
UNAMUNO JUNTO A MARLENE DIETRICH
A MOCO TENDIDO
NUESTRA CIUDAD

1901-1939

EN este momento hay en mi mesa dos libros. Uno de ellos es "La Voluntad", de Azorín. El otro es un volumen de "Lecciones sobre patología de la nutrición". Este último lo firma don Carlos Jiménez Díaz. "La Voluntad" es un viejo tomo en rústica, maltraído, resobado, casi deshecho. Sus hojas son amarillas, morenas, requemadas como corteza de pan. De un pan que se hubiese cocido al calor suave, despacioso, sosegado; a la lumbre tácita y reiterada del sol parsimonioso y calmo del tiempo. Al margen, una mano insegura, atenta, colegial, ha puesto multitud de escolios, comentarios, interrogaciones. Las hojas crujen dulcemente, dolidamente, resignadamente al hojearlas. Y sueltan un polvillo fino, dorado, estornutatorio.

Dispénseme el corresponsal en Cosmosía, que tan aguda, jocunda, penetrante crítica ha hecho de los seguidores de Azorín en un reciente número de este periódico. Dispénseme también Suárez del Arbol que adornó aquella crítica con los rasgos curvos, afilados, temibles de su lápiz. Dispénsenme ambos por este ritmo de pie quebradísimo que arrastra mi pluma pobre, desvalida, mareada. Dispénsenme ambos, porque en el escribir entrecortado y en el rascar, todo es empezar.

* * *

He leído muchas veces el prólogo a las "Lecciones sobre patología de la nutrición", de Jiménez Díaz. Este prólogo tiene una elevación, una suerte de apasionada serenidad que cautiva. El volumen se publica al terminar la guerra española, y durante ella se escribió. A esto se refiere un párrafo del proemio que me atrae especialmente y que dice así: "Eran

aquellos días de inefables y terribles dolores y de exaltación patriótica, y como una oferta personal a la Patria, más que nunca amada y sentida, así como para satisfacción a mis hondas tristezas, decidí realizar una ilusión hacía tiempo acariciada y siempre dilatada: la de escribir un libro de enfermedades de la nutrición."

En "La Voluntad" ojeo las páginas que se refieren al homenaje hecho a Larra el día 13 de febrero de 1901; un homenaje muy sonado que consistió en acudir al cementerio los escritores de la época y decir algunas cosas ante los huesos de Fígaro. Copio de Azorín: "A la tarde, todos han ido al cementerio de San Nicolás, allá pasada la estación del Mediodía. El grupo, enlutado, con sus altos sombreros relucientes, recorría en silencio las calles. Todos llevaban en la mano un ramo de violetas. Y los transeúntes miraban curiosos esta extraña comitiva que iba a realizar un acto de más trascendencia que una crisis ministerial o una sesión ruidosa en el Congreso."

Compréndese que los transeúntes mirasén con un poco de asombro el espectáculo. La verdad es que don Pío Baroja por esas calles, enlevitado y enchisterado, llevando en la mano un ramito de violetas, no es cosa de todos los días, ni mucho menos.

* * *

Comparo esos dos párrafos que acabo de copiar. Son dos hechos distantes en el tiempo, pero mucho más en el carácter. 1902 y 1939, fechas respectivas de los libros que contemplo, son años de crisis española. En 1902 hacía cuatro años que habíamos perdido nuestras colonias, en 1939 hacía tres que peleábamos en nuestro suelo. Una y otra circunstancia eran buenas para la tristeza de los corazones, y en una y otra esa tristeza existió; Jiménez Díaz lo confiesa en su prólogo, Azorín lo describe a lo largo de su libro. Pero entre las reacciones que el infortunio puede levantar en el espíritu del hombre, las dos que contemplo son ejemplares. Los del 98 reaccionan ante la ruina llevando violetas a la tumba de un suicida. Jiménez Díaz, como satisfacción a sus hondas tristezas, produce un valioso libro científico.

Al llamar la atención sobre esto, no me guía un propósito de adular al tiempo presente, como es moda, ni tampoco un

designio de controversia con los transcurridos—a moro muerto, gran lanzada—, que también priva mucho. Sencillamente, quiero destacar cómo a las ocasiones dolorosas de la vida debe responderse h a c i é n d o ; debe responderse, para emplear otro vocablo también en moda, c r e a n d o. Esto vale para lo individual, porque la creación es el mejor insecticida contra esa inexorable polilla de la tristeza. Pero lo digo ahora pensando más en lo nacional que en lo individual: nuestro tiempo no es alegre, y precisamente por esto es el mejor tiempo para la creación—a lo 1939—y no para la farsa literaria —a lo 1901—. Quizá en estas columnas el tema resulte aburrido, de tan reiterado. Pero deprime pensar que a veces toda una generación, con ramitos de flores en las manos, parece resuelta a enterrar una historia aún no nacida en el camposanto de la literatura.

(1-IV-1944)

UN PISITO DE QUINCE DUROS

LA Facultad de Filosofía de la Ciudad Universitaria, toda vestida de azulejos, sanitaria y vidriada, tenía un piso teñido de rosa; otro, de verde; otro, de blanco; otro, de azul celeste. Puede que trabuque la memoria los colores, y el verde fuera, en realidad, amarillo. De todos modos, aquello era más sanatorial que universitario. Bocadillos envueltos en papel de seda, con oblea de jamón y barniz de manteca. Un comedor muy mono, sueño de casadita joven, con cortinas de tul. ¡Cuántas piernas de seda! Tantas mujeres, que yo temía siempre que algún modisto formara parte, en secreto, del claustro. En general, vestían bien. Las había muy guapas, y yo no he podido olvidarme todavía de M. T. T. L., así, con iniciales, como las musas de los poetas provincianos. Una de aquellas chicas dirigía la organización comunista de la Facultad; según caritativamente explicaba "Haz", porque sus correligionarios del otro sexo carecían de los medios precisos.

Universidad de la República, sin imágenes, símbolos ni emblemas. En vez de eso, sacos de punto, faldas-pantalón, bodoquitos, rimmel, polisoir. El té a las cinco.

* * *

Supongo que Rafael García Serrano, como los demás, llevaría bajo el brazo cualquier libro de Azorín, con muchas palabras subrayadas, palabras para aprendérselas: talabartero, gazmoño, rameco, agilitado. Palabras españolas para pensamientos sacados de "Las afinidades electivas". Rafael, como Leonor, como Mabel, tendría que desarrollar en cuarenta y cinco minutos esta máxima: Quien allega ciencia, allega dolor.

Ahora, Rafael ha escrito "La fiel Infantería", y en ella

relata las vicisitudes espirituales de aquella gente española a quien en su más aséptica infancia se enseñaba a comentar a Huxley (pronunciándolo, claro está, "jáslei"), generación enferma de sensibilidad fingida, enferma imaginaria al fin, a la cual Dios clemente envió el remedio de la guerra.

Saludo a "La fiel Infantería" con toda la alegría de un hastiado de cultura virtuosista. He aquí un libro que empieza inventando un endecasílabo—por el aire liviano de la tarde—, y termina inventando esto otro, que no es precisamente un endecasílabo: Bienaventurados los que mueren con las botas puestas. Desesperación, rabia y sufrimiento de quien acaba la guerra, no muerto ni herido, sino enfermo. Lo que no podía sentirse en aquella Facultad de Filosofía ni en aquella nación que ni siquiera tenía botas, y que si las tenía, fuera de las del Presidente, eran katiuskas.

* * *

He aquí el fenómeno más importante que se ha producido en España en los últimos siglos, y el que con más insistencia se procura borrar. Los que buscaban un título de doctor en filología oriental se sienten ahora más orgullosos del otro doctorado, del que atribuían al Cid el antiguo poema: "Campi doctoris hoc carmen audite." ¡Campi doctor! ¡Doctor en el campo, doctor en disciplina de campear, campeador!

¿Que esto es contra la cultura? ¡Ah, sí! Contra la cultura que se ofrece hoy, como paja en gavillas, a las mandíbulas de los tanques de Stalin.

* * *

Los españoles a quienes les ha despuntado el bigote entre 1936 y 1939, oliéndoles el bozo a pólvora, combatieron antes de la reglamentaria edad militar, se destetaron con plomo, dejaron las faldas de la madre para campear por las enormes faldas de la Patria. Les acogieron las ubres de la guerra, que unas veces daban licor y calor de victoria, otras veces la tierra infinitamente piadosa, la tierra amasada con carne y huesos de héroes, la tierra que ha llevado alma. Como el niño en la madre, estos españoles ven en la Patria la solución de todos sus problemas, el pan de todas sus hambres de belleza, de justicia, de saber, de poder y de porvenir perso-

nal. Rafael García Serrano, que trabaja en el Frente de Juventudes, me dice: "Tenemos ciento veinte mil muchachos de dieciocho años..." con la misma ilusión que hace un quinquenio me habría dicho que esperaba conseguir el premio extraordinario de la licenciatura.

Entre abuelos y nietos, está la guerra. Donde los abuelos soñaban ventajosas bodas, los nietos sueñan hazañas. Donde los abuelos decretos y tranquilidad, los nietos conquistas. Esto no lo borra nadie, ni la ironía, ni la frivolidad, ni la sensatez insensata de quienes buscan una Españita mediocre, con brasero y camilla, acogedora y modesta como un pisito de quince duros. Al fin, "la grandeza de la Patria es la única finca para la felicidad de los desheredados". Y ¿quién más desheredado que el que, para tener un palmo de tierra donde caerse muerto, tuvo que ganarlo a tiros?

(8-1-1944)

P L U M A Y E S P A D A

DE los elogios que le han hecho a Luys Santamarina por "Italia mi ventura", elijo y suscribo el de Antonio Tovar. Donde dice cómo el libro pone gana de leerlo bajo un cielo que trepidara con nuestros aviones, con la rizada mar tranquila por el poder de nuestros barcos, con la tierra batida y sumisa a nuestras armas.

El espíritu vital de las naciones se llama Poder. Pueblo que puede es pueblo que vive. Pueblo que no puede es pueblo difunto. No importa que mercaderes pululen, ni que poetas declamen, ni que filósofos sutilicen, porque todo es como gusanera de cadáver si los miembros no se levantan rítmicamente con la pulsación, con la respiración, con la voluntad del Poder.

Muy en singular vale esto para los españoles. "El Español" ha traído audazmente un verso de Virgilio haciéndole decir: "Tu regere imperio populos, Hispane, memento." Acuérdense otros de la cocina o de la literatura, de la botánica o de la relojería; mas tú, español, acuérdate de guiar por el imperio a las naciones.

* * *

"Italia mi ventura", como otro libro de caballerías, es, ya desde el perfil de halcón que Gonzalo muestra en la portada, un formidable memento. A los sacerdotes incumbe el Miércoles de Ceniza movernos a recordar que somos polvo. Mas a otros y en otros días cuadra recordarnos que somos también emperadores. No están reñidas las dos cosas, sino que una trae la otra por la mano. Porque si Dios nos hizo fugaces fué por obligarnos a redimir la brevedad con la grandeza. De aquí se ha dicho ya que es el Imperio la suprema consolación de los mortales.

Segundo memento hay, y éste ya más concreto, en la primera página de "Italia mi ventura", donde se ponen unas cláusulas de Juan de Zabaleta. Los hombres de pluma elocuente están obligados a la inmortalidad de la espada briosa. De este dicho brotan dos enseñanzas. Primero, que la pluma glorificará a la espada. Segundo y principal, que la pluma empujará y restaurará, cuando desfalleciere, a la espada. Loará la pluma a los abuelos, mas, sobre todo, aguijará a los nietos para que sobrepasen sus hazañas.

* * *

¿Es un libro erudito "Italia mi ventura"? No. De paso le hemos llamado libro de caballerías. Es todo lo contrario, porque si el libro de erudición adoba y embalsama cadáveres para los mausoleos de la fama con toda puntualidad y escrúpulo, el libro de caballerías levanta sin consideración los muertos, solivianta los cascos de los vivos y sin escrúpulo galvaniza hasta los viejos llevándoles a cabalgar por la llanura.

Del duelo a muerte entre Sotomayor y Bayardo dice Croce que, leído en las páginas de "El fiel servidor", parece verdadero y genuino capítulo de novelas caballerescas. ¿Qué diría si lo hubiese leído ahora en el relato de Luys Santamarina?

* * *

Tan peritos se han hecho los españoles en retórica que hasta escriben "jáikais" a la japonesa, ensayos a la francesa, filosofías a lo teutón y novelas a lo eslavo. Flojamente, por lo general, porque, benditos de Dios, se les descubre en seguida que no están hechos para eso, y se sabe corriendo que comúnmente lo hicieron mucho mejor hace unos años con las armas que ahora con el peine, la pluma y la lira.

Cambiaríamos casi toda nuestra escogida biblioteca por un taller de municiones, porque excusado es decir que los rusos no vienen avanzando a golpes de metáfora ni a punta de soneto, ni a serventesiazo limpio. Pero con algunos pocos libros nos quedaríamos, y entre ellos habría de estar "Italia mi ventura", cumpliendo su designio de inmortalizar el brío de la espada. Pues si leído por nuestros académicos será un vergel de bellísimo estilo y de castellano sin par, leído por nuestros muchachos será un taller de municiones.

(18-XII-1943)

CINE, POLITICA Y BOICOT

AYER tarde, por las afueras de la ciudad, vi a dos chicas de trece o catorce años pasear en bicicleta de alquiler. Oscilaban al sol sobre sus máquinas, al aire la cabellera, silbando con júbilo un motivo musical que silbó hace meses en todas las pantallas españolas Diana Durbin, montada en su velocípedo, en una película famosa.

Esto me pudo servir para darme cuenta de que la primavera ha llegado. Pero también para notar el hecho, de tan gran interés político, de que el deporte y la canción de una actriz que en Hollywood cobra miles de dólares por cantar o sonreír se conviertan en cosa propia y soñada—es decir, vivida—por chicas proletarias de una apartada provincia española.

Proletarias, porque aquellas dos chicas que ayer tarde, corriendo en bicicleta bajo los almendros floridos, me señalaron la estampa de la primavera, son precisamente las hijas del electricista que me sirve. En ellas, Diana Durbien ha influído mucho más y mucho más profundamente que Melchor Cano o Giordano Bruno.

Giordano Bruno y Melchor Cano podrán ser la ciencia, pero Diana Durbin es la historia. Ellos sirven para discusiones de eruditos; ella, para que los yanquis peguen tiros en Africa del Norte.

Quien frecuente la amistad de algún embajador o político; quien tenga confianza con escritores, o simplemente (para no citar testimonios de excepción) quien haya recibido un beso de su novia, sabe bien que no son tan sólo las hijas de mi electricista quienes aprenden a vivir en la vibrante e iluminada oscuridad de los cinemas. El cine está creando una civilización con mucha más eficacia que, por ejemplo, la im-

prenta. Si pensamos que una nueva edad comenzó al inventarse la imprenta, con mayor razón debemos pensar que una edad nueva comienza con el cine. El cine manda en todo el vivir individual. Se besa y se actúa, se sueña y se ambiciona según las normas que unas tiras de celuloide han sembrado subrepticiamente por todo el mundo.

* * *

Los aficionados al buen cine recordamos siempre las películas rusas que llegaban a nuestras salas y cineclubs durante los años de la República, y no por los estacazos que solíamos cambiar cordialmente cuando terminaba la sesión, y a veces antes, sino sobre todo por la efectiva fuerza espiritual que aquellas películas desplegaban, por la fuerza de convicción o de repulsión que nos invadía, de la cual eran aquellos garrotazos una bella muestra fehaciente.

Muchas resultaban francamente aburridas, como aquella en que veíamos morirse a un viejo mujik y a los nietos correr en seguida la longitud de los surcos sobre tractores agrícolas. Nos aburría porque estaba hecha para que jóvenes campesinos eslavos se hiciesen a la agricultura colectivizada y mecanizada que convenía al régimen soviético. No era aquello una obra de arte, sino de economía política, lograda a favor de cinegramas en que una indudable belleza hacía de barrena persuasiva.

* * *

Pero había otras de mayor interés. En un cine de la Gran Vía madrileña se proyectó durante la guerra española una, que se llamaba "Rusia. Revista 1936", en claro parangón con aquellas cretinadas yanquis que anualmente daban la vuelta al mundo con el título de "Broadway Melody". En aquella película se presentaba un pastor enamorado de una dama capitalista. La dama se divierte con el amor del hombre rudo, y le invita a una fiesta que da en su hotel, junto con diplomáticos, banqueros, aristócratas, militares, actrices. El pastor acude y recibe la mofa de toda aquella gente distinguida. Cuando el champán ha corrido por los gaznates, el pobre hombre, buscando en la noche estrellada olvido a su desprecio, se asoma a un balcón y comienza a tocar su flauta. Las reses, tumbadas en la pradera o triscando por el

monte, oyen la familiar melopea de su amo, y acuden hasta la casa, flanqueadas por los perros. Entonces se ven caer cortinajes, cristalerías, mesas y cuerpos de borrachos al envite de vacas, de borregos, de cerdos, de chotos, que invaden las estancias, derriban las estatuillas galantes y roen las ensaladas que hay junto al caviar. Tan hermoso es aquello como un triunfo de Virgilio—"cecini pascua, rura, duces"—sobre las menopáusicas delicuescencias de una cultura marchita. ¿Necesitaré decir que aquellas reses trabajaban con más expresión y naturalidad que M***?

Pues así el cine de los Soviets alentaba el espíritu de la Revolución sin nombrar para nada la Revolución.

* * *

He recordado todo esto viendo la película española—"Canelita en rama" es su nombre—que ha tenido más éxito esta temporada. Fuera de que Juanita Reina tiene los ojos muy grandes, la película no se diferencia gran cosa de las demás que nos suelen echar los directores.

En ella se presentan tres gitanos, gandules, embusteros y ladrones, que representan, poco más o menos, el alma española. Aparece también un muchacho que viene de hacer sus estudios en el extranjero, y que regresa con el propósito de poner orden y eficacia en los asuntos abandonados por el juerguista de su padre. Metido él en esta empresa y los gitanos en la de tumbarse en el suelo, ambas partes se enfrentan.

El pueblo que asiste al espectáculo—el camarada Laín Entralgo, que lo presenciaba conmigo, no me dejará mentir—se siente identificado con los truhanes. El director que gobierna la película, también. Y al cabo de un calvario de chistes de taberna, el muchacho, activo y culto (a quien, por cierto, encarna un escuchimizado actor), se enamora de la gitana y deja sus proyectos de regeneración para aprender cante jondo.

Esto, que es tan antinacional, tan antirrevolucionario, tan antiespañol (fué un autor alemán quien subrayó hace poco cómo la Carmen de Merimée no es española, sino gitana) y tan antifalangista, sucede en casi todas nuestras películas. Desenvuelven un argumento necio e inmoral, y solicitan el apoyo del Estado porque en la escena séptima algún intérprete, todavía más desgarbado que los otros, deja caer algo

así como "cuando yo estuve en el Cuerpo de Ejército de Galicia...", lo cual parece ser el "summum" de propaganda nacional que puede hacerse en el cinema.

* * *

Es ingrato ver cómo los directores cineásticos creen que un pollo nacido para cobrador del tranvía o dependiente de ultramarinos tiene la figura que cabalmente hace falta para desempeñar el papel de galán joven. Es más ingrato aún ver cómo las mujeres españolas dotadas con algo de finura, sensibilidad y espíritu parecen haber hecho religioso voto de no trabajar en el cine. Pero es muchísimo peor ver cómo, paralelamente al cine ruso, que hace su revolución sin decirlo, el cine español boicotea a la nuestra, quizá sin saberlo.

* * *

La Falange es un modo de ser. El cinema que desde nuestros estudios se lanza a rodar por esas pantallas, es propagandista de un modo de ser diametralmente contrario al modo de ser que para los españoles ambicionamos.

(17-IV-1943)

UNAMUNO JUNTO A MARLENE DIETRICH

En el año 1934, de paso por el sur de Francia, coincidí en el tren con un ciudadano que iba leyendo en "Les Nouvelles Littéraires" un cuento de Unamuno. Al concluir, dejó el periódico en el asiento y conversamos. Se dedicaba a fabricar insecticidas en un pequeño taller, donde trabajaba él con su mujer y una cuñada. Llegado a la estación de su destino, el francés me dejó un par de hojitas de anuncio de su industria y descendió. Me apoderé entonces del periódico y comencé a hojearlo. Mas antes de que el tren se pusiera de nuevo en marcha, el francés subió a recoger su olvidado periódico. Viendo que yo lo leía, me pidió perdón, cortó la hoja en que estaba el cuento de Unamuno, la dobló y se la llevó, dejándome el resto.

Por aquel tiempo se editaron varios tomos de novelas cortas de don Miguel, que tuvieron éxito e hicieron ruido. Después, hasta hoy mismo, aquellos cuentos se vienen reeditando con frecuencia grande, bajo títulos nuevos, en colecciones diversas. Es evidente que hacen menos ruido, pero es evidente también que tienen éxito, que siguen siendo absorbidos por un piélago de lectores. Ahora se nos anuncia que una de estas novelas ("Nada menos que todo un hombre") se nos presentará pronto en imágenes cinematográficas.

Unamuno es autor de lectores insospechados. Ya se sabe que toda señorita que tenga más de diez libros poseerá entre ellos uno de Martínez Sierra. Y que todo caballero que haya usado kilométrico guardará tomos de Benavente y de Maurois, y ahora también (que para algo existe un arte de titular libros), de Marquerie. Pero a Unamuno se le encuentra entre las reglas de cálculo de un estudiante de ingenie-

ros, o entre las agujas y ovillos de una casada con mala fortuna, o junto a los pinceles de un artista que no entiende de literatura, o entre los artilugios de un prestidigitador viudo y sentimental. Personas que leen poco, con una vida más real que soñadora, que por casualidad conocieron "Abel Sánchez" y buscaron luego otros libros del mismo autor; fabricantes de insecticidas de una provincia francesa que se encontraron con el Rector de Salamanca en una página de "Les Nouvelles Littéraires".

Estos lectores son de una fidelidad sorprendente. Todavía hoy algunos exclaman delante del escaparate:

—¡Caramba, un nuevo libro de Unamuno! He de comprarlo.

Claro, no son libros nuevos, porque don Miguel no escribe ya. Pero el bueno y fiel lector—"San Lector Bueno" le habría llamado él—los lee sin darse cuenta de que ya los conocía, y si vuelven a editarse, con distinto título, los leerá otra vez. Realmente conocer, lo que se dice conocer el pensamiento de Unamuno en sus libros no me parece posible. Aquello no pertenece al conocimiento, sino a la pasión y a la duda. No hay tesis que se queden impresas en quien lee, no hay proposiciones que se puedan defender ni atacar, no hay apologías de una doctrina ni soluciones explícitas o implícitas a un problema. Abundan la razón y la paradoja de tal modo que la razón, la "cochina lógica" como él gustaba de llamarla, no tiene allí nada que hacer. Creo que ésta es la clave de su éxito. Detesta sistemas, silogismos, escuelas: invoca al hombre de carne y hueso y el hombre de carne y hueso se siente bien en su compañía.

En nuestro siglo de oro se escribió un libro "De omni re scibili", y creo que fué Quevedo quien añadió al título la irónica coletilla "...quibusdam aliis". También está Unamuno contra todas las cosas posibles y contra algunas más. Pero ¿no está así el hombre de carne y hueso? ¿No tenemos exasperados movimientos de mariposa en cáscaras de crisálida? Este es el sentimiento trágico de la vida, expresión que ha hecho fortuna y puede ponerse junto a la descripción que da de sí mismo Garcilaso en trance de vehemente amor: "Yo solo entre contrarios me debato."

Este hombre que con nosotros viaja en tranvía, gana su pan y con su dinero paga el lecho donde yace, está hasta la coronilla de estilos neoclásicos y seudoclásicos, de declama-

ciones, de perfumistas franceses, de novias a lo Huxley, de modas intelectuales, de poetas que no se entienden y cursis que se pierden de vista. Lee a Unamuno cuyas palabras parece que palpitan y sangran como la carne viviente herida. Lee a Unamuno, porque en "Nada menos que todo un hombre" o en "Abel Sánchez", el corazón funciona, la frente suda, los personajes sufren, piensan, sienten, paren. Lee a Unamuno porque cita palabras del Espíritu Santo cuando éstas palabras se aproximan tanto a la corporal y angustiosa experiencia de los hombres como las que hay al frente de un cuento suyo: "Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus intremuit ad tactum eius."

Todo ello aunque Unamuno, intelectualmente hablando, sea el mismísimo perro del hortelano, que ni razona ni deja razonar. Porque aun así, es un ser que grita cuando le duele, un ser que quiere esperar y creer, que necesita a Dios y lo reclama. Mientras muchas leguas de celuloide pugnan por representar, como espejos de bruja, una existencia sin temor, trabajo ni hastío, con ritmo de "fox" y confort de "frigidaire".

Por todo esto, la película de Unamuno que se nos anuncia será muy buena o muy mala. Muy mala, por de contado, si a los actores que encarnen el drama se les permite hacerlo entre un "vermout" con mucha ginebra y un "camel" con mucha cursilería. Pero en caso de ser buena, podría ser la primera obra considerable de ese cine nacional que siempre nos anuncia su llegada por telégrafo y siempre, a última hora, pierde el tren.

Por de pronto, el hecho de haber escogido para el cine "Todo un hombre" ya es un ejemplo y ya se merece un aplauso. Aunque luego, Dios no lo quiera, pierda el tren.

(17-VII-1943)

A MOCO TENDIDO

EN el número 92 de "El Español", y en su página sexta, hallo un artículo sobre las lágrimas en la poesía española, que comienza con estas palabras: "Para llegar a esa golosina del llanto..."

Así, a primera vista, me pareció extraño que alguien pudiera considerar las lágrimas como pirulíes y los gemidos como caramelos. Pero después tropiezo con un suceso que me hace pensar más seriamente si el llanto es susceptible de considerarse como producto de confitería o no. En Madrid está proyectándose hace largas semanas una película cuyos anuncios son de este tenor: "Dos horas de llanto asegurado." "No se la pierda. La película más dolorosa del mundo." "Estupenda película aflictiva. Garantizamos sus lágrimas." "Tan emotiva que no podrá resistirla sin llorar." "¡Llore, hombre, llore, no sea tonto!"

No he visto la película en cuestión, pero sí la gente que se aprieta delante de las taquillas para acudir al espectáculo. Y tengo que volver en desagravio al articulista de "El Español", que tenía razón, sin duda, en lo de las lágrimas como golosina. Pues el honesto espectador que se gasta unas pesetas en ver esa película, podría haberlas invertido en unos pasteles o en un refresco; mas prefirió irse a llorar tranquilamente un par de horas.

* * *

Esto quita de en medio idea tan arraigada como la de que el llanto es signo de sufrimiento. Ya la idea había sufrido un buen empujón con aquel dictamen de la psicología fisiologista: "No lloramos porque estamos tristes, sino que estamos

tristes porque lloramos." Pero desde aquí, ni eso siquiera. De hoy más, el llanto es un instrumento de diversión, un placer nuevo.

Puede preverse que semejante placer se irá perfeccionando, generalizando, ganando adeptos, creando tal vez instituciones nuevas. Habrá quien se envicie; y así como el vino o el juego son causa de perdición de muchas familias, preveo que el llanto ocasionará daños graves. De los que abusen de él llegará a decirse: "¡Sinvergonzones! ¡Se pasan el tiempo llorando a moco tendido!"

Quizá el problema alcanzará dimensiones de alarma y será discutido por sociólogos y por técnicos de la moralidad, que, supongo, se dividirán en dos bandos: los "abolicionistas" y los "reglamentaristas" de las lágrimas.

Y algún día tendrá que formarse la "Liga de señoras para la represión del sollozo"...

* * *

El cine, que es la fuente de cultura principal de nuestro tiempo, habrá sido la causa de tan importantes variaciones. Su varita mágica vuelve placer todo lo que toca. En las últimas temporadas se han proyectado con éxito una serie de films—"Rebeca", "Luz de gas", "Cumbres Borrascosas", son ejemplos ruidosos—especialmente hechos para meter el corazón en un puño, y las gentes han ido a disfrutar de este goce de la angustia. Ahora van a disfrutar del llanto. No sería nada de extrañar que con el tiempo acudiesen a ver películas consagradas a provocar el estornudo, el sudor o las cosquillas, o a suscitar el remordimiento, o la desesperación, o la impaciencia. Y todas estas pasiones convertidas en placer, hechas distracción y golosina.

* * *

Y tan estupendamente presentadas, que los sentimientos reales quedan francamente por debajo. Ya entre el gesto desgarrador de una actriz de la pantalla y el de una sencilla mujer que sufre, el primero cala más hondo. Creo que aquí se encuentra una de las claves de la dureza de sentimientos que todo el mundo percibe hoy en todo el mundo; la vida de relación de los seres humanos se ha hecho más agria y fría;

familias, amores y amistades son sentidos con menos interés; creo que el cine, divulgando la emoción y el estremecimiento, derramando por todas partes cosas que antes eran privilegio de minorías, se lleva con él una gran parte del corazón de las gentes. Llamó la atención la ocurrencia extraña de los redactores de "La Estafeta Literaria", que titulan así una de sus páginas: "¿La vida es sueño? No. La vida es cine." Quizá su rótulo vaya haciéndose cada vez más verdadero.

No sabe uno si debe alegrarse de ello o entristecerse. Por de pronto, esto de que todo, desde la angustia hasta las lágrimas incluso, se le torne placer espectacular al hombre del siglo XX, recuerda un poco la leyenda del rey codicioso a quien se le volvía oro todo lo que llegaba a tocar. Quizá el hombre acuda alguna vez a la divinidad, como el rey Midas, para pedirle que le permita sufrir de veras.

(12-VIII-1944)

NUESTRA CIUDAD

I

COINCIDI con José García Nieto, jefe de la Juventud Creadora, cuando iba a dar comienzo la proyección de la película anunciada como excepcional, y me dijo, "Pero, ¿a qué vienes tú aquí? ¡Tú no tienes sensibilidad para entender estas cosas!" La mar de inquieto acerca de mi sensibilidad para captar finuras, me senté en mi butaca. La película, ya he dicho, venía precedida por un runrún de pasmos y entusiasmos. "Sinfonía de la vida" era nada menos que una revolución estética, un cine nuevo y excelso, un espectáculo tan delicado como profundo, de esos en que ni se fatigan los ojos de admirar, ni el corazón advierte que suspendió, de puro sobrecogido, su latir, ni la mente se harta de teclear en una gama de apasionantes interrogaciones. Dios mío, ¿tendría yo sensibilidad para percibir todo esto que se me había anunciado?

La película transcurrió. Un ganapán muy norteamericano, con nariz de zanahoria, en funciones de cicerone de la vulgaridad, fué señalándonos diversas escenas de la vida de una pequeña población estadounidense. Aquí toma su desayuno el médico rural: café, plum-cake, mermelada y mantequilla, a lo que supongo. Allí desayuna—lo mismo, creo—el editor del periodiquito local. Más allá desayuna un niño zangolotino, grandote y desangelado como un buey joven, que todavía va a la escuela; se le atraganta, por cierto, igual que un hueso de albaricoque, lo más elemental de la aritmética. Más allá es una agradable jovencita quien toma su desayuno. Se adivina que el galopín impermeable a la aritmética va a enamorarse de la agradable muchacha. Nuestra adivinanza se con-

firma. Los jóvenes se unen con los santos lazos. Transcurre el tiempo. El segundo fruto de este matrimonio está para nacer. Pero, ¡perra vida!, el parto viene tan difícil, que la joven madre va a parar al cementerio. Sobrecogedoras escenas en que la muertita reciente parlotea con los muertos rancios de la población, en la tertulia comedida del camposanto. Otras escenas en que la difuntita torna, vuelta fantasma, al hogar de su juventud: se ve a sí misma cumpliendo quince añitos y... desayunando. La pobre cadáver sufre mucho con estas cosas y vuelve a su sepultura. Y ahora..., ¡ah, señores, ahora! ¡Respirad, descansad, alegraos! Todo eso de la muerte ha sido un sueño, una fantasmagoría, una pura broma. La encantadora muchacha no ha muerto, ¡pues no faltaba más!, sino que lo ha soñado. Ya de veras, da a luz tranquilamente su segundogénito y... la vida continúa. A lo largo de todas estas escenas, el ganapán aquel de la nariz azanahoriada ha ido desplegando una filosofía baratísima, que aún resulta más barata en sus labios, en su cara vulgar de comisionista de tractores agrícolas.

Esto vi y esto pensé: que me alegro de no tener la sensibilidad precisa para estremecerme con películas rosadas y ñoñas como "Sinfonía de la vida", aunque se vistan con lo más distinguido de la indumentaria cinematográfica.

Pero... Ha transcurrido un mes.

El más áspero de los críticos españoles de teatro, que se llama, como sabréis, Enrique Azcoaga, da suelta a todo su entusiasmo para hablar de una comedia que acaba de estrenarse en el María Guerrero: "Nuestra ciudad". Tan estupendo es el elogio en labios de Enrique Azcoaga, que acudimos a la butaca sin pérdida de tiempo.

Desde que hace un mes vimos la película, a hoy, que vemos la comedia, ¿se ha vuelto del revés nuestra estimativa? ¿Nos hemos hecho de una sensibilidad suficiente? ¿O es que, notablemente torpes en comprender las cosas—como dice el diccionario que significa el vocablo "estúpidos"—, entendemos a la segunda lo que no entendimos a la primera?

Porque "Nuestra ciudad" es la comedia de Thornton Wilder, cuya adaptación cinematográfica se llamó "Sinfonía de la vida". Y "Nuestra ciudad", a pesar de los violentos elogios que nos informaron de ella, no nos ha defraudado. Al revés, tanto nos ha hecho pensar, que hablaremos de ella ampliamente.

Por de pronto, los comediantes españoles que representan "Nuestra ciudad"—sí, señores, sí—valen más que los cineastas norteamericanos de "Sinfonía de la vida". El ganapán zanahoriesco es aquí un "director de escena" ironista, canc, reflexivo, sobrio y civilizado. El galopín duro para la aritmética no tiene la corpulencia grotesca del garzonazo yanqui: habla más discreto, más sugerente, más atendible. El Doctor Gibbs tiene en Madrid más dignidad y peso que allende el mar. Hasta las actrices—sí, señor, hasta las actrices—resisten desde las tablas del María Guerrero la comparación con las estrellas del celuloide. Y nótese que todos estos actores han visto la película, y en sus ademanes se advierte la imitación; pero—"el plagio es un robo cuya única atenuante es el asesinato"—de tal modo superan al modelo, que nos lo hacen olvidar.

La obra de Thornton Wilder ha sido mucho mejor interpretada en el teatro que en el cine, mucho mejor en Madrid que en Hollywood. Lo primero demuestra que el teatro y el cine giran en distintas órbitas y no pueden interferir en una competencia sustancial. Lo elevadamente teatral no puede ser cinematográfico, aunque se empeñen en convertirlo todos los esfuerzos de la metrópoli del cine. Como lo exquisitamente cinematográfico no puede ser teatral.

Quede aquí la reflexión primera y más sencilla. Otras subseguirán.

(20-I-1945)

II

INICIABAMOS ayer una comparación reflexiva entre la comedia "Nuestra ciudad" y la película "Sinfonía de la vida", que es su adaptación cinematográfica. Nos quedamos comparando las respectivas interpretaciones. Comparamos hoy los respectivos argumentos.

El argumento de una obra narrativa ofrece dos diferentes aspectos: uno, la historia que se despliega allí, incorporada por unos ciertos personajes, a través de unos determinados sucesos. Otro, la historia de esta historia, o sea cómo nació, cómo fué plasmándose en la mente del autor que la concibe. Si ustedes quieren, llamaremos a lo uno "argumento objetivo", y a lo otro, "argumento subjetivo".

En ambos aspectos, la maestría de los cinematografistas yanquis ha conseguido un resultado muy notable: rebajar, deslucir, estropear la creación originaria, velar lo que había de valioso en la mente del creador, Thornton Wilder; convertir una obra interesantísima en una vulgaridad.

Examinemos el "argumento objetivo".

En "Nuestra ciudad" el dramaturgo ha querido presentarnos, como espejo de la vida corriente y moliente, la vida de los habitantes de un pueblecillo del Norte de los Estados Unidos. Se engañará quien piense que se trata de la "vida colectiva" de un grupo humano; no hay más vida colectiva que la Comunión de los Santos. Lo que Thornton Wilder ha puesto en acción a lo largo de su comedia es la vida individual cotidiana, repetida en unos cuantos sujetos. Con elemental honradez, esta vida se nos muestra entera: los hombres del pueblecito nacen, crecen, se casan, envejecen y MUEREN. En

la comedia mueren la señora Gibbs, el organista Simson, Emilia Webb y otras personas. Mueren, y aunque alguno—Emilia—haga ademán de arrepentirse, se somete rápida y voluntariamente a su mortal destino.

Pero en la película, no. En la película, Emilia Webb, tan guapa ella, tan hacendosa ella, tan simpática ella, no muere. ¿Por qué? ¡Ah, por no dar un mal rato a los espectadores! Si algo importa en el argumento de Thornton Wilder, es la inexorable limitación de la vida, su infalible fin. Esto lo ha suprimido el cine norteamericano: ha degollado el argumento objetivo en homenaje a la desvergonzada tranquilidad, a la irritante memez del espectador que no quiere saber lo que más le importa, sino lo que más le engaña.

Pues vamos ahora al argumento subjetivo.

El autor de "Nuestra ciudad" ha sentido la pequeñez espaciotemporal de la criatura humana, y la ha reflejado admirablemente. Pero... ha querido salvarse—él, Thornton Wilder—de esa pequeñez. Semejante tentativa de salvación es el único origen noble y legítimo de una obra de arte, en general, de una obra humana. Es inmensamente estremecedor darse cuenta de cómo Thornton Wilder, a la hora de combinar los fantoches y escenas de su obra, se ha ido metiendo entre ellos, primero, con el calor del cariño con que va trazando sus vidas, y después, con el calor de su presencia casi física. La comedia se abre—el telón está alzado desde antes de acudir el público—saliendo un "director de escena", que señala verbalmente la topografía de la ciudad. "Aquí, señores, está el ferrocarril, que cruza en esta dirección; allí está el Banco; más allá, la iglesia presbiteriana, y al otro lado, la fábrica de impermeables." Todo esto, como es natural, no aparece en las tablas, que se nos muestran casi desnudas (así se representaba, sabido es, en tiempos de Lope o de Calderón). Luego, el "director de escena" manda actuar al matrimonio Gibbs; cuando le parece, interrumpe su actuación y concede la palabra al matrimonio Webb. Ahora traslada la acción de 1901 a 1913. Antes improvisa un bar esquemático, donde va a transcurrir determinado suceso. Y así acelera, retrasa, anticipa, ordena, explica, comenta, calla y dispone a su antojo que se manifieste por aquí o por allá, de tal o cual forma, el vivir de los personajes. Sin duda, este director de escena es el propio Wilder, el autor de la comedia (como un eco del "Autor" que gobierna la trama en algunos autos sacramentales), en fun-

ciones de creador. Conmueve y penetra esta ambición creadora tan entrañablemente humana. Se ve en su desnudez purísima el anhelo con que el dramaturgo, discurriendo sobre la fugacidad y vulgaridad de la vida, quiere levantarse por encima de ella. En la comedia, este personaje es el que no muere: el que no nace, ni crece, ni se enamora, ni se casa, ni sucumbe; desde la primera escena hasta la última, en el temporal torbellino de las existencias mostradas, pasa a pie enjuto, sin que le hiera un día o un año; llegó con su traje negro, algo usado; con su corbata y sombrero vulgares, con su pelo blanco y su inteligente dicción, en su edad perfecta; y lo mismo se va. Al hacerse así personaje de su obra—en cierta escena toma, por gusto, el papel de camarero, y en otra el de pastor—, personaje siempre idéntico a sí mismo, nos da la confidencia más íntima de lo que es un alma arrebatada por el arte: un alma en lucha continua contra el tiempo, metida entre sus creaciones, entre sus criaturas.

Ahora bien, en la película este personaje no es un "director" de la escena, sino un "espectador": como al principio dijimos, un "cicerone". No crea una ciudad con la palabra, sino que nos la enseña construída por los albañiles y carpinteros del estudio cinematográfico. No corta las escenas con su "¡muchas gracias!" a los actores. Ni las levanta con un par de tablas toscas, como hace el "director". El personaje de nariz de zanahoria de la película no es capaz, en fin, de repetir la hazaña que en el María Guerrero lleva a cabo el "director de escena": con sólo un sombrerazo de su amplio chambergo artístico, quita de en medio el sol y enciende la palpitación de las estrellas.

(27-I-1945)

III

A esta otra ciudad europea en que nosotros vivimos desde hace siete mil años, año más, año menos, llega ahora el batir de dos oleajes de opuesta procedencia geográfica. Por un lado, la ola oriental que en estos instantes moja los caminos de Berlín. Por otro lado, la ola occidental que nos salpica con su espuma atlántica. Si "Nuestra ciudad" nos ha interesado hasta reclamar nuestra atención tan desacostumbradamente como el lector ha visto, ha sido por una principal razón: es una comedia norteamericana por su autor, por su ambiente, por su espíritu, por su éxito. La consideramos como un embajador fidedigno y arquetípico del alma norteamericana, la cual expresa aquí nada menos que su concepto sobre la "vida verdadera".

* * *

Se ha planteado el tema en el primer acto, cuando una espectadora pregunta si en el pueblo existe inquietud por la belleza, o sea si alguien aspira allí a algo sobrehumano. El complaciente míster Webb vacila un poco: "¡Calle! Señora, me hace usted pensar... Verá: aquí, dos o tres chicas tocan el piano, aunque no se ve que esto las consuele mucho..."

Se ha resuelto el problema en el segundo acto, cuando el director de escena profiere con toda naturalidad una frase como ésta: "Presentamos a ustedes, señores, unos sucesos de la vida cotidiana, es decir, de la vida verdadera."

Se ha llevado la tesis hasta su último extremo en el tercer acto, cuando vemos a los difuntos del pueblo muy correcta-

mente agrupados en su colina cementerial, solos bajo los astros. En el instante de alzarse el telón, esta soberbia escena deja fluir hacia los espectadores una brisa húmeda y profunda que se siente en los huesos. Sensación. La comedia culmina... ¡Los muertos van a hablar! Una pausa, y... oíd lo que hablan los muertos: "Se ha levantado fresco otra vez. Parece que lloverá." "Sí. Esta lluvia es buena para los guisantes." "¿Oyen ustedes? Ya pasa el tren de las cinco cuarenta y cinco, que va a Boston."

¿Cabe acentuar más una tesis? Hasta las gentes que han sucumbido ya, hasta los que ya no van a respirar nunca, hasta los que miran desde lo alto de la colina de la muerte nuestras pequeñitas ciudades, no conocen más "vida verdadera" que la "vida cotidiana"...

* * *

En aquel cementerio de tertulianos, alguien hay que no está de acuerdo. Uno de los muertos, cada vez que le dirigen la palabra, responde con un exabrupto. Mientras todos asientan al pie de sus cruces uniformes, el lugar de éste no lo señala una cruz, sino unos palos hincados en la tierra. Mientras sobre la tierra de todos las lápidas dicen nombre, apellidos y edad, la piedra que cubre a éste tiene grabadas sólo unas notas musicales. ¿Sabéis quién es? Es el pobre organista de la iglesia presbiteriana. Parece ser que él sí sentía el arrebato de la belleza, y alguien de su pueblo dijo: "Esta vida no es para él." Escándalo de la pequeñita ciudad, el que iba para artista vivió borracho y murió suicida. Aun en el cementerio sigue apartado de los otros. Es el único pecador de un pueblo en que vivían las gentes sin pena ni gloria.

* * *

Sin pena ni gloria digo, porque en todo el pueblo, tal como lo hemos visto, no brota un pecado ni un acto de virtud. La Teología Moral está allí sustituída por la Fuerza de la Costumbre. El Decálogo, por la Urbanidad. Angeles y diablos nada tienen que hacer. No es precisamente aquello la Ciudad de Dios; tampoco la Ciudad del Demonio. Por lo tanto, no es la Ciudad de los Hombres, tal como nosotros entendemos esta palabra, porque el Hombre, en cuanto lo es, toma partido de continuo por el cielo o por el infierno. La esencia paradójica

de lo humano es la vocación de ser sobrehumano. "Nuestra ciudad" es sencillamente una población neutral, perdida en Massachusetts, por donde pasa casualmente todas las mañanas un expreso que va a Boston, y donde los muertos conversan apaciblemente sobre la cría de gallinas.

Esto, si excluímos al organista. El cual es un tipo extraño, un desvergonzado alcohólico, que tal vez ascendió a regiones sublimes y que termina despeñándose en el espantoso pecado del suicidio.

* * *

No sé si es que nuestra sangre de europeos está enviciada por la incalculable historia que ha transitado nuestras venas, pero el hecho es que nuestra simpatía—lo penetrante, lo trágico, lo profundo de nuestra simpatía—se va hacia el artista, contra el pueblo vulgar en que el artista se ahoga. A nosotros también—quizá por esa sangre enviciada de historia, es decir, de metafísica y de eternidad—, algo fortísimo nos tira de los pies, y algo fortísimo nos tira de la frente, de manera que vivimos tensos entre el Orco y el Empíreo. Si aquella ola occidental de que antes hablábamos rueda sobre el mundo, advendrá un ciclo histórico en el cual los seres humanos van a creer que la única vida verdadera es la vida cotidiana; van a transcurrir con aquel buen sentido, con aquella tranquilidad consuetudinaria, con aquel espíritu práctico, activo, despejado y sin interrogantes que lleva a los pobladores de la ciudad pequeñita. Sobre este panorama de industriosa civilización se despegará la figura singular de uno que iba para algo sublime, que se entregó al alcohol y que terminó colgándose de la rama de un árbol: la figura de Europa...

(10-II-1945)

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

EL CONSUELO DE LA FILOSOFIA

LA FELICIDAD Y OTRAS COSAS
MAL DE LA CABEZA
UTRUM SEMEN SIT DE SUPERFLUO ALIMENTI
EL ENGAÑO DEL TIEMPO
EJERCICIOS ESPIRITUALES
LA MUERTE ROBADA
LOS MUERTOS NO MUEREN
SOLEDADES

LA FELICIDAD Y OTRAS COSAS

BIBLIOTECA PUBLICA TARDEL

DE COLABORADOR A DIRECTOR

Es cierto, mi querido amigo, que el último martes no le envié mi artículo de colaboración acostumbrado. Es más cierto aún que el penúltimo martes habría hecho mejor en no mandarle el que le mandé. Estaba molesto conmigo mismo por ambas cosas, hasta que hace unos momentos se me abrió delante de los ojos un párrafo de Goethe que dice así:

"Para pensar no sirve de nada el pensar. Hay que acertar por naturaleza, de modo que las ocurrencias afortunadas se nos aparecen como libres criaturas de Dios, y nos gritan: ¡Aquí estamos nosotras!"

¿Y qué derecho tengo a esperar, mi querido amigo, que una libre y bella criatura de Dios se me aparezca dando voces todos los martes por la mañana, con la puntualidad de un Longines? Le aseguro que si eso sucediese, no tendría que consolarme con la filosofía, que es la más descarnada de las consoladoras.

ARTE DE SER DICHOSO

En su "Tratado de los Héroes" dice Carlyle que el mundo sigue siendo bello, como en sus virgíneos tiempos primitivos, para unos cuantos hombres dignos de contemplarlo. Así, pues, a estos pocos hombres les está concedida la felicidad. ¿Y qué es la felicidad?

Conviene saber que de dos maneras aumenta el goce: mejorando el manjar, es decir, lo que se recibe, y mejorando el paladar, es decir, el que recibe. Como el manjar a todos ofre-

cido es una Creación inmejorable, en el paladar debe de estar el secreto de las diferencias humanas en cuanto a la dicha.

La felicidad no consiste en tener, sino en ser. De cuantos pensaron en Dios, ninguno dudó que Dios es dichoso. Es dichoso porque es.

Cuanto sucede tiene virtud para hacernos dichosos: subir a una montaña o contemplar largamente un hormiguero encierra su germen de beatitud. Pero que este germen llegue a cuajar en una dicha efectiva no está ya en la montaña o en el hormiguero, sino en quien sabe mirarlos con reflexión, en quien sabe mirarlos con ardor. Es decir, en la culminación de sí mismos. Se es feliz cuando la conciencia de los valores se hace en uno tan fuerte como en el Héroe. No creo que en española tierra pueda sonar a herejía o disparate esta proposición: La felicidad es el Heroísmo.

Todo el mundo tiene de esto alguna experiencia subjetiva. Si diez aciertan un problema o vencen un combate, experimentan satisfacción. Si sólo vencen o aciertan tres, la satisfacción es más grande. Si es uno nada más quien alcanza la victoria, no es ya satisfacción, sino un temblor de plena felicidad lo que le invade. El más intenso de los goces humanos, que se llama amor, lo es por el sentimiento de heroísmo que la admiración de la amante otorga, haciendo del amado lo único en el universo: "¡Pobre Concha, a quien todos mis gestos parecían soberbios...!"

También el pueblo tiene su experiencia de esto, expresa en el hecho notabilísimo de que el lenguaje vulgar dé a la palabra i n f e l i z la significación de un insulto.

HEROISMO FEMENINO

Asombra un poco ver esas magníficas novelas escritas por mujeres, esos magníficos dibujos trazados por ellas, esos versos, esas prosas, esas prótesis dentarias. Sin embargo, en la conversación particular (decir nombres sería indiscreto), las mujeres de negocios, las dibujantas, las escritoras, las médicas, las ingenieras se lamentan de su suerte. El Heroísmo—la felicidad—de las mujeres es la maternidad: ya sea la maternidad efectiva, ya sea la maternidad en ciernes que solemos llamar con los fantásticos nombres de amor, ensueño, ilusión, etcétera. Para esto, sin duda, están hechas, aunque a veces

parezca que están demasiado bien hechas para fin tan concreto y restringido. Lo demás son consolaciones, lo demás son cuentos.

Y conste que nosotros somos los primeros en lamentarlo...

Y LA EXQUISITA DISCRECION EN TODO

Me ha sorprendido hallar un pensamiento repetido con diferencia de siglos por dos culturas, pagana y cristiana, en torno a la felicidad.

"Más que cien entregas vale un abrazo. Más que cien abrazos vale un beso. Más que cien besos vale una mirada." Esto decían los árabes, sapientísimos en la materia.

Y donde se pensó y dijo, en la misma ciudad hispánica y morisca que lleva nombre de fruta y se abanica con un ventalle de cedros, San Juan de la Cruz vino a pensarlo y a decirlo en lengua de cristianos. Una vez más las oscuras experiencias de la carne desembocan en la claridad del espíritu y motivan reflexiones ascéticas:

"No se puede gozar en las cosas si se miran con asimiento de propiedad."

SALUDO A LA PRIMAVERA

Viendo los floridos almendros tan blancos, tan nupcialmente blancos, suele decir un mi amigo: "La primavera ya es elegante por presentarse con tal tarjeta de visita."

Lo que a mí me gustaría saber a punto fijo es por qué en la primavera los días se alargan y se acortan las noches.

Yo creo que es por precaución...

(1-V-1943)

MAL DE LA CABEZA

DE los métodos psicotécnicos: "Se ha definido la fisonómica como el arte de formar juicios temerarios. Más cierto será aplicar esta definición a la grafología."

De los movimientos biotípicos preformados: "La alegría supone ascensión; la tristeza, caída; el amor, convergencia."

De la locura: "La psicosis es la caricatura de un temperamento normal."

De la salud: "¿Pero es que alguno de ustedes, señores míos, se halla en posesión de una salud mental absoluta?"

Todo esto son apuntes de un estudiante de Psiquiatría. Una vez por semana, no digo día ni hora para no aumentar la afluencia de público, los estudiantes de San Carlos reciben lección de Psiquiatría. El psiquiatra penetra en clase con su mirada aguda, alto, cargado de hombros, con las manos en los bolsillos de la americana, a medias Charles Boyer, a medias Herbert Marshall. Quiero decir, con un atuendo psiquiátrico irreprochable. La penetrante mirada viene de unos ojos salientes y casi cerrados, globos de perezosa ironía. La voz, de una boca alargada y fruncida por la curva de la guasa:

—Y ahora, señores, vamos a presentar unos enfermos...

* * *

Y están los estudiantes sumidos en la interrogación y el respeto del gran misterio psíquico. A medida que el profesor describía este o aquel síntoma, autismo, prolijidad, perseveración, el estudiante se acordaba de este amigo o de aquel conocido, o, lo que es peor, de sí mismo. Quizá, lector, en el modo de doblar el pañuelo, demuestra usted un carácter epiléptico peligroso. Quizá en usted, simpática lectora, la sim-

patía no hace más que disimular una psicosis maníaca. Ocuparse de Psiquiatría sin un gran sentido del humor es peligroso, porque se ve uno sometido a aquel lamentable experimento del filósofo nuestro que, viendo muchachas paseando en la ciudad de Freud, creía ver a través de las frentes redondas los pensamientos inconfesables y a través de las graciosas mejillas las vergonzosas anhelaciones.

Yo he visto, cuando el doctor Vallejo acababa de exponer el cuadro sintomático de alguna enfermedad mental, cómo los estudiantes se miran unos a otros con desconfianza. Sí, sí, es que mi amigo Fulano habla siempre con la prolijidad, con la pelmez, con la perseveración, insistencia, minuciosidad, egocentrismo y chinchorrería que el doctor ha mostrado como carácter epiléptico. El pobre estudiante de medicina sufre a lo largo de su carrera todo, desde el sarcoma de rodilla hasta la úlcera de estómago, pasando por la tuberculosis y el quiste hidatídico. Pero lo peor es cuando le toca sospechar si padecerá el sagrado mal de la locura. Porque en cuanto lo sospecha, ya lleva la mitad del camino andado.

Pues están los estudiantes sumidos en su mar de científicas inquietudes cuando la fresca voz de una muchacha de ojos reidores irrumpe en el aula:

—¡Huy, cuánto joven con gafas!

Es la primera enferma mental. Extrovertida, por lo pronto.

* * *

Pero por muy extrovertida que sea, su inesperada observación resultó un poco molesta. Se aprestaban todos a diagnosticarle un mal psíquico cuando ella les diagnosticó a todos un vicio de refracción.

—Bueno, bueno. Vas a explicar a estos señores lo que te pasa. Todos estos señores son médicos. ¿Desde cuándo estás tú mal de la cabeza?

—¿Yo, señor? ¿Yo mal de la cabeza?

Pero sí. Ella está mal de la cabeza, y todos los demás también. Dios creó al hombre y le puso en medio de un admirable jardín. Le permitió comer los frutos de todos los árboles, incluso los frutos del árbol de la vida, pero no le permitió tocar los frutos del árbol de la ciencia.

* * *

Sea uno u otro el más ortodoxo significado del genesíaco Arbol de la Ciencia del Bien y del Mal, la antinomia entre este Arbol y el Arbol de la Vida me ha llamado siempre la atención, haciéndome sospechar en ella una serie de altas y profundas enseñanzas. Cuando la conciencia se inclina sobre la vida visceral, el hombre enferma fácilmente; preocuparse de su hígado es una excelente manera de estropear su hígado. ¿Acaso este hecho biológico no es un ejemplo de la aspereza con que se tocan el conocimiento y la vida? Y el refrán famoso, "quien allega ciencia, allega dolor". Y el dato estadístico de que los dedicados a la indagación o al discurso suelen poseer una salud más flaca que los trabajadores mecánicos. Y ese "tedium vitae", que arruga la frente de la sabiduría...

Si no estuviese tan manida la expresión "Grandeza y servidumbre", la aplicaríamos aquí. La aplicaríamos a esa trágica y grandiosa elección del hombre que, a pesar de todo, se entrega a la búsqueda de la verdad, aunque sea dando espaldas a la vida. Como fórmula de ello, recuerdo aquel pavoroso apóstrofe: "Si fuese posible una distinción real entre conocerte y gozarte eternamente, yo renunciaría a los placeres sin fin, oh Dios, con tal de conocerte."

Oigo la risa de la muchacha loca en su vivir sin conocimiento. Y el paso apagado del hombre de las gafas que, camino de la ciencia, va dejando cada día un poco más atrás los ecos de la vital carcajada.

(5-II-1944)

UTRUM SEMEN SIT DE SUPERFLUO ALIMENTI

A propósito de celebrarse la fiesta de Santo Tomás de Aquino, hemos abierto la "Summa" por su primer tomo. Es una hermosa edición hecha en Madrid en 1765, por la viuda de Eliseo Sánchez. Comprende siete volúmenes, con más de medio millar de folios cada uno. Los folios están impresos a dos columnas, con un tipo de imprenta que puede asimilarse al cuerpo 9 de nuestra tipografía. Cada columna viene a tener unos 60 renglones. ¡Cuánta ciencia! Con estos datos, cualquier astrónomo del periodismo (yanqui, naturalmente) podría calcular el número de neuronas de Santo Tomás de Aquino.

El autor declara, al parecer, sin ironía, que escribe su obra para poner las cosas de la religión cristiana al alcance de los principiantes. ¿Cómo serían en aquel tiempo los que principiaban? ¿Y cómo serían los que terminaban?

Cierra el tomo la cuestión CXIX ("De propagatione hominis quantum ad corpus"), dividida en dos artículos, el segundo de los cuales campea bajo este título extraordinario: "Utrum semen sit de superfluo alimenti".

* * *

Preguntarse si procede la materia seminal "de lo superfluo del alimento", es una de las indagaciones más originales que se puede proponer el hombre del siglo XX. Pero responder a esta pregunta con una resuelta afirmación, es la más admirable consecuencia de una postura espiritual basada en el Heroísmo.

Sobre ambos aspectos del tema—biológico y filosófico—

quiero llamar la atención, aunque el segundo sea, sin duda, mucho más interesante que el primero.

* * *

Para la Biología guardan una gran curiosidad las anticipaciones contenidas en este artículo. La observación y el razonamiento llevaron a lugares muy próximos a los alcanzados por nuestra investigación experimental. Por ejemplo:

Cuando dice Santo Tomás que en los animales la virtud nutritiva sirve a la generativa, plantea algo tan actual como la relación que liga a las hormonas de las gónadas con el metabolismo.

Al enunciar cómo el alimento adquiere primero "cierta virtud común a todas las partes del cuerpo", para determinarse después y asumir calidades específicas "de esta o aquella parte" en particular, enuncia el proceso de especificación—enteral, humoral, tisular—de las proteínas, que tan ancho territorio ocupa en los modernos conocimientos biológicos.

Y todavía más en concreto: cuando trae a colación aquello de que los animales de gran corpulencia "sunt pauci seminis secundum quantitatem sui corporis, et paucae generationis" y de que, paralelamente, los hombres grasientos "sunt pauci seminis propter eamdem causam", está nombrando nada menos que la "distrofia adiposogenital", recientemente incorporada con tanto honor y ruido al repertorio del más nuevo capítulo—el endocrino—de la Patología. "Homines pingues" es una expresión feliz en que, con solo un adjetivo, queda descrito el tipo constitucional que ahora llamamos "de Fröhlich".

* * *

En la ciencia vigente existe un dogma que horripila a quienquiera que tenga sed de ser. Se llama "principio de la continuidad del plasma germinativo", y es conocido por todos los biólogos y también por los no biólogos que hayan leído la famosa "Montaña mágica", del judío Tomás Mann.

Este principio subraya cómo, en la totalidad de células que constituyen cada organismo corporal, hay una parte—las células somáticas—destinada a morir, y otra parte—las células germinales—destinada a permanecer. Las células somáticas se desharán con el cadáver en las terribles nupcias de la

tumba. Las células germinales habrán pasado con anterioridad, en nupcias menos trágicas, a constituir el eje de un organismo nuevo, del organismo hijo. En éste, todo sucederá igual: las células del soma perecerán, mientras que las células del germen pasarán a ser núcleo del organismo nieto. Y así de generación en generación, de manera que el protoplasma de las células germinales es prácticamente inmortal: "Continuidad del plasma germinativo".

Ahora bien, este principio ha sido siempre objeto de sospecha, si no de conocimiento. Su adivinación ha atormentado a hombres de todas las edades. ¿Quién, viendo que se muere, mientras la riada sigue su curso, no se ha sentido desesperar? ¿Quién no se ha mirado con furia esclavo de los instintos impersonales y de las fuerzas ciegas? Mil veces cada uno hemos creído darnos cuenta, con súbita y trágica claridad, de que vivir es hacer de eslabón, de qué crecer es repetir, de que "somos andarines de órbitas y no podemos llegar a sitio alguno", como expresó Juan Ramón Jiménez; en una palabra, de que el individuo se pudre y no importa, porque quien vivía en él era la especie, y lo que llamaba su alma era una berruguita en este tallo inacabable de la especie.

Pues he aquí el valor de consolación que encierra el artículo de Santo Tomás. Para su prodigiosa inteligencia, el semen era lo sobrante del alimento que nutre a la persona; la especie y su pervivencia eran tan sólo un lujo. En el hombre, con su alma inmortal, "sólo entre contrarios", dueño de la creación y alma del mundo, en el hombre la humanidad culmina. Que la grey continúe es superfluo. Los plasmas y los epitelios están ahí sólo como piezas para la edificación del hombre singular, del Héroe.

Perdidos en la maraña de un mundo mala y demasiadamente cultural, pongamos en las letanías íntimas este ruego: "Sancte Thoma Aquinatis, cogita pro nobis".

(13-III-1943)

EL ENGAÑO DEL TIEMPO

SE dice que van a publicarse en un volumen la primera y la última novela de M. V. Dícenme que la primera, escrita allá cuando Miguel fué teniente o alférez, está repleta de emoción y ternura, que es ingenua, apasionada, bella y cordial. Mientras que la última, obra ya del "caballero postrado", hiere con todas las desengañadas espinas de la ironía y eriza las púas de la acritud. Como si dijéramos (es preciso cuidar, a costa de lo que sea, la originalidad de las metáforas), el volumen llevará una de aceite y otra de vinagre.

Pero dícenme todavía que el vinagre se mete en el aceite, y el autor, sin respeto alguno por su parto primerizo, lo titula "Novela de un joven cursi".

* * *

Lo que hace M. V. es humano. Cuando a alguien se le censura una obra suya, suele disculparse: "¡Bah! Lo hice mucho tiempo atrás; estaba yo verde aún." En general, el desfile de los años nos torna despreciativos para lo que hemos sido, como si la vida real siguiese de veras una ley de crecimiento y perfección, como si el tiempo tuviera tal poder de purificar las cosas, que con su solo pasar nos fuera enalteciendo; como si el día cinco fuese mejor que el cuatro, y el seis mejor que el cinco. Esta convicción, tan de antemano y tan sin discutir establecida, ¿no será un dañoso error?

* * *

Para la historia de los pueblos y para la filosofía de la historia, lo es. Vemos una nación que disfruta de institucio-

nes, comodidades y saberes, industrias y elegancias, y pensamos que aquella nación "ha progresado". Vemos otra cuyos individuos ejercen una rudimentaria vida, y juzgamos que se trata de un pueblo "primitivo". Mas recuerdo la impresión que me causó acerca de este particular ver citada por M. Pelayo una idea de Maistre: La de que los pueblos incultos y salvajes no son pueblos primitivos a donde la civilización no llegó, sino pueblos por donde la civilización pasó hace tiempo; no sociedades que "todavía" no son cultas, sino sociedades que "ya" dejaron de serlo; no inocencia, sino senectud.

Ved esos desventurados "fellahs", comedores de cebollas con aceite de sésamo, de quien algún sabio dice que "no pueden calificarse de aptos para el progreso"; están de vuelta de una de las más elevadas civilizaciones que han declamado su papel en el teatro de la historia: la civilización del Egipto faraónico.

* * *

He aquí una historieta del admirable humorista Novello. Se trata de un escritor novel que logra publicar una pequeña narración titulada "El niño ciego". Pasan años; el escritor se consagra y los editores se disputan su segundo libro, una novela larga y trascendental. Más años todavía, y los periodistas asedian al escritor, que declara petulantemente: "Hasta ahora no estaba satisfecho de mi labor; mas ahora voy a estrenar un drama que hará época." Hace época el drama en las columnas de los periódicos, el tiempo fluye y el escritor famoso entra en la Academia. Todavía unos años más, y publica obras gigantescas, un diccionario de la rima, una epopeya, un tratado de filosofía, un libro de memorias; se le aplaude, se le condecora, se le comenta, se le sigue. Y el tiempo sigue andando con ese andar despacioso y cazurrón con que el tiempo anda. Ahora, el escritor glorioso ha muerto ya, y un busto suyo casi se pierde en el abrazo de una yedra, en medio de un ciudadano jardín. Pasean dos viejecitos: "¿Quién es éste", pregunta uno. "Es (aclara el otro) un escritor del siglo pasado a quien se recuerda todavía por un hermoso libro suyo que se intitulaba "El niño ciego"...

* * *

No hablo ahora de M. V., ni de nadie en particular. Hablo ahora de los seres humanos y de su formidable inclinación a sentirse cada vez más satisfechos de sí mismos. Irrumpe una generación en la historia, y juzga pura estupidez cuanto en el mundo sucedió primero que ella apareciese. Alcanza un hombre cierta edad, y juzga pueril y sonrojante cuanto obró antes de alcanzarla. Mas cierto es que muchos hombres "maduros", comparados con lo que en hierba fueron, resultan como esos parias del Egipto comparados con sus abuelos los Faraones.

* * *

Amor y desprendimiento, entusiasmo y corazón ardoroso, cosas son que hoy se te dan gratis y que un día, cuando el peligroso tesoro de la experiencia tengas en las manos, recordarás con cínico menosprecio. Todo tesoro es un riesgo, pero quizá el que más daño puede hacer a quien le halla, sea ese que llaman experiencia. Toda riqueza es una tentación; pero quizá sea la más diabólica la que tienta a creer que se ha llegado. Y aún peor: que se está de vuelta.

(27-V-1944)

EJERCICIOS ESPIRITUALES

DE sobremesa, hemos paseado en silencio por la huerta cartujana. La huerta es grande; tiene dentro sus caminos, sus estanques, sus edificios de distinto aire y época, sus sembrados, sus glorietas, sus colmenas y corrales; todo sin apretar, espaciado generosamente, como un mundo pequeño, pero entero.

Diríase, al sentir qué mansedumbre por los ojos entra a pacificar el espíritu, que la riqueza es el mejor basamento de la virtud.

¡Poseer una finca como ésta! Ninguna otra cosa sería entonces imperiosamente deseada, tanto más cuanto que la mayoría de los seres humanos—esos que, vestidos de alhajas, de poder, de palabras o tentaciones, llamamos Mundo, Demonio y Carne—no tienen la elegancia de un vegetal. Los garbanzales se cubren de pétalos morados, alternando con jaramago amarillo en altos tallos. Se alzan los olivos en medio, sosteniendo con divergentes brazos satíricos su penacho de gris vidual. Al borde de los senderos hay hierbas esbeltas, y otras que, extendiendo sobre el suelo el redondel del halda, parecen meninas irónicas en su gesto de cortesía. Cristobalón de las plantas, el eucalipto, con el tronco vestido de harapos, duermevela junto al estanque. ¡Dichosa serenidad y comunicación la de árboles, flores y verduras de la huerta!

* * *

Pero no es "irse al campo", no; es "irse a otro sitio" lo que, aireando el alma, le da madurez y libertad. El hábito de viajar acostumbra, en lo posible, a morir. Tanto que, si los

hombres fuesen más altamente civilizados, la vida de peregrinación sería la verdadera vida contemplativa. Y por haber impuesto a Wilhelm Meister la obligación de no residir más de tres días en el mismo lugar, ya merece Goethe la jovial, jupiterina aureola que ponemos alrededor de su fisonomía. Le llamamos genio porque tuvo "el virtuosismo de la felicidad" unido al "virtuosismo de la perfección".

* * *

Quizá una noche, en un puente zaragozano, una buena noche de tormenta, en que nos sentimos sobre el Ebro, envueltos por rumor del río crecido y fragoroso, hayáis pronunciado, como yo, los versos que escribió Jorge Manrique acerca de la condición fugaz de nuestras vidas. Ebro dió nombre romano a toda España, nombre de Iberia.

En la Escritura hay pocas descripciones de Dios; una de ellas dice que su voz es "como ruido de muchas aguas".

El tiempo es un río en las obras de Nieremberg y en las de Gracián. Los dos jesuítas no ven más solemne metáfora para una cosa tan solemne.

En nuestros pueblos se dice que ver correr el agua cura la ictericia; la ictericia del cuerpo y del ánimo, la atrábilis del alma.

Esta corriente de agua, que no puede faltar en el equipaje imaginativo de un espíritu religioso, se me aparece otra vez en una frase del convertido Neumann: "Dios entra en el alma con la majestad de los grandes ríos en el mar."

No puede faltar, efectivamente, en la religión ni en el espíritu, porque el río viene a ser una definición física de nuestra más profunda naturaleza y de nuestra más profunda y radical anhelación: pasar permaneciendo.

* * *

En la intimidad se siente a veces encenderse una disputa que es vieja en la historia teológica: podría llamarse "controversia entre el vinagre y la miel", nombre inspirado en una famosa expresión de San Francisco de Sales. De una parte, la agria, jansenista, apocalíptica animadversión de la Naturaleza. De otra, la dulce, franciscana y evangélica afición a la Na-

turaleza. Allí el espíritu que tiraniza y reseca. Aquí, el espíritu que ordena y anima. Allí, el pavor. Aquí, la esperanza.

Creo que son los dos fundamentales estilos de religiosidad. Creo también que hay que escoger el último: limpiar el corazón en vez de arrancarse el corazón. Tanto como Francisco de Asís al Publicano, se parece Jansenio al Fariseo.

* * *

No seas fariseo, no seas demasiado cruel con la flaqueza de las gentes, no tires nunca la primera piedra. Igual que al hermano sol y a la hermana agua, hay que mirar en paz, con mirada compasiva, a los hermanos instintos. Ellos son también venerables criaturas de Dios; comen su pasto; dan a la tarde su gemido; dan a quien se hiela el calor de su aliento; triscan entre la maleza; se descarrían; vuelven; se resignan; son tiernos, tercos, fecundos y vitales; en todo semejantes a la oveja; en todo semejantes, también, al lobo.

Un día, igual que la oveja y el lobo, mueren. Y la osamenta descarnada queda en el bosque, como un fantasma que platean los rayos de la luna.

Tranquilidad. En mi interior, los "hermanos instintos" balan de agradecimiento.

* * *

"Acaso hayáis tomado por liviandad mi ternura", dice una carta que tengo en la mano, dice por esta carta una noble dama, aplicándose palabras antiguas y clásicas.

Yo también temo que, leyendo mis notas espirituales sobre los instintos, les hayáis dado una interpretación demasiado cínica.

Me apresuro a señalaros que el instinto inclina al goce, pero también al valor y a la generosidad, también a la gallardía y al desprendimiento, también a la valentía y a la gloria. En realidad, el instinto empuja, sin saber muy bien adónde empuja, como el corcel que piafa, impaciente por galopar adonde sea.

Lo que importa es tener piernas de jinete.

* * *

El alma bien nacida ama la carne, porque de ella puede salir la estatua. Y aunque cien veces los casos de la vida pugnen por convencerla de lo contrario, ella lo sigue creyendo hasta el final. Ansiamos inmortalidad desaforadamente. Fríos son los siglos y ardientes los minutos. Frío es lo eterno, cálido lo temporal. Y, sin embargo, nuestra calentura va sin freno a la busca de la frialdad de las cosas definitivas, "siempre buscando a Dios entre la niebla". En el tiempo, amamos aquellas ocasiones que nos parecen estar más próximas a lo eterno, que más nos parecen derrotar al tiempo mismo, llámeseles amor, ciencia o belleza. El mayor encanto de llevar en el bolsillo un reloj es la esperanza con que se le consulta, la esperanza de que él mismo ha de marcar el minuto en que, imprevistamente, lleguen horas que nos harán olvidarnos de él. El mayor encanto de llevar en el corazón el tic-tac del tiempo es que por el corazón hemos de vencer su tic-tac espantoso.

* * *

Delante de mí, alguien alza los brazos y suspira. Y violando este silencio ritual, dice una frase. Una frase muy vulgar en esta tierra que, sin embargo, bien vale por una prolongación de las "Soledades", de Lope de Vega:

"¡Dios mío, qué ganas tengo de no tener ganas de lo que tengo ganas!"

(5-VI-1943)

LA MUERTE ROBADA

TODOS conocéis la historia de Prometeo y su castigo. Por atreverse a robar el fuego de los dioses fué encadenado a una roca, donde un buitre le roía las entrañas y las Danaides intentaban consolarle.

Pero lo que no conocéis, lo juraría, son hazañas anteriores del héroe, como, por ejemplo, la del rapto de la Muerte.

La Muerte volvía de Persia una tarde, montada en su caballo, cuando Prometeo se le acercó hasta emparejar con ella.

—Tanaté—le dijo—, eres cruel. ¿Por qué te dedicas a interrumpir la vida de los hombres, cuyo más ardiente deseo es vivir siempre?

Tanaté, echándose a reír, le replicaba:

—Prometeo, no te curas nunca de tus aficiones quijotescas. No ves sino entuertos y desventuras en todo. ¿Por qué no te despreocupas un poco de lo que no te importa y te ocupas de tus propias cosas?

Prometeo se irritó:

—¿Cómo no me voy a preocupar de la injusticia y de la tristeza, de la fugacidad y del sufrimiento, que pesan como terribles cargas, por obra tuya y de otros, sobre los que viven?

—Pues ocúpate de lo que quieras—le respondía, desviándose, Tanaté—, pero no me retengas, porque llevo prisa, y antes de que el sol termine de ponerse aún he de hacer mucho.

Entonces fué cuando Prometeo la descolgó, espantó a la cabalgadura y, llevando bien aprisionado el cuerpo de la terrible mujer, huyó hasta sus montañas.

* * *

Prometeo encadenó a la Muerte en el mismo paraje donde más tarde iba él mismo a ser encadenado, en su cueva de escondido acceso. La Muerte le dejaba hacer, sin defenderse de los potentes brazos. Estaba sujeta por los tobillos y por las muñecas, y la terrosa carne se le veía, triste, entre sus velos. Al fondo de las cuencas, las pupilas brillaban. Prometeo le habló:

—Me iré de aquí y pondré una piedra en la boca de la cueva, tan pesada que ninguna fuerza la pueda mover. No te escaparás. Ya no irás nunca por campos y ciudades con tu guadaña y tu espantosa risa. Los hombres ya no morirán.

Entonces habló Tanaté, y se veían las palabras escurrirse entre sus mandíbulas desnudas.

—¿Por qué lo has hecho? Sin mí, los hombres no podrán resistirse a sí mismos y serán más desgraciados que nunca.

—Los hombres no quieren morir.

Ella dejó crujir su carcajada.

—¿Que no quieren morir? Si me abandonas aquí encerrada, los oirás noche y día llamarme a gritos y aborrecerte por tu obra.

—Los hombres no quieren morir—insistió, terco, Prometeo.

—Pues bien, ¿quieres que convengamos una cosa? Déjame ir contigo. Te prometo que me estaré ociosa y que ni siquiera me dejaré ver. Si antes de que pasen tres días completos, tú mismo me lo pides, tomaré otra vez mi antiguo oficio. Si al cabo de los tres días no has cambiado de pensamiento, tráeme de nuevo a tu montaña, cárgame de cadenas y sepúltame, de modo que en la tierra no vuelva ya a saberse nunca de Tanaté y de su atroz tarea. ¿Te conviene?

Aceptó Prometeo.

* * *

El primer día, el héroe corrió muchas ciudades. Con él iba envuelta en sus velos, invisible y callada, la Muerte. Aquí vieron fiesta y regocijo, porque el cabeza de una familia, que estaba moribundo, cuando esperaban todos el postrer resuello, había recobrado, de pronto, la salud. Allá, alegría y vítores porque el príncipe que agonizaba se había sentido con fuerzas para ahorcar a los médicos, montar a caballo y repartir la justicia. En otra parte, ruidosa alegría porque un niño que,

al parecer, había nacido muerto, comenzaba a respirar y a latir.

* * *

El segundo día, Prometeo vagó por campiñas y aldeas, con su compañera siempre al costado. Vió un pastor despeñarse desde una escarpada altura, y presenció cómo se levantaba y daba saltos de entusiasmo al verse sin herida mortal y escogía para Pan sus dos borregos más lustrosos. En otro lado, una puérpera que el día anterior se contaba difunta, comenzó a amamantar a su criatura con sonrisa inefable. En otro lugar, un nonagenario, medio ciego por la carga del tiempo, que de años atrás yacía, consumiéndose, junto al fuego de la casa, abrió los ojos y deseó salir a los campos resplandecientes por el sol, y sus piernas le obedecieron.

Vencido el segundo día, desde la última frontera de la Hélade, Prometeo inició el regreso a su peñasco, con la sierva de manos atadas que callaba siempre.

* * *

Mediaba el tercer día cuando Prometeo pasó junto al Estrecho. Había una muchacha que miraba al mar, ojos extraviados, y vagaba entre el fragor de las rompientes. Cuando el héroe estaba próximo, la vió acercarse al borde del abismo, en la clara actitud de quien va a precipitarse. La sujetó por las vestiduras.

—Hero, ¿qué vas a hacer?

—Voy a arrojarme al mar, ¿no lo ves? Se cumplen ya tres noches que Leandro no viene, luchando con las olas, a buscarme. O no se acuerda de mí, o ha muerto entre las aguas. Sea lo uno o lo otro, ¡quiero morir!

—¡Estás loca!—exclamó Prometeo. Y sintió a su espalda que Tanaté se reía silenciosamente. Cuando estuvieron solos, dijo a la Muerte:

—¿Qué importa que una criatura enajenada te desee? Volverá a entrar en razón y sentirá de otro modo. Los hombres no quieren morir.

Pero a poco, envuelto por la polvareda que sus pasos movían, Tirteo les alcanzó. Corría el poeta cojo renqueando de tal manera, que excitaba a reír.

—Llevo dos días, Prometeo, siguiéndote las huellas. Sé que has robado a Tanaté y vengo a pedirte que le des libertad. ¿No sabes? Yo y los míos hemos luchado una semana entera contra el adversario. Estábamos inflamados por una furia sobrenatural, y, como dioses resplandecientes, unos pocos que éramos hemos abatido a millares de ellos. Mas su número de tal modo nos desbordaba, que nos han vencido. Y cuando todos, con el último sudor del puño, movíamos la espada como la hoz, para morir empapados en la hirviente cosecha de la sangre enemiga, nos hemos visto prisioneros, atados a sus caballos, arrastrados y escupidos. ¿Por qué no pudimos morir? Tú nos habías robado la Muerte. Dale libertad, Prometeo, que he logrado zafarme sólo para pedirte esto, dejando en el cordón de los vencidos mis armas colgadas. Los dioses te maldigan si, quitándonos la Muerte, nos entregas sin piedad a la vergüenza y a la servidumbre.

Prometeo dudaba, pero, sintiendo reír a Tanaté, apartó a Tirteo.

—Hablas como un poeta, mentecato. Estás ebrio de guerrear y no sabes lo que dices. Los hombres no quieren morir.

Y siguió su camino hasta que tropezó con Demetrio.

—¡Oh, Prometeo!—le dijo—. Quizá te alcanzo aún a tiempo. No sé cuántas horas llevo buscándote por todos los caminos para rogarte que vengas a salvar a Sócrates, que sólo tú lo podrás hacer. Le han condenado a beber la cicuta, y si tú no lo impides aún, el más sabio de los hombres cerrará la boca para siempre.

* * *

Los tres volaron entonces a la prisión de Sócrates. El sabio estaba tendido. Sus discípulos le rodeaban, y un sirviente le ofrecía la copa fatal.

—Sócrates—dijo Prometeo—, puedes beber sin miedo, porque ese veneno no te hará mal. Tengo robada a la Muerte y ya los hombres no están sujetos a su mano. Bebe la cicuta, que no morirás.

Sócrates le miró con ojos turbios.

—¿Qué has hecho, Prometeo? Siempre fuiste noble y bien intencionado. ¿Por qué has hecho eso?

Lleno de asombro, preguntó el semidiós:

—¿Acaso, Sócrates, tú quieres también morir?

—Sí, lo quiero.

—¿Y no deseas seguir con tu inteligencia derramando luz sobre las cosas y abriendo las ventanas del saber a tus discípulos?

—Mira, Prometeo, te diré en confianza que nada me ha aburrido tanto, desde que existo hasta aquí, como la Filosofía. Es buena para distraerse; quizá es mejor, no te lo niego, que cualquiera otra distracción de las que están concedidas a los hombres para provisional remedio de su ansiedad. Mas ahora quiero morir. He ido acumulando sed de lo verdadero, y en el momento en que llegaste iba a tragarme mi veneno con satisfacción. ¿No es tentador el viaje a lo desconocido? Déjame componer un último gesto, decir una última frase. Y suelta a la Muerte, para que yo no tenga que seguir todavía preguntando a quienes me preguntan.

Tanaté sonreía. Prometeo le comenzó a soltar las ligaduras. Platón, que estaba allí, interrogó:

—¿Por qué, Prometeo, preguntaste a Sócrates si él "también" quería morir? ¿Quién había pedido antes la misma cosa?

Prometeo le respondió:

—La primera fué Hero. Estaba enloquecida de amor y no le di mucha importancia. Después fué Tirteo, con su furor por la gloria, quien me lo rogó. Ahora, tu maestro.

Platón dijo:

—No sé por qué el Amor, la Gloria y la Sabiduría llevan al deseo de la Muerte. No sé por qué, no sé por qué...

Sócrates agonizaba. La Muerte se partía. Y viéndola partir, también Prometeo quedóse pensativo.

(27-III-1943)

LOS MUERTOS NO MUEREN

NUESTRAS vidas, nuestros pensamientos, nuestros amores, todos los ríos de la Geografía espiritual de España, todos los astros errantes de su historia, todo lo que en ella se levanta y camina viene a dar irremisiblemente en la meditación del morir. Ninguna poesía más hispánicamente armoniosa que las coplas de pie quebrado que compuso don Jorge Manrique incorporando a la Muerte para hacerla dialogar. En las más puras cimas de nuestra estirpe brilla una estrella negra; vedla en la mano del Cid, que gana, muerto, batallas; vedla en la pluma apasionada de Teresa, que muere porque no muere; y en la espada del rey Don Felipe, que no halla contentamiento; y en los estandartes militares de Iñigo; vedla, pequeña por la distancia, enredada en las frondas poéticas de Rubén Darío, de Amado Nervo; y de nuevo aquí, dulcemente inexorable, entre los labios secos de Unamuno, bajo el pincel de Romero, en los versos de Antonio Machado, y, partida de pronto en mil negras hogueras, hecha guerra, sobre el cuerpo fervoroso de España.

* * *

La realidad innegable de nuestra civilización y el reiterado motivo de nuestra cultura es, sin duda, su sentido mortal. Y pensando esto, he sabido una noticia curiosa: que a ninguno de los premios mensuales de periodismo que se otorgan desde hace dos años han acudido tantos concurrentes como a aquel que tenía por tema "Interpretación española de la muerte". Medio millar de españoles se interesaron por el asunto lo bas-

tante para enviar sus trabajos a la Delegación Nacional de Prensa.

* * *

De entre las realidades que el español nombra en su filosofía, en su plástica, en su literatura, la Muerte es la que aparece como definitiva—la que define: dime cómo mueres y te diré quién eres.

Pero la muerte misma, definidora del hombre, ¿cómo podrá definirse? Sí; ya sabemos que el corazón cesa de latir, que se detiene y se anula la vida; mas, ¿cual es el significado de tal acontecimiento para el ser humano?

Si buscamos a través de la humanidad congregada en la historia alguna ayuda mental, algún precedente, alguna base establecida para responder a esta pregunta, es indudable que la civilización del Egipto faraónico nos proporciona un ancho caudal de sugestiones. "Un pueblo—dicen los investigadores—obsesionado por la idea de la muerte."

Efectivamente, cada uno de sus formidables monumentos funerarios representa infinitos esfuerzos, infinitos latidos sacrificados a la perennidad de un cadáver. Y de estos esfuerzos enderezados a perpetuar surge una arquitectura centrada en las formas cónicas y piramidales; una escultura que falsea la figura humana aplanando el pie, robusteciendo la pierna, en actitud de asentada resistencia los guerreros, y de defensa las mujeres, con finas manos cruzadas sobre el pecho; escultura que proscribe el vulnerable altorrelieve y que "construye" y refuerza la estatua con verdaderos arquitrabes y contrafuertes; una moral pendiente de la fórmula milenaria, de la magia, del fácil e inflexible exorcismo; una teología que se reduce a prolongar fuera del mundo el atormentado afán de longevidad, y hasta una sociología y una política fundadas en las formas permanentes del derecho: la tradición y la familia. La "forma mater" que ordena todos estos impulsos es el reposo inviolable: la Esfinge.

Es evidente que la muerte ocupa el recinto nuclear en las instituciones de este pueblo. Por afán de evadir a la muerte se evita el movimiento y se guarnece todo—edificios, momias, pensamientos—con esta cuarta dimensión que se llama permanencia. Y el ansia terrible de no morir conduce al contra-

sentido de proteger los mismos cadáveres contra los posibles ataques de la misma muerte.

Pero de estas consideraciones, ¿no se desprende que el pueblo egipcio es, más que el pueblo de la muerte, el pueblo de la vida? Nadie tan aferrado al mecanismo de la existencia. Nadie tan resueltamente decidido a eliminar de entre los acontecimientos posibles la terminación de la vida.

* * *

¿Juega el mismo papel la Muerte en la tradición hispánica? Todo deseo se informa aquí en un vivo afán de conquista. Y el deseo, la "quejumbre de eternidad" mueve, no a soslayar la Muerte, sino a dominarla. Nuestros artistas van a dar irremisiblemente en el barroco doloroso y retorcido. Y la actitud toda del español ante la vida es de menosprecio. Cada acto humano es un paso hacia la sepultura. ¿Qué es el "espíritu aventurero" que notan los extraños en nosotros sino la inquietud de quien persigue, para morir, la mejor postura y la ocasión digna? "La más alta ocasión que puedan ver los siglos" enorgulleció a Cervantes. Aquí no se huye ante la fiera. Aquí la muerte no significa aniquilación, silencio y oquedad. La Muerte no se reduce a la terminación, ruina y bancarrota de una estructura física, sino a la superación de tal estructura, a la formación de una estructura espiritual inextinguible. La teología mortal del español puede decirse en una frase:

Si la vida es el camino de la muerte, la Muerte es el camino de la Vida.

Este es nuestro "eterno retorno".

(10-II-1944)

S O L E D A D E S

EL autor de una colecta de epitafios que "El Español" publicó recientemente quiere desde aquí dar las gracias a los lectores de muy separados puntos de España que le han distinguido y favorecido con el envío de inscripciones sepulcrales. El público, visto desde la mesa del que escribe, es, igual que el mundo antes de ser mundo, una "rudis indigestaque moles"; ver cómo de esa mole ruda y confusa surge una forma limitada y un nombre concreto que profiere palabras humanas, tranquiliza al escritor respecto a su propia cordura. Ante las cuartillas, en la soledad de un aposento que parece flotar encima del tedioso batiburrillo urbano, el hombre que escribe sin saber a quién, el hombre que escribe esas cartas sin sobre ni individual destinatario que son los artículos de periódico, se siente a sí mismo tan absurdo como el que en un estudio de radio, a la alta noche, habla sólo en voz alta, pronuncia ante el micrófono voces que van a hundirse, con las de ayer y con las de anteayer, en el acerico de los testeros acolchados; esas acolchaduras que se tragan el sonido, suscitan la impresión de hallarse encerrado dentro del cráneo de un loco. Mala es la soledad, por su vecindad con la demencia.

* * *

Para que sepa cómo somos los hombres, me comunica una señora que en 1850, Dante Gabriel Rossetti conoció a la señorita Siddal, con la cual casó diez años más tarde. La tijera de palo de las Parcas cortó la convivencia de los esposos a los dos años de la boda. El viudo Dante Gabriel, en la calen-

tura de su dolor, debió de oprimir desesperadamente el exánime cuerpo de su amada; puso en el ataúd, entre los cabellos de la muerta, los poemas que ella le había inspirado, y lo hizo grabar en la tapa del sepulcro: "Compuse estos versos sólo para ti; no los he de dejar en este mundo, en el que ya tú no estás ni estarás nunca."

¡Hermosísimo rasgo, que aguija los latidos de un corazón sensible! Acción digna del pintor de la Beata Beatriz y de Francisca de Rimini, del lírico entre los pintores, del Dorian Gray, que murió por desventura sin conocer a Wilde, el cual tan bien le habría comprendido. Generosa hazaña la de sepultar su vanidad y su gloria con su amor...

Para que sepa cómo somos los hombres, la dama (asidua, por cierto, del Espasa) a quien debo estas noticias, comunica que a los siete años de viudez, el tiernísimo Rossetti permitió abrir la tumba de su esposa para extraer los versos y darlos a la imprenta.

Supónese que este golpe de propaganda surtiría efectos formidables. ¡Qué atractiva, qué publicitaria fajilla para un libro nuevo! "El original de esta obra ha sido sacado de una sepultura después de permanecer siete años entre el cabello de una joven y agraciada difunta, novia del autor."

* * *

"Dios mío, qué solos nos quedamos los muertos", debió de musitar en el otro mundo la señorita Siddal cuando viese arrancar a su cadáver la muda compañía de aquellos papeles, que habían estado allí por el avaro lapso de un septenio.

Otras veces, la compañía dura más. En un cementerio de Cuenca había una tumba en cuya piedra estaban escritas estas frases: "Juntos vivieron, juntos lucharon, justo es que descansen juntos."

Ante una leyenda así se piensa qué amor filial dictó tal vez tan hermoso epitafio para la yacija común de un padre y de una madre ejemplares. ¿O pensáis más bien que dos inseparables hermanos reposaban bajo aquella lápida? Quizá ni aun fuesen parientes por la sangre, sino dos tan fieles amigos que llevaron su amistad al otro lado de la muerte.

Refiere Federico Muelas, con esa su voz patética y solemne, que con ocasión de ciertas obras en el camposanto se

descubrió bajo la enigmática losa una caja muy pequeña. Abriéronla por curiosidad, y dentro se vió un brazo cortado que aún retenía la espada.

* * *

¿A qué sufrir por ausencias, ni llorar perdidas compañías, ni gemir dolientes soledades?

No está solo el hombre que en el estudio de la radio habla a solas, porque las ondas llevan en secreto su palabra. Vibra ella por los anchos espacios aunque él no pueda oírla ni saber su suerte ni escuchar la respuesta que suscita. Quizá incluso la voz llega a un transeúnte o a un insomne, desde un altavoz callejero, y sin que ni siquiera pueda percibirse su sentido, por sólo su sonido sirve de alegría y despierta un poco de gratitud.

No está solo quien escribe a solas, sentado ante las cuartillas. Mueve su mano la pluma dejando en el papel un reguerillo de vitalidad y una figura de pensamiento. Recién trazadas por la estilográfica, las palabras están por un momento húmedas en nuestra presencia, como queriéndonos hablar, con la humildad y buen deseo de perrillos que agitan la lengua y mueven el rabo. Llévaselas la imprenta, las pone al fuego y hechas plomo las mastica contra el papel. Y con todo, aún guardan alguna posibilidad de compañía. Quizá sirven para que un aburrido las lea sin enterarse y por unos momentos, mientras sus ojos corren por encima de las letras, no se dé cuenta de que está aburrido. Quizá para que un niño se ejercite deletreando: La p con la o con la r, por; la q con la u con la e, que.

No está sola esa amable señorita Siddal, señora de Rossetti, impasible en el regazo de la muerte temprana. Ha pasado un siglo y esta noche en que esto se escribe, quien lo escribe la acompaña en su sentimiento de desamparo y sueña vagamente cómo serían aquellos cabellos donde los poemas de su marido estuvieron siete años.

* * *

Pero lo que más importa de todo, amigos míos, es que no está solo el brazo que más allá de la tumba aprieta aún su

espada. ¿Qué más honrada y enamorada compañía puede apetecerse?

Hoy se combate por esas tierras y mares del planeta, y se abren los corazones como granadas que dan a la tierra su chorro de rubíes. Agua, nieve, mieses, plomo y fango sepultan al que cae, y por encima la vida continúa tan ignorante y tan alegre como las tozudas mariposas de cada primavera. Entre el acero y el brazo se armó una amistad tan entera, que la fuerte y amorosa pareja se basta a sí misma en el subterráneo hogar de su descanso.

Hombres que habéis caído y que vais a caer: ser hombre es quedarse solo con la espada. Lo cual no es quedarse solo, ni estar loco.

(9-XII-1944)

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL

EN QUITANDO LOS HOMBRES Y LAS MUJERES LOS DEMAS TODOS CUMPLEN CON SUS DEBERES

INTERES Y HERMOSURA
LA SEÑORITA PRIMAVERA
ETERNO FEMENINO
CARTA DE MELIBEA, SOBRE LAS MUJERES INTELECTUALES
TROTSKI EN ESPAÑA
UN GUERRERO EN EL TOCADOR
ANDRES. APUNTES DE VIRILIDAD

INTERES Y HERMOSURA

INTERES y Hermosura compiten delante de mí, bajo forma corporal, en estos sesenta minutos últimos de 1944.

El Interés lleva la forma corporal de una muchacha de dieciséis años. Su pelo es rubio, oscuro y profundo, con unos rizos anchos y espontáneos, a la manera del de algunos mancebos retratados por Botticelli. Lleva el Interés una delicada blusita rosa. Sus cejas son tenues, como el mal repartido cabello de un infante, muy móviles en la graciosa gesticulación del rostro. Puestos a buscar en ella algo que sea francamente feo, la búsqueda fracasa. Puestos a buscar algo que en ella sea declaradamente bonito, hay que detenerse en sus manos diminutas y ágiles, que deben ser suavísimas al aire que acarician. Ella lo sabe, sin duda, y por eso mismo acaricia el aire y manosea el ambiente sin cesar. Habla también sin cesar, con un gran entusiasmo, y habla de graves cosas a dos señoras mayores, que escuchan transportadas al parloteo de la enérgica estudiante. Estudiante digo, para decir de algún modo que, delante de sus ojos azules, hay unos discos de cristal grueso, por los que las pupilas se ven ir y venir con inquietud de sobresaltados peces en pecera. Pesco una frase de las que la niña dice, saladísimamente, a las dos damas: "En fin, en fin, esto lo comprenderán ustedes cuando sean más jóvenes."

En una mesa próxima se halla la Hermosura, que tiene dieciocho años y cubre sus hombros con impoluta piel de armiño. Alza la cabeza sin desprecio ni orgullo, sino como quien cumple la obligación de lucir la altiva esbeltez del cuello. El color de su rostro está exquisitamente acentuado bajo los pómulos, pálido en las sienes. El de sus labios es suficiente re-

compensa a todos los esfuerzos de la química universal. El de su pelo resplandece y canta en el aire con tan dorada riqueza que, porque no llegue a prodigalidad, lo recoge en la nuca blandamente una redecilla de negro y mimoso terciopelo. La finura de su cuerpo se cubre, bajo el armiño, de color de llama viva. Y la pierna, en su impecable estuche de seda, termina confiando el pie al estuche de un zapatito inverosímil. Calla la Hermosura y mira lejos con límpidas pupilas que, fuera de su propia belleza, no dicen absolutamente nada de particular.

Tiene aquélla lo que a ésta falta: personalidad. Recibe ésta la mirada gozadora de los hombres circundantes. Recibe aquélla su mirada investigadora. A ésta se la contempla quietamente; a aquélla se le sonríe en tentativa de comunicación.

Ya se ha discutido mucho enfrentando a las mujeres guapas con las interesantes. De preguntarse uno su sincera preferencia, habrá de responder prudentemente: "Depende de lo guapa que sea la interesante, de lo interesante que sea la guapa." Pero prescindiendo de hipótesis y limitándome sólo a lo que veo, debo confesar que entre las dos mujeres en mi presencia, el Interés suscita más y mejor atención que la Hermosura. Más aún: creo lícito admitir que las generaciones masculinas de mi tiempo, las más arraigadas en los años que pasan, las más vinculadas al espíritu de la época, han dado su voto a la mujer interesante, contra la candidatura de la hermosa.

Para elevar a términos filosóficos la cuestión, quizá deberemos considerar la mujer interesante como símbolo del Enigma, la mujer hermosa como símbolo de la Claridad. Y, entonces, ¿por qué en mil novecientos cuarenta y tantos se prefiere a lo diáfano lo misterioso? El Misterio se ha declarado ya antes, por autorizada pluma, como una de las cosas apetecidas por las gentes de nuestro tiempo; por las gentes que, hijas del positivismo, han reaccionado contra las convicciones paternas, poniendo donde aquél ponía el signo =, recto y paralelo, un laberíntico signo ?. La mujer hermosa es una medida exacta, un canon. La mujer interesante es una magnitud desconocida, una incógnita.

¿Será bueno que se pierda el respeto a los cánones establecidos y se ponga de nuevo apasionado interés en lo que de

nuevo aparece como incógnita? Pienso que para responder a esta pregunta es preciso contar con una huéspeda a la que hasta aquí no hemos nombrado; me refiero a la Historia. Es bueno que los hombres se curven con un impulso de rebeldía contra lo vigente, cuando lo vigente es pequeño o monstruoso, cuando lo vigente carece de aquel sustancial señorío al que la justicia pide someterse. En otro momento, no.

Y entonces, dado el punto histórico en que vivimos, me agrada descubrir gestos de rebeldía. Se viene adorando a demasiados dioses falsos, vienen triunfando demasiadas hermosuras postizas, acreditativas de la refinada química espiritual de la época, pero no de su valor esencial. Se ha descubierto, por ejemplo, que una Carta del Atlántico, por la que han muerto millones de hombres, no ha existido jamás. Políticos, intelectuales y estetas tienen levantadas banderas tan fáciles de entender, tan claras como mujeres bonitas—la "libertad", el "derecho", etc.—y tan sin sustancia como ellas. Bienvenido sea 1945, si en él los hombres atienden a descubrir algo que sea más interesante, aunque sea menos facilón y bonito. Algo, en fin, que los seres humanos podamos comprender "cuando seamos más jóvenes"...

(6-I-1945)

LA SEÑORITA PRIMAVERA

PUES, señor, hay fiesta en la semana entrante, y es preciso adelantar la edición. El descuidado redactor recibe un aviso urgente: el artículo en seguida...; cinco cuartillas...; pasará el ciclista a recogerlo.

En esos instantes el descuidado redactor tenía abierto el balcón y dos libros. Atendiendo al buen consejo de un lector que desde Granada le escribe, los dos libros en pareja eran el "Manual de Patología externa", del profesor Forgue, y las "Poesías completas", de Antonio Machado. El manual, abierto por las fracturas supracondíleas del húmero; las poesías, por aquella que el poeta dedica a un joven dado a la meditación:

A ti laurel y yedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.

Dilecto de Sofía... suena bien. Pero aquí ya no hay Sofía, ni versos, ni fracturas. Ahora lo que hay que hacer es escribir un artículo de polémica, cinco cuartillas, urgente.

* * *

De polémica. ¿Contra quién, Dios mío?

¿Contra Sofía? No; que el título obliga a ser, o, al menos, a parecer filósofo. Fuera de que uno es, aunque no dilecto, sí amigo de Sofía.

¿Contra el joven meditador? No; que está muerto o ausente y no se podría defender. Alancear moros muertos es conocida indecencia.

¿Contra el profesor Forgue? No; si acaso, contra el tra-

ductor del libro, ese hombre tan ingenioso e impuesto en ambos idiomas que traduce "débit" por "débito", "pourtant" por "por tanto", "élargissement" por "alargamiento" y otras lindezas del mismo jaez.

¿Contra quién, Dios mío, contra quién?

* * *

¿Y por qué un artículo de polémica? Por el balcón se cuela un aire fresco y alegre; se ve un cielo fragante, con nubes esponjosas puestas al sol, como en un tendedero de pulidas enaguas; se oyen silbos de soldados y criadas, tórtolas de la ciudad. Debemos de andar ya por los meses de primavera y verano. Sin duda estarán los campos cubiertos de flores blancas, rosas, escarlata, amarillas, violadas. Sin duda los caballitos del diablo, semejantes a aeroplanos pasados de moda, llevarán sus vuelos de reconocimiento a los más escondidos charcos de la sierra. Por Andalucía moverán su fronda sonora los álamos del río. Por Cataluña treparán las habichuelas a su triple soporte de cañas. Y por Castilla la Vieja, los negros toros pacerán con el ojo inyectado como un camafeo de esa piedra, tan negra y tan lustrosa, que llaman espejo de los Incas. El campo suele acoger con una canción inagotable y renovada la presencia de los Mellizos, del Cangrejo, del León, de la Virgen, esplendentes figuras en el cielo...

Mas ¿cómo dar un matiz polémico a todo esto? El descuidado redactor deja correr su pluma, y su pluma, que está, la pobre, cada vez más habituada a su papel de gozque ladrador, escribe:

"Aunque las agencias informativas procuren ocultarlo tendenciosamente; aunque una calculada consigna de hosquedad e indiferencia caiga sobre el suceso; aunque la conspiración del silencio pretenda ahogar la verdad en sus anillos, la verdad, la verdad rotunda e invencible es que la primavera llegó, que el verano anuncia su visita y que los campos están llenos de flores, como otros años, sólo que esta vez, para no traicionar secretos importantes y para no frustrar inminentes operaciones, las flores fechan diplomáticamente su perfume "en algún lugar del universo..."

* * *

Pero si en el campo es muchacha, la primavera en la ciudad es señorita. Si allí brinca con el pelo suelto, aquí trae una pamela de la antepenúltima temporada, como si la pobre quisiese anunciar urbanamente que aún está joven y sin compromiso. Si allí abre con sus dedos capullos de amapola, aquí no puede abrir más que esos florones de almidón que llevan en su frente las dignísimas amas de cría del Prado y Recoletos.

Cierto es que en el Retiro hay florecitas, florecitas en tapiz, con ladrillitos, con fuentecitas, con matitas de boj en jardincitos a la inglesa. Pero ¿puede decirse que es la primavera quien las pone allí? ¿No será don Alberto Alcocer, o el conde de Montarco, o don Cecilio Rodríguez? ¡Oh, la Economía Política! ¡La primavera cede la exclusiva para Madrid y sus contornos al excelentísimo Ayuntamiento!

* * *

Y la señorita primavera, ¿qué pensará de esta guerra que, mientras tanto, continúa? Esta guerra da también sus flores, justo es reconocerlo. Una flor exótica y de fino perfume que se llama chantaje y que jamás los internacionales jardineros cultivaron con un desvelo tan delicado y constante. Flores de mil kilos, que los aviones dejan caer sobre el triste cojo y sobre la tranquila cocinera de la retaguardia enemiga. Flores de sangre de los oficiales polacos, culpables de juventud, de heroísmo y de honor. Flores de un jardín que, bajo la risa del Juan Simón eslavo—"el único enterrador", dice el cante famoso—, hace cada día oposiciones a cementerio.

(20-V-1944)

ETERNO FEMENINO

SEÑOR D. Miguel Villalonga: Puesto que dice usted que le divierten los chismes que de vez en cuando me divierto en contarle, y puesto que me aconseja usted que haga público algo de mi epistolar chismorreo, voy a complacerle. Sabrá usted que en un lugar de Madrid respira y reside una Academia, que no es la Academia Española ni la Academia Breve, cuyos cinco miembros se llaman U. V. X. Y. y Z. Sabrá usted que ha salido a luz "La Estafeta Literaria" y que en su primer número, página 7, tres mujeres (Julia Maura, Carmen de Icaza y Concha Linares Becerra) se ocupan de la novela. Sepa usted, por último, que yo he sorprendido a la Academia en pleno con sus diez ojos volcados sobre esa página, llenos de apasionada iracundia. Ya los escritores tienen celos de las escritoras, y ahora con multiplicada razón, porque Julia Maura les provoca diciendo nada menos que esto, acerca del porvenir de la novela:

—Si los hombres no las escriben, lo veo magnífico. Si el hombre se dedica a la investigación y a la ciencia y nos deja el campo de la novela, el porvenir es estupendo.

A mí me hace gracia esta apreciación de la novelista. Imagino que, siguiendo el consejo, Camilo José Cela se entrega de por vida a reflexionar sobre la conversión de la esencia y la bondad, mientras Zunzunegui se agarra al microscopio y pasa el resto de sus días buscando el microbio de la gripe, para que Julia Maura alimente a su gusto las fauces lectorescas. Sin embargo, estoy cerca de pensar que, en términos generales, la Maura tiene razón.

Pero los tertulios se indignaron aún más al leer esta declaración de Concha Linares Becerra:

—Indudablemente, la psicología femenina sólo la mujer la conoce.

—¡Bah! Ellas la conocen, nosotros la creamos—exclamó el académico V, petulantón y despectivo, para añadir en seguida: —En realidad, la psicología de la mujer somos nosotros.

El señor Z, que es erudito de profesión, recordó tres frases famosas. Una, de la reina Cristina: "Me gustan los hombres, no porque son hombres, sino porque no son mujeres." Otra que atribuyó a lord Byron: "Lo peor es que no se puede vivir con la mujer ni sin ella." La tercera, de Oscar Wilde: "Las mujeres son esfinges sin secreto."

El testimonio nefando fué muy aplaudido por aquellos hombres que con sus aplausos tan ingenuamente confesaron haber peregrinado en desierto. Y el señor U, que, como su nombre indica, es matemático, dió esta muestra de sí:

—Lo que pasa es que la mujer va siempre describiendo curvas y espiras. Yo creo que el principio de que la distancia más corta entre dos puntos es la recta, vale sólo para hombres.

Goethe intervino, con el dedo en alto, admonitorio y profesoral:

—No olvidéis que las mujeres están hechas de una costilla retorcida.

Y lo de Goethe fué recibido, cosa muy admirable y digna de notar, porque las tertulias de Madrid ostentan para los de fuera un tan alto desprecio, que en todas cuenta como dogma: "Extra tertulia nulla salus."

En cambio, la galantería explica que fuese aceptada una frase de la reina Elena, también ajena a la académica cofradía: "El hombre que se niega a mentir a las mujeres demuestra muy poco respeto por el sentimiento femenino."

El académico X, cínico de profesión, expresó lo mismo con otras palabras:

—Mujer, es llamar al pan, vino, y al vino, pan.

Dulcificó este exabrupto la suave consideración de Y, que al ingenio reúne una piadosa ironía:

—La vida del hombre es un continuo quiero y no puedo. La de la mujer, un interminable puedo y no quiero.

Cuando consagraron un minuto de atención a tan brillan-

te antítesis, un catedrático de Filosofía del Derecho que no estaba presente, dijo:

—El hombre es el puente por donde la mujer salva el abismo que nos separa de la eternidad.

—La mujer pasa—silbó el cínico X—y el puente se queda allí.

Testigo clandestino de la conversación, entre bostezo y bostezo tomaba yo estas notas que para su entretenimiento le envío. Me asaltaba el contagio y la tentación de buscar yo también una frase digna de aquellos profesionales ingenios y añadirla a este fragmento de "Tesoro de la Conversación" que me proporcionaban. Teníala ya casi perfilada y era próximamente así: La mujer es la hermosa mentira, que por hermosa invita a acercarse a ella, y por mentira invita a pasar adelante. Pero de pronto me irritó esa contumacia con que el pensamiento masculino torna a la mujer, repitiendo siempre de distinta manera lo que mil veces ha dicho, desesperado y sufrido. Que al fin, y sean ellas como ellas sean, "por ser hombres, somos nosotros más dignos", qué dijo el fiel Parmeno a su amo Calixto aduciendo la sentencia del filósofo, donde pone que busca la mujer al varón, como la materia a la forma. Y es indecente que la forma esté a la materia tan sumisa y aficionada.

Es el caso que conté los dichos de los académicos a una muchacha autora de un libro, y me enseñó ella una página de él, donde leí:

"A vosotros los hombres para quienes vivimos las mujeres por quienes vivís."

Y así vi una vez más, querido amigo, que en todas partes cuecen habas.

(18-III-1944)

CARTA DE MELIBEA SOBRE LAS MUJERES INTELECTUALES

SI casi nada hay nuevo bajo el Sol, menos aún hay de nuevo bajo el sol de la literatura. Todo se ha repetido ya muchas veces en los libros, y no sé si en este minuto en que, de seguro, muchos cientos de plumas rozan el papel, se estará escribiendo alguna idea de primera mano. Y eso que en literatura concedemos la categoría de ideas de primera mano a aquellas ideas que no se han repetido aún más de ciento cincuenta y nueve veces. Porque si empleáramos un criterio más riguroso para discernir la originalidad, nuestro balance sería mortalmente triste.

Pues entre estas ideas de primera mano no puede incluirse la que han tenido los redactores de cierta revista provincial de publicar algunos artículos en contra de las mujeres intelectuales. Han salido con su propósito y han puesto a las intelectuales de vuelta y media, brillantemente.

Pero una intelectual ha respondido al autor de los artículos misóginos con una carta. El no piensa darla a luz, pero la permite leer a los amigos. Como yo soy uno de estos amigos, y como en la carta se dicen algunas cosas notables, no renuncio a transcribirla aquí. Viene a decir algo parecido a esto:

* * *

"Muy señor mío:

Con mucha calma he leído una por una todas las ideas que expone usted en contra nuestra; digo en contra nuestra, porque yo soy una de esas "intelectuales" que tanto le quitan el sueño. Debo decirle que si hubiera usted publicado un

trabajo contra las rubias lo habría leído con el mismo interés, porque, además de "intelectual", soy rubia. Y si usted se dignara escribir contra las mujeres que se llaman Elvira, también le leería atentamente, porque además de ser "intelectual" y de ser rubia, pertenezco al reducido número de las mujeres que se llaman Elvira.

Le aseguro que de ninguna de las tres cosas soy culpable. Nací rubia sin la menor intervención de mi albedrío: me bautizaron con mi nombre sin consultar mi opinión, y soy bibliotecaria porque no tengo más remedio.

Me atrevo a afirmar que el noventa por ciento, al menos, de las mujeres llamadas "intelectuales" lo son de la misma manera. Piensa usted que nuestro destino es casarnos. Nosotras, créame, pensamos igual. Ahora bien, como el marido no es uno de los artículos que nos proporciona la cartilla de racionamiento, y como, además, según mis noticias, es mayor el número de mujeres que el de hombres, todas no podemos cumplir con nuestro destino, a no ser que se instale un régimen de poligamia, con el que sospecho no estará usted muy conforme. Porque gobernar un "harem" debe ser más difícil que gobernar una capital de provincia, y me da en la nariz que los hombres de hoy no tienen la madera de los sultanes de Damasco.

* * *

Pues bien: ya que todas no podemos casarnos, y muchas nos vemos forzadas a escoger otro camino, tenga la bondad de reconocer que el camino de la profesión universitaria es uno de los más honestos. Una conciencia algo escrupulosa rechaza el famoso recurso del monjío. Entrar en el claustro por falta de amor o por un desengaño de amor, aparte de no ser siempre fácil, casi siempre es indecente.

Con la mayor reserva le diré un secreto a voces: que cuando una muchacha se matricula, no renuncia en absoluto a su destino matrimonial, sino que más bien se pone en camino de cumplirlo. Los estudios o la profesión facilitan el acceso del novio. Conocido y típico es el caso de las chicas que, estudiando Farmacia, terminan su carrera casándose con un médico. Por esta razón, entre otras, la carrera de Farmacia es la que

absorbe quizá el mayor cupo de mujeres; sin embargo, el número de boticas no aumenta sensiblemente.

* * *

Este recurso puede fallar y llegarse al doctorado tan soltera como se empezó. Entonces es cuando una se enfrenta con la vida y con todos sus problemas, en primera línea los económicos: entonces es cuando una tiene que hacer antesalas, leer anuncios y escribir cartas en busca de trabajo. Cuando se acentúa la seriedad en el vestir, cuando una se resigna a los lentes, cuando procura domesticar y restringir su sonrisa. En suma, cuando se encuentra convertida en una "intelectual" hecha y derecha. Tiene que aumentar su cultura o fingirla, tiene que participar en las conversaciones irónicamente llamadas serias, aprenderse los autores predilectos de los catedráticos más influyentes, repetir sus citas preferidas, balbucear el alemán y tener opiniones sobre Huxley o bien buscar en los archivos la partida de nacimiento del arcipreste de Talavera. La conciencia se acostumbra a decirse claramente y valerosamente que hay que vivir sola, que hay que vivir con las propias fuerzas, manejando tramposamente el tramposo tinglado que tienen montado los hombres, llamado civilización. El tinglado que montaban ellos mientras las mujeres, en los siglos anteriores, alternaban el piano con la lactancia.

De lo que significa en la intimidad ese acostumbramiento le hablaría con más extensión si me interesara una conversación íntima que, por esta vez, perdone, no me interesa.

Y esto es lo que en su último artículo declara usted que le exaspera más violentamente. Encima de haber hecho traición a nuestro destino; encima de haber estorbado en la Universidad los estudios de los varones; encima de haber rivalizado con ellos a favor de la consideración que nuestro sexo nos depara, todavía quitamos cargos, sueldos y clientes a los hombres, aprovechándonos de esa consideración para vencer con ella a quienes nos vencen en inteligencia y seriedad.

Eso, señor mío, es sencillamente ingenuo. Lo de la consideración que se otorga a las mujeres es cada día más falso, en parte porque ustedes son cada día un poco menos caba-

lleros, en parte porque ellas son cada día un poco menos damas.

* * *

Pero lo de la inteligencia superior de los hombres es más falso aún. Afortunadamente para unos y para otras, lo que venía sucediendo desde siempre es que ustedes aplicaban su inteligencia a construir puentes, a medir la distancia de los astros o a preparar guerras cada vez más brutales, mientras que desde siempre la inteligencia femenina se ha consagrado a comprender a los hombres, a buscar sus puntos flacos (casi siempre para fortalecerlos y apoyarles, créame), al hogar, al cuidado de los niños, a un cierto modo de arte menor, que consiste en el vestido, en la mesa, en los muebles, en las costumbres, en la cortesía, arte menor que en el conjunto de las vidas humanas, tal como son, importa mucho más que el de Leonardo o el de Rafael.

Puesto a juzgar sinceramente cuál de las dos tareas es más noble, usted se vería en un aprieto. Yo creo que las dos lo son. Pero puestos a decir cuál de las dos supone una mayor penetración, mayor inteligencia, mayor delicadeza y rango espiritual, la respuesta es fácil: la nuestra.

Vea usted que el cálculo matemático, las reglas del derecho, las normas de la construcción y las fórmulas químicas están al alcance de cualquiera; no exigen comprensión ni originalidad. Una conversación estimulante o unos gestos graciosos, la finura o la elegancia, el agravio hiriente aunque suave, la mirada llena de significación o la oportuna palabra de ánimo y consuelo son algo mucho más difícil, algo que no se adquiere con libros y estudios si no se lleva dentro una chispa genial que es precisamente lo eterno femenino. La piedad y la coquetería, señor, no están al alcance de los sesudos varones. Si no fuera porque las mujeres las han conservado siempre, nadie habría podido llamarse nunca Napoleón (lea sus cartas), ni Ramón y Cajal (cito a este sabio porque lo conocí, soy casi vieja), ni Aristóteles, ni Lope de Vega, ni Bismarck. No hicieron ellos, señor, sus grandes obras. Las hicimos ellos y nosotras.

* * *

Mas esto, que ha sucedido siempre, va ahora dejando de suceder. Ahora también trabajamos en puentes y trasatlánticos, con máquinas de escribir y con compases. ¿Y sabe usted para qué ha servido esta innovación? Para que se destape lo inimportante, lo sencillo, lo banal de éstas tareas que parecían tan complicadas. Recuerdo muy bien mi asombro y admiración de niña ante aquellas ordenaciones bibliotecarias que mi padre hacía. Las obras varoniles tenían algo de misterioso contra lo que se estrelló nuestra inteligencia... mientras no nos fué preciso realizarlas por nosotras mismas. Busque usted las notas de las mujeres que estudian (y le repito que éstas no son todavía "intelectuales" hechas y derechas), pregunte usted a los jefes de oficina por las secretarias y por las encargadas de servicio, recorra Ministerios del Estado y departamentos de Falange, visite cátedras y bibliotecas. Por cada empleada torpe e ineficaz me comprometería a señalarle cinco empleados que a su ineficacia y torpeza sólo añaden la habilidad de liar cigarrillos.

* * *

No tema usted, señor, que nos desfeminicemos. Que la "intelectual" venga a adquirir unos modales más o menos bruscos y unas expresiones más o menos pedantes, no importa, como no importa que un condenado a cadena perpetua descuide algo su afeitado diario. La feminidad, igual que la virilidad, es algo tan serio que no se cambia como se cambia una prenda de vestir. Presumo que esos pánicos de usted proceden de una experiencia muy poco profunda de la vida. Una mujer no deja de serlo jamás, aunque en ocasiones no se muestre muy interesada por parecerlo. A veces va encerrada en una urna de hielo, que sólo podrá romper quien sea capaz de ello.

Entre la Princesa de Eboli, que no sabía escribir, y nosotras, las mujeres "intelectuales", hay mucha menos diferencia que entre Don Juan de Austria o el Gran Duque de Alba y ustedes, que redactan tan brillantes diatribas. Piénselo y se avergonzará, que quizá le sea saludable.

Cuando se alarman al encontrarnos varoniles, ¿no será quizá porque ustedes lo son demasiado poco?"

(12-VI-1943)

TROTSKI EN ESPAÑA

EN 1917 y por estas fechas en que escribo (última semana de noviembre), León Trotski fisgaba en la Biblioteca Central de Cádiz, "un viejo edificio de fríos y mohosos escalones, entarimados, deslustrados y sin lectores ni sol", donde "el único bibliotecario y el único guardián no cuentan entre los dos menos de ciento cincuenta años".

El revolucionario relata sus peripecias españolas con un estilo agudo, lleno de movimiento, elegancia e ironía, como pudiera contarlas cualquier dama francesa del siglo XVIII. Con el estilo que corresponde a aquel intelectual que, por serlo y no obstante haber creado el Ejército Rojo, había de ser un día arrojado por la borda del barco de la Revolución proletaria. León Trotski toma el pelo a los españoles, recién terminado su viaje de Cádiz a Nueva York. Y nosotros, leyendo estas memorias, como tantas otras de viajeros ilustres concernientes a nuestro país, nos preguntamos si no serían los españoles quienes tomaban el pelo al espantoso revolucionario, y a esta y aquella dama, y a aquel misionero protestante, y al otro embajador letrado que nos hacían el honor de visitarnos y se tomaban la molestia de divulgarnos en caricatura. ¿Quién se reiría de quién?

—De todo hay, de todo hay, gracias sean dadas al Señor...

* * *

Refiere Trotski sus dificultades para entenderse aquí, no sabiendo español. El y los policías se interrogaban vanamente, hasta que uno de éstos profiere, igual que si encontrara un portillo:

—Parlez vous français?

—Oui, je parle français—contesta el ruso; según su propia expresión, "como quien se quita un peso de encima".

Entonces, resulta que el policía español no conoce de la lengua francesa más que las tres palabras de su interrogación. Y esto sucede muchas veces. Aquí no se sabe de francés más que lo suficiente para inquirir "Parlez vous français?" y quedarse callado en seguida. Pero esta frase les sirve a los españoles de desahogo.

Trotski sigue así recopilando anécdotas. En una ocasión, el agente de policía que tiene encomendado vigilar al temible agitador da pruebas de impuntualidad. El ruso, que en vano le aguarda en el hotel, escribe: "Ayer, el polizonte me dijo que vendría a las nueve de la mañana. Le he esperado hasta las diez y me he marchado. Hasta tengo que preocuparme de que no se me pierda el policía. Todo al revés."

Por último, observa el viajero que para la prensa de Cádiz, la guerra no existe. ¡Y éstamos en 1917! Pero dejémosle la palabra: "Cuando hacía ver a los gaditanos con quienes conversaba la ausencia total de noticias sobre la guerra en el periódico más difundido de la localidad, "El Correo de Cádiz", me contestaban con extrañeza:

"—Pero ¿es posible? No puede ser...

"—Sí. sí; efectivamente, es así.

"—Hasta entonces no se habían dado cuenta."

No hay por qué extrañarse, pues, de que el partido comunista de España, que al advenimiento de la República contaba con un millar escaso de militantes, gritara como un energúmeno esta consigna asombrosa: "¡Todo el poder para los soviets!"

* * *

Afinando el enfoque de la lupa, en las historietas de Trotski puede percibirse su aromilla de despecho. Convivió en la Cárcel Modelo con el "rey de los ladrones", un hombre que se hallaba allí encerrado a causa de su popularidad; habiendo robado en varios países de Europa con buen éxito, se divertía en Madrid tan estruendosamente que los periódicos le distinguían con el honroso nombre de "el Marquesito", debido a sus modales elegantes y a sus lucidísimas juergas. La policía no

tuvo más remedio que detenerle, después de registrar su casa y de encontrar ganzúas y otras herramientas profesionales.

Sabiendo leer, se advierte que León Trotski, el rey de los revolucionarios, quizá se ve pinchado por una cierta envidia hacia el rey de los ladrones. Y tal vez incluso por una peligrosa inquietud acerca de los rumbos de su vida personal, cuando el ladrón confiesa que él también ha sido revolucionario.

—Yo—dice—era antes anarquista, y tuve que habérmelas con la policía de Barcelona. Pero—añade—hace ya mucho tiempo que he dejado las ideas.

En cambio él, el pobre Trotski, sigue agarrado a las ideas, escribe unos aburridísimos tratados de política revolucionaria, y cuando pasa unos días en esta tierra de garbanzos, se encuentra con que nadie le conoce. Y con que, en vez de rodearle un destacamento de policías que no quitan ojo a un movimiento suyo, tiene que llevar con paciencia la falta de puntualidad del pobre agente destinado a vigilarle...

* * *

Digo, pues, que si Trotski y los otros visitantes se burlan de nosotros con mayor o menor benevolencia, quizá por veces la ironía vuelve el rabo hacia su ingenua presunción de viajeros. Por lo demás, el saber turístico, la cultura de "On parle français" de León Trotski, da una brillante muestra de sí cuando quiere formar un juicio entero acerca de este país y se encuentra sin datos suficientes, porque no conoce más que algún rinconcillo de la nación: Madrid, Barcelona, San Sebastián, Cádiz... Y escribe: "No sé cómo serán a este respecto las cosas en Sevilla y Granada, es decir, en la España auténtica..."

(2-XII-1944)

UN GUERRERO EN EL TOCADOR

CONFIESO que ha tiempo quería contaros algunas cosas del gran marqués de Cádiz, pero renunciaba a este deseo por hallar el tema ligeramente falto de actualidad. ¿A qué hablar del marqués de Cádiz? Si en "El Español" se hubiese publicado alguna encuesta sobre marqueses; si en Cádiz hubiera acontecido algún terremoto; si el nombre de mi marqués o el de aquella isla gaditana que por su apellido se llama de León, hubieran sonado para algo, yo, como a clavo ardiendo, me habría sujetado a la oportunidad para echar mi cuarto a espadas acerca del marqués. Pero ni de él se ha hablado, ni sobre nada suyo se ha discutido, ni nadie lo recuerda para maldita de Dios la cosa.

Mas habéis de saber que, providencialmente, el que suscribe cuenta entre sus amigos algún escritor, y entre sus amigos escritores alguno que posee las docenas de volúmenes de la "Enciclopedia"; me refiero, claro está, a la "Enciclopedia" de Calpe, mucho más útil, sin comparación, que la otra famoso "Enciclopedia", de Diderot y sus amigos.

* * *

El amigo escritor nos decía una de estas noches que tiene ya terminado su libro sobre "El sentido de Castilla" y que está preparando ahora un trabajo sobre el sistema de Copérnico, además de una introducción al "Libro del Buen Amor" y de un ensayo sobre la filosofía de Condorcet. Asombrados, le preguntábamos cómo consagraba su pluma a tan heterogéneos temas, cuando nos respondió con palabras de dulce enseñanza:

—¿Es posible que no estés enterado de que celebramos

ahora el milenario de Castilla, de que conmemoramos a Copérnico, de que 1943 es la fiesta centenaria del Arcipreste de Hita y de Condorcet? Pues has de saber que este año que nos ve vivir es riquísimo en conmemoraciones, fuera de las cuatro que acabo de decirte. Y debes saber también que los tales años son fértiles para escritores y publicistas, que en el hecho de que una cosa o persona, importante o banal, cumpla algunos cientos de años, hallan motivo y oronda ocasión para cebarse en recordarla. Si los de mi profesión nos ocupáramos de comentar los acontecimientos presentes, ¡en qué mar con arrecifes de errores, disparates, inepcias, vulgaridades y peligros navegaríamos! Por fortuna, ahí está la inagotable cantera de la historia; en molturar con las muelas del más selecto humorismo a los románticos de la centuria pasada no hay el mismo riesgo que en atacar a don Gregorio Marañón o a don José Ortega, a Franklin Roosevelt o al señor Churchill, que poseen unos plumas brillantes, y otros, eficaces acorazados. El varón prudente hace literatura retrospectiva y vive sobre aniversarios. Sólo así podrá él mismo celebrar entre alegres amigos su aniversario personal deseado de redactadores jefes y estimado de pingües editores.

* * *

Para aprender estas mañas le sirve a uno tener amigos que se consagran a la literatura. En cuanto a la obra del "erudito padre Espasa", como dijo no sé qué preclaro diputado de Izquierda Republicana, le sirve a uno para enterarle de golpe, inesperadamente, de que el marqués de Cádiz nació en 1443, o sea de que en este año se debe celebrar su quinto centenario, su semimilenio. Y esta bonita cifra nos autoriza a hablar de él sin que nadie nos tache de inactuales.

* * *

Lo que quería deciros del marqués-duque de Cádiz os lo contaré al final. Primero es preciso que, para evitar por vuestra parte un comentario demasiado fácil a ese último detalle, os ponga en autos de su figura y hechos.

Al título que ya he enunciado repetidamente añadió aquel hombre el de marqués de Zahara y el de duque de Arcos. Debo

deciros que, antes de cumplir los diecinueve años, ya corrió en diversas algaradas contra moros y se halló en el sitio de Gibraltar.

Fué autor de la toma de Alhama, aquella por quien se cantó en Granada el romance "¡Ay de mi Alhama!", cuyo triste son ha recorrido Europa, envolviendo los sueños que los europeos sueñan dentro de nuestro Meridión.

Por cierto que Alhama había de ser testigo de una hazaña ilustre. Conocida es la rivalidad entre los de Cádiz y el duque de Medina Sidonia; unos a otros se arrasaban las cosechas, se quemaban los castillos, se barrenaban las naves y se arrebataban los vasallos; menos irreconciliables eran la noche y el día, el agua y el fuego, que un marqués de Cádiz y un duque de Medina Sidonia.

Pues hallándose D. Rodrigo, el marqués, en su conquistada Alhama, cercado de moros, que ya le habían cortado el agua y le asfixiaban con lo apretado del sitio, mandó hombres que, con voces de socorro, lograron descolgarse por la muralla y llegar a señorío de cristianos. Un buen día vió el marqués de Cádiz a los moros sitiadores levantar el campo aventados por fuerzas nuestras, y halló después que estas fuerzas portadoras de su libertad, eran mandadas por el de Medina Sidonia, con cuyo egregio suceso acabó la rivalidad de los dos grandes.

* * *

En 1483. el marqués fué arrastrado a la desastrosa aventura de la Ajarquía de Málaga por el maestre de Santiago. En aquellas serranías, quebradas y barrancas, el Ejército español fué deshecho fácilmente por los moros. A D. Rodrigo, que en la contienda había perdido dos sobrinos y tres hermanos, le cupo la triste gloria de guiar la retirada de un Ejército de 60 lanzas, en que no había sino "semblantes macilentos, gastados y consumidos por las continuas desdichas, gastadas las municiones, las vituallas dándose por onzas a los hambrientos soldados... destruídas las ropas, que más parecían mortajas de hombres vivos". Alfonso de Castro, que nos da esta relación, la acompaña de un lastimero comentario: "Aquel héroe que constantemente apellidaba por suya la victoria, "aquel que antes se gozaba en el alarido de sus gentes"

(es mío el subrayado de esta soberbia expresión), que con el eco de su nombre turbaba a los Ejércitos enemigos, ahora casi oyendo las voces de los que le perseguían... Nunca se halló un capitán ilustre en tormento igual."

En marzo fué esta derrota de la Ajarquía. En septiembre, en la batalla de Lopera, pudo el marqués rescatar la mayor parte de las corazas y espadas cristianas perdidas entonces, que los infieles ostentaban con orgullo, a más de 15 estandartes moriscos que fueron enviados a Fernando y a Isabel, que se hallaban entonces en Vitoria.

* * *

La Reina aceptó alguna vez la tienda de D. Rodrigo para alojarse, la tienda cortesana de oro y sedas, brocados y tapices, donde aquel mesnadero de hierro forjado solía descansar, después de haber bañado en sangre enemiga el brazo hasta la coyuntura del codo. Así ocurrió en el cerco de Granada. Así también en el de Baza, donde el marqués mandaba las fuerzas del lado del Norte, y en ocasión de visitar esta parte del campamento la Reina Católica, el de Cádiz pidió al caudillo musulmán Sidi Yahia que por aquel espacio de tiempo suspendiera las hostilidades, no fuese la Reina a recibir algún mal, ruego que Yahia atendió.

Un nieto de este jefe moro había de casar, años adelante, con hembra castellana. Y había de tomar por emblema la figura del corazón, gravitando sobre él la espada, hendida en su hoja la inscripción "El manda", que es ahora rúbrica de Villalonga, bien conocida por los lectores de "El Español".

* * *

Sobre la campaña de Granada, corona de la Reconquista, dice Lafuente, hablando del marqués-duque de Cádiz, que "nervio y alma, como el Aquiles de esta famosa guerra, desde su principio hasta su fin, desde la sorpresa de Alhama hasta la rendición de Granada, se encontró en todas las batallas y se señaló por su esfuerzo en todos los combates; el más cumplido caballero castellano".

Aunque el resplandor de su gloria quede disimulado por la del gran cardenal y el Gran Capitán, que asumen la luz

del reinado de Fernando e Isabel, dice de él Jerónimo de Zurita que fué quien "en la conquista de aquel reino más gloria y renombre alcanzó entre todos los grandes de su tiempo, y sin que ninguno pudiese, y sin que ninguno se pueda agraviar de ello, el que más parte tuvo en las hazañas que allí se obraron y a quien los moros más temieron". Creo que es en el mismo Jerónimo de Zurita donde he leído un retrato magnífico de D. Rodrigo Ponce de León, en que, después de referir cómo prefería los días desapacibles para hacer cabalgar a su hueste por la serranía, haciéndose al frío y al calor, a la pesadumbre de las armas, al hambre y a la tormenta; después de mentar el ceño hirsuto, el brazo nervudo, la boca imperiosa y el corazón violento, añade este trazo de una crudeza y fuerza expresiva insuperable: "Cuando montaba en el caballo lo hacía mear."

* * *

Dispénsame aún, lector, otro par de citas, porque, a través de ellas, lleguemos a la última. La una es de Lucio Marineo Siculo, que manifiesta del marqués: "Si va a decir verdad, a él se debe la mayor y más principal alabanza de las victorias de Granada." La otra es de Adolfo de Castro: "Tenía por gala el desaliño en el vestir..."

* * *

Señalo esto último del desaliño en el vestir para empalmar en seguida con una postrera cita que concluye el perfil de este guerrero formidable, que, de vivir hoy, cumpliría en este año nuestro de 1943 los quinientos "aetatis suae".

En una "Miscelánea" famosa, que se publicó en años todavía próximos a los de D. Rodrigo, se hallan unas frases que suenan como éstas:

"Receta para conservar lisa y fresca la piel de las manos: Métense ambos manos en una orza con hasta cuatro azumbres de leche de vacas, por espacio de media hora; enjúganse después con harina de flor; se bizman luego las manos con miel de abeja y, cuidando con algunas quirotecas o bolsas de lienzo no se manchen las sábanas, tiénense toda la noche en-

vueltas las manos en la dicha miel. Lavadas al otro día con leche y vino, y enjugadas con harina de flor que haya tenido algunas maticas de tomillo, la cutis aparece fina, lisa y fresca, más que con otro medio alguno. Esta receta usaba para adobar las suyas el Gran marqués de Cádiz, que por el trabajo de los combates las maltraía, para no ofender con su rudeza a las damas de su tiempo..."

(19-VI-1943)

ANDRES. APUNTES DE VIRILIDAD

VOY a hablaros de Andrés, de quien tantas veces me acuerdo, de cuyo persona me daba yo más cuenta que él mismo, lo cual suele suceder entre amigos, y tal vez constituye la base más segura de la misma amistad. La guerra le cogió a este lado y le mataron los rojos, naturalmente. ¿Naturalmente? Es incómoda la perfección ajena para casi todos los hombres.

En conciencia, no sé por qué he escrito "casi".

* * *

Una vez, Andrés iba—él me lo contó—viajando en tartana por los rectos caminos de Castilla con un joven labrador amigo suyo y con un criado de éste. Era una noche esteparia. Inagotable número de estrellas estaba suspendido misteriosamente encima de la tierra y el conjunto de la creación sobrecogía.

El amigo estaba enamorado.

A aquellas altas horas pasaron al trote por la vecindad del caserío donde moraba la Melibea de este amor, y mirando el fantasma de los blancos muros sumergidos en el aire de la noche, los tres viajeros callaron. Después, a gritos, para dominar el alegre cascabeleo del caballo, que se llamaba "Caracol", el criado dijo:

—¡Pues el burrillo nuevo, por los bríos y por las inclinaciones que descubre, va a hacer un buen semental!

* * *

Contaba Andrés qué oyendo aquellas palabras se sintió sonreír todo, igual que ante un grave descubrimiento. En el criado se habían asociado las ideas de una manera tan sencilla, clara, primaria y verdadera, como el cielo qué los cubría o la tierra que los sustentaba. Andrés llevaba en su maleta un libro de versos de amor, publicado poco antes, firmado por un cierto catedrático.

—Entonces pensé—Andrés decía—que hay un amor endocrino, impotente, caviloso, ficticio y sin mujeres, del que todos los españoles hemos sufrido el engaño, nacido en esa Facultad de Fisolofía de la Ciudad Universitaria, qué han decorado como un retrete higiénico. Si los poetas influyen en la manera de ser de las naciones, habría que quemar libros y libros de poemas para qué la Península Ibérica no se nos convirtiese en un desierto almacén de cristalería.

* * *

Estos eran pensamientos de Andrés como lector. Con preocupaciones de autor se acordaba también de aquellas jornadas de Castilla, aunque no habían sido en la mejor de las Castillas, sino en la segunda, en la manchega:

—Turbaba no encontrar en los pueblos ningún libro, ni apenas letra impresa fuera de las hojas oficiales que había clavadas en los tablones de Ayuntamiento. Como escritor, me sentí humillado, casi dolido. Deseé entenderme de alguna manera con aquéllas gentes que hacen el pan y el vino, que respetan dos o tres cosas elementales, ignoran muchas más y no mienten porque hablan poco. Y como sólo hay un modo de que se entiendan el que escribe y el que no lee—a saber, gobernarlo—, yo codicié entonces ser el jefe de mi pueblo.

* * *

Andrés contaba que cuando hacen la cosecha del trigo, en el último carro cargado los manchegos ponen un penacho de pámpanos. El penacho va del rastrojo a la era, dando por los caminos su recado alegre, y es como la aguja de un reloj que, en vez de señalar con mineral escrúpulo el transcurso

exacto de los minutos, marca el final de la gran hora agraria cada año y cuenta la edad de los vivientes.

* * *

Contaba también que saben defenderse con una simple vara de los lobos, golpeándoles con ella en el hocico. Si lo consiguen, aunque sea sin mucha fuerza, el animal cae fulminado. No sé si se tratará de un reflejo nacido en el trigémino; pero, de ser así, aquéllas gentes tienen un saber fisiológico envidiablemente más útil que el de algunas academias.

Después he visto en "La historia de San Michele" que el mismo procedimiento de defensa lo utilizan los campesinos lapones.

* * *

—Te confieso—decía aún Andrés—que hasta aquellos días no amé verdaderamente a España. Es difícil formar conciencia de una nación por los libros de historia, por las estadísticas o por las fotografías. Ni por las charlas de gabinete con viajeros presuntuosos... Más difícil aún me ha sido siempre amar cosas imaginadas. Yo creo que sin el peso, el sudor, el sufrimiento, el hambre, no es posible darse cuenta de que algún ser nos pertenece, de que vive el mismo mundo y aguanta igual condena, de que lo llevamos con nosotros adonde nos lleva nuestra suerte. Miles de hombres y mujeres insospechados para nuestra tertulia tipográfica pisan, por el breve espacio de la vida, esa tierra abierta al fluir sin término de las semillas y los frutos, esos ríos, esas cosas que ni hablan ni se quejan, y que de hacerlo lo harían con los mismos vocablos que yo y con iguales gestos. No importa que un avión haya hecho correr su sombra sobre el surco. Tampoco importa que se amontonen tranvías y rascacielos, porque el suelo fué barbecho y volverá a ser barbecho con más rapidez y con menos huellas a lo largo de la Historia, que un fruncimiento de cejas a lo largo de la vida. El mundo verdadero y real tiene apenas la dimensión de nuestros brazos. Para Giordano Bruno, el mundo era un grande y venerable animal. A mí me parece un grande y triste hombre que vaga en el exilio, fuera

de sus órbitas, herido de ausencia, que, como nosotros, "no se siente bien", a quien, como a nosotros, "algo falta".

* * *

Así es que Andrés rebasaba el habitual modo de ser, por el que permanecemos confinados en nuestra casa y familia y nos limita a un interés tenue, puramente teórico, por lo que no está en contacto con nuestras funciones individuales. Yo pensaba que en cierto modo Andrés solía sentirse responsable del Universo, como un Adán vestido de americana. Le importaban las cosas, no los sueños. Y oyendo decir a una señorita poeta juanramonial (que ahora va a publicar un libro llamado "Siempre") que a ella le importan los sueños, no las cosas, me he dado cuenta súbitamente de que aquella manera de ser que Andrés personifica en mi recuerdo es, sencillamente, la Virilidad.

(16-I-1943)

DOÑA LITERATURA, DAMA RANCIA Y CHISMOSA

NOTAS DEL LECTOR
LA POESIA DE CALCETIN
OFENSAS Y DESAFIOS
ANECDOTAS SIN CATEGORIA
HOMENAJES
PRECEPTIVA NATATORIA
LOS BUENOS AMIGOS
EPIDEMIA POETICA
¿VOLVEREMOS DE UN NEORROMANTICISMO?
BAJO EL SIGNO DE SANTIAGO

NOTAS DEL LECTOR

POR fin tiro el libro al río y lo miro con satisfacción perderse entre las aguas. Como viudas sollozan las letras al empaparse, y los cuadernillos de papel mojado se deslíen con la pulcritud de terrones de azúcar. Huyo. Porque ahora me acusarán de haber hecho crítica disolvente.

* * *

¿Pero qué culpa tengo yo de sus pecados? En el primer capítulo he visto "crucial" diecinueve veces repetido; "insobornable", doce; "coyuntura", veintiséis; "encrucijada", otras tantas. "Inquietud" y "angustia" se alternan con tal contumacia, que uno llega a sentirse disneico. "Tremendo"... Más vale no contar las veces que se repite el adjetivo, porque están tremendeados ya todos mis huesos.

¿Qué culpa tengo yo, si el autor no ha pensado en mí ni por un instante? No ha escrito para mí, no ha escrito para lectores; ha escrito para escritores, para sus siete compañeros de tertulia, para los que juegan con él a la "conciencia histórica", a la "agonía intelectual", al "mensaje" y a otras rayuelas parecidas. Yo soy inocente en absoluto de esta culterana conspiración. Yo no tengo nada que ver con que Baltasar Gracián, el más seco e impotable de los escritores españoles para un lector no profesional, haya entusiasmado de pronto a insondables cerebros alemanes. Y menos aún con que el Septentrión haya parecido el colmo de la cultura a otros cerebros, demasiado sondables, de Madrid. Allá ellos con su cultura y acá

yo con mi claridad. Sólo compadezco al desventurado demonio que tenga que cargar con ellos y con sus americanas de canesú a las profundas "boîtes" que no visitará jamás el Dante.

Quien de veras ambicione ser, que escriba para los que nunca van a mandarle su felicitación. Ya sé que esto entraña sacrificio, porque la vanidad es la membrana más sensible de los escritores. Pero importa ser, no parecer. Lo que los demás creen de nosotros cuando les engañamos a favor, lo que parecemos sin serlo, va a nuestro lado, como un amigo superior que nos humilla, que primero despierta interés y luego un odio irremediable, como es ya irremediable su presencia. Llevar el alma indecisa, escindida entre el ser que se es y el ser que se aparenta es una de las mayores desgracias que pueden acontecer a un hombre.

* * *

La enfermedad es una verdad transitoria, la salud es una verdad perdurable. Al menos por respeto a las conquistas de la ciencia médica, esto no se debe negar; pero sería igualmente cierto aunque hoy no supiéramos matar a las bacterias ni interrumpir las vías nerviosas por donde el dolor circula. Las epidemias pasaron y la humanidad siguió.

Pues leyendo junto al río, veo una verdad natural y continua que hace arrastrarse al agua, brotar racimos en los pámpanos, agitarse las ramas, planear las aves en la altura y articular los hombres sus vocablos, sus quejas, sus certidumbres y su esperanza. Pero leyendo estas páginas, tan cuidadosas de su adhesión al tiempo y al régimen como de su decoro una mujer equívoca, me hastía la verdad epidémica y provisional de palabras no brotadas del corazón, sino del tintero, que apestan a imprenta, a tipografía, a linotipia y rotativa, a escaparates libréscos y latiguillos del editorial de anteayer revueltos en un cerebro tan helado como la más helada de las coteleras.

Es malo oler a imprenta. El libro sigue siendo superior al periódico, porque éste lleva el pecado original de su olor a tinta fresca, y mal pecado de un libro es que parezca periódico. La encuadernación es el atributo de lo que volverá a

leerse, una y otra vez, a través de los años, de lo que se heredará con las fincas y la sangre.

* * *

Hace muchos años un español que llevaba mi nombre y apellido escribió "Los Nombres de Cristo" y "La Perfecta Casada". Son libros que huelen a retama cuando hablan del campo, porque era campo de verdad, vega del Tormes, lo que pisaba el pie mientras pisaba el papel la pluma. Son libros en que "vuestra merced" se repite porque son seres de carne y hueso quienes hablan. Yo quisiera escribir de modo que alguien, igual tiempo después, sintiera leyéndome la emoción que siento al leerlos.

Y sobre todo, de manera que sobrara siempre toda introducción cultural. No importa desconocer a Kierkegaard o a Husserl. Basta ser hombre o mujer para entender el lenguaje humano.

* * *

Ser personal, cueste lo que cueste. Cueste lo que cueste, no ser vulgar. Esta es la norma que se ponen por delante los escritores de los meses que corren al tomar la pluma y las cuartillas.

Personalidad y vulgaridad son el cenit y el nadir de cada microcosmos. La cabeza, en el aire, y los pies, en el suelo. Comprendo que sean incompatibles para seres incapaces de alcanzar la plenitud de la estatura.

Cuando realmente se busca lo verdadero, ¡en qué mares de vulgaridad se desemboca! Cada frase refulgente de un genio está puesta por el pueblo en un refrán.

* * *

Persona era la mascarilla que usaban los actores antiguos para que su voz resonara más, personara. Personalidad es la amplificación del rumor que suena en lo hondo de cada espíritu de hombre. Se ha dicho que un español es un escritor mientras no se demuestre lo contrario. La mano se le va a la pluma. Escribe en secreto cosas que no dará a leer a nadie, papeles que romperá después, desesperado.

Casi siempre hace bien en romperlos. Pero esto trasluce la pugna de algo que, sin duda, quiere sonar. Y es porque cada español, a fuerza de sedimentar en él la fe de generaciones, lleva en la sangre como posos de costumbre de pronunciar palabras verdaderas. Sabe que de nosotros, no de la sociedad, de la cultura ni de la moda, sube a los labios, en espumas, la impetuosa marea de la verdad.

(30-I-1943)

LA POESIA DE CALCETIN

YA se sabe que al gran Peter Blooking pocas cosas le quedaron por hacer en esta vida; y una de las cosas que no le quedaron por hacer fué afiliarse al gran movimiento liricista de su época, con tal pasión que llegó a grabarse tarjetas como ésta:

PETER BLOOKING
EL GRAN ATORMENTADO
Poeta íntimo

Muchas veces le oí sustentar la doctrina de que la poesía de verdad no sólo es lírica, sino más que lírica: íntima. Según aquel malogrado amigo, el alma del hombre se parece al fruto de la nuez, y la verdadera poesía es lo que se obtiene escarbando en lo más profundo de sus laberínticos recovecos, hurgando por detrás de las cortinas del subconsciente, "haciéndose cosquillas en la última axila", como decía él con afortunada frase. "Para ser poeta—decía también—hay que retirarse adentro, adentro de uno, tan adentro como el caracol cuando ensimisma e invierte sus cuernecillos; tan adentro, que salga uno por el otro lado; ¡como un calcetín cuando se vuelve del revés!"

Este torrente de metáforas me recordaba una expresión semejante, pero muy reposada, del señor de Montaigne, el cual, regodeándose en la soledad de su torre y estancia, escribía: "¡Triste, en mi opinión, de aquel que no tiene en casa donde estar consigo, donde hacerse privadamente la corte, donde esconderse!" Por lo que nos cuenta, tenía este don

Miguel de Montaigne un hermoso escondite donde hacerse la corte, de nadie importunado, ignorado de todos, en la amistad acorde y gustosa de un monsieur le Moi, que era tan egoísta como él mismo. Tanto amaba la soledad de su escondite-biblioteca, que hizo grabar en sus paredes una larga inscripción, compuesta en latín para mayor claridad; con perjuicio de la claridad, cópiola en castellano: "El año de Cristo de 1571, a la edad de treinta y ocho años, la víspera de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento, Miguel de Montaigne, cansado ya de algún tiempo a la parte de la esclavitud del tribunal del Parlamento y de los cargos públicos, y sintiéndose aún con aptitud, retiróse a descansar en el seno de las doctas vírgenes en calma y seguridad; así ha de pasar los días que de existencia le queden. Con la esperanza de que el destino le consienta realizar esta habitación, estos dulces retiros paternos los ha consagrado a su libertad, a su tranquilidad y a sus ocios."

Hemos de pensar, sin embargo, que no prepararía el señor de Montaigne aquella lápida para su propio uso, ni para el de las doctas vírgenes. Quizá para pasmo de sus visitas. En fin, que oigo a un mi amigo musitar malignamente: "Me gusta la soledad—a toda publicidad..."

Del mismo señor de Montaigne nos dice un señor Villey "que nada tenía de arqueólogo", y aun que albergaba una cierta inquina a lo arqueológico; como que en su viaje a Italia "sólo desprecio tiene para los que cuentan los pasos de la Santa Rotonda". Lo cual no impide que de su habitación particular escriba Montaigne: "Es redonda de configuración, y no tiene de plano más que lo necesario para mi sillón y mesa; en su curvatura me ofrece la vista de todos mis libros colocados en estantes de CINCO TABLAS todo alrededor. Tiene TRES ABERTURAS de rica y libre perspectiva y DIECISEIS PASOS de diámetro."

Síguese así la buena ruta poética de la preceptiva blookingiana: cuando el caballero desprecia a los medidores de la Santa Rotonda, vuelve las espaldas a la épica; cuando cuenta los pasos de su personal aposento, transita por los prados de la lírica, y aun supera éstos prados y llega a la poesía "íntima" cuando cuenta y consigna los cálculos renales que ha emitido después de cada cólico...

DESCALZO Y COMIENDO CHUMBOS

Y llegando aquí os daréis cuenta de que no elucubro sobre las nubes de antaño, sino que hablo de actualísimos sucesos. ¿Pues no estamos comidos de poetas que en cada décima o romance o verso libre nos refieren sus incidencias privatísimas? No comprendo cierto soneto de cierta revista, y me explica su autor: "Claro, para que lo entendiera usted sería preciso que estuviese en las condiciones en que yo lo escribí: con veinte años de edad, tinerfeño de nación, opositor a Correos, hallándome sentado entre adelfas, junto al río, habiéndome desayunado con media docena de higos chumbos y una copa de aguardiente, descalzo, mi novia muerta dos meses atrás..."

Pero, poeta o diablo, ¡qué se me da a mí de tus correos, y de tus chumbos, y de tus novias, y de tus calcetines! Mas a esto llaman matizar, finura, sensibilidad, inquietud, etc., etc. Bien me parece que si un quisque logra ser saludado por una rica heredera bajo los almendros en flor, se alegre y regodee, y funde grandes esperanzas, y hasta que lo escriba todo en su libro de memorias, o en el abanico o carnet de su musa personalísima. Pero muchos, sucediéndoles algo parecido, lo ponen en coplas o en verso libre y lo hacen imprimir y empujan a los críticos a que les dediquen piropos en la Prensa; y, compuestos de este modo tres o cuatro libros, júzganse con derecho a un gobierno civil o a una delegación de abastos. Porque, sobrepasando la presuncioncilla del "quod tentabam dicere, versus erat", piensan éstos que cuanto les pasa por las mientes resulta, por especial gracia, nada menos que poesía.

LA MOSCA Y LA FORMIGA

Agradecido esté al Señor quien haya de El recibido una delicadeza de sentimientos que le permita disfrutar por menudo los mil granos de emoción y felicidad que cada existencia lleva entre los pliegues de sus minutos. Agradecido esté al Señor, mas no exija de nosotros agradecimiento, sino, a lo más, la envidia. Antonio Machado puede decir "debéisme cuanto he escrito", pero esto (aparte su matiz de chiste editorial)

aparece justificado porque no es uno de aquellos monstruos íntimos, sino un gran poeta, es decir, uno que sabe, diciendo sus sentimientos, decir los nuestros. Un sentimiento de propiedad individual y exclusiva no es un sentimiento poético; lo son aquellos sentimientos que, con más o menos conciencia, se hallan en todo espíritu de hombre. Y sólo en este sentido mueven a los pueblos los poetas.

Habéis de saber que el mosquerío de los "poetas íntimos", incomunicables e inexpresables, desciende por línea recta de varón de una mosca famosa de quien habla Esopo. Y os doy aquí una referencia tomada del "Isopet", con todo el gracejo y fragancia de primera traducción y de idioma joven: "La mosca y la formiga contendían sobre qual dellas era mejor. E comenzó primero la mosca a razonar diciendo así: Tú non te puedes ygualar conmigo, por quanto yo te llevo ventaja en todas las cosas. Ca dondé quier que se sacrifica alguna vianda, yo la gusto primero. Y me assiento assí mesmo en la cabeza del rey. Y beso las damas y mugeres dulcemente cuando me place... Respóndele la formiga: Tú eres dicha mala pestilencia, lo que alabas es tu importunidad y poca vergüenza. ¿Por ventura desean a ti para alguna cosa desas que dizes...?"

¿Y por ventura desea alguién esas intimidades que algunos poetas echan a la imprenta como el contenido de un calcetín que han vuelto del revés, siguiendo la sabia preceptiva del gran Péter Blooking?

(16-X-1944)

OFENSAS Y DESAFIOS

BIBLIOTECA PUBLICA TARDIENTE

POR esas tertulias de Madrid, donde todo se sabe (y aún algo más de todo), donde las musas acuden al vaporcillo de la cebada tostada y cocida y al aroma del anís, igual que los mosquitos a la bombilla veraniega; donde el Silencioso reparte, pródigo y escondido, las guirnaldas de amaranto de la inmortalidad, anda el que esto escribe buscando en qué pensar, que por obligación ha de hacerlo una vez cada semana.

Acá proponen reformar la Fiesta del Libro, mandando venderlos ese día con sobreprecio, como cuadraría a un auténtico homenaje, en lugar de hacerlo, como hasta aquí, con un diez por ciento de menosprecio. Objetan allá que la Fiesta del Libro se trocaría entonces en Fiesta del Librero. Contraproponen por otro lado que en tal día, y para más honra del objeto que se festeja, sea prohibido abrir, tocar ni mirar libro alguno, al modo como se prohibe en la Fiesta del Trabajo de todos los países tocar una herramienta. Replican acullá que siendo así, todo el año es Fiesta del Libro para muchas gentes honradas.

Un escritor que está en obligación de entregar un artículo para el día 2 de mayo anda a busca de alguna nueva noticia del alcalde de Móstoles. Y otro escritor le informa de que no hace mucho lo era un chico joven, de buenas esperanzas, aunque no está cierto de que fuese el pueblo Móstoles y no la Rábita, ni de que el chico fuera alcalde en vez de secretario, pero que estas menudencias no hacen mucho al caso de una conmemoración.

Grande y hermoso invento éste de las conmemoraciones. Venga a pelo o no, llegado el 13 de febrero, Larra que te tienes; y dando abril las boqueadas, a Cervantes me arrimo.

Por cierto que la benemérita "Estafeta" ha descubierto el error en que cae el Espasa dando por nacido a Eça de Queiroz en 1843, cuando nació en 1844; albricias, pues, que en noviembre próximo podremos refundir y refreír los ensayos, artículos y folletones del pasado noviembre, y plegue a Dios que muchos errores de esta clase se descubran, para que nos sea concedido, verbigracia, escribir otra vez acerca de Jovellanos antes de 2044 sin mengua de la oportunidad soberana.

También nos da sabrosa noticia la "Estafeta" de que la sordera de don Jacinto prospera que es un primor, y se adelanta a las más ladinas sorderas conocidas. Y a propósito de don Jacinto, por las tertulias va, viene, tuerce, sube, salta, baja y se rebulle el rumor de que don... (iba a escribir sus nombres verdaderos, pero evito recibir visitas de padrinos) Fulano y don Mengano van a batirse en duelo, sobre si el primero comparó al segundo con Lacordaire y el segundo no pudo sufrir la comparación.

¿Será verdad este rumor de mentidero? ¡Don Eusebio Iñíguez nos valga! Lástima que don Eusebio Iñíguez no esté en lugar donde con sus luces pudiera esclarecer el trance. Abro su libro de "Ofensas y desafíos", único código del honor que existe en castellano, a lo que don Eusebio cree, "creencia que reconoce por base la opinión de los más afamados libreros". Don Eusebio aprendió heroicamente el francés para escribir su obra, según nos refiere con un eufemismo algo pretencioso: "¡Cuántos duelos—dice—se habrán realizado hallándose sus autores en la más criminal de las ignorancias, he pensado muchas veces! Este fatal descubrimiento centuplicó mi afán; por él he tenido que rendir culto a idiomas hasta entonces por mí desconocidos...", y a continuación dice cómo ese aprendizaje de idiomas le facultó para deletrear las obras de Colombey, Estoile, Gondebaud, conde de Chateauvillard y Verger de Saint-Thomas. Quizá antes de aprender el francés batióse el propio don Eusebio sumido en "la más criminal de las ignorancias". Perdóneselo el Señor, pues tan antigua es la historia de esos lastimosos desafíos sin regla, sin formalidades y a la buena de Dios, que el primer desafío de que tenemos noticia fué entre los mismísimos hijos de Adán, y muy a la pata la llana, por el atraso de la época: "Caín, al satisfacer una exigencia de su envidia, asesinó a su hermano Abel desafiándolo, aunque sin darle tiempo para que se apercibiera

a la defensa, sin duda porque la nobleza y la hidalguía estaban en aquellos tiempos a la altura de la Humanidad y, sobre todo, de la civilización." En 1890, cuando escribe Iñíguez, han progresado tanto la nobleza y la hidalguía que hasta las mujeres se baten: "Las damas—nos dice—han rendido culto y continuarán rindiéndolo al dios de los combates, pues de igual manera que el sexo fuerte, el débil nos proporciona dignos ejemplares de bravura. Varios nombres de esclarecidas damas podríamos consignar en este libro como autoras de los fatídicos dramas que se representan en agradables florestas, pero..." la discreta pluma salta a otra flor.

No canso más copiando párrafos de este libro, que en su primero se declara "útil tan sólo para los que estimen en algo la inmaculada pureza de su honor". Por si los duelistas de hoy vivieran en la más criminal de las ignorancias acerca de las leyes del duelo, les ofrezco, prestado, claro está, el ejemplar que tengo de "Ofensas y desafíos", donde no hay más que pedir. Digo, si es que siguen empeñados, como se dice, en lavar su honor como sólo el honor se limpia, según piensa don Eusebio: con el estropajo empapado en la enemiga sangre.

P. S.: Sábese a última hora que no existe tal empeño. Puros rumores de tertulia, para desesperación de don Eusebio Iñíguez. No le acompañamos en el sentimiento.

(6-V-1944)

ANECDOTAS SIN CATEGORIA

EN un hotel londinense paran el Duque de Rivas y don Antonio Alcalá Galiano. Problamente en calidad de emigrados políticos, que era el más dulce y agradable modo de viajar en el siglo XIX. Una tarde vuelven al hotel con precipitación para un cambio urgente de indumentaria que les exige no sé qué ceremonia social. Desprevenida, una horrible doncella británica penetra en la habitación sin anunciarse, en el preciso momento en que el Duque se muda. Pies grandes, cara de escualo y pelo de estopa, la criada pide perdón y escapa con púdico sobresalto.

Hé aquí un suceso banal. Pero ved, como hijuela suya, el "casus conscientiae" que el Duque propone a su amigo:

Si yo, por estar de prisa
y sin intención dañada,
delante de esta criada
me quitara la camisa,
y ella lo viera con risa
y delectación morosa,
y se enredara la cosa
interviniendo el demonio,
dígame usted, don Antonio:
¿Fuera acción pecaminosa?

* * *

Yo no concibo que esto, que aconteció en el estúpido siglo XIX, pudiera acontener en nuestro intrépido siglo XX.

Primero, porque en los hoteles de Londres ahora no hay nadie que sea capaz de hacer una décima.

Segundo, porque, en caso de ser capaz, no tendría tiempo de hacerla.

Tercero, porque el incidente, de tan trivial, ni siquiera habría sido percibido. Somos rudamente macroscópicos, lo cual es una causa de que el arte de vivir atraviese en ciertos aspectos, por ejemplo, en la música, una época desalentadora. En aquella décimonona centuria hay una señorita que toca al piano una balada fina, lenta, sentimental; entre los que escuchan, se ve a una señora vieja que, algo dura de oído, se aplica la trompetilla al pabellón de la oreja y se mece, sonriendo, al compás de las pequeñas notas.

Hoy ya no; la música del siglo XX no se oye con el oído, sino con las articulaciones. Como la toca el negro Ramírez al frente de su "jazz". No con los finos dedos y aguda laringe de la señorita décimonónica, sino con rodillas y codos, en flexiones y extensiones de ancas de rana galvánica o de polichinelas de guiñol.

Oír con las articulaciones, antes que un repugnante crimen de éstética, es un crimen de lesa fisiología.

* * *

Si queréis saber cuál es el más imbécil de una tertulia, soltad en ella un majadero. Antes de una hora, el memo habrá hecho amistad con el recién llegado, según aquello de "cada oveja con su pareja". Esto lo dijo don Santiago Ramón y Cajal.

"Lo que no dijo es que si, por el contrario, deseáis buscar al más inteligente de la tertulia, debéis emplear como reactivo un hombre genial, en caso de que lo tengáis a mano. Aquel con quien se haya peleado antes de diez minutos es el hombre que buscáis."

Esta apostilla pone a la frase de don Santiago un joven que me escribe dos horas después de haberse peleado con Eugenio d'Ors.

* * *

De la misma carta:

"Querido amigo escritor: Si su imaginación está torpe en momentos en que le convendría despierta, tome una taza de

café cargado, ingiera una copa de coñac y lea unos párrafos de Eugenio d'Ors.

"Pero entiéndame que hé dicho "leer". Absténgase de escucharle. Ese hombre, en la conversación privada, pronuncia las palabras de una manera tan encarnizada y tactil que cuando usted quiera pronunciarlas experimentará la ingrata sensación de contraer nupcias con una viuda marchita. Palabra que toca d'Ors, palabra que queda magullada, acardenalada y desfallecida.

"Mas no abrigue, querido amigo, excesiva esperanza de hallar palabras todavía solteras. Sepa usted que primero pronunció en catalán, luego en castellano, a veces en francés. Presumiendo de europeo, Xenius renovó su "harem" verbal cuanto le fué posible. Si usted ama de amor a las palabras, procure emplear otro idioma.

"O bien, como le decía antes, no asistir a la escena, para usted bochornosa, de que don Eugenio las pronuncie. Ya sabe usted que a hombre ambicioso y celoso le conviene hallar mujeres sin historia. O bien, procedimiento francés, ignorar la historia de las mujeres que halla.

"En cambio, Ortega..."

* * *

No copio lo demás, porque ya decir que mi comunicante escribe próximos los nombres de d'Ors y de Ortega es ponerle en grave peligro.

Me cuentan que don Eugenio, cuando Espasa editó en un grueso volumen los escritos reunidos de don José, dedicó al profesor de Metafísica un comentario que abría esta maligna frase:

"Ya era tiempo de que Ortega diese unidad a su obra..."

(26-VI-1943)

H O M E N A J E S

POR los días de un grande triunfo taurino falleció el catedrático de Cirugía de Madrid don Laureano Olivares. Este suceso quedó tan oscurecido por aquél, que los entrañables de la Medicina recibimos un doloroso suplemento al dolor causado por la muerte del médico insigne. Eco único de aquella impresión en la prensa fué una nota necrológica en la que el doctor Lafuente lamentaba la pequeñez del sentimiento periodístico ante la defunción del cirujano, comparada con la exaltación casi lunática que despertó el torero.

En los siguientes días, el diestro resonó aún más en plumas laudatorias, hasta exceder, a veces, diría, los límites del decoro. Tan no soy enemigo de la fiesta nacional, que si alguna vez me he atrevido a escribir acerca de ella, ha sido consumiendo un turno en favor en la discusión entusiasta. Tan no soy enemigo del torero a que aludo, que si algún modo de torear tiene mi preferencia, es precisamente el suyo, serio y casi filosófico. Tan no lo somos por acá, que en una de las mesas de "El Español" hay hace tiempo un ejemplar de la más famosa de las fotografías que se le han hecho en el ruedo, con esta inscripción ponderativa: "Artitú senequista de Manué."

Y, sin embargo, la pluma nos ha tirado mil veces a protestar de aquel río de alabanzas, tan salido de madre, tan arrollador, tan desenfrenado, y estamos por decir que tan impúdico.

* * *

Es cuento viejo el del labrador que gastó sus ahorros en ir a la corte por ver al rey, de quien creía que era "más que

hombre". Quizá el cuento viejo se hará historia nueva; si los publicistas célebres siguen entusiasmados, no faltará palurdo que venga a los Madriles por ver si el torero famoso es "más que hombre" o sólo un mortal de carne y hueso.

¿Y qué mucho que los publicistas sigan entusiasmados, si han acudido a calentar mutuamente sus fervores en un banquete de homenaje al lidiador? Desde que vi la fiesta anunciada me propuse referirme a ella en esta página polemizadora.

Ahora el banquete se ha celebrado, y me encuentro delante de las cuartillas, asustado de mi propósito. ¿Arremeter contra ese homenaje? ¡Dios mío! Leo los nombres de los comensales, y voy encontrando casi todos los esclarecidos de nuestras letras. Recorta esa lista, lector, si quieres añadir una página a la historia de la literatura que poseas. Expresar con toda su dureza mi opinión sería enemistarme con amigos queridos y con escritores admirados; sería tirar por el suelo desde mi integridad física hasta mi modestísima reputación literaria. ¿Escribir contra el Parnaso íntegro? ¡Dios me valga!

Tú, querido amigo, que eres lector y no escritor, puedes juzgar con toda libertad de ánimo el calor con que los escritores, tan enemigos unos de otros por lo general, tan discordes en lo que se refiere a estilos literarios, tan fríos o tan separados por lo común cuando se trata de grandes problemas nacionales, se apiñan en un solo haz para comer, beber y disertar en honor del valeroso torero. De ese hombre que se juega la vida casi todos los domingos para complacer a miles de espectadores enardecidos. De ese hombre que se la juega con una impavidez, naturalidad y elegancia sólo comparables... a la elegancia, naturalidad e impavidez con que se la juegan hoy ocho, o diez, o quince, o veinte millones de hombres que defienden, con su patria, la civilización, el arte, las letras y cuatro o cinco cosillas más que me parecen de algún interés para nosotros, los escritores.

* * *

¿Qué agradecen esos comensales al diestro? Unos ratos de placer. Si queréis, sumando las corridas que hayan visto, le deben horas, muchas horas, de placer intenso y emocionante.

Pero es que el placer provoca más agradecimiento que nin-

guna otra cosa. Si quien nos salvó la vida es un hombre mal trajeado, evitamos la frecuentación de su amistad. Si quien nos es fiel no es simpático, desperdiciamos su fidelidad por no soportar un poco de aburrimiento. Si quien nos sirve con abnegación no nos distrae, le apartamos desdeñosamente. Los servicios, la fidelidad y la vida misma, todo lo desagradecemos con una ciega altivez, si la gratitud va a exigirnos un esfuerzo o un dolor.

Pero ¡qué gratitud tan desvergonzada guardamos para quien de alguna manera nos hace gozar! En esto me parece que somos inferiores a los perros, que siguen a quien los mantiene y no a quien los halaga, que acompañan al amo en la suerte triste y no le dejan por otro que traiga más abundancia o alegría.

Quisiera saber qué hombre de mérito nacional en las ciencias o artes, qué político ejemplar, qué militar ilustre, qué catedrático o inventor, qué desprendido Mecenas o qué gobernante justo podría reunir, en fervores de homenaje, un conclave de escritores como el que ha reunido en su torno Manolete. A él, mi sincera enhorabuena. A los demás...

(23-XII-1944)

PRECEPTIVA NATATORIA

ERAMOS cuatro amigos que teníamos afición a libros, versos y pensamientos. Todos los días paseábamos por las afueras hablando de estas cosas, dejando atrás la ciudad como recostada en la Sierra, rodeados de fragantes habares. Y cuando varias veces nos hubimos cruzado con un señor que peinaba canas, andaba inseguro y vestía humilde, uno de nosotros dijo:

—Tiene aspecto de viejo y pobre escritor.

Confirmóse lo de viejo, porque más adelante supimos que entre los cuatro no juntábamos la edad de él, que tenía, como los campesinos de aquella tierra dicen, catorce duros y algunas pesetas, o sea setenta años y algunos años más. También debía de ir acertado lo de escritor, pues cuando fué amistándonos la coincidencia de nuestros paseos, recibíamos de él muy buenas opiniones y consejos en materia de literatura. En cuanto a su pobreza, podría certificarse con sólo verle entre nosotros, cuando en algún merendero le convidábamos a vino y chorizo, a pan blanco y a tomates partidos por medio y nevados de sal; el anciano intentaba hacer el melindre del hidalgo harto, que participa de estas futesas por pura cortesanía, pero ojos y mano le temblaban tocando y viendo los manjares.

Decía que el viejo escritor nos daba muy buenos consejos cuando respetuosamente le dábamos a conocer nuestros primeros escritos, aquellas cuartillas que por lo débiles, latidoras, breves y cordiales eran como polluelos recién salidos. Nos decía:

—Cuidado con los adverbios en "mente". Empiedran la prosa como esos guijos de las cuestas del Albaicín, en las que el

transeúnte, o sea el lector, resbala, tropieza, se tuerce el tobillo, jadea y maldice por la desapacible y ruidosa marcha.

Nos advertía otras veces:

—Estad prevenidos contra los artículos determinados e indeterminados. Las más veces sobran. Son mataduras que afean las lenguas romances, un vicio que han adquirido para afrenta de su alta madre latina, que tenía justamente los artículos desterrados.

Sentenciaba también:

—No os dejéis acompañar de gerundios, que os tomarán por escribientes o abogadillos. Y si el gerundio os tienta como trampa para pasar a otras oraciones, emplead mejor el relativo, o la conjunción, o el punto, o el semicolon. Alternando esos vicios, ya que son necesarios, de manera que no cansen.

Y acerca de los adjetivos:

—Por empeñaros en matizar, os despeñáis en un torrente de calificativos que, en vez de matizar, emborronan, y lejos de puntualizar, aburren y confunden. Ocurre que un solo nombre sustantivo vale tanto por sí como otro con su caterva de adjetivos adulones; lo que hace falta es encontrarlo. Y, en general, evitar adjetivos es regla de oro para un escritor de conciencia.

Tenía fila a las moralidades explícitas y a quienes las derraman de continuo como predicadores: de estos tales decía que debieran aprender del árbol a dar fruto en su tiempo y sazón, y lo demás del año sólo sombra, música y albergue a los pájaros. Pero también detestaba a los frívolos. Su inquina era igual contra los llamados coloristas que contra los pintores de estados de ánimo, nacidos para psiquiatras o psicópatas. Advertía muy bien cómo no hay que pasarse de prolijo ni quedarse corto en los términos de una árida concisión. Etcétera, etc.

Y aquel que primero había adivinado su carácter nos advirtió otro día:

—¿Os habéis fijado en que nuestro viejo escritor no ha escrito jamás una línea?

Y era verdad que nunca escribió nada aquel santo varón. ¿Ni cómo podría hacerlo hombre que tan bien sabía los peligros mortales del verbo y del adverbio, del floreo y de la profundidad, del estilo cortado y del enterizo? Hay cosas que haciéndolas se aprenden, y aprendiéndolas no se hacen. Casi

una docena de libros estudié acerca de la natación, con el honrado deseo de aprender este arte, y no conseguí mantenerme a flote más que un toro de Guisando. Y metido en estos embelécos halló una regla de San Isidoro que me valió por todas, y más:

"Echese a los niños al agua—decía—para que aprendan a nadar, y métaseles en las cuevas de las fieras para que sepan de ellas guardarse y defenderse. Y si alguno muriere en estos trances vaya bendito de Dios, que no le destinaba a más larga y vigorosa vida."

No puedo dar la cita exacta, que hace años que leí esto y no lo apunté, y fué en el Monasterio de Silos. Mas quiero anticiparme a impugnadores, declarando que si no casan puntualmente las cláusulas con las de San Isidoro, de otro autor serán y habrálas mi memoria trastrocado. Mas no por ello pierden de su utilidad y belleza.

(22-VII-1944)

LOS BUENOS AMIGOS

CARISIMO Saturio: Si el amigo se conoce en que acude, como la sangre, a la herida de su amigo, por tuyo me podrás tener, que acudo con sello de urgencia a consolarte de tu desventura.

Lo primero he de decirte que flojo refrán hizo quien inventó lo de "mal de muchos, consuelo de tontos", porque no sólo tontos, sino discretos y sabios se sienten confortados cuando reparten con otros su mal, que esto está en la naturaleza humana, y por eso todos, lo mismo necios que avisados, expresan en las ocasiones dolorosas aquello de "le acompaño en su sentimiento", sin que ningún ingenio aventajado haya podido hasta aquí sustituir la formulilla vulgar.

Pues, criatura, ¿por qué ha de afligirte que se saque a la vergüenza pública tu plagio? Al paso que "La Estafeta" trae, descubriendo robos en el descampado de las letras, saldremos a autor y medio por semana convictos de esa faltilla en la que tú has caído como tantos.

Esta primera consideración te sirva para calmar tu duelo y para que me escuches con paz razones de más peso.

Dime, Saturio: Si el sapientísimo Sócrates, en "Buenas noches", tiene demostrada la alta conveniencia y aun la imprescindible necesidad de que haya ladrones en una república bien ordenada, ¿no podríamos demostrar nosotros los beneficios que el laborioso cuerpo de plagiarios rinde a la república de las letras? Calculando por bajo, existen en España unos trescientos autores de artículos de periódico. Calculando por alto, y unos con otros, cada uno de éstos cuenta con la fidelidad de cinco lectores; pienso que antes, no más de tres lectores sorbían los artículos de periódico de cada uno; pero la guerra,

prolongándose hasta el aburrimiento, ha hecho que el comprador de diarios no lea ya los partes de los frentes, sino nuestros artículos, con lo cual podemos lisonjearnos de contar con cinco, o quizá con cinco y pico o seis lectores, por barba. Váyase el que sé hace leer de cincuenta por el que escribe de forma que ni él mismo se entiende. Pues dime, cautivo Saturio: ¿no será bien que plagies tú lo que yo escribo, de manera que una vez enterados mis lectores de lo que pienso yo, se entéren los tuyos, y mis ideas reúnan de tal suerte un auditorio de casi una docena de españoles?

Mas supongamos ahora que no sólo tú, sino los otros trescientos que escriben mé dispensaran el honor de plagiarme. Si no me engaño, conocería entonces mi pensamiento una aguerrida, una fabulosa falange dé mil quinientas o de mil seiscientas personas, lo cual equivale a vibrar mi pensamiento en lo que llamaron los clásicos "trompetas de la Fama".

Pues toquemos ahora delicadamente otra cuerda de la misma guitarra. Si el copiador honesto entrega puntualmente al discreto copiado un tanto por ciento prudencial de los honorarios recibidos por la copia, ¿no vendrá la gloria de la fama extendida a ese millar y medio de personas como miel envuelta en las hojuelas de la ganancia monetaria? Aunqué esa cantidad fuese modesta, rendiría, Saturio, una renta muy decorosa; entregaríasme tú, verbigracia, un duro por cada artículo que me plagiases, y girarían te tus cincuenta o cien plagiarios cincuenta o cien duros por cada uno de tus artículos que te plagiasen ellos. Más fértil sería este sistema, amigo carísimo, que esas fementidas cadénas de la buena suerte, donde casi siempre se paga el real y nunca se acaba de cobrar el millón prometido.

Ya te veo decir que és utópico tan inteligente sistema, porque se irritaría el lector que hallase el mismo artículo en las páginas de todos los periódicos, con firmas diferentes. Pero ven acá, hombre candidísimo: ¿piensas tú que cada uno lee más allá de su periódico, ni recuerda más allá de la media hora siguiente?

No te aconsejaré, amigo, que dejes de plagiar, porque entonces, ¿de qué podrías vivir, ni dónde hallarías el tiempo y la instrucción precisa para pensar tú mismo lo que escribes? Lo que sí te aconsejo es que, mientras no se promulga el

código tan deseado, que dé las normas seguras de la deshonestidad literaria, te abstengas de copiar a escritores que todavía viven y colean, o bien que procures llegar a un arreglo, si ellos lo aceptan, sobre las condiciones económicas del plagio. Porque, aun suponiendo que nadie lea al plagiado, ten por cierto que él mismo se lee y lee lo tuyo, que acá, no los lectores, sino los escritores leen (digo artículos de periódico) como la experiencia tiene demostrado; y no para lectores, sino para escritores se escribe, pues la gran parte de los artículos que ven la luz sólo el avezado ingenio de un demonio, o de un escritor encanecido en el oficio, que tanto vale, puédelos entender.

Y corto aquí, Saturio amado, no porque falten ya razones para tu consolación y para defensa del plagiar, sino por la consabida limitación del tiempo y del espacio. Queda con Dios y plagia "fortiter".

(19-VIII-1944)

EPIDEMIA POETICA

SABED que en esta ciudad hay calles tan estrechas, tan próximos los muros, que dando un paso desde mi balcón podría entrar con comodidad en la casa de enfrente, donde vive un grave, obeso y doctoral señor canónigo. Los balcones de la población están ahora abiertos de par en par desde las cuatro de la tarde porque el calor ha llegado. He visto al señor canónigo sentarse en su mecedora con el libro de horas en la mano; el libro pequeño y grueso que tiene los cantos de oro. El señor canónigo ha examinado pacíficamente el cielo y los pájaros que se deslizan en toboganes de aire. Después ha abierto su libro de rezos; ha buscado en él algo, inútilmente. Por fin, parece caer en la cuenta: no es aquel el libro que necesita. Y yendo al estante, ha dejado allí su libro, en cuyo lomo se ve escrito "Pars Hiemalis", y ha tomado otro de formato igual, en el que se lee: "Para Vernalis."

Esto sucedió tiempo ha, como comprenderéis, puesto que la primavera comienza en marzo. Lo recuerdo ahora porque va a aparecer un nuevo periódico de poesía; quizá haya aparecido cuando veáis estas líneas. Y en el Breviario mismo, dividido en volúmenes para cada estación del año, me ha parecido ver un periódico de poesía. Cantos davídicos, plegarias, himnos, conmemoraciones, historias doradas de santos; con este libro pequeño y grueso que diariamente leen las sacerdotes, cumplen el precepto de uno de nuestros escritores famosos:

Amor y poesía,
cada día.

* * *

En esta tierra caen ya los pétalos, y mientras las ramas van quedándose desnudas, gemadas de frutos apenas nacidos, el suelo se cubre y ablanda con alfombras blancas, amarillas, rosa, violeta.

Recuerda esto la historia de aquel sultán de Occidente cuya favorita había nacido en algún país donde la nieve es casi eterna y el paisaje albea siempre, envuelto en su capa de compacto blancor. La favorita añoraba esta blancura de su patria, y soñándola languidecía en los palacios de Córdoba, tan lejos del reino de la nieve. Y el Califa hizo plantar de almendros apretados los cerros y los valles, para que al caer su flor la tierra se pusiera blanca, igual que si los árboles nevasen como nubes del norte.

* * *

Parecido—levemente parecido, claro está—es lo que ahora sucede en las mesas de las Redacciones. Comparables—levemente comparables, claro está—a los pétalos de almendro son las hojitas que se amontonan en las tablas. No las ha traído el viento, sino el cartero, y tienen escritas cosas como ésta:

"A A. M. G.

Ana María, al volver
de mis tareas ayer
me hirieron tus ojos verdes
en medio del corazón.
Y pensé: "Válgame Dios,
esta chiquilla tan bella
con sus labios de grosella
quita la respiración."

A los papelitos acompaña una carta al director del periódico, donde el corresponsal del pueblo dice siempre lo mismo: "Habrá usted visto que ahora se venden menos ejemplares porque la gente se va de veraneo. Quizá se venderían más si le pareciese a usted conveniente publicar en la página literaria algunos trabajos de hijos de este pueblo. Le adjunto unos versos que me ha entregado un amigo mío para este fin. Es un puntual suscriptor y un propagandista entusiasta del periódico."

En esta prosa va envuelta una pequeña mentira. El autor de los versos no es un amigo del corresponsal, sino el corres-

ponsal mismo. Se nota en seguida en el temblor con que al día siguiente nos llega su voz a través del teléfono:

—¿Qué le han parecido los versos que le envié?

Y palpita el auricular mientras busca uno la torpe disculpa:

—Verá usted, son un poco largos...

—¡Si no son más que catorce líneas!

—Pero no sabe usted lo que eso aumenta cuando se pone en letra de molde!...

* * *

Hace ya algunos años que los periódicos de provincia han renunciado a publicar esos reclamos amorosos. Sin embargo, con regularidad abrumadora, marzo y abril los traen a todas las redacciones. Los poetas de pueblo son inescarmentables, pero inofensivos. Nuestra postguerra ha aportado un género mucho peor brotado al calor de esta frase de José Antonio: "Son los poetas quienes mueven a los pueblos."

No se me rasgue nadie las vestiduras si me atrevo a sospechar que, de vivir José Antonio, habría dicho ya algunas cosas fuertes de los desaforados intérpretes que le han nacido a su frase. A veces coge usted un periódico que quiere ser político y lo encuentra lleno de llagas, ronchas, mataduras, igual que un asno viejo: es que los sonetos se lo comen vivo. Y menos mal si son sonetos, y menos mal si se comprenden, y menos mal si quieren decir algo. Pegados como lapas a aquella frase del Fundador, muchos jóvenes dotados de ambición y de inteligencia, que son las condiciones basales de la acción política, traducen su vocación revolucionaria, histórica y estatal en la versificación. La electrificación de los transportes, la construcción de armamento, la industria química, la política internacional, las obras agrícolas y pecuarias, las factorías navales, la aviación, Africa: he ahí una serie de obras que están esperando el ímpetu de esas vocaciones juveniles. Una España en gigantesco ritmo de trabajo, con rumor de yunques y de tornería, limpia y laboriosa, es el mejor poema nacionalsindicalista. Una España en actividad febril, que cada domingo reposa y se exalta en la oración, en la canción, en el ejercicio y en el poema nacido sobre un corazón a quien el trabajo, como el arado a la tierra, ha hecho fuerte, oreado, tenaz y verdadero.

(29-V-1943)

¿VOLVEREMOS DE UN NEORROMANTICISMO?

AQUI ha planteado Jesús Revuelta la cuestión candente de nuestro mundo espiritual bajo el epígrafe "¿Volveremos a un neorromanticismo?"; interrogación que resuelve por la afirmativa. Digo que es la cuestión candente de nuestro mundo espiritual porque la pregunta abarca más que un tema literario. Abarca el tema de si los españoles se van a situar a la altura que su linaje señala o no. De si va a surgir, o no, sobre la tierra sembrada de nuestra neutralidad, una cosecha vital que le sirva al mundo espiritualmente famélico.

Romanticismo es una manera de ser caracterizada por la eliminación en la mente y en la conducta humana de un axioma que podemos formular de este modo: "La verdad es la verdad", al que acompaña el corolario; "Lo verdadero vale; lo falso, no", que puede expresarse según un léxico más en moda con estas otras palabras: "Lo verdadero es un valor; lo falso es un disvalor."

En la Historia, el triunfo del Romanticismo entre los hombres comporta el triunfo de una moral sin metafísica, es decir, de una moral que aspira a vivir en el aire, sin apoyarse en verdad alguna. Comporta el triunfo de una filosofía sin certidumbre, de una filosofía de la duda. El triunfo de la democracia, o sea de una política sin fe en normas supremas, que oscila según la mayoría, no según la inteligencia. Comporta en religión el triunfo subjetivista de un "Cristo interior" y de un "culto individual" de estirpe protestante, que no cree que autoridad alguna sea depositaria de la verdad porque no cree que la verdad exista, como al principio dije. En poesía, el triunfo de las fantasías sobre las cosas. En el

vivir cotidiano, la sobreestimación de la tuberculosis y del alcoholismo, de la locura y de la droga, porque no cree en la salud, que es el término biológico correspondiente al término lógico verdad.

Me he limitado a llamar la atención sobre esta serie de hechos para que en ellos se observe cómo lo sustancial del Romanticismo es una general vuelta de espaldas a lo verdadero.

En cuanto a que el Romanticismo exalte "lo elemental, lo primitivo, lo no maleado por la sociedad", el propio autor del artículo que suscita el presente lo rebate a renglón seguido cuando nombra en apoyo de su pensamiento la predilección romántica por el bandido, el pirata, el genio, el mendigo, la ramera. Decir que esta galería de tipos es una galería de seres "no maleados por la sociedad" resulta un poco extraño; tanto, que de ser así tendríamos que ver en Adán el primer mendigo, el primer pirata, el primer bandolero.

Jesús Revuelta advierte en nosotros un incremento de religiosidad que le hace prever la vuelta al Romanticismo. Cita frases de Díaz Plaja, en las que se subraya cómo el Romanticismo en la España ochocentista adquiere con rapidez un tinte anticristiano. Tengo para mí que, aparte circunstancias históricas, el Romanticismo en España deriva a la izquierda fatalmente por su propia naturaleza y por la condición de nuestro espíritu. Nuestra religiosidad está profundamente troquelada de actividad; creo que los santos españoles han corrido más leguas y movilizado más calorías que los santos de otros países; el puro contemplativo se da poco, casi nada, entre nosotros, y tenemos una frase de la Santa Doctora tan implacable y expresiva como la de que "Dios está también entre los pucheros". Por eso, la actitud contraria, es decir, la romántica postura soñadora, fantasiosa y que le hace "¡puah!" a las cosas reales, adquiere pronto un signo anticatólico o, por lo menos, "sapiens haeresim".

En cuanto a nuestro actual sarampión de clasicismo, a la fiebre eruptiva garcilasista que nos sobrecogió hacia los días finales de la guerra y todavía dura, creo que hace falta cerrar algo los ojos para tomarla del todo en serio. Verdad es que a Garcilaso deben de dolerle ya las coyunturas de tanto como garcilaseamos—y no me refiero a ninguna revista suntuosa—; pero ¿tienen algo que ver sus églogas, resplandecientes de gra-

cia, emoción y claridad, con la descabellada sonetería de hoy, que aun de culterana no tiene más que las dos últimas sílabas? También entre una y otra hay la diferencia radical de que una asienta en lo verdadero y otra en lo imaginativo. Existió en carne y hueso la flor de Gnido, con su nombre, familia, nacimiento, vivir y circunstancias particulares, como existió Amarilis, como Filis y Lucinda. Pero sólo a mujeres de papel pueden dirigirse piropos como este que leo en un pretenso libro de amor de uno de nuestros poetas más celebrados: "¡Qué probable eres!"

* * *

¿Volveremos al Romanticismo?

Me parece que en el Romanticismo nos hallábamos, o nos hallamos aún.

Igual que el Romanticismo del siglo pasado se inventó una Edad Media, el nuestro se ha inventado un Renacimiento, y ambas resurrecciones históricas son bastante superficiales.

Si el Romanticismo ochocentista abocó a una religiosidad vaga, a un deísmo sentimental, la religiosidad incrementada hoy en esos que se llaman poetas religiosos (estilo Vivanco) es tan vaga y sentimental como aquélla.

Si aquel Romanticismo prefiere las rameras, piratas y bandidos, Cela nos hace hoy unos tuberculosos y asesinos que en clase de asesinos resultan irreprochables y en clase de tuberculosos no tienen nada que envidiar al tísico más confirmado.

Si aquél menospreció la técnica, el de hoy no la menosprecia menos, so capa de sentido antimaterialista de la vida. En gran parte de nuestra juventud late un idealismo histórico, mejor diríamos bobería histórica, que puede esterilizar todas nuestras ambiciones. Es cierto que los pueblos son movidos por los poetas, pero su movimiento sólo cuenta en la Historia cuando por cada octava real se fabrica, al menos, un submarino. ¡El Dios que estaba entre los pucheros también está en los altos hornos y en los puentes colgantes!

Si aquél produjo pálidas poetisas, hoy no florecen en menor número ni con menos acética palidez tanto las poetisas como

los poetisos. Decidme: ¿hay tanta diferencia entre "Volverán las oscuras golondrinas" y "J'attendrai toujours..."?

* * *

¿Volveremos de este neorromanticismo?

No me atrevo a contestar rotundamente. Me limito a desear que volvamos. Que volvamos a apreciar la belleza de los pimientos colorados, de las mujeres de verdad, del pan, de la labor, de la familia. Que volvamos ya, ¡por Dios!, de las monerías intelectuales, de esa turbamulta de expresiones hechas ("agonía intelectual", "conciencia generacional", "horas cruciales", "tremendo", "preocupación", "angustia") con que nos martillean los escritores y que ninguna persona decente emplea en la vida cotidiana. Que la dictadura y montaña de lo impreso se desplome al empuje de lo realizado. Que si soñamos sea para cumplir por el día lo que por la noche soñamos. El mundo, amigo Jesús, no es de los que sueñan, sino de los que viven. Y Dios nos hizo para dueños del mundo, por lo menos, tres veces: primera, cuando nos creó hombres; segunda, cuando nos instituyó cristianos; tercera, cuando nos hizo nacer españoles.

(18-IX-1943)

BAJO EL SIGNO DE SANTIAGO

BIBLIOTECA PÚBLICA

EN cada periódico existe algo que el lector, esporádico o habitual, no pasa nunca por alto. Este algo es en "Solidaridad Nacional" un apartado de la primera plana impreso en negritas, donde campea el Apóstol Matamoros a caballo, en alto la espada y al aire el estandarte. "Bajo el signo de Santiago", se recogen allí pulsaciones de la vida española, textos de historia brevísimos, versículos de un Kempis del heroísmo que cada día dan al alma varonil un sobrio y férreo conforte, la necesaria vitamina del Imperio.

Sirva de ejemplo la relación de la muerte del capitán que, venido al suelo con el brazo cortado e intimado a rendirse, so pena de la cabeza, replicó al vencedor: "Haced lo que quisiéredes, que aunque me falte el brazo para pelear me sobra el corazón para morir. ¡Muera la vida, y mi fama siempre viva!"

O bien la historia de Santa Nunilo: "Al caer el cuerpo, con los vuelcos de la muerte se descubrieron un poco los pies de la Santa mártir, y llegando a prisa su hermana Santa Alodia, sin muestra ninguna de dolor y turbación, se los cubrió con sosiego..."

* * *

En 1870 "La Ilustración Española y Americana" publicó una antología de poetas contemporáneos. Su largo prólogo comenzaba planteándose el problema del antagonismo entre creación y crítica. En aquel entonces, la crítica florecía y la creación agonizaba. En las columnas de la Prensa, este problema se ha planteado hoy en términos casi idénticos.

Creo que no hay ninguna razón absoluta para que se en-

frenten los llamados "creadores" y los llamados "críticos". Si acaso, la vanidad, el interés o el rencor.

Serénamente debe atenderse a algo tan sencillo como es el doble objeto de la crítica: orientar al público y orientar al autor. Siendo así, ¿por qué los críticos no se dirigen al público con un artículo y al autor con una carta? En aquél se diría lo que al lector importa: el tema de la obra y su interés, el desarrollo y su atractivo, la enseñanza y su valor, la intención y su eficacia. En la carta se diría al autor, evitando así tanto la adulación como la humillación, lo que a él solo interesa: las faltas halladas, los peligros previstos, las posibilidades adivinadas.

Creo que éste es o puede ser un buen modo de ejercitar la crítica como creación.

* * *

Recientemente lo ensayamos aquí a propósito de un libro cocido en el mismo horno donde se cuece "Solidaridad Nacional". Aquellas palabras nuestras, aun cuando mutiladas, se tuvieron todavía por excesivo elogio; y efectivamente serían excesivas si hablásemos en términos absolutos, prescindiendo del tiempo y del espacio. Pero, aparte lo que en sí mismas dijeran, estaban escritas en Madrid y en 1943; y esto, a la hora de comprenderlas, no puede ignorarse. Intentamos ejercitar la crítica como creación, pero también la crítica como historia.

Si alguien, desde hoy o desde mañana o desde dentro de un siglo, pretende formarse una concepción verdadera de nuestro tiempo, hay una cosa que no podrá desconocer, so pena de falsearlo todo: la ambición histórica que vive en quienes hoy vivimos, que es la razón de nuestras guerras y revoluciones, de nuestras disputas y de nuestra fe. Muchos vemos la vida "sub specie Historiae". Hemos visto nuestro vivir identificado con el de nuestro pueblo. Estamos completamente de acuerdo con una esquela mortuoria que el periódico "Claridad" publicó en 1936 anunciando el óbito de Doña Literatura Pura. Deliberadamente renunciamos a toda pasión de arte que nos excluya o nos neutralice como luchadores. El hecho de que el joven y acaudalado Manrique de Lara ame a la bella y alcurniosa condesita Blanca Flor nos crispa los dedos alrede-

dor de la noble, fecunda y eficaz estaca. Una producción literaria de hoy cuyo espíritu sea el mismo que el de otra fechada en 1894 o en 1921, aunque sea una labor de excelente taracea, es un crimen de lesa historia. España y su destino jamás para nosotros serán una agradable broma, ni una moda fugaz, ni un recurso efectista, ni un rasgo de buen tono. Sino la manera única, providencialmente y rigurosamente única que Dios nos ha propuesto para convertir los veinte, o los cuarenta, o los sesenta años de nuestra vida en Vida Perdurable. Sólo nos podemos salvar realizando nuestra creación o nuestra crítica "bajo el signo de Santiago".

(9-X-1943)

EL ERIZO TRASHUMANTE

CASTICISMOS QUE MATAN
GABINETE DE OTOÑO
DAOIZ Y VELARDE
ANIMALES, PLANTAS, ETC.
URBANISMO
PSICOLOGIA EXPERIMENTAL
LUIS VICENTE JUEZ

CASTICISMOS QUE MATAN

EL espectáculo de una polémica resulta casi siempre agradable e instructivo a un tiempo. Los que polemizan afilan su ingenio para abrirse paso hacia la verdad y la convicción; generosamente prescinden de sus particulares pasiones, para acompañar al adversario al lugar de su mismo error y desvanecérselo; cierran sus ojos a toda cuestión que no sea el tema discutido, controvertido y fijado como objeto. Con aspecto de lucha, una buena polémica es, en realidad, una colaboración.

* * *

Pensando estas cosas el que suscribe, ha presenciado con gusto el nacimiento de una polémica acerca de una cuestión que le interesaba. Diré al lector que la polémica da comienzo con un artículo firmado por "Travelling", en el cual se insiste en la penuria espiritual de nuestro cinema y se propone la traída de técnicos extranjeros para que enseñen ciencia y arte cinematográficos a nuestros jóvenes directores de verdadera vocación; calcula "Travelling" que en diez o quince años de aprendizaje, el cine español contaría con un cuadro de directores capaces de hacer un cine con características propias, y solicita la vigorosa intervención del Estado en el problema: el Estado productor, el Estado inspirador y el Estado censor. Así, y sólo así, se puede redimir nuestro cine.

* * *

Pues la solución apuntada por "Travelling" recibe una respuesta bastante agria por parte de un señor consagrado al

cine, desde las columnas de "Marca". Este señor opina lo siguiente:

Primero. Que emplear el seudónimo "Travelling" acredita una clara vocación extranjerizante. Que ese término es anacrónico. Que un "travelling" bien hecho está bien, pero mal hecho está mal. Que en vez del vocablo "travelling" hay que decir: Cámara en Marcha Hacia Concretos Motivos Emocionales. (Expresión y seudónimo que, entre paréntesis, parece algo prolijo.)

Segundo. Que cierta película francesa citada por "Travelling" como reciente no se ha hecho durante esta guerra, sino en 1937.

Tercero. Que eso de "el Estado productor, el Estado inspirador y el Estado censor" es, sin la menor duda, el Estado marxista.

He aquí condensada en tres sumarios la opinión que el señor F*** expone acerca del problema de la importación de técnicos cinematográficos.

* * *

La revista "Primer Plano" se ocupa del mismo asunto con alguna mayor seriedad; quiero decir que, al menos, se ocupa del asunto. La opinión de "Primer Plano" se resume en estos puntos:

1.º De aceptar la solución propuesta por "Travelling", el cine español perdería sus características propias para seguir por mucho tiempo la orientación que marcaran los de fuera.

2.º Las productoras caerían en manos del capital extranjero.

3.º La propuesta es humillante.

* * *

Si esta polémica nos ha interesado no es, precisamente, por una exclusiva dedicación personal al cine y sus problemas, sino por implicarse en ella una cuestión de tanta monta como oportunidad: la de la importación de técnicos. En el tiempo actual, varios países de Europa que han alcanzado un desarrollo industrial muy superior al nuestro, están abocados a una crisis tan espantable, que aquellos de sus ciudadanos ca-

paces por su categoría en ciencia y experiencia de vivir y trabajar en cualquier parte del mundo, van a emigrar poco menos que en masa. Las riquezas latentes de España (tanto de su suelo como de sus hombres, tanto los metales como las inteligencias, como las voluntades) pueden ponerse en marcha y recibir un buen empujón del saber técnico que esos hombres traigan. ¿No deberá España convertirse en la Meca de ese ilustre peregrinaje? ¿No es evidente el supremo interés de que nosotros, casi único islote pacífico y seguro del continente, recojamos esa herencia—ya en cierto modo lo hicieron españoles en otra crisis de la historia: la del Imperio Romano—y la guardemos y multipliquemos para nuestro propio crecimiento y también con vistas al renacimiento de una mejor Europa futura?

La única objeción seria—pero peligrosa—que conozco es la que, refiriéndose al cine, apunta "Primer Plano": el riesgo de internacionalización de España, de pérdida de nuestras características nacionales. Ahora bien: en el cine como en la industria, en la literatura como en la política, lo primero es hacer las cosas bien; lo segundo, hacerlas "a la española". ¿Cabe pensar, señores, que una mala película sea una película "muy española"? Desastroso cine el nuestro mientras ha vivido alentado por los manes de Carmeliya y de Juan Manué, por esa inmunda caricatura de España, que es la españolada. Más desastroso aún que nuestra medicina y nuestros transportes, nuestra electrificación y nuestra agricultura siguiesen, merced a una impotente xenofobia, inspirándose en la galbana, chispa, juerga, jaleo y mangoneo, improvisación e inconstancia que para muchos constituye la quintaesencia española, cuando no son sino los secretos psicológicos de la postración española cuidadosamente cultivados por la inteligencia adversaria y por la ingenuidad autóctona y castiza. Proteger con algodones nuestras "características nacionales" puede ser un modo muy adecuado de sumirlas en anemia, asfixia, ñoñería y esterilidad.

(7-X-1945)

GABINETE DE OTOÑO

VA a hacer un año que Tomás Borrás profetizaba desde estas columnas de "El Español" acerca de lo que en este 1943 que está feneciendo habrían de ser las artes plásticas. Invito al lector a que lea aquel artículo, publicado en la página 8 del número 10 de nuestro semanario.

Para Tomás Borrás se habían aniquilado "las formas chirles, los amaneramientos ridículos, las imitaciones de estilos clásicos, el ruralismo y cuantas afectaciones, parálisis, cursilerías, copias desenfadadas y recargamientos hicieron de la plástica instrumento de la más beocia burguesía". Según él, los artistas habrían aprendido "que el sentido de la vida es cristiano, colectivo, heroico; que se precisa un arte que cubra bajo sus grandes alas el concepto "pueblo", entendido a la manera histórica; que las formas son expresiones del alma en su anhelo de superación y de gloria; que la juventud es la exponente de la fuerza, y de la dirección, y de la originalidad de la vida, con su sal o ingrediente de futuro; que no cabe en nuestra mirada ni lo añejo por superstición, ni lo exótico por moda, ni lo recargado por servilismo al gusto nuevorriquista; que el Arte es una categoría y no una mercancía...; que la estética está unida a la ética...; que lo civil tiene sentido castrense...", etc., etc.

* * *

Verdad es que todas estas cosas las escribía Tomás Borrás irónicamente. Pero el fundamento en que basaba su impetuoso programa era de una seriedad más que absoluta. "Cuando España ha dado de sí otra epopeya, no iban los pintores a es-

tarse mano sobre mano sin inmortalizarla, o manchando de floreros y paisajitos kilómetros cuadrados de tela; por el contrario, van, como en los siglos imperiales, a dotar de grandes panoramas de hazaña inmortal a las generaciones que se educan en el sacrificio a las empresas altas, a retratar a los héroes, a sentir como humanistas la humanidad y como poetas la Naturaleza, trono del alma."

* * *

Hemos tenido la desgracia de releer todo esto antes de visitar el Salón de Otoño, ahora abierto en el Retiro. Hemos recorrido las salas sombrías, tan sombrías que necesitaríase linterna, por ejemplo, para contemplar las esculturas de la sala central. Las salas propicias al reumatismo, a la gripe y a la depresión de ánimo. Quizá por la falta de luz, apenas hallamos más que una gran "Salambó", de Peresejo, estatua llena de vida y, por tanto, de elegancia. Y fuera de ella, hasta una docena de obras que se elevaban hasta el nivel de la decencia, no mucho más arriba. Y luego una interminable serie de formas chirles, de amaneramientos ridículos, de imitaciones de estilos clásicos, de ruralismos y afectaciones, de parálisis y cursilerías. Una serie de metros cuadrados de tela manchados con floreros y paisajitos, con huevos, con sandías partidas por la mitad, con pescados.

* * *

Probablemente Tomás Borrás tiene la culpa de nuestro pesimismo. No hay duda de que el "Salón" exhibe algunas cosas bonitas. Pero también las contiene cualquier establecimiento de objetos de arte o incluso los escaparates de algunos comercios distinguidos.

La impresión más fuerte que da el Salón de Otoño es de ausencia. Ausencia de vida y corazón, ausencia de ímpetu y de deseo. Diríase que la mayor parte de aquellos cuadros han sido pintarrajeados por un señor tumbado en una cama turca, en largas horas de aburrimiento y somnolencia. Dispénsennos los tres o cuatro artistas que allí han puesto algo de anhelo y de esfuerzo.

No somos técnicos en cuestiones de arte, ni estamos tam-

poco enteramente ayunos en la materia. Quizá por esta doble condición de no saber mucho y de no saber poco, nos tienta filosofar. Platón dijo del amor que "como no es sabio ni tampoco ignorante, filosofa y es amigo de la sabiduría".

* * *

Decidme, amigos de la sabiduría y de la belleza: ¿no es cierto que hemos cometido el feo pecado de facilidad? ¿No ha sido excesivamente fácil el silencio, y aun el elogio, frente a la labor pequeñita o frente a la obra sandia? ¿No es verdad que, enemigos armados de la anarquía, hemos dejado por crear la aristocracia del tiempo nuevo, la aristocracia del rigor y del heroísmo? ¿No es verdad que muchas veces preferimos un hueco hablar a un callar honesto, y un ditirambo insincero a una repulsa honrada y varonil?

Escoger el camino llano es resignarse a no alcanzar jamás la cima. Hubiera sido la vida infinitamente más áspera, y de las ardorosas entrañas del sufrimiento habría surgido, como el limpio hierro brota del fuego de la fragua, aquel modo de ser templado y enérgico, austero y potente, por el que tantos entregaron la existencia y por el que todos, queriéndolo o no, la tenemos entregada.

(25-XII-1943)

DAOIZ Y VELARDE

TE confieso, lector, que era mi pensamiento hablar de temas muy distintos dél que voy a tratar. Cada semana se enfrenta uno "in mente" contigo y pasa un mal rato. Piensa uno que está obligado a decir aquello que en el instante te preocupa o te angustia, y que cuando tu interés por tal suceso se refuerza hasta hacerse casi vital, sería poco menos que un crimen callarse y dejarlo pasar como si no tuviera importancia.

Mas, a veces, lector, descubre uno dolorosamente que las relaciones entre el público y el que escribe para él no son tan sencillas, ni muchísimo menos. Nos sentimos halagados al saber que ejércitos potentísimos, millones de soldados, miles de aviones, centenares de barcos de guerra y decenas de Estados Mayores viven pendientes de nuestra humilde palabra, con la lupa aplicada a la modestísima cursiva de nuestros artículos.

Así, he sabido qué si aquí apareciesen mis personalísimas opiniones acerca de lo que sucedé en el mundo en guerra, tal o cual Imperio se incomodaría muchísimo, y las consecuencias podrían ser incalculables para todos.

Por mí, y por hoy, pueden estar tranquilos los Imperios. De lo que voy a hablar es de Daoiz y Velarde.

* * *

Pero no se me tache, impulsiva y prematuramente, de anacrónico, pues estos Daoiz y Velarde no son dos héroes del siglo pasado, sino de éste siglo, y aun de este año. Veamos los hechos de autos:

A las 5,47 de la tarde del día 12 de abril de 1944, Aga-

pito Daoiz subió a un tranvía y tomó asiento en el interior. No reside en esto su heroísmo; puede incluso decirse que su acción, hasta aquí, carece de mérito, pues el tranvía se hallaba al principio de su trayecto y completamente vacío. Después de Agapito fueron ascendiendo al vehículo muchas personas, que llegaron a ocupar el interior y las dos plataformas del mismo. Hombres, mujeres y niños apiñábanse en el espacio disponible y en una gran parte del espacio no disponible del armatoste.

Pues bien: a las 6,07 de la tarde Agapito se puso en pie, y, dirigiéndose a una dama que se hallaba en la misma postura", pronunció: "Señora, tenga la bondad de sentarse", al mismo tiempo que, con sereno ademán, señalaba—y lo vieron estos ojos que se han de comer la tierra—el propio asiento que había ocupado él hasta aquel instante.

* * *

El caso de Secundino Velarde es muy parecido. No ha de extrañar que ambos ciudadanos, hermanos por la casualidad del apellido, lo resulten también por las hazañas. Secundino Velarde se levantó en un tranvía—fué en la glorieta de Quevedo, el 2 de agosto de 1944, fiesta de Nuestra Señora de los Angeles, a las 12,11 de la mañana—con intención de ofrecer su asiento a una señora que viajaba en la plataforma. Mas cuando Secundino se acercaba al punto culminante de su empresa iniciando la fórmula de la ofrenda verbal, advirtió que un guapo y robusto mozo había ocupado a sus espaldas, el asiento que él dejara vacante. Dirigiéndose al apuesto mozo, advirtió, con esa voz clara, resuelta, vibrante, propia de un ánimo altivo y noble: "Caballero, no era a usted a quien cedía mi lugar." El mozo tuvo un hipo de risa, exclamando: "¡Ah!, ¿no? ¡Pues podía usted haberlo dicho!" Los viajeros reían en masa, y la dama sollozaba acongojada y congestiva.

* * *

Ya sé todo lo que vais a decirme: que los asientos están para quien los ocupe primero, y las plataformas, para refu-

gio de las criaturas menos vigorosas, es decir, para las mujeres, para los niños y, sobre todo, para las mujeres que llevan niños en brazos. Vais también a decirme cómo complace ver un tranvía abarrotado de mujeres en pie, en el cual unos cuantos varones cómodamente sentados parecen expresar con su ademán majestuoso: "Estamos aquí porque podemos, y de aquí no nos movería, como al famoso centinela de Pompeya, ni la más furiosa de las erupciones volcánicas." Todavía me diréis cómo es mucho más gustoso y distraído el espectáculo de tres o cuatro damas cayéndose del estribo del tranvía que el de un varón grave en trance tan ridículo.

De acuerdo en todo, señores. ¡Líbreme Dios de proponer que todos imiten los rasgos legendarios de Secundino Velarde y de Agapito Daoiz! El ánimo fiero, independiente y temerario de estos dos ciudadanos les llevó a desafiar la popular rechifla en una hazaña quijotesca. Pero si todo el mundo se habituase a semejantes prácticas, ¿dónde iríamos a parar? No quiero ni pensarlo. No imitéis, pues, a estos Daoiz y Velarde, pero admirad conmigo su voluntad sobrehumana, su alto desprecio de la opinión ajena.

* * *

Otro día, esperando no interferir por ello con las grandes políticas internacionales, hablaremos de doña María la Brava.

(14-X-1944)

ANIMALES, PLANTAS, ETC.

VAYA por delante nuestra alabanza para cuantos participan en la tarea de proteger a las plantas y a los animales; loado sea el señor alcalde de Madrid por el reciente bando en que recuerda a los ciudadanos las más esenciales disposiciones vigentes sobre la materia; loados sean quienes dictaron esas hermosas disposiciones; loadas, en primer lugar, las numerosas sociedades de amigos y protectores de animales y plantas que a lo largo de los años han ido consiguiendo una legislación tan conmovedora.

* * *

Bien sabemos que muchos querrán sacarle punta a esta alabanza y contar los grados de ironía que, en su opinión, contenga. Ese mamífero devorador de bandos, anuncios y carteles que llaman transeúnte es de suyo socarrón y puntiagudo, con ribetes de malintencionado. En los corros callejeros formados al amor del bando municipal se han dicho opiniones curiosísimas, testimonio de la esquinada psicología del hombre metropolitano.

Verbigracia: que las exhumadas disposiciones vigentes prohiben las corridas de toros, el arroz con gallina y el higiénico espulgo, puesto que todo ello supone la muerte violenta de diversos animales, y las disposiciones sólo autorizan tal muerte "en casos de hidrofobia, peligro o necesidad ineludible". Y es obvio que cuando Manolete entra a matar lo hace sin investigación previa de si el toro está rabioso o no lo está; y que cuando celebramos un bautizo inmolando un capón, no

lo solemos hacer porque el ave sea un bicho peligroso, ni menos aún por una necesidad que pueda llamarse ineludible.

Otros ironistas de afición pican en el precepto que veda "atar por las patas a animales vivos para arrastrarlos o conducirlos suspendidos". Dicen que si no se permite atar a una liebre para llevarla del mercado a la cocina, la liebre saltará donde menos se piense, y la criada a quien se le escape en plena rúa habrá de entregarse a una caza que no podrá por menos de animar las ya animadas vías madrileñas. Y cuidado, caballero, con arrojar un bastón o cosa por el estilo al paso de la liebre fugitiva, porque otra de las disposiciones vigentes prohibe golpear a los animales con varas u objetos duros, y sólo permite usar para estos castigos "fustas sujetas a mangos cortos y flexibles". La caza de la liebre o del gallo con fusta, a la alta escuela, es un deporte que puede darse por recién nacido.

* * *

Pero sería el cuento de nunca acabar—y eso pertenece a otra sección de esta misma página—ir enumerando los ejercicios de alfiler y tijera en que se entretiene la malignidad popular. Por nuestra parte amamos de todo corazón a los animales que nos rodean y a las plantas que (en los prudentes límites fijados por don Cecilio Rodríguez) nos dan sombra y frescura; todas las disposiciones vigentes para la protección de esos seres inferiores nos parecen tan magníficas que para nosotros las quisiéramos. Véase el precepto que veda "obligar al trabajo a los animales extenuados, enfermos, heridos o con fístulas, úlceras, cojeras u otros defectos que les causen sufrimiento". ¿No es de una ternura y delicadeza impresionantes? Pregúntanse los murmuradores si el hombre será de peor condición que el asno, pues todos los días trabajan ciudadanos cojos, tuertos, tartamudos y aquejados por otros defectos que les causan sufrimiento indudable. Mas digo yo que estos principios deben llenarnos de alegría, de ilusión y de esperanza; porque cuando esas agrupaciones protectoras de los animales y de las plantas, tan poderosas como para ir arrancando a las autoridades una legislación tan pía, expuesta, llamativa y revolucionaria, hayan concluído la obra de asegurar a cada

bicho y a cada vegetal una existencia libre y dichosa, tendrán ocasión de dirigir alguna parte de su esfuerzo a la protección del hombre mismo. Ampliarán entonces su nombre oficial, llamándose, verbigracia: "Amigos de los Animales, de las Plantas, Etc.", y el etcétera seremos nosotros, los seres humanos. Su tenacidad conseguirá de las autoridades que algún día se prohiba el trabajo de los ciudadanos con úlceras, cojeras u otros vicios que les causen aflicción; que se impida la demolición de viviendas mientras no haya otras para sustituirlas; que no se tolere el abandono de niños harapientos, hambrientos y callejeros. Y otras series innumerables de cosas por el estilo, que, créanlo ustedes, señores protectores, acreditan la cultura de una sociedad casi tanto como pueda acreditarla el respeto a los pájaros y el mimo a los pequineses.

(5-VIII-1944)

URBANISMO

En una de esas agendas de bolsillo que algunos industriales regalan a sus clientes hallo un apartado curioso: las calles madrileñas que han cambiado de nombre, con su nombre antiguo y con su nombre moderno. Nada menos que setenta y ocho calles (ciento cincuenta y seis nombres) figuran en la relación. Y, sin embargo, no está completa, pues busco otras calles cuyo nombre antiguo conozco, y ni las encuentro en la agenda ni en la guía de teléfonos. Quizá éstas no han sido rebautizadas, sino descrismadas, y subsisten sin nombre conocido; en cuya suposición bien debieran las demás envidiar su suerte, porque el pueblo las llamará "calle Sin Nombre", "calle Huérfana", "calle Corta" o "calle Larga", de cualquier manera, en fin, menos "calle de Don José Pérez Gómez y de Doña Josefa Fernández Martínez, su mujer".

* * *

Que las calles tengan nombre de persona no me parece bien, por cuatro razones al menos. La cuarta, que resulta poco respetuoso trasvasar, en grotesca metempsícosis, un nombre de un cristiano a una calle. La tercera, que tales designaciones se recuerdan malamente, sobre todo cuando los apellidos que se pretende transferir son insignificantes. La segunda, que la inquina justa o injusta de los que gobernaren hará variar de nombre la calle cada dos por tres. La primera, que harta desgracia tienen los seres humanos con llamarse de esta o aquella manera sin comerlo ni beberlo, y sólo porque sus padres se llamaron así. Es viejo refrán español el de "muera

el hombre y viva el nombre", que vale como una invitación a merecer y no heredar. Creo que las calles también deben llevar el nombre que se merecen, con más razón todavía que los humanos, porque al fin una calle no es obra engendrada y gestada por hembra y varón, sino nacida del encuentro de hombres que edificaron con la tierra, que dió forma y asiento.

* * *

Sólo el desordenado apetito de oropeles de algunas épocas ha podido invadir hasta las mismas esquinas para cebar en ellas la insaciable vanidad de los beocios o la oficiosidad mentecata de los admiradores. De los 156 nombres de calles que figuran en la relación que me ha traído a reflexionar sobre esto, la mitad son nombres de personas, sin contar los de Santos, Reyes y Héroes conocidos, que por respeto dejo pasar. Y entre ellos figuran tan inesperadas menciones honoríficas como la del Doctor Zamenhoff, a quien no sé que caletre progresista traería a apadrinar adoquines madrileños.

* * *

Al par que los Ayuntamientos se entregan a esta fea obra de cristianar las calles (en el nombre, que en el hecho demasiadas son las que siguen paganas y berberiscas), el vulgo las nombra con palabras que a la propiedad suelen juntar la hermosura. Entre las de nombre hermoso, sonoro y melancólico, recuerdo el paseo de los Tristes, de Granada (ahora paseo de Don Andrés Manjón), y la calle de la Triste Condesa, en Arenas de San Pedro, que no sé si ahora llevará los apellidos de algún aventajado alcalde. Entre las de nombre propio y útil están las infinitas de Libreros, de Almireceros, de Curtidores, del Comercio, del Mercado, de la Iglesia, de las Escuelas, del Correo, etc.

* * *

Por mi parte, vería con placer, y muchos lo verían conmigo, que una disposición eficaz prohibiera poner a las calles nombres de personas. Saldrían con ello ganando las personas

mismas, pues tengo para mí que a los muertos atufan estos homenajes de tan barata condición. Y las calles, que a muchas de ellas se les ve soportar a disgusto los féos residuos de la vanidad humana. Y los residentes en ellas, que no sufrirían un traslado de domicilio a cada cambio de devociones concejalescas. Y la tradición, a quién se devolvería uno de sus medios más bellos, inofensivos y tranquilos de perdurar. Y los escritores y artistas, convocados en concurso para buscar nombre a toda calle nueva. Y los amantes, a cuyo decoro más conviene recordar cómo cambiaron sus primeros enamorados trinos en la calle de los Siete Claveles o en la plazuela de Niños Luchando, que en la travesía de Don Tiburcio Cuadra. Y los poetas locales, que con tanta dificultad hallan el consonantes necesario al paseo de Don Eleuterio Castañegui. Y el buen gusto, en fin, a quien tanto repugna toparse en cada esquina con el reclamo del indiscreto quisque, que parece gritar: "¡Ojo, señores: sepa todo el mundo que yo también comí, bebí y dormí sobre la tierra!"

(25-III-1944)

PSICOLOGIA EXPERIMENTAL

¿DONDE he visto a este hombre que va por la calle delante de mí? Esta cabeza, cana y casi calva, esta barba gris, este andar vacilante, estos hombros casposos, el traje de luto, el cuello duro de atrasado corte, casi de pajarita, casi de ceremonia académica... ¡Ah, sí! Este anciano, pese a su aire de distinción antigua, vendió verduras durante la guerra, con un carrito, al lado de la Universidad. Quizá le recordéis vosotros, los que tuvierais costumbre de pasar, o pasarais alguna vez fuera de costumbre, por la calle de San Bernardo, en el Madrid de Líster, de Mangada, de Largo Caballero... Llamaba mucho la atención porque vendía sus acelgas sin pregonarlas, serio y tranquilo, vestido siempre con su casi chaquet de luto, siempre con su cuello almidonado y reverenciable, un poco más allá o un poco más acá, pero siempre en las cercanías del docto edificio: calle de San Bernardo, calle del Pez, calle de los Reyes.

Alguien me dijo que este señor era catedrático de segunda enseñanza, y entonces comprendí que prefiriese ejercitar el tráfico que las circunstancias le imponían en la vecindad de las aulas, de las bibliotecas, de los claustros cerrados por la guerra. Se sentiría mejor allí, en lo que cabe...

* * *

Simpático señor. Me alegro de que haya podido salvarse de aquella hecatombe, y de que ahora marche dignamente por la acera, delante de mí. En este momento va a cruzar la calle. Mira a un lado y otro, se cerciora de que en kilómetro y me-

dio a la redonda no hay más vehículo que el cochecito de dos gemelos, empujado por una doncella. Abandona la acera, pisa ya los adoquines, llega ya casi a la mitad del arroyo... ¡Ah! El guardia le ha divisado y suelta su pitido estridente, tan estridente que el pobre señor hace ademán de taparse los oídos. No por escarnio ni desacato, créanlo ustedes, sino por instintiva defensa contra la incomodidad. Pero el guardia se ha puesto terrible: le obliga a acercarse, le increpa, le aniquila. El profesor, aconejado y trémulo, mira a todas partes. Alguien ha dicho que el guardia es el Angel de la Guardia de los transeúntes; muy bonito, pero este guardia debe de imaginarse a los ángeles con muy malas pulgas. Cuando la escena concluye, el señor de la barba gris se incorpora, contrito, al torrente ciudadano; es una trémula ruina, un resto de hombre que murmura entre dientes: "Si me hubiera echado una multa... Si me hubiera echado una multa y no me hubiera puesto aquélla cara..."

Pero no, señor mío. El guardia prefiere poner "aquella cara" a echarle a usted una multa. Y además se queda orgulloso de su propia clemencia; se queda pensando que ya puede usted, vejete, irse agradecido, porque en vez de sacarle del bolsillo dos pesetas, él se ha contentado con una simple "amonestación".

* * *

Quizá, mi jubilado profesor de segunda enseñanza, desempeñó usted alguna vez cátedras de historia. Entonces no recordará usted una anécdota de Napoleón Bonaparte. Dicen que el Emperador de los franceses recibió del Emperador Alejandro, cuando la paz de Tilsit, dos magníficos jarrones de porcelana japoneses de la dinastía Ching. Uno de los jarrones sucumbió poco después, durante un traslado, de lo cual se apesadumbró mucho Bonaparte. Pero los diligentes oficiales de la casa imperial sustituyeron la pieza perdida por una impecable copia ejecutada en Sèvres.

Cierta mañana en que el Emperador era presa de la cólera, y para desfogarla se paseaba a solas por el aposento de los jarrones, tomó uno de ellos y lo estrelló contra el suelo. Parece que se quedó más tranquilo el señor (nada como las acciones

para calmar pasiones), porque al llegar, acudiendo al ruido, un sirviente de palacio, le dijo apaciblemente:

—Ved lo que hé hecho con el jarrón japonés. Que se lleven esos pedazos.

El palaciego examinó el jarrón superviviente y tranquilizó al destrozón real:

—No. Vuestra Majestad no ha roto el jarrón japonés, sino "el nuestro".

Entonces, Napoléon lanzó la otra vasija contra el pavimento.

* * *

Comprendo que las imperiales cóleras no se satisfagan sino haciendo imperiales añicos. Un jarrón falsificado, aunque sea en Sèvres, resulta mártir plebeyo, grosera víctima para augustas iras.

Quizá mi guardia urbano está tallado con la misma madera que Napoleón. No habría logrado interior satisfacción cobrando dos pesetas a un descuidado transeúnte, pero quizá la consigue riñendo a un catedrático. Emperadores y guardias de la circulación confirman con mucha brillantez, a porfía, aquel supuesto de los psicologistas disidentes de Freud que, abjurando de la fe del judío austríaco en el substratum genital de las acciones humanas, creen que los caracteres de nuestra conducta van gobernados por el "hambre de poder" o por la "sed de darse importancia". Esta hambre y esta sed serían los motivos de las inquietudes, rebeldías, luchas, revoluciones y cataclismos en que se agita la prole de Adán. Y siendo esto así, ¿no se conjurarían eficazmente las revoluciones haciendo entrar a los revolucionarios en el honesto Cuerpo de guardias de la porra? Así el "hambre de poder" y la "sed de darse importancia" que tiemblan en todos los entresijos del organismo humano se convertirían, de germen de disolución, en "elementos de orden...". Nunca más a propósito la desacreditada expresión.

Y en cuanto al mínimo y dulce catedrático rancio de segunda enseñanza, es posible que prefiera una "amonestación" en medio de la calle a un puesto de verduras en la puerta de la Universidad. Si no hay más opción...

(17-III-1945)

LUIS VICENTE JUEZ

No tengo el gusto de conocerle, señor don Luis Vicente Juez, profesor de la Escuela de Vuelos sin Motor de Huesca. Sin embargo, en pocas personas he pensado durante las cuarenta y ocho horas últimas con más insistencia que en usted. Según he sabido por los periódicos, usted inició un vuelo a vela el día 27, a las siete y cuarto de la mañana; en el instante en que escribo, parece que usted continúa en el aire; han transcurrido casi dos días con sus dos noches. Usted da vueltas sobre el aeródromo en un velero "Wehine" marcado con el número "3-0", y en la madrugada de ayer, sábado, 28, ha alcanzado alturas de tres kilómetros. Lleva usted una linterna mediante la cual hace señales a tierra, utilizando el alfabeto Morse; ha comunicado que se encuentra muy bien en el aire y que si las circunstancias meteorológicas no lo impiden, continuará volando hasta que le abandonen las fuerzas, superando todos los "records" que le sea posible. Las señales de su linterna son el único enlace que mantiene con los hombres. Y esas señales dicen: "Sigo bien." "Estoy contento acá arriba." "No, no pienso volver a tierra mientras pueda aguantar."

* * *

Quisiera, señor Vicente Juez, que usted permaneciese en el aire aún seis días más. No sólo para que superase todas las marcas establecidas en vuelo sin motor, sino también para que al aterrizar, "El Español" fuese el primero en comunicarle, por mediación de esta modesta cursiva, las extraordinarias cosas que han sucedido durante su residencia en la atmósfera.

Cuando usted llevaba poco más de seis horas de vuelo, Alemania ofreció rendirse a las potencias occidentales. Quizá esto no le choque, puesto que el estado de extenuación de la fuerza combatiente de Alemania resultaba perceptible desde varias semanas atrás. Lo que usted no sabrá es que en Gran Bretaña y Estados Unidos se respondió que la oferta de rendición incondicional no se aceptaría mientras no la hiciesen también los germanos al aliado moscovita.

Llevaba usted algo más de un día volando cuando estalló una sublevación en Munich. Adscritos al "Movimiento de Liberación de Baviera" se hicieron dueños de la estación radiofónica y enviaron mensajes a los aliados comunicándoles la situación exacta del Cuartel General de Kesselring, con objeto de facilitar sus bombardeos sobre el importante organismo militar alemán. La estación transmitió también una proclama a los trabajadores bávaros, que decía: "La hora de la libertad ha sonado. La capitulación es inminente. Abandonad vuestro trabajo."

Cuando usted se hallaba en su 31.ª hora de vuelo, el fiscal general del reino de Italia, señor Berlinguer, declaró desde Roma que, en opinión suya, Benito Mussolini debía ser juzgado por el Tribunal Supremo. Mussolini había sido detenido horas antes por los guerrilleros de Italia, fuerzas populares cuyo heroísmo y brillante actuación militar son notorios a todo el universo. Horas después, guerrilleros italianos dispararon por la espalda contra Mussolini, cuyo cadáver fué expuesto en una plaza pública de Milán para regocijo de los patriotas italianos.

Ya volaba usted cuarenta horas, y había batido sus propias marcas, cuando supimos que entraba en Francia el mariscal Pétain, con objeto de ponerse a disposición de los que actualmente administran la justicia en su patria. También la prensa publicó algún detalle curioso, como el hecho de que, cuando el anciano mariscal tendió la mano al general Koenig (que en otro tiempo estuvo a las órdenes de Felipe Pétain), el general no le aceptó el saludo.

* * *

Torbellino de noticias, delirio de telegramas, erupción de sucesos incandescentes que ruedan sobre los meridianos. Ho-

ras, días, noches de apasionada tensión. Puertas, murallas que se desploman al empuje de un tiempo preñadísimo. Gentes que gritan, que se indignan, que mueren. Polvo y estallido de catástrofes, final de una época, principio de otra. Todo esto pasa a nuestro alrededor y aun a nuestro través, mientras un avión sin motor, marca "Wehine", planea serenísimamente por los cielos de Huesca. Y en el avión está usted, señor don Luis Vicente Juez, un hombre que nada ha podido saber de estas cosas, y que comunica con el idioma de Morse, cabalístico, misterioso, a la manera de los antiguos idiomas augurales, unas palabras desconcertantemente oportunas: "Sigo bien. Estoy contento acá arriba. Mientras me sea posible, no volveré a la tierra."

Señor don Luis Vicente Juez: le doy mi enhorabuena por su "record". Le doy también mi enhorabuena por haber dishaber disfrutado, entre las nubes, de una serenidad que a los terrícolas nos ha estado vedada. Y le ruego que me conteste a esta pregunta: Durante su admirable vuelo de cuarenta y tantas horas, ¿no se le ocurrió alguna vez escupir desde lo alto?

(5-V-1945)

BIBLIOTECA PUBLICA RURL-ALCA

VIVO EN CONVERSACION CON LOS DIFUNTOS Y ESCUCHO CON MIS OJOS A LOS MUERTOS

TIEMPO DE DORMICION
REINAR DESPUES DE MORIR
LAS ARMAS Y LAS LETRAS
LA RUECA Y EL ESPEJO
¡ANGELITOS AL CIELO!
COMO LAS AVES, COMO LAS NUBES, COMO LAS SOMBRAS

TIEMPO DE DORMICION

"CUBRID, si queréis, de rosas los mausoleos, pero envolvedlos, sobre todo, de aroma de oraciones", decía San Jerónimo. Y este sencillo precepto ha sido tan recibido de la gente cristiana, que no se hallan monumentos, epitafios ni sepulcros grandiosos revistiendo los cadáveres de los santos. Todo un libro de oro he repasado en busca de leyendas mortuorias que perpetuasen los triunfos y hazañas de los héroes de Cristo, en busca de mensajes póstumos, en busca de esos pequeños testamentos, de esos codicilos espirituales con que un hombre se despide de sus compañeros de ruta, o les suplica, o les enseña, sin hallar por parte de los santos más que unas escasas leyendas como las que vais a ver. Este libro de oro es el "Año Cristiano", de nuestro Fr. Justo. Cinco volúmenes en que se contiene una sacra historia para cada jornada, bien limpia de chochez y de superstición, bien fragante de verdad y poesía. Pido perdón, al par que rindo homenaje, a Fr. Justo por haberle tomado estos epitafios, y aún me atrevo a recomendar el manejo de este libro, buen peón en la tarea de restituir a su vigorosa integridad la piedad cristiana, tan maltrecha por los golpes de la enemiga ignorancia como por las beaterías de un celo indiscretísimo y suplantador.

Digo que los santos más supieron morir que decir de su muerte, más entregar su vida que adornar la entrega con bruñidas frases. Entre todos los epitafios que conozco, el que a más profundo sentimiento me mueve es el de Santa María Egipcíaca. Aquella que vió arder su cuerpo en las hogueras de todas las pasiones, cortesana infatigable y expertísima, es-

tando ya en el yermo y tornadas esparto sus carnes por la penitencia, todavía veía brotar del desierto encendido, como de un espejo, sus recuerdos, hechos imágenes de placer; al punto que su confesión ante el monje Zósimo todavía tiene la vibración y la inquietud de la llama. Cuando segunda vez aquel varón la visitaba, hallóse el cuerpo exánime y junto a él, trazado en la arena, este mensaje:

ABAD ZOSIMO, ENTIERRA
AQUI EL CUERPO DE MARIA
LA PECADORA, Y REZA POR MI

Se descubrió no ha mucho el cuerpo de otra mujer arrepentida, la cortesana Tais. Había al lado de su cráneo un cestillo de mimbre, quizá aquel en que era costumbre colocar la Eucaristía junto a los muertos. Y cerca estaba escrito simplemente:

AQUI DESCANSA TAIS
LA BIENAVENTURADA

Si otros epitafios se extienden más, no es para la presunción o la lisonja, sino para el ejemplo. Como éste de San Martín de Horta, en que una expresión—la sed de silencio—se engasta como refulgente moneda espiritual:

EL OBISPO MARTIN, ESCUDO DE
LA FE Y MARGARITA DE TODAS
LAS VIRTUDES, DESCANSA AQUI,
LIBRE DE TODA MANCHA DE VICIO
ENTRO EN EL CLAUSTRO DESDE NIÑO,
SEDIENTO DE SILENCIO,
Y DIOS LE ADORNO CON
LA CLARIDAD DE SU GLORIA

O este otro de San Pedro Damiano, en que con caridad solícita, con verdadera amistad, el que yace nos da consuelo, en vez de pedirlo, a vuelta del desconsuelo de la primera advertencia:

LO QUE ERES, FUI. LO QUE SOY, SERAS.
NO TE FIES DE LOS SERES QUE PASAN.
SON FASTAMAS, SOMBRAS QUE PRECEDEN
A LA REALIDAD.
LOS SIGLOS SUCEDEN A LOS AÑOS QUE FUERON.
MIENTRAS VIVES, ACUERDATE DE LA MUERTE,
Y SIEMPRE VIVIRAS.
MIRA CON PIEDAD
LAS CENIZAS DE PEDRO.
REZA, LLORA Y DI:
SEÑOR, PERDONALE

Sucede que el epitafio de un santo contiene loas y títulos a la veneración del viandante. Mas su aire filial y su familiar sencillez limpian prontamente la lápida de todo polvo de vanidad:

AQUI DESCANSA EL ABAD VICTORIANO,
GRANDE COMO PABLO, ILUSTRE COMO ANTONIO
A SEMEJANZA DE CRISTO,
OBRO LO QUE ENSEÑO.
LLENO LA IBERIA Y LAS GALIAS
DE ENJAMBRES MONASTICOS
Y PUSO EN ELLOS ANCIANOS VENERABLES
QUE LE OBEDECIAN COMO A PADRE Y
MAESTRO.
TERMINADA EN PAZ SU PEREGRINACION
EMIGRO A LA GLORIA

Si hay un esbozo de biografía, no es admiración lo que reclama, sino que derrama humildad. Véase el epitafio de San Martín Dumiense:

NACIDO EN PANONIA, LLEGUE
ATRAVESANDO LOS ANCHOS MARES
Y EMPUJADO POR UN INSTINTO DIVINO
A ESTA TIERRA GALLEGA, QUE
ME ACOGIO EN SU SENO.
FUI CONSAGRADO OBISPO EN
ESTA TU IGLESIA.
¡OH GLORIOSO CONFESOR DE TOURS!
RESTAURE LA RELIGION
Y LAS COSAS SAGRADAS
Y HABIENDOME ESFORZADO
POR SEGUIR TUS HUELLAS, YO,
SIERVO TUYO, QUE TENGO TU NOMBRE,
PERO NO TUS MERITOS,
DESCANSO AQUI
EN LA PAZ DE CRISTO

Y hasta el maestro de Carlomagno emperador, el beato Alcuino, que tan soberbiamente podría alzar su nombre ante la fama, dice desde su última yacija:

YO FUI LO QUE TU ERES:
UN VIAJERO
FAMOSO UN DIA EN LA TIERRA.
CON VANO ARDOR PERSEGUI
LAS ALEGRIAS DEL MUNDO
Y AHORA SOY POLVO,
CENIZA
Y PASTO DE GUSANOS
EN LA TUMBA

¿Ni por qué más ceremonia ni más palabras altisonantes? Con dificultad se libra un epitafio de la tacha de grotesco si se mira en qué desamparada ocasión algunos hombres echan mano de los registros subidos, recurren a la trompetería de los vocablos o se acuerdan de gritarnos su insolencia. El justo, llegado el tiempo de su dormición, dice suavemente como San Francisco: "Bienvenida sea mi hermana la Muerte..."

REINAR DESPUES DE MORIR

LOS hombres que han gobernado en vida a otros hombres, ¿tendrán también, vueltos cadáveres, una actitud gobernadora? Consultando epitafios se advierte que, por lo general, de los dos ingredientes de una Monarquía, es la Majestad, y no el Imperio, lo que aún florece en la tumba. Discutíase, muerto el Corso, qué habría de ponerse en la piedra sepulcral. Y el carcelero de Santa Elena, Hudson Lowe, no pasaba por que se escribiera NAPOLEON, sino, si acaso, BONAPARTE. Y los franceses no pasaban por que se pusiera el apellido, sino el nombre imperial. Al fin, no se puso nada, que el rencor enemigo persiguió al Emperador hasta debajo de la tierra. Y Merejkovsky, que lo refiere, apostilla: "Quizá fuese mejor así: el que allí yacía no era Bonaparte, ni era Napoleón; era el Hombre."

En San Dionisio, Escorial de los Reyes franceses, las inscripciones suelen ser sencillas:

CAROLUS MARTELUS
REX

Pero también las hay más extensas. Sobre los despojos de Luis XII se lee:

LUIS, REY DE FRANCIA,
CON SU MUJER, ANA DE BRETAÑA,
DESCANSA BAJO ESTE MARMOL.
LOS QUE MAS GRAVEMENTE PIENSAN
PUEDEN REPUTARLE PRINCIPE VERDADERO
COMO PADRE DEL PUEBLO Y DE LA PATRIA

Y en la misma abadía:

CARLOS EL CALVO,
QUE GOZO EL REINO Y EL IMPERIO
DE LOS GALOS,
YACE EN ESTA ESTRECHEZ

Los reyes musulmanes sufren sobre sí un diluvio de vanas bendiciones poéticas:

ESTE ES EL LUGAR DONDE MORAN LA ALTEZA, LA MANSEDUMBRE Y LA GENEROSIDAD: EL SEPULCRO DEL IMAN VALIENTE, PURIFICADO Y SABIO. PARA DIOS ES LO QUE ESTA CAVIDAD CONTIENE, EL VALOR, SIN TEMERIDAD Y LA LIBERALIDAD SIN INDISCRECION. LA GENEROSIDAD Y LA COMPLACENCIA HABITAN ESTA MANSION, LA GLORIA DE LOS REYES... JAMAS PASO QUE AL VOLVER SUS ENEMIGOS DEL COMBATE MOSTRARAN EN LOS SEMBLANTES LA ALEGRIA. NUNCA MARCHARON CONTRA ELLOS, SUS ESCUADRONES SIN QUE LOS CORCELES BEBIERAN EL AGUA EN CHARCOS ENSANGRENTADOS. LOS RASTROS DE CADA ACCION SUYA SON MAS CLAROS Y BRILLANTES QUE EL LUMINAR EN LAS ALTURAS. NO DEJEN DE DESCENDER SOBRE ESTA TUMBA EN QUE DESCANSA LAS LLUVIAS DE LA CLEMENCIA DIVINA. DERRAME DIOS SUS GRACIAS SOBRE NUESTRO SEÑOR Y DUEÑO MAHOMA Y SOBRE SU FAMILIA Y COMPAÑEROS, Y LES CONCEDA LA SALUD

A los despojos de Alejandro Magno se ha escrito:

ESTE TUMULO BASTA
A UNO A QUIEN
NO HABRIA BASTADO EL UNIVERSO

En las exequias de María Margarita de Austria, mujer de Felipe III, había tarjetones como éste:

QUEBROSE LA PERLA Y MARGARITA PRECIOSA. LA ESMERALDA CON SU BRILLANTEZ Y VERDOR SE HA DESHECHO

Y este otro:

¿QUIEN VERA CON OJOS SERENOS CORTADA INMADURAMENTE LA ROSA CUANDO VA A BROTAR ANTES QUE EL BOTON SE DERRAME EN EL BELLO AZAFATE DE SU RUEDA Y SU DESPLIEGUE CON TODA LA AMBICION DE LAS HOJAS ENCENDIDAS?

En el sepulcro escurialense de Don Juan de Austria está escrita la frase evangélica que San Pío V dedicó al vencedor de Lepanto:

HUPO UN HOMBRE, ENVIADO POR DIOS, CUYO NOMBRE ERA JUAN

Y en el de su padre, el César, una inscripción latina de sobrecogedora majestad:

A CARLOS V,
AUGUSTO ROMANO EMPERADOR
DE ESTOS REINOS
REY DE LAS DOS SICILIAS
Y DE JERUSALEN
ARCHIDUQUE DE AUSTRIA,
PADRE OPTIMO
SU HIJO FELIPE II.
DESCANSA CON EL
ISABEL, ESPOSA, Y MARIA, HIJA,
EMPERATRICES,
LEONOR Y MARIA, HERMANAS,
REINA AQUELLA DE FRANCIA
Y ESTA DE HUNGRIA

Sardanápalo se antepuso a la muerte y mandó que en su sepultura se levantase la estatua de un hombre aplaudiendo y al pie este rótulo:

SARDANAPALO, HIJO DE ANACINDARAX, FUNDO EN UN DIA A ANQUIALO Y TARSO. TU, TRANSEUNTE, COME, BEBE, DIVIERTETE: TODO LO DEMAS ES INDIGNO DE ESTE AFLAUSO

Comparad el epitafio, os lo ruego, con el de otro que también lo ha dispuesto en vida. Con el de Adolfo Hitler, Canciller de Alemania, que hace doce años le decía a su pueblo, desde Regensburgo, unas palabras que en 1944 escalofrían, con un temblor de honor, a todo hombre bien nacido:

"Deseo que al morir me envolváis en nuestra enseña y en la piedra de mi sepultura se escriba:

AQUI YACE UN HOMBRE QUE COMBATIO
TODA LA VIDA.
ODIADO DE MUCHOS
QUE NO LE COMPRENDIERON,
AMADO TAMBIEN DE MUCHOS.
UN HOMBRE QUE JAMAS
PACTO CON LOS ENEMIGOS DE ALEMANIA,
Y QUE HA TENIDO ENHIESTA LA BANDERA
HASTA SU ULTIMO SUSPIRO

LAS ARMAS Y LAS LETRAS

QUIZA los guerreros, por sus muchos encuentros con la Muerte, llegan a tomarla por una cosa más, como los árboles, aves o mendigos tropezados a lo largo de una marcha, objetos que se cruzan en el camino, se quedan atrás y se recuerdan raramente, si es que se recuerdan. El Campeador, en San Pedro de Cardeña, no da muestras de otorgar a su propia muerte más atención que a un troncho de col o a una biznaga. Está allí, simplemente, bajo la tierra, como pudiera estar encima. Como pudiera estar cabalgando, o mirando asar un cabrito, u oyendo llover. Su epitafio es así de natural y hombruno:

CID RUY DIEZ SO
QUE YAGO ENTERRADO

Un nieto suyo, de nombre Juan Martín, y Empecinado de sobrenombre, resume en su vida las vueltas de la fortuna. Fué desesperación de sus enemigos, desconcertados cuando perseguidores, presos cuando perseguidos. Sus compatriotas le amaron hasta el delirio, le siguieron mil veces al triunfo, le cubrieron de bendiciones, le apedrearon, le dieron muerte, ahorcaron su cuerpo ya exánime, y después de sepultarle escribieron encima de su huesa:

A LA LEALTAD,
AL PATRIOTISMO,
AL VALOR HEROICO
DEL MODERNO CID CASTELLANO

Con mayor elegancia fué Merci enaltecido por su adversario, el gran Condé, que mandó se pusiera sobre sus despojos mortales:

STA,
VIATOR:
HEROEM CALCAS

"Alto, caminante: pisas un héroe."

En la sepultura de un reyezuelo moro de Badajoz se lee solamente:

ESTE ES EL SEPULCRO DE
SABOR EL HACHIB
¡APIADESE DE EL ALLAH!
MURIO LA NOCHE DEL JUEVES
DIEZ NOCHES PASADAS DE XAABAN
DEL AÑO 413
MURIO CONFESANDO QUE
NO HAY OTRO DIOS SINO ALLAH

Los hombres que viven por la banda de las letras gustan de abrigarse para el último sueño con rameadas mantas intelectuales. En Padua, sobre el sepulcro de un averroísta, hallamos una máxima:

PHILOSOPHIA DUCE REGREDIMUR

En el del sevillano médico y poeta Avenzoar, un modesto minuto de filosofía:

MI ROSTRO CUBRE EL POLVO QUE HE PISADO
A MUCHOS DE LA MUERTE HE LIBERTADO
PERO YO NO ME PUDE LIBERTAR

En el del astrónomo Kepler, un tópico teológico:

YO, QUE HE MEDIDO LOS CIELOS,
MIDO AHORA LA OSCURIDAD DEL SUELO
LA MENTE ERA CELESTIAL.
SOLO LA SOMBRA DEL CUERPO
YACE

¿A qué otras cosas, fuera de luchar y cavilar, dedican su vida los mortales? Quizá la pasan divirtiendo a la gente con sus chistes:

YO SOY AQUEL LATINUS,
HONOR DE LA ESCENA, GLORIA
DE LOS JUEGOS PUBLICOS,
AL QUE HUBIESE QUERIDO VER CATON
Y EN PRESENCIA DEL QUE SE DESHIZO
EN RISA LA GRAVEDAD
DE LOS CURIOS Y FABRICIOS

O con sus combates:

YO SOY AQUEL ESCORPO
GLORIA ACLAMADA DEL CIRCO,
QUE RECIBI TUS APLAUSOS, ROMA,
E HICE UN INSTANTE TUS DELICIAS.
LA PARCA ENVIDIOSA ME ARREBATO
A LOS 27 AÑOS, PENSANDO,
AL CONTAR MIS TRIUNFOS,
QUE YA ERA VIEJO

Quizá fotografiándola:

COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA
ORDEN DE CARLOS III, MINIATURISTA
Y FOTOGRAFO DE LA REAL CAMARA

Quizá levantan nobles edificios:

HIC JACET ARNALE
QUI OPUS TALE
CONSTRUXIT PERPETUALE

O se consagran a tareas tan graves como aquel en cuya fosa escribiera Horacio:

BASTANTE HAS COMIDO, BEBIDO Y JUGADO:
YA ES TIEMPO DE MARCHARSE

A creer a Bernard Shaw, no está el ser grande hombre en hacer grandes cosas, pues las egregias acciones más hijas son de la ocasión que de la voluntad. Tal vez el ciudadano que

ahora mismo baja de aquel tranvía sea un héroe, aunque sin hazañas. Quizá lo sea este desconocido cuyos huesos tapan dos palmos de arena. La más alta categoría espiritual puede ser poseída lo mismo por el sabio en su retiro que por el villano en su rincón.

Dícese, por cierto, que este último refrán, y también comedia famosa, procede de un Juan Labrador, cuyo epitafio, en la iglesia de Benevivere, obispado de Palencia, reza así:

AQUI YAZ JUAN LABRADOR,
QUE POR JAMAS AL REY VIDO;
A NADIE ENVIDIO, NI HA SIDO
TESTIGO, REO NI ACTOR.
MOZO, CON SU IGUAL CASO,
HIJOS Y NIETOS GOZO,
SIN DEUDA, UN SUSTENTO ASAZ;
CON SU MUJER VIVIO EN PAZ,
Y CUAL CRISTIANO MURIO.

Se nos dice de su vivir exterior. Su vivir íntimo, no relatado, quizá fuese como un jardín oculto, como una incruenta batalla victoriosa o como una playa de serenidad. Nadie sabe lo que hay dentro del hombre; se nos antepone como una puerta sellada, y a veces nuestros ojos se llenan de preguntas ante sus parvas noticias. Como ante aquella piedra que, en el claustro de Silos, lleva grabado un epitafio tan enigmático y tan sosegado en la cadencia de sus versos leoninos, como el mismo ciprés que oscila dormido en los brazos del aire:

HIC JACET HUMATUS VIR IN OMNI VITA BEATUS,
GONZALVUS EST DICTUS, CUM JUSTIS SIT BENEDICTUS.
TU QUI ME CERNIS, CUR NON MORTALIA SPERNIS?
TALI NAMQUE DOMO, CLAUDITUR OMNIS HOMO

Está enterrado aquí un varón dichoso en toda vida que se llamó Gonzalo. Sea entre los justos bendito. Tú que me miras, ¿por qué no desprecias las cosas mortales? En una casa como la que ves, se encierra todo un hombre.

LA RUECA Y EL ESPEJO

TAL vez las mujeres hermosas, en la noche del día de su muerte, pasan a ataviarse en algún tocador subterráneo antes de ser presentadas en la sociedad de los muertos. Camino de los grandes salones desfilan junto a la tumba del hombre que mandó poner sobre su losa:

PERDONAD, SEÑORA,
QUE NO PUEDA
LEVANTARME.

Ya la mujer bien calzada tiene algo de esqueleto, una suerte de precisa y esbelta resonancia; pero pocas son amigas de pensamientos tristes, y raras las que dejan dispuesto en vida lo que haya de grabarse en su lápida. Pienso en Catalina Campodonico, en cuyo sarcófago del camposanto de Génova se la ve de pie, esculpida por Orengo, con sus rosarios y faldas abundosas y el mirar cegato de la vejez. Muy propia, sólo le faltaría hablar, si no hablara por los versos genoveses escritos bajo ella:

VENDIENDO BARATIJAS EN LOS SANTUARIOS DE ACQUASANTA, DEL GARBO Y DE SAN CIPRIANO, DESAFIANDO LAS INTEMPERIES, ME PROCURE HONRADAMENTE LO NECESARIO PARA MI VEJEZ, Y TAMBIEN PARA EMBARCARME HACIA LA POSTERIDAD EN ESTE MONUMENTO, EL CUAL YO, A QUIEN LLAMABAN "LA PAESANA", ME HICE CONSTRUIR MIENTRAS AUN VIVIA.

Pero quizá también Mariana compuso su epitafio, qué tiene ese ademán del puño derecho sobre la palma izquierda, chin-

chando y amolando, mas sin poder tapar un poco de despecho:

AQUI YACE MARIANA,
QUE MURIO TREINTA DIAS ANTES
DE SER CONDESA.

Los epitafios de las mujeres suelen hacerlos otros, mientras las ven partir soltando el río de sus lágrimas sobre la fría mano amada. ¿Cómo serías tú, María Luisa, que inspiraste tres piropos dolientes y sonoros para la piedra de tu sepultura?

¡UN ANGEL ERA Y REMONTO SU VUELO!
¡NO LA BUSQUEIS AQUI, MIRAD AL CIELO!
¡OH, TIERNA MARIA LUISA,
QUE DULCES NOMBRES LOS DOS!
QUEDO EN TU FAZ LA SONRISA
DEL QUE SUBE A VER A DIOS

El más famoso de los piropos funerales fué escrito por Marcial, para alcanzar después multitud de imitaciones. La danzarina que suavizó los versos del punzante poeta hubo de ser ligera como el alba, como la música y los corzos.

¡TAN POCO COMO ELLA HA PESADO
SOBRE TI, OH TIERRA,
PESA TU SOBRE ELLA!

Marcial, que se inclinaba más a escribir de este modo:

LA HIJA DE PYRRHA,
LA MADRASTRA DE NESTOR,
AQUELLA A QUIEN NIOBE YA
VIO CABELLOS BLANCOS,
LA QUE LAERTES LLAMARA ABUELA,
Y PRIAMO NODRIZA,
Y THIESTE SUEGRA,
ESTA VIEJA QUE SOBREVIVIO A TODAS
LAS CORNEJAS, PLOTIA,
SUFRE AUN EN LA TUMBA
JUNTO AL CALVO MELANTHION
ANSIAS AMOROSAS.

Los nombres aquí se borran y confunden. Y esta Lais, cuyo epitafio veo, no sé si sería la hija de Timandra, aquella a quien

las otras mujeres, por celos de su hermosura, arrastraron y dieron muerte:

FUE LA SUYA UNA BELLEZA DE DIOSA
QUE MANTUVO ESCLAVA A LA HELADE
ENTERA. A PESAR DE SU ORGULLOSO
NOMBRE, LAIS, CRIADA EN CORINTO,
DE QUIEN EL PROPIO AMOR FUE PADRE,
AHORA DUERME EL SUEÑO ETERNO EN
TUS FAMOSISIMOS LLANOS, OH TESALIA.

Abominaciones de hembras enloquecidas tienen aquí su grave contrapunto. Los granos de la tierra se cuelan por donde estuvo la tibieza y tersura de la carne. Y sobre Rosamunda, cuyo nombre sonaba como "rosa limpia", escriben los monjes severamente:

HAC JACET IN TUMBA
ROSA MUNDI, NON ROSAMUNDA

"Yace en este sepulcro la rosa del mundo, no la flor virginal." Y, en cambio, encima del cadáver de otra que no llevaba, Rosamunda, un nombre tan hermoso como el tuyo, se escribió:

NIHIL UNQUAM PECCAVIT
NISI QUOD MORTUA EST.

"El primer pecado que cometió fué el de morirse." Raramente tiene la ternura estas expresiones de sobriedad exquisita. También el razonamiento que el sepulcro de Claudia nos dirige, respira la pálida dignidad con que las reinas desde sus estatuas hablan:

PASAJERO, BREVE ES MI DISCURSO, ESPERATE
Y LEE.
ESTA PIEDRA CUBRE A UNA MUJER HERMOSA
A QUIEN SUS PADRES LLAMARON CLAUDIA.
AMO CON TODO SU AMOR A SU MARIDO.
ENGENDRO DOS HIJOS: UNO VIVO DEJO
Y LA OTRA HUYO AL SENO DE LA TIERRA.
EN SU TRATO FUE AMABLE, NOBLE EN SU
ANDAR
CUIDO SU CASA, E HILO. ADIOS, HE CONCLUIDO.

Una frase de este epitafio—domi mansit, lanam fecit—ha pasado a proverbio y blasón de la mujer casada. A semejanza de las razas que, hijas de la raza de Claudia, se despeñaron, otras inscripciones, descendiendo remotamente de la suya, dan el batacazo de la vulgaridad:

GOZA EN DIOS, BUENA ESPOSA,
BUENA MADRE, INSIGNE PEDAGOGA;
MUCHAS FUERON TUS VIRTUDES,
PERO MAYOR ES TU GLORIA.

O el de la mortal cursilería:

HASTA LUEGO
¡TU ESPOSO JULIAN!

Mujeres hechas del costado del hombre, para el costado del hombre. Por el amor fueron insulsas o graciosas, cortesanas o mártires, mendaces o discretas. Sus huesos se desmoronan como amando todavía en la desolada anhelación de las cruces o de los árboles, hierbas y flores cuyas raíces asientan en la jaula de costillas donde su corazón estuvo. Hechas para amar, lo cumplen tan admirablemente que cualquier epitafio de hombre podría borrarse para escribir en la lápida algo igual o parecido a lo que se lee en una tumba del cementerio de Biarritz:

AQUI REPOSA EL CONDE DE GOMAR
Y EL CORAZON DE SU MADRE

¡ANGELITOS AL CIELO!

¡PEPITO!

O bien:

¡JOAQUIN!

O bien:

¡ANGEL MIO!

Son breves epitafios que suelen señalar el sitio donde los restos de un niño yacen. Otras veces, los padres son más explícitos y hacen grabar, por ejemplo:

ANTOÑITO AL CIELO FUISTE;
A TUS PADRES HAS DEJADO,
Y SON TANTOS LOS RECUERDOS,
QUE SIEMPRE TE ESTAN LLORANDO.

Es frecuente que, a falta de una biografía completa, los epitafios de los niños consignen con mucha puntualidad el tiempo que permaneció la criatura en este mundo miserable, dejando que el viandante con su imaginación llene ese plazo de gracias y hazañas infantiles:

BAJO ESTA TRISTE, CINERARIA LOSA;
POR LLANTO TIERNO, PATERNAL REGADA,
ANTONIA FALO YACE, NIÑA HERMOSA,
QUE DIOS LLAMO A SU EMPIREA MORADA
A GOZAR ETERNALES ARMONIAS,
DE CINCO AÑOS, DOS MESES Y OCHO DIAS.

Pero también hay quien deja notarial testimonio de las gracias y hazañas del infante:

AQUI YACE F. L., QUE NACIO EL 15 DE
FEBRERO DE 1837 Y MURIO EL 6 DE
DICIEMBRE DEL MISMO AÑO; SIENDO EL
ENCANTO DE SUS PADRES POR SU ROBUSTEZ;
SI HUBIERA VIVIDO, HUBIERA SIDO
SEGUNDO HERCULES POR SUS FUERZAS: DE
SEIS MESES, LEVANTO CON SUS MANECITAS
MEDIA ARROBA; HAN SENTIDO SUS PADRES
LA PERDIDA DE ESTE NIÑO, PERO SE HAN
CONFORMADO PORQUE SE LO HA LLEVADO
DIOS, QUE ERA SUYO

Algunos, como los que redactaron el texto de la losa anterior, esbozan una justificación de la Divina Providencia. Realmente, repasando epitafios se observa cuánto empeño ponen las gentes en explicar que el muerto está bien muerto y que nada serio tienen que objetar a los motivos de la defunción. En el caso de los niños, fácil es hacerlo utilizando la inocencia angelical de la victimita:

¡TAN HERMOSA Y MORIR, PACA DE MI ALMA!
YA NO TENGO SIN TI NINGUN CONSUELO
DIOS NO QUISO DEJARTE EN ESTE MUNDO
Y OTRA VEZ, ANGEL, TE VOLVISTE AL CIELO.

Y la buena ventura que con morir alcanzaron, a cambio de las dudosas esperanzas de esta vida:

CUANDO DIEZ AÑOS CUMPLI
LA MUERTE ME ARREBATO.
CELEDONIO LOSCOS FUI.
¿QUIEN, PUES, MAS FELIZ QUE YO
SI ENTERRADO ESTOY AQUI?

O bien el motivo, muy personal, que Dios tuvo para arrancarlos de las servidumbres de la tierra, como en el epitafio de Conrado y Leandra, muertos de uno y tres años de edad, respectivamente:

ERAN ENCANTO DE HERMOSURA
Y DE SUS PADRES CONSUELO,
Y DIOS, POR TENERLOS SEGUROS,
LOS HA COLOCADO EN EL CIELO.

Hay rótulos en serie—no sé si llamarlos plagios—, leyendas que se repiten sobre varias sepulturas. Da pena que a un niño no se le dedique algo a la medida, que se le vista con prendas de otro difunto. Leo sobre una tumba infantil:

JUANITA, BAJO ESTA LOSA
DESCANSA EL RESTO MORTAL,
FUESE AL CIELO TU ALMA HERMOSA
DEJANDO EN VIDA PENOSA
TUS PADRES PARA LLORAR.

Epitafio que en otro patio del mismo camposanto madrileño está encabezado por el nombre de ¡PILAR!

Algunos padres hacen hablar desde el subsuelo a sus tiernos hijos perdidos. Una niña de seis años dice unos versos tan desgarradores, que casi se sienten salir de la tierra, suplicantes, su rostro lloroso y sus bracitos:

MI INOCENCIA ANGELICAL,
ME CONDUJO A LA MANSION.
¡QUE DESGRACIA TAN AMARGA,
PADRES DE MI CORAZON!
ESTA DESGRACIA TAN TRISTE
OS QUEDA EL CONMEMORAR,
HASTA QUE UNIDOS ESTEMOS
EN LA CORTE CELESTIAL.

Cuando el cementerio es de suficiente magnitud y ha sido edificado con previsión y orden, existe un sitio apartado que se llama "Patio de Angeles", o algo así, donde se reúnen las tumbas de los niños. En muchas de ellas está depositada la pelota, el aro, el diávolo, la muñeca o el oso de trapo, como esos juguetes que por la noche deja el niño junto a la camita, para que sus ojos los hallen, primero que otra cosa, cuando despierten. He visto un nicho de éstos en el que no había juguete alguno, ni otra leyenda que cinco palabras. Me ha impresionado, porque quizá el muerto fué de esos chicos callejeros que por todas partes escriben esas cinco palabras tan

conocidas, y ahora las tiene en su tumba, con toscas letras azules. Nos saca la lengua desde el sepulcro:

TONTO
EL QUE LO
LEA

Enternece registrar cuántas faltas de ortografía se leen sobre las losas de esos "Patios de Angeles". Igual que primeros ejercicios de escritura, palotes que el niño ha ido tirando trabajosamente en las largas noches del cementerio, tan propicias a la aplicación incluso de los más díscolos, muy inclinadito sobre su lápida, con los ojos bizcados y la lengua sacada en el esfuerzo de la atención escolar:

¡HIJOS DEL ALMA!
HOS LLORAN INCESANTEMENTE
Y NO HOS OLVIDAN
BUESTROS DESCONSOLADOS PADRES

Y también:

UN ANJEL FUISTE EN LA TIERRA
Y ASI, EL SUPREMO HACEDOR,
QUISO, QUE A LA GLORIA, FUERAS,
HIJO, DE MI CORAZON.
HERAS ANJEL, EN ER MOSURA
DE TUS PADRES, EL CONSUELO,
Y DIOS, POR TENERTE MAS CERCA,
TE A COLOCADO EN EL CIELO.

Y otro:

HERAS ¡ANGEL!... LA GLORIA DE TUS PADRES!...
¡LA PLENITUD DE SUS SATISFACCIONES!...
EL PUNZANTE DOLOR QUE EN TU AGONIA
SE APODERO DE NUESTROS CORAZONES
¡RUEGA AL SEÑOR! PERDONE Y NOS MITIGUE
CON ABUNDANTES CELESTIALES DONES!

Y éste:

EN EL MUNDO SIEMPRE FUI
PREFERIDA DE MIS PADRES
Y AHORA ESTOY DE DIOS GOZANDO
CON HACENTO FABORABLE.

Por cierto, que en el mismo cementerio que el anterior, se hallan los mismos versos copiados sobre la tumba de una Basilia, niña de nueve meses, corregidos de ortografía, pero no de sentido.

No falta quien aprovecha la muerte de un niño para asentar un bello pensamiento o unos versos armoniosos. Y he aquí los que un poeta pagano compuso para el sepulcro de una criatura muerta por una enfermedad cruel en la más graciosa edad:

AQUI YACE LA EOLIA CANACEA, NIÑA CUYO SEPTIMO AÑO FUE EL ULTIMO DE LA VIDA. ¡QUE MALDAD! ¡QUE CRIMEN! MAS ¿A QUE APRESURAS TUS LAGRIMAS, CAMINANTE? NO ES LA BREVEDAD DE SU VIDA LO QUE HAY QUE LLORAR, PUES EL MODO DE MORIR FUE MAS TRISTE QUE SU MUERTE MISMA: UNA HORRIBLE PLAGA DESTRUYO SU ROSTRO, FIJANDOSE ESPECIALMENTE EN SU DELICADA BOCA. LA IMPLACABLE ENFERMEDAD DEVORO LA FUENTE DE LOS BESOS Y LA NEGRA TUMBA NO PUDO RECIBIR LOS LABIOS ENTEROS. SI LA MUERTE SOBRE ELLA HABIA DE CAER TAN VIOLENTA Y TAN RAPIDA, ¿POR QUE NO BUSCO OTROS CAMINOS? SE APRESURO A DESTRUIR EL INSTRUMENTO DE SU VOZ DULCISIMA, TEMEROSA DE QUE SU LENGUA LLEGASE A ENTERNECER A LOS INFLEXIBLES DIOSES.

COMO LAS AVES, COMO LAS NUBES, COMO LAS SOMBRAS

SI la luz del atardecer cae sobre la figura de la Noche esculpida por Miguel Angel en la capilla funeral de los Médicis, sentiréis cuánto es esta forma la más acabada y digna imagen de la Muerte. La espantable carátula que hay bajo el costado izquierdo de la mujer expresa el pavor y asombro de terminar la vida o de terminarse el día. El ave nocturna que, guarecida bajo su corva, os mira quieta, se parece a las aves, a los cipreses, a los hachones de piedra que en el cementerio velan junto a los restos de lo que ha sido. La Noche misma, en su postura nunca imitada, parece flotar sobre las cosas que, fluyendo, componen el grande río de la creación. Flotar como una rosa de carne en el torrente de los tiempos.

Cuando Miguel Angel terminó esta obra, un poeta desconocido (o quizá Juan Bautista Strozzi) escribió bajo la estatua unos versos de loa:

ESTA QUE VES EN ACTITUD TAN SUAVE
DORMIR, FUE POR UN ANGEL ESCULPIDA,
Y PORQUE DUERME EN ESTE MARMOL, VIVE.
¿NO LO CREES? TE HABLARA SI LA DESPIERTAS.

Hallándolos el escultor, puso bajo ellos otros en que hace hablar a la estatua con aspereza y desolada altivez:

DICHOSO ME ES DORMIR, Y MAS DICHOSO
SER MARMOL MIENTRAS DURA LA VERGUENZA.
EL NO VER NI SENTIR ES MI VENTURA.
BAJAD LA VOZ, Y NO ME DESPERTEIS.

Después había de inscribirse en el cenotaño del Buonarroti, en la iglesia de los Apóstoles, de Roma:

NINGUN ELOGIO HAY
PARA TAN INMENSO
NOMBRE

Y empleada esta frase—"tanto nomini nullum par elogium"—en el sepulcro de Maquiavelo y en otros muchos lugares mortuorios, nunca me ha parecido tan bien puesta como bajo el nombre del purísimo artista Miguel Angel. Siempre tuvo éste la Muerte en su presencia—que hubo de llegársele por la lectura del Dante, por la predicación de Savonarola y por las salas anatómicas del florentino hospital del Santo Espíritu—y nunca estuvo por ella obsesionado. Por lo cual en sus obras pesa la eternidad dentro del vuelo de la forma.

También Juan Sebastián Bach decía que lo mejor de su música le había sido inspirado por la Muerte. Y también gravita la eternidad dentro del vuelo de sus armonías.

Es la Muerte amiga de los nobles artistas. Hizo una cortesía a Rafael, cual fué la de darle cita en la conmemoración de su natalicio. Nació en Viernes Santo, y en Viernes Santo murió, como el Bembo no se olvida de consignar en el epitafio que para el pintor compuso:

DEO OMNIPOTENTI MAXIMO
A RAFAEL SANZIO DE URBINO,
JUAN FRANCISCO, EMINENTISIMO PINTOR;
EMULO DE LOS ANTIGUOS;
EN CUYAS IMAGENES RESPIRANTES
SI DE CERCA LAS MIRAS
PODRAS VER LA
ALIANZA DE NATURALEZA Y ARTE

SUS OBRAS DE PINTOR Y ARQUITECTO
AUMENTAN LA GLORIA DE
JULIO II Y DE LEON X, PONTIFICES.
VIVIO 37 AÑOS, INTEGRO ENTRE LOS INTEGROS
Y EL DIA EN QUE NACIO,
AQUEL MISMO DEJO DE SER
A 6 DE ABRIL DE 1520.

ESTE ES AQUEL RAFAEL, POR QUIEN NATURA,
GRAN MADRE DE LAS COSAS, TUVO MIEDO
DE SER POR MANO DE EL VENCIDA,
Y MIEDO DE MORIR CUANDO EL MURIERA.

Los últimos versos juzgólos cumplido emblema del amor, pues la enamorada teme cervalmente ser vencida del amado mientras vive, y muérese de miedo de morir cuando muere el amado. Según lo cual, tuvo el Bembo a Rafael por novio de la Naturaleza, gran madre de las cosas. Y pintando él como pintaba las ideas, qué parecía su dueño, pudiérase sacar de este epitafio un gentil discurso tocante al parentesco de las ideas, el artista y las cosas, la naturaleza y el amor. Mas ni es la ocasión, ni el Bembo quizás aprobaría. Sólo consigno que éste argumento es, en sustancia, el que se contiene en la mejor, para mi gusto, de las doloras escritas por Campoamor, aquella que se intitula "Los dos miedos".

La leyenda sepulcral de Fra Angélico de Fiesole es amorosa también, pero anda por otra esfera del amor. En su dulce latín palpita la ternura de aquel que, pintando al Redentor crucificado, bañaba el pincel en lágrimas y llevaba caliente de compasión la mano:

NON MIHI SIT LAUDI QUOD ERAM VELUT ALTER APELLES,
SED QUOD TUIS MERITIS OMNIA, CHRISTE, DABAM

"No se me alabe por haber sido como otro Apeles, sino porque todo, oh Cristo, dábalo a tu amor y alabanza." Oración es cuanto el Angélico pintaba, y oración es lo que está sobre su tumba.

Vaya un último epitafio de pintor, el que, al parecer, Giotto escribió para su propia sepultura. En aleluya latina está, y póngolo, por fidelidad, en aleluya española:

YACE AQUI CIERTO PINTOR
QUE DE LAS OBRAS QUE HIZO
NUNCA JAMAS SE SATISFIZO

Creo que el más conocido epitafio de un escritor es el famoso de Virgilio:

MANTUA ME DIO LA VIDA;
BRINDISI, LA MUERTE;
NAPOLES, LA SEPULTURA.
CANTE GANADOS, CAMPOS Y CAUDILLOS.

Compuso Ovidio, a la muerte del poéta Tíbulo, una elegía, en la que se halla:

AQUI YACE TIBULO.
APENAS QUEDA DE EL SINO LO QUE RECOGE
ESTA PEQUEÑA URNA

Frío epitafio hecho por un hombre frío.

Sobre la tumba de John Keats, nacido en Londres y muerto a los veinticinco años, en Roma, hijo de un cochero y criado de un sangrador, cuya vida fué tan doliente como breve, y cuyos versos están entre las flores más finas de la lengua inglesa, se leé:

AQUI YACE UN HOMBRE
CUYO NOMBRE
FUE ESCRITO SOBRE EL AGUA

En la de otro desventurado poeta, nombre y versos del cual nos son más próximos, como de nuestra estirpe misma, hay escritas estas palabras:

YACE AQUI LUIS CAMOENS,
PRINCIPE DE LOS POETAS DE SU TIEMPO
POBRE Y MISERABLE VIVIO,
MURIO LO MISMO

El conocido epitafio de Stendhal, con el triple golpe de sus tres pretéritos, parece apagar tres cirios de alegría:

ARRIGO BEYLE, MILANES.
ESCRIBIO
VIVIO
AMO

En el de Baudelaire se siente no sé qué mezcla de hermosura y salacidad, no sé qué olor confuso de cinismo y desengaño:

AQUI YACE UNO QUE
POR AMAR DEMASIADO A LAS PUERCAS
BAJO UN DIA
AL REINO DE LOS TOPOS

Por ser el arte largo y la vida breve, parecen los artistas destinados a sentir con más profundidad las caricias mortales. Esta idea está fija en Jacobo Leopardi, el cual a los quince años sabía griego, latín, hebreo, francés, inglés, alemán, italiano y español; que fué contrahecho, tuberculoso y enfermo de la vista; que desde su sepultura nos vuelve la espalda y nos echa de allí con un epitafio que es como la acritud del tristísimo poeta prolongada más allá de la muerte:

DEJADME
EN
PAZ

Pongamos en el otro platillo el de un más alegre artista, escrito por Marcial:

CAMINANTE QUE SIGUES LA VIA FLAMINIA,
NO PASES SIN PARAR ANTE ESTA NOBLE TUMBA
CON PARIS ESTAN ENTERRADAS
BAJO EL MARMOL
LAS DELICIAS DE ROMA,
LA FINA GRACIA DE LAS ORILLAS DEL NILO,
EL ARTE Y EL DONAIRE.
LA LOCURA Y LA VOLUPTUOSIDAD,
EL HONOR Y LOS DOLORES
DEL TEATRO ROMANO,
TODAS LAS ALEGRIAS
DE VENUS Y CUPIDO

Alfredo de Musset desde el suelo hace oír voces dichas antes, voces amables y humildes; una súplica tan insignificante que, lejos de importunarnos, invita a descansar. He aquí lo que está escrito encima de su cuerpo:

CUANDO YO MUERA, QUERIDOS AMIGOS,
PLANTAD SOBRE MI TUMBA UN SAUCE,
PORQUE AMO SU FOLLAJE LANGUIDO,
SU PALIDEZ DULCE Y QUERIDA,
Y SU SOMBRA SERA LEVE
PARA LA TIERRA EN QUE REPOSE.

El airecillo moviendo la melena del sauce pasa después a vibrar en cuerdas de violines y nos lleva hasta los epitafios

de los músicos. Jugando del nombre de Orlando Lasso, que suena en latín como "cansado", se le compusieron estos versos:

HIC ILLE EST LASSUS LASSUM QUI RECREAT ORBEM
DISCORDEMQUE SUA COPULAT HARMONIA

"Aquí está aquel Lasso que al orbe cansado recrea, y que reconcilia con su armonía al mundo desacorde." En el Vaticano fué inhumado Palestina, a quien correspondería mejor la leyenda de Lasso. El Concilio de Trento le había coronado jerarca de la música sagrada, y éste es el título que se ostenta en su sencillo epitafio:

JUAN PEDRO LUIS PALESTRINO,
PRINCIPE DE LA MUSICA

Nada sencillo es, sino recargado de majestad y conceptos, el que compuso, en regular verso latino, el poeta Sauteuil para la tumba de Juan Bautista Lully, erigida en la iglesia de los "Padrecitos", en París:

ERES, PERFIDA MUERTE, NUESTRA ATROZ ENEMIGA, MANCA DE CORAZON, LLENA DE CEGUERA Y CRUELDAD: TODO ESTO TE PERDONAMOS, Y SEAN ENHORABUENA TALES MALDADES TUS EMPRESAS MEJORES; PERO CUANDO LULLY, PLACER DEL REY Y DEL PUEBLO, QUE AL ORBE ARREBATA CON CANTOS NUNCA OIDOS, NOS ES ROBADO POR TI, GRITAMOS ENTONCES COMO ASI PUDISTE HACERTE SORDA

Un artesano ejemplar es Benjamín Franklin, redactor de su propio epitafio. Podría habersé puesto en su tumba el verso latino que de él se dijo en la revolucionaria Francia:

ROBO EL RAYO AL CIELO
Y EL CETRO A LOS TIRANOS

Pero el impresor, librero y periodista, inventor y político, economista y filósofo moral, teórico y poeta, redactó por sí mismo:

EL CUERPO DEL IMPRESOR
BENJAMIN FRANKLYN
YACE AQUI,
PASTO DE LOS GUSANOS
SEMEJANTE
A LAS TAPAS DE UN LIBRO VIEJO
ROTO Y DESENCUADERNADO.
MAS NO SE PERDERA LA OBRA,
PUES REAPARECERA
—SEGUN EL ESPERA—
EN UNA NUEVA EDICION
REVISADA Y CORREGIDA
POR EL
AUTOR

Uno a quien no sé si llamar artista de su vida es Juan Jacobo Casanova de Seingalt, más conocido como el caballero Casanova. Una turbulentísima existencia que viene a parar en un puesto de bibliotecario y en doce volúmenes de memorias. Una efigie en cuyo torno se lee:

OTRA ES AHORA LA CARA DE LAS COSAS:
PREGUNTO POR MI, Y NO ESTOY,
NO SOY EL QUE HE SIDO,
NI AUN CREO SER:
FUI

Alguien había escrito ya para su losa parecido pensamiento, aunque el despectivo mal humor de quien lo pensó quedaba más ostensible, casi insolente:

HE SIDO:
CON ESTO DIGO
BASTANTE DE MI VIDA

No estará todo dicho con esa palabra, ni con las demás que puedan reunirse para formar la breve locución que se pone en los labios de mármol de un sepulcro. No estará todo dicho, más ¿qué importa? ¿Qué esperanza abrigar de que las voces de un muerto calen perdurablemente en el corazón de los que viven? ¿Ni siquiera de que voces de vivientes lleguen por los ojos o por los oídos hasta la intimidad de otras almas que viven también? ¿Ni de que los muertos escuchen a los

que aún no lo somos? Toda conversación es, en última instancia, un soliloquio; toda tentativa de conversación, un fracaso. Ni palabras, ni gritos, ni ademanes, pueden empotrar dos vidas diferentes, como si también los espíritus tuvieran su ley de impenetrabilidad. Cada uno es funámbulo de un hilo que no es el hilo de los otros, y en cada uno alienta una esperanza de diálogo o de compañía que se desvanece de continuo, para renacer y morir en seguida, hasta que de nuevo surja de las cenizas y torne luego a apagarse. Alternativas de llama, ascua y rescoldo, ciclos renovados de amor y soledad en que el corazón, ahora palpitante, ahora encalmado, viaja como las aves, como las nubes, como las sombras,

HASTA QUE
DESCANSE
EN TI

(28-X-1944)

INDICE

Págs.

LAS AVISPAS CON LAS ABEJAS

Los Humoristas y los Valores 11
El Zángano y el Esclavo 15
La Juventud 19
Postrimería 23
Vivir intensamente 27
Hablar y Escribir 31
No soy escritor 35
Regresar del Infierno 39
Odio y Traición 43
El Alumno del Arbol 47
La Amiga y la Esposa 51

LA POLITICA NUESTRA DE CADA DIA

Li-te-ra-tu-ra 57
Calixto lee "Sí" 61
Los caballos de Carlomagno 65
"¡Son idiotas!" 69
Las nueces de Grenoble 73
Presidentes en letra chica 77
Elogio del régimen democrático 81
De Ninotchka a Churchill 85
Corredores, floristas y neutrales 87
Meditación junto a la estatua caída 91

Págs.

ESE SUPERLATIVO DE LA PALABRA POLITICA QUE ES LA PALABRA HISTORIA...

Edificio del Imperio 97
Notas sobre la Velocidad 101
Napoleón, o los Instintos del Imperio 105
La Santa Rusia, S. A. 109
La Risa sin Nombre 113
"In Terra Pax" 117
El Fuego 121
Alma del "swing" 125
Malala y Milili 129
Consuelo a Ortega y Gasset 133
Sigma Delta Pi 137
Reflexiones para el año entrante de 5706 141

TRES DE LIBROS, TRES DE CINE, TRES DE TEATRO

1901-1939 145
Un pisito de quince duros 149
Pluma y Espada 153
Cine, política y boicot 155
Unamuno junto a Marlene Dietrich 159
A moco tendido 163
Nuestra Ciudad 167

EL CONSUELO DE LA FILOSOFIA

La Felicidad y otras cosas 179
Mal de la cabeza 183
Utrum semen sit de superfluo alimenti 187
El engaño del tiempo 191
Ejercicios espirituales 195

Págs.

La Muerte Robada 199
Los muertos no mueren 205
Soledades 209

EN QUITANDO LOS HOMBRES—Y LAS MUJERES,—
LOS DEMAS TODOS CUMPLEN—CON SUS DEBERES

Interés y Hermosura 215
La señorita Primavera 219
Eterno Femenino 223
Carta de Melibea, sobre las mujeres intelectuales 227
Trotski en España 233
Un guerrero en el tocador 237
Andrés. Apuntes de virilidad 243

DOÑA LITERATURA, DAMA RANCIA Y CHISMOSA

Notas del lector 249
La poesía del calcetín 253
Ofensas y desafíos 257
Anécdotas sin categoría 261
Homenajes 265
Preceptiva natatoria 269
Los buenos amigos 273
Epidemia poética 277
¿Volveremos de un Neorromanticismo? 281
Bajo el signo de Santiago 285

EL ERIZO TRASHUMANTE

Casticismos que matan 291
Gabinete de Otoño 295
Daoiz y Velarde 299

Págs.

Animales, plantas, etc. 303
Urbanismo 307
Psicología experimental 311
Luis Vicente Juez 315

VIVO EN CONVERSACION CON LOS DIFUNTOS
Y ESCUCHO CON MIS OJOS A LOS MUERTOS

Tiempo de dormición 321
Reinar después de morir 325
Las Armas y las Letras 329
La Rueca y el Espejo 333
¡Angelitos al cielo! 337
Como las Aves, como las Nubes, como las Sombras ... 343

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LOS TALLERES "DIANA. ARTES GRÁFICAS", LARRA, 12, MADRID, EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE DEL AÑO DEL SEÑOR DE MCMXLV.

EDITORA
NACIONAL

Luis Ponce de León

CONTRA AQUELLO Y ESTO

F A
5357